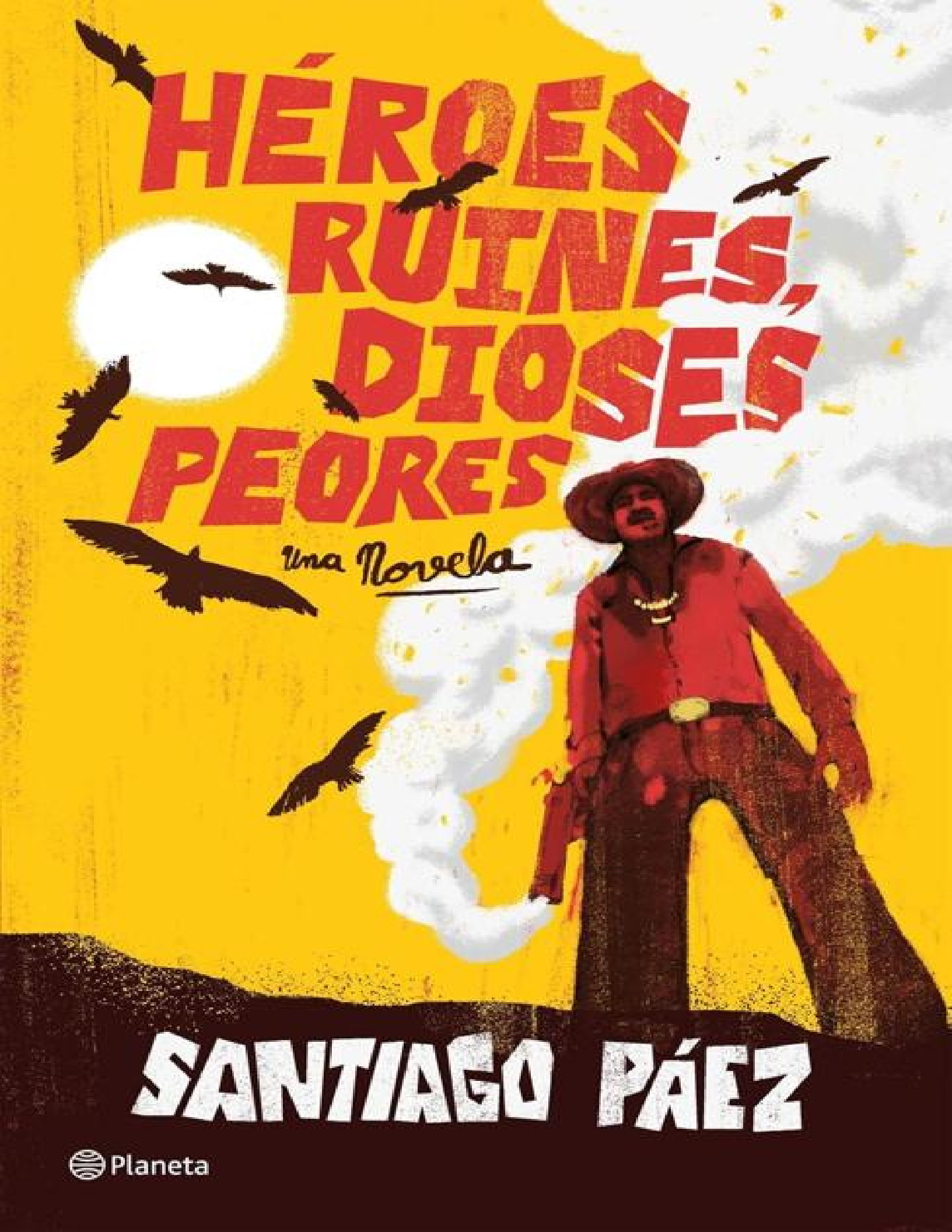
HÉROES RUINES, DIOSES PEORES

Una novela



SANTIAGO PÁEZ

Planeta

HÉROES RUINES, DIOSES PEORES

SANTIAGO PÁEZ

Planeta

© Santiago Páez, 2026
© Editorial Planeta Colombiana S. A., 2026
Calle 73 n.º 7-60, Bogotá
www.planetadelibros.com.co
Primera edición (Colombia): agosto de 2026
ISBN 13: 978-628-7915-09-1
ISBN 10: 628-7915-09-9
Impresión: xxxxxxx xxxxxx
Impreso en Colombia – Printed in Colombia

Primera edición en formato epub (Colombia): agosto de 2026
ISBN: 978-628-7915-10-7
Libro convertido a Epub por: Ebooks Patagonia

No se permite la reproducción total o parcial de este libro ni su incorporación a un sistema informático ni su transmisión en cualquier forma o por cualquier medio, sea este electrónico, mecánico, por fotocopia, por grabación u otros métodos, sin el permiso previo y por escrito del editor. Queda expresamente prohibida la utilización o reproducción de este libro o de cualquiera de sus partes con el propósito de entrenar o alimentar sistemas o tecnologías de inteligencia artificial. La infracción de los derechos mencionados puede ser constitutiva de delito contra la propiedad intelectual.

Para los amigos de mi hermano

No os ensoberbezcáis demasiado
los que habéis de morir.
De la flor de la soberbia
sale luego la espiga del crimen;
la mies que se coge
es mies de lágrimas.

Esquilo, *Los persas*

ÍNDICE

EPISODIOS DEL ASALTO A LA CIUDAD DE SARABIA
- El porvenir delirante de Elián Sorni
- La última morada de Diome Mores
- La fallida purificación de Constanza Urquijo
- El perfecto disfraz de Arlet Farto
- El tenebroso extravío de Habac Corda

EPISODIOS DE LA CAÍDA DE LA CIUDAD DE ECHANDÍA
- Los venenosos susurros de Andreu Solé
- La fatal astucia de Milan Ortuño
- El costoso arte de los mellizos Tiquio
- La paz excesiva de Valina Carabalí
- El insoportable hedor de Iol Zúnaga

EPISODIOS DE LA FUGA DE LA CIUDAD DE URDANETA
- La inservible combinatoria de Latoya Torra
- El errado amor de Lluis Déleg
- La exitosa fuga de Abril Garza
- La fecunda cobardía de Sealtriel Asuero
- El radiante martirio de Homero Benet

EPISODIOS DE LA MALDICIÓN DE LA CIUDAD DE MEDINA
- La melodiosa mutilación de Aledis Blum
- La experiencia infructuosa de Nando Calvados
- El recurrente naufragio de Ramiro Cebrián
- La iniciación divergente de Ginés Sangermán
- El cierto destino de Laura Laforet

EPISODIOS DEL HORROR DE LA CIUDAD DE ARCHIDONA
- La amnesia imposible de Adamo Mistral

La otra vida de Kiara Tous
La lúcida rebelión de Valerio Estacio
La premonición inútil de Fabiana Cinde
La tenue esperanza de Pacho Laprida

FIN DE VIAJEEN SHINE POINT

… Son secos y largos los veranos en la meseta de Quiroz, y sus inviernos son muy fríos, ventosos y de poca lluvia borrascosa y errática. La altura en la que se extiende, entre los 600 y los 1200 metros sobre el nivel del mar, es la causante de ese clima irregular y de extremos, y esa condición atmosférica tan dura quizás es, en parte, la responsable de la crueldad y de la violencia de sus habitantes.

El terreno del altiplano es, pues, generalmente árido y está azotado por ventiscas, apenas lo riegan un par de meses del año unas tempestades —muchas veces de pedrisco— que erosionan la tierra y en poco la benefician. Predomina en la meseta un viento de sudeste llamado Etesio, seco y terrible, que sopla por las noches atormentando a los locos y enfureciendo a los alacranes. Su extensa superficie, amarillenta y proclive a los incendios en las temporadas de sequía, apenas alcanza a enverdecer al final del invierno, cuando vuelve el calor del sol, inmisericorde, a restallar sobre ella.

La climatología del altiplano está determinada, sin duda, por su latitud —se ubica muy cerca del Trópico de Cáncer— y por unas pobres condiciones hidrográficas. Su orografía es ardua también, pues se extiende entre las alturas riscosas de la Última Sierra que se levantan al Oriente y el farallón de Hondura, cuyo despeñadero la limita con la costa, situada en su vertiente occidental.

Atraviesan esta meseta cinco ríos atronadores cuyos cauces corren sobre todo por quebradas y gargantas rocosas: el río Pesares, el Aullador, el de las Llamas, el del Olvido y el Sacramento. Este último, en gran parte de su trayecto, es límite natural entre las Tierras del Sur y las Ciudades del Norte. Estos cinco cursos de agua tienen sus cabeceras en los deshielos de las altas cimas de la Última Sierra, atraviesan el altiplano y se juntan en la caída de El Tumbador donde, convertidos en una catarata monstruosa, se precipitan por el farallón de Hondura, que separa a la meseta del litoral, cayendo entre los manglares de la costa para formar una poza de agua dulce que, muchos kilómetros más allá, termina por mezclarse con el agua

salada del mar.

Cada uno de esos cinco ríos cruza, en un punto de su curso, una de las cinco ciudades del altiplano de Quiroz: el río Pesares atraviesa la ciudad de Urdaneta, el Aullador, la ciudad de Echandía, el río de las Llamas, la ciudad de Medina, el río del Olvido ciñe la ciudad de Archidona y el río Sacramento rodea la ciudad de Sarabia.

Sabe todo el mundo en Frontera que no hay ciudad más sucia que Urdaneta, ni ciudad más violenta que Echandía —y eso que en la región no hay día sin sangres ni noche sin lamentaciones—, ni ciudad más tóxica que Medina, ni ciudad más fanática que Archidona, ni ciudad más angurrienta que Sarabia.

La red vial de la meseta es toda de caminos lastrados de segundo orden, llenos de baches e intransitables en los meses de invierno. Son carreteras que, malamente, permiten el tránsito de vehículos motorizados. La mayoría de ellas siguen las mismas rutas de antiguos senderos de herradura y están en mal estado, solo pueden recorrerlas las veloces camionetas todo terreno de los traficantes o unos buses y camiones viejos y traqueteantes que llevan a los habitantes del altiplano de un destino a otro.

La tierra de la meseta es árida y arcillosa, mala incluso para los porfiados cultivos de secano. En ella, unos campesinos exhaustos —luego de combatir las plagas de la mosca blanca y el pulgón, y de conjurar las heladas con sus rezos roncos— cultivan cereales como la cebada o el maíz, legumbres durísimas, algunas hortalizas esmirriadas, aguacates pequeños y venosos, y cítricos exiguos de jugos desabridos. Hay, en esas zonas, bosques de eucaliptos enanos y algarrobos de áspera corteza.

La fauna propia de la meseta de Quiroz ha sido siempre escasa, miserable: liebres escuálidas, unos cuantos chacales que ladran por las noches en el descampado, aves carroñeras y, sobre todo, alimañas más o menos dañinas: víboras venenosas, salamandras, repugnantes lagartos negros que muerden los tobillos de los caminantes y les pudren las carnes con su baba infecciosa, y muchos insectos —arañas, ciempiés y alacranes— cuyas picaduras son, de común, fatales.

En unas pocas secciones de las vegas de los ríos hay verdor,

árboles frutales que florecen y cargan con las estaciones y otros cultivos dulces, todos cuidados sin sosiego por partidas de cautivos, desarrapados y hambrientos, quienes trabajan para los señores de las villas: los jefes de los cárteles que mandan en ellas, pequeños déspotas brutales dedicados al comercio de migrantes en Medina y Sarabia, o al tráfico de drogas en Echandía, Archidona y Urdaneta; unos y otros viven en una guerra permanente y sorda por el control de los pasos que les permiten introducir sus terribles mercancías en las herméticas y lejanas Ciudades del Norte.

No hay memoria sobre el origen de cuatro de las cinco villas de la meseta de Quiroz; habrán sido caseríos que fueron nutriendo sus poblaciones con los muchos desesperados —hombres de mirada turbia y mujeres preñadas que habían visto casi todos los horrores— quienes, huyendo del hambre o de la crueldad de otras guerras, llegaron hasta ese confín agreste.

Crecieron las ciudades anárquicas e insalubres, sin plazas ni parques que no fueran los dedicados al mercado y con las aguas negras gorgoteando por sus calles hacia el cauce de los ríos que las cruzaban o ceñían, y de los que sus habitantes extraían el agua para beber. Nadie vive en esos poblados porque quiera hacerlo, persisten en ellos sus habitantes porque, expulsados de las Tierras del Sur, no tienen otro destino para ir que no sean las lejanas Ciudades del Norte donde es incierta, peligrosa y ruin la vida de los inmigrantes. Malos ensueños tienen las gentes de estos lugares, peores al vislumbrar sus destinos; para conjurarlos, a más de invocar a los santos católicos se han inventado divinidades propias, crueles, turbias, como la Señora del Daño y otras peores…

Fragmento de *Naturaleza, política y moral de la Región de Frontera,*
monografía escrita por Homero Benet, periodista.

EPISODIOS DEL ASALTO A LA CIUDAD DE SARABIA

El porvenir delirante de Elián Sorni

La Señora del Daño había removido el destino con su garra huesuda: todo estaba perdido. Quedaban indemnes apenas cuatro de los quince hombres con los que había iniciado el asalto a la bóveda de Sarabia, los otros estaban sangrando y con los cuerpos reventados por los balazos, retorcidos sobre las calles que trepaban por el risco donde se encaramaba la villa, caídos encima de los guijarros de su pavimento. Sobre quienes ya eran cadáveres, empezaron a posarse las moscas propias de la meseta de Quiroz. Sudorosos y aterrados, Elián Sorni y los sobrevivientes de su grupo de ataque escupían imprecaciones y disparaban frenéticamente sus armas mientras se retiraban hacia una de las puertas de la muralla de roca roja que defendía Sarabia, allí los esperaba un camión blindado en el cual, según su plan, debían escapar con el dinero.

Pero no huirían con los sacos de billetes: los hombres que guardaban la bóveda, comandados por la cruel Constanza Urquijo, los habían emboscado a pocos metros de la hendidura en donde terminaba la gruta por la que entraron a la ciudad tras recorrer en tinieblas las galerías subterráneas de piedra por cuyas profundidades corría el río Sacramento, una serie de cavernas en unos trechos como la nave de una iglesia y, en otros, angostas y bajas, como madrigueras de alimañas. Alguien los había traicionado y estaban derrotados, bien lo supo Elián mientras gritaba un insulto dirigido al Patrón, quien les había negado su ayuda; a su lado, con la rodilla atravesada por una bala de fusil, cayó otro de sus hombres, suplicando:

—¡Cabrón, no me dejes vivo!

—¡Ahí te arreglas! —lo desdeñó Sorni y, negándole la piedad de un tiro final, siguió con su carrera.

Él, tan cuidadoso siempre de su aspecto, tan prolijo al lustrar sus botas vaqueras y pulir los adornos de sus armas, sentía más

repugnancia que miedo ante la perspectiva de morir en un lugar como Sarabia, en esas calzadas estrechas, empinadas y sinuosas, junto a las ratas que se escurrían entre esas covachas hechas con desperdicios de madera y zinc, frente a esas cuevas hediondas desde cuyas sombras lo observaban los habitantes de la villa, quienes esperaban el momento de saltar sobre los cadáveres dejados por la contienda para despojarlos de sus pertenencias: dinero, ropa, zapatos… Aún se sabían capaces de romperles los dientes si alguno de los muertos los tenía calzados con oro.

Diome Mores, su lugarteniente, se detuvo, dispuesto a morir, irguiéndose frente a los disparos de sus enemigos, y tras soltar su fusil de asalto empuñó el lanzagranadas que llevaba colgado del hombro y empezó a disparar sus proyectiles apuntando a las bocas de las cuevas; las granadas, al explotar en esas cavidades, destrozaron los pobres enseres que las amoblaban y rompieron los cuerpos de sus ocupantes, lanzando hacia las calles torsos separados de sus extremidades y brazos y piernas y una cabeza pequeñita.

Maldiciendo al cielo, Mores apuntó el último de sus seis disparos contra la iglesia, que se alzaba a casi doscientos metros de donde se hallaban. Era un blanco difícil y, a pesar de eso, luego de trazar una parábola la carga entró limpiamente en el interior del templo, rompiendo uno de sus vitrales, para destrozar las bancas y las efigies que se empolvaban en su nave; las esculturas sagradas saltaron hacia el exterior convertidas en astillas, reventando los demás ventanales de la capilla.

Habían sido tales el estruendo y los destrozos hechos por las granadas de Diome que el ataque de Urquijo y sus hombres se contuvo un momento; aprovechando el instante de quietud, y tirando sus fusiles para correr más de prisa, Elián y su lugarteniente alcanzaron el portón abierto en la muralla. En su carrera, sortearon los cuerpos harapientos de los habitantes de Sarabia, quienes se arrastraban por el suelo tratando de agarrar los casquillos de cobre expulsados por las armas automáticas disparadas en el combate. Tras cruzar el vano de la puerta abierta en el muro, saltaron dentro del camión que los esperaba, para alejarse de Sarabia a toda

velocidad por el camino pedregoso.

—¡Nos jodiste, carajo! —gritó Sorni, mientras conducía el gran vehículo que patinaba en el lastre de la estrecha carretera—. ¡Sabías que en la iglesia estaban la imagen de la Santa y la del Patrón, además de las de los frailes! la Dañina se va a vengar: ahora sí que estamos jodidos.

—¡A la mierda los santos! Además, jodidos estábamos desde que mataste a tu tía, doña Guamaní, para que te siguiéramos en esta locura de asaltar Sarabia —repuso Mores, quien aguantaba los bandazos del camión apretando con la mano derecha una agarradera atornillada al techo de la cabina—. Ella siempre dijo: esa puta ciudad se va a resistir con todo y no se puede vencer a la Urquijo, esa maldita que defiende la bóveda.

Por largos minutos, ambos hombres guardaron silencio, mientras recorrían los desfiladeros finales de la Última Sierra y, tras llegar a ella, se internaban en la meseta de Quiroz, reseca e inmensa. De rato en rato, Elián miraba el retrovisor, temiendo que las gentes de Sarabia los persiguieran, pero en el espejo solo podía ver las nubes de polvo levantado por su camión y, a lo lejos, las montañas rocosas.

—Mi tía Melisa estaba vieja y se acobardó con los años. Solo yo podía guiarles para atacar la bóveda —se justificó Sorni.

—Doña Melisa Guamaní no era una cobarde, era una zorra vieja y sabía su negocio —le respondió Mores—. Tú te creíste más grande de lo que eres y nosotros, idiotas, te creímos a ti. Ahora nos perseguirán los cinco cárteles y hasta tu familia, tus propios tíos y tus primos.

—¡No fue mi culpa! Nos traicionaron, seguro.

Habían llegado a una encrucijada donde, según sus planes, los esperaban varias motocicletas y una camioneta todo terreno, ocultas en un bosquecillo de algarrobos de troncos retorcidos; se debían separar en ese punto, luego de repartirse el dinero. El camión frenó y Diome, sin despedirse de su acompañante, se apeó de un salto para correr hacia una de las motos y saltar sobre ella. Mientras empujaba el pedal del arranque, Elián desenfundó con desenfado la pistola que llevaba siempre y, calmoso, la disparó contra su

lugarteniente. Mores encogió el cuerpo, logró que el motor de la motocicleta encendiera y, veloz, se alejó a campo traviesa con las balas, que disparaba su antiguo jefe, zumbando a sus costados.

Sorni se bajó del camión para internarse sin apuro en el bosquecito que ocupaba el empalme de caminos donde se hallaba; allí se levantaba una pequeña capilla de la Señora del Daño, la buscó hasta dar con la tosca construcción, en una depresión del terreno; descubriéndose, entró en su estrecha nave maloliente y oscura y se hincó ante el esqueleto de tres rostros enmascarados, rezando en un murmullo:

—Señora, no te he traído un regalo por el apuro en que estoy, pero bastantes muertos te he dejado en Sarabia: ¡gózalos, gózalos, Señora!, y a cambio te pido: escóndeme por las noches y, a la luz del sol, tapa los ojos de mis enemigos para que no me vean. Yo no le ordené a Mores que te atacara en tu templo. Castígalo a él y a mí no me hagas daño.

A la salida de la capilla, Elián Sorni se quitó el sombrero de ala ancha, la correa de gran hebilla decorada, las botas y su pistola de cachas de plata y lo enterró todo, mientras rezaba oraciones a la Dañina. Para sobrevivir, debía cambiar completamente de apariencia: demasiados sabían de su sombrero adornado con una medalla de oro, de su arma, de su hebilla decorada con los colmillos de un jabalí y de sus botas con punteras de plata. Atardecía ya cuando descalzo, descubierto y armado solo con un puñal, montó en una de las motocicletas y se perdió por la sabana inmensa.

En las dos jornadas de su huida, Sorni se esforzó por ser una sombra: viajó por la noche, usó senderos alejados de las vías principales y se ocultó durante el día entre arbustos espinosos. No le faltó agua ni comida, porque cada una de las motos que habían alistado para escapar tenía atado al manubrio un morral con una cantimplora y provisiones. Al final de su trayecto se quedó sin combustible; entonces escondió su motocicleta y llegó caminando a los arrabales de Medina, que despertaba luego de una noche como lo eran todas en esa villa: de fiesta y algazara.

El recién llegado, sorteando los cuerpos de los festejantes, quienes dormían la borrachera sobre las aceras cubiertas con

baldosas de colores, se dirigió hacia un barrio de casas pequeñas adosadas de techos bajos, lleno de negocios artesanales que usaban las ventanas frontales de los inmuebles como vitrinas, y llamó a una de sus puertas.

—Todavía no hay atención —dijo una voz de mujer, somnolienta, desde dentro de la vivienda—. Empiezo a las nueve. Le atiendo a las nueve.

—Abre, Paloma —respondió el hombre, en un susurro urgido—. Soy yo. ¡Ábreme!

Elián escuchó unos pasos veloces al interior de la casa, luego se abrió la puerta y desde las sombras una mujer lo arrastró con mano firme a través del vano, mientras inquiría, en un susurro:

—¿Me quieres hundir? ¿Por qué vienes a mi casa si todos te buscan y saben que fui tu mujer?

—Eso fue hace años —se justificó Sorni, dejándose guiar en la oscuridad de un corredor estrecho—. Ya nadie se acuerda.

—Si les pisan los callos a los jefes de todos los cárteles, todos se acuerdan de todo, ¡idiota! —gruñó la mujer cuando entraron a un dormitorio en cuya atmósfera reposaba aún la tibieza del sueño.

Paloma encendió una vela y, en la luz amarillenta, Elián reconoció el cuarto en que se hallaba: la cama de hierro con su colchón mullido, las paredes cubiertas de fotografías de actores de telenovelas, el altar a la Dañina, con una imagen de la Santa en una de las esquinas, la televisión atornillada al muro, la peinadora con su espejo de tres lunas y el tablero lleno de menjurjes, pinceles, tenazas, ruleros y atomizadores. También reconoció a su antigua amante: estaba más gorda y su rostro se veía casi bello bajo la cabellera enmarañada por el sueño.

—Necesito dinero —dijo Sorni, mientras se echaba exhausto en el lecho—. Y ropas nuevas para disfrazarme. Ayúdame y me voy esta misma noche.

—Todos dicen que mataste a tu tía y luego trataste de robar el dinero de Sarabia. ¿Estabas loco?

—Todo me salió mal —reconoció el hombre—. Todo. Sería cosa de ese espíritu sucio, ese que le acomoda los daños a la Señora.

—¿Soñaste?

—Soñé que tenía todas las riquezas del mundo.

—Sí —afirmó Paloma, mientras se dirigía hacia la televisión y la encendía—. Fue el Oniro, que te jodió las ideas.

—¿Me vas a ayudar?

—Nunca, si te ayudo me matan —se negó la mujer mientras se recostaba junto a su antiguo amante para manosearlo, entre disgustada y ávida, con el frenesí propio de las gentes de Medina. Los cuerpos de Elián y Paloma se enredaron sobre las sábanas, mientras en la televisión suspendida de la pared, frente al lecho, se sucedían las imágenes de una telenovela.

En la pantalla del televisor dos galanes toman unos cocteles de colores en el bar de un yate; van vestidos con guayaberas deslumbrantes y a sus espaldas se ve la soleada superficie del mar. Uno de ellos, después de sorber su bebida, dice:

—¡Qué bueno encontrarte de nuevo, mi amigo Pílades! ¿Me traes noticias de mi Hermione? ¿Sigue en la hacienda del maldito de Neptolemo?

—Ahí sigue, Orestes. Pero las noticias son buenas: él demora en casarse con ella.

—Hermione no lo ama, pero tiene la orden de unirse con Neptolemo en matrimonio, y es orden de los capos del golfo.

—Neptolemo prefiere a Andrómaca y como la tiene de rehén junto a su hija Estrellita…

—¡La chantajea con la niña!

—Pues sí.

—¡Es un miserable, ese Neptolemo! Pero a mí me conviene que se demore su matrimonio con mi adorada Hermione.

… Al día siguiente de que Elián Sorni dejara la casa de su antigua amante, y mientras la mujer ordenaba sobre su peinadora las herramientas para atender a sus clientas, entraron seis hombres armados a su cuarto, bruscos, echando al piso las sillas y dos mesitas cubiertas de revistas. Paloma extendió la mano derecha hacia el cajón de su velador y lo abrió para hallarlo vacío. El que encabezaba a los sicarios, un sujeto musculoso con la cara torcida en una sonrisa, preguntó:

—¿Eres Paloma? ¿Paloma Sanjuán?

—Sí —respondió la aludida, con un hilo de voz.

—No juegues: dinos a dónde se fue ese hijoeputa de Sorni. Lo vieron salir de tu casa anoche.

—Sí, estuvo aquí, pero no me dijo a dónde se iba —reconoció aterrada la mujer, y sabiendo que la Dañina, antes que socorrerla, se gozaría con su tormento, alcanzó a encomendarse a la Virgen María antes de la primera patada.

Los hombres se cansaron de romperle los dientes, los huesos del rostro, las costillas y los dedos de las manos; y Paloma Sanjuán, mientras pudo vocalizar, insistió: su amante le había dicho que iría hacia la zona de Calaj. Furioso por no haber llegado antes de que su perseguido huyera, y antes de salir hacia la costa, el que comandaba a los sicarios disparó dos veces contra la cabeza ensangrentada de la mujer, mientras sentenciaba:

—Por puta, esto te pasa por puta y por ayudar a un cabrón como Elián.

Pero Sorni, quien iba armado con una pequeña pistola, hurtada del velador de Paloma, y usaba un disfraz de campesino —alpargatas, calzones remendados de gabardina, camiseta de algodón y un sombrero de lona—, no se encaminó hacia los manglares de Calaj. Regresó hasta el lugar donde había escondido su moto, le llenó el tanque con la gasolina que había comprado a las afueras de Medina y llevaba en un bidón, y salió, a toda velocidad, hacia unos ramales de la Última Sierra situados muy al sur de la ciudad de Sarabia. Este viaje lo hizo con menos precauciones, durante el día y evitando solamente las vegas de los ríos donde habitaban grupos de peones del campo, cautivos de los cárteles que podían reconocerlo o

dar cuenta de su paso por sus tierras.

Ya al pie de la cordillera, Elián enfrentó la opción de buscar una guarida entre sus boques y desfiladeros o seguir su huida hasta el desierto de Cunqueiros, para lo que debería dirigirse hacia uno de los pasos que atravesaban las montañas. Prefirió tentar la suerte entre los montes; dejó su motocicleta oculta bajo unos matorrales y, cargado con su morral repleto de provisiones, siguió a pie, trepando por una pared de rocas, con la intención de que allí se disipara su rastro.

Tres días después de que se le terminaran las vituallas, Elián Sorni empezó a perder la razón. Había abandonado una vertiente vertical y rocosa de la cordillera para adentrase en un bosque de pinos, árboles tan altos que casi ocultaban la luz del sol. Extraviado en esa espesura perfumada se percató, con asombro, de que sabiendo matar humanos con exactitud y eficiencia no era capaz de cazar, ni de procurarse el alimento.

En su primer día de hambre vació el cargador de la pequeña pistola intentando matar algún pájaro o un conejo que le pasó casi entre los pies, sin éxito alguno. Luego masticó hojas elegidas al azar, sus jugos amargos le produjeron diarrea. Deshidratado, bebió toda la reserva de agua que tenía en su cantimplora y finalmente, abatido y sediento, empezó a correr, tropezar y arrastrase por el suelo tapizado con las agujas caídas de los árboles, buscando una cascada cuyo fragor le desorientó llegándole desde varias direcciones.

Entonces empezó a delirar: enjambres de insectos, que volaban alrededor de las hojas más tiernas de los árboles, le parecieron la materialización de Oniro, el perverso espíritu ayudante de la Dañina, capaz de enloquecer a los hombres engañándolos con sueños premonitorios. En las noches, encogido entre las raíces de algún pino, los chillidos de los pumas lo aterraron, y no porque le parecieran indicios de que esas fieras lo amenazaban, sino porque los confundió con las voces dadas por las Horrendas, compañeras también de la Santa del Daño, que se burlaban de él y lo zaherían.

En menos de cuatro días había perdido la noción del tiempo y vagaba casi inconsciente, con las ropas rasgadas y las carnes llenas de cortes. Al amanecer del quinto día se cruzó con una mujer

harapienta, quien llevaba un recién nacido en los brazos, tenía los cabellos largos y revueltos y la mirada febril.

—¿Quién eres? —le preguntó, creyendo que le hablaba a un sueño.

—No tengo nombre —le respondió la mujer.

—¿De dónde vienes?

—De la niebla.

—La criatura que llevas va a morir en estos montes —dijo Sorni, haciendo un esfuerzo por controlar su delirio.

—Mi hija es La Huérfana y ha venido para arruinar al mundo —clamó la mujer—. Ella no morirá. La Huérfana no morirá porque ella ha venido para arruinar al mundo.

Exhausto, Elián Sorni se acuclilló en un claro alumbrado por la luz verdosa del amanecer en el bosque, para entregarse enloquecido a la oscuridad de la muerte, cuando pudo oír el sonido de una flauta: una melodía melancólica y, para él que solo disfrutaba del reguetón, desagradable. En vez de distorsionarse y sonar desde un lugar y otro, como los demás ruidos de su delirio, la música fue acercándosele; en un último esfuerzo por vivir, abrió los ojos para ver tres figuras humanas que, como filtrándose entre las ramas de los árboles, se plantaron frente a él.

Eran dos mujeres y un hombre muy joven, quienes tenían los rostros marcados por cicatrices recientes y parecían salidos de un circo: un muchacho rubio vestido con una malla adherida a su cuerpo musculoso, una joven con traje de gitana que tocaba en su flauta la canción sutil que escuchaba Elián, y una payasa preñada, quien, ya en el claro, se dedicó a recoger ramas secas para hacer una fogata. El muchacho empezó a cantar; de un salto trepó a la rama de un árbol y de ella se lanzó a otra, y a otra, haciendo acrobacias mientras acompañaba en un idioma extraño la pieza que tocaba la flautista.

La payasa asó en la hoguera un par de conejos, espetados en unas ramas de pino. Con ayuda de la muchacha disfrazada de gitana, Elián devoró los muslos tiernos de uno de los animales tostados en las llamas, mientras el acróbata y la payasa conversaban en su lengua incomprensible. Antes del anochecer, el joven

construyó un cobertizo de ramas, donde se resguardaron todos.

Sorni demoró dos días en reponer sus fuerzas, asistido siempre por la payasa, quien parecía haberle tomado afecto. Cuando se sintió fuerte, empezó a interrogar a sus salvadores, quienes, sin entenderle, respondieron a sus preguntas con su parloteo incomprensible y con carcajadas y aplausos. Finalmente, la tercera noche Elián se irguió junto a la fogata y, aun sabiendo que no lo comprendían, les dijo, gesticulando entusiasmado hasta el delirio, con los ojos desorbitados y en voz alta:

—Hasta hoy hemos vivido ciegos, ciegos, ¡ciegos! Hemos sido víctimas de la maldad de los Santos y de las gentes de las ciudades, de los cárteles y de los sicarios. Hoy termina todo eso. ¡Hoy termina! Hoy yo lo termino. ¡Hoy termina! Yo los guiaré, ¡yo voy a salvarlos! ¡Construiremos una villa nueva, aquí en estos bosques, y en esa ciudad no podrán mandar los cárteles ni nos harán sufrir los Santos! ¡No! ¡No mandarán los Santos ni los jefes de los cárteles! ¡Ni los sucios Santos!

El muchacho y las dos mujeres lo escucharon con una indiferencia jovial, entre risas y palmoteos, y a la mañana siguiente, cuando Sorni, frenético, salió del claro en donde habían acampado para caminar entre los altos pinos, lo siguieron. Acompañadas por la melodía de la flauta, las cuatro figuras se esfumaron en la luz verdosa del boscaje que cubre las montañas de la Última Sierra.

La última morada de Diome Mores

Tras escapar del ataque a Sarabia, Diome Mores debió ocultarse como una alimaña, lo que fue para él una experiencia enojosa y nueva. Siendo valeroso y guapo, a lo largo de su vida más bien se había exhibido, retando a sus enemigos, enfrentando peligros y seduciendo mujeres. Había disparado su última granada contra la iglesia de Sarabia, donde se guardaba una imagen de la Señora del Daño, pretendiendo que por ese exceso lo recordaran siempre en la meseta de Quiroz.

Sin embargo, remordiéndose las ganas de salir a buscar la muerte desafiando a sus perseguidores, los sicarios de los cárteles, prefirió vivir escondido en la hedionda villa de Urdaneta, fingiéndose uno más de quienes minaban en sus basurales. Quizá fue la edad, ya había cumplido más de cuarenta años, lo que le hizo preferir unos meses de vida miserable a una muerte de valiente.

Con el asunto de Sarabia aún en la memoria de todos en Quiroz, Mores decidió continuar su huida hacia el Carmen del Hondón, uno de los pueblos situados en los bajos del farallón de Hondura, desde los que salían caravanas de arrieros llevando mercancías hacía las ciudades de la meseta, quienes trepaban por los senderos desafiando los abismos y ascendían por ese despeñadero cuya cresta en invierno permanecía oculta por las nubes.

Resolvió ir al Carmen porque allí era vecina Dolores Blanco, su esposa, a quien abandonara casi veinte años atrás. Lo decidió a ir tras ella, y a pretender refugio en el lugar donde vivía, el recuerdo de sus últimos momentos como pareja: Dolores, acurrucada en el suelo, berreando y con la combinación rasgada por la paliza que le acababa de dar, le había rogado que la buscara cuando quisiera, pues ella lo amaría toda su vida. Diome Mores se sabía capaz de infundir amores semejantes.

El Carmen tenía medio centenar de casas de colores, con

paredes de madera y techos de zinc brillantes, adosadas al gran muro de roca del farallón de Hondura, que se abrían a una plaza de tierra apisonada en donde se comerciaba con los productos llegados de Sanbrandán, y en cuyos bordes ramoneaban los mulares de los mercaderes antes de salir en sus viajes. En el pueblo había solo una construcción grande: un hangar que igual servía como cantina, bailadero o cine, cuando llegaban películas al pueblo.

Al entrar al poblado, astroso y enflaquecido luego de una larga caminata, Mores, acostumbrado a mirar con detenimiento los lugares en donde se metía, percibió algo extraño: las gentes se movían sin apremio, había pocos hombres y, en los soportales de las casas, disfrutando del aire y del sol, se veía a varias mujeres peinadas todas con trenzas gruesas, vestidas con batas de colores encendidos y ceñidas con fajas de cuero.

Después de deambular un rato por la única calle del poblado, Diome reconoció a su esposa, sentada en el soportal de una de las casas de colores. Había engordado y seguía siendo muy bonita, aunque para su gusto tenía ya demasiadas canas. El hombre se plantó en la escalera que subía desde la calzada a la galería protegida por una baranda en la que estaba Dolores, y preguntó con su vozarrón:

—¿Me reconoces, mujer?

Dolores Blanco lo miró fijamente antes de responder con una sonrisa, mientras se ponía de pie:

—Claro. Eres mi marido.

—Te ha ido bien —comentó Mores, mientras subía la escalera y soltaba sobre el piso del porche el atado en que llevaba todas sus pertenencias—, muy bien. ¿Esperabas volver a verme?

—Siempre quise volver a verte —afirmó la mujer, con el rostro iluminado por lo que el hombre supuso era una sonrisa de alegría.

—¿En verdad? —rio Diome, ufano.

—En verdad —le contestó su esposa—. Y no sabes cómo.

Diome Mores ya no abandonaría nunca el pueblo del Carmen del Hondón, y los primeros dos o tres meses vividos por él allí fueron los más gratos de su vida; se encargó de que así fuera su mujer, Dolores Blanco, quien sabía muy bien lo que hacía al rodearlo de

todas las comodidades posibles y darle todos los gustos.

El hombre, consciente como estaba y había estado siempre de su valía, aceptó sin prevención alguna lo que su esposa olvidada por él tantos años le ofrecía: una vida de comodidad acondicionada con unos cuidados por él desconocidos en su existencia errante de mercenario. Se acostumbró pronto a dormir un día y el siguiente y el otro en un dormitorio aireado y en una cama con sábanas limpias, a desayunar todas las mañanas con fruta e infusiones perfumadas de hierbas extrañas, a vestir ropa sin remiendos que siempre olía bien. Urgido amablemente por Dolores, incluso accedió a bañarse una vez a la semana en una tina de hojalata llena de agua caliente que ella o alguna de sus criadas cargaban en baldes desde la cocina hasta el cuarto de baño.

El único lugar en donde su esposa no lo satisfacía era en la cama: estaba muy gorda y demasiado vieja para atraerlo, por tanto, luego de cumplir medianamente con ella en las primeras semanas, se dedicó a asaltar el cuarto de las criadas, quienes, advertidas por su ama, lo recibían sin demasiadas resistencias, aspavientos ni entusiasmos.

Las primeras semanas Diome Mores las pasó casi sin salir de la amplia vivienda de su esposa: temía ser reconocido si se dejaba ver. Una mañana de sol, Dolores lo invitó a tomar el desayuno en la terraza que se abría a la calle en el frente de la casa, donde había dispuesto sobre una mesa los alimentos: jugo de mango, huevos fritos, una olorosa infusión de hierbas y tortas de plátano verde.

—¡No seas estúpida! —la increpó el hombre, sin dejar la sombra del vano de la puerta que lo ocultaba—. ¿Quieres que me reconozcan?

—No estás en la meseta de Quiroz —lo tranquilizó la mujer, desdeñando el insulto—. Aquí no te busca nadie, te conocen solo como mi marido, y por eso no te van a molestar.

—¡Vaya! —se burló Diome, saliendo sin embargo al porche—. Va a resultar que es gran cosa ser marido tuyo!

—No creas —rio Dolores, mientras su esposo se sentaba frente a ella—, aquí me consideran bastante.

Transcurrieron semanas hasta que Diome se sintió

suficientemente seguro como para salir a recorrer la única vía del poblado y sus alrededores. Al hacerlo, percibió algunos comportamientos que le extrañaron: llamó su atención la pulcritud de todos los edificios del pueblo, el aseo de las aceras de madera que bordeaban la calle, la tranquilidad de la gente y el orden de los espacios. Los gallineros, las porquerizas y los establos estaban bien acondicionados y ocupaban los costados de la plaza de los comerciantes, en donde las mercancías se disponían en puestos de madera pintada de tantos colores como las casas alineadas bajo el gran farallón gris de la Hondura.

También le pareció muy rara la actitud de las mujeres: descubrió que eran las dueñas de los mulares y quienes, casi siempre, comandaban las caravanas que ascendían por el farallón llevando mercancías; quizá por eso había en la aldea pocos hombres y todos estaban al servicio de las comerciantes. Quizá también ese era el motivo por el cual todas actuaban con soltura y aplomo. Él no había visto mujeres así en las ciudades de la meseta de Quiroz.

La quiebra definitiva del destino de Diome Mores dio comienzo con una ligera indisposición: en sus asaltos al cuarto de las criadas de su mujer empezó a eyacular con una leve comezón que fue intensificándose. Unos días más tarde se le hincharon los testículos; finalmente, cada vez que orinaba lo hacía gritando, pues un ardor insoportable se le prendía en la uretra mientras excretaba unas pocas gotas turbias por el pus y de un hedor terrible.

—¡Es gonorrea! —gritó, una mañana en la que el dolor ya le fue tan insoportable que no pudo levantarse de la cama—. ¡Una de tus sirvientas me ha pegado la gonorrea!

—Eso es imposible —lo contradijo su esposa—. En este pueblo no hay esas enfermedades. ¡Yo misma reviso a mis chicas, antes de contratarlas!

—¡Pero me arde, me arde! —bufó el hombre, asustado—. ¿Qué será lo que tengo?

—Asunto del clima. Tranquilo, ya te pondrás sano.

Pero Diome no tuvo alivio alguno y, solícita, Dolores Blanco se ocupó en hacerle ingerir bebedizos tan turbios y pestilentes como sus meados; esas pócimas, según afirmó, le curarían de la infección

de las vías urinarias que, obviamente, padecía. Pero el mal no cedió y Diome fue empeorando: cada día se incrementaba la hinchazón de sus testículos, al punto que su escroto llegó a tener el tamaño de un balón de futbol, por lo que era incapaz de cerrar las piernas y apenas podía caminar; además, una fiebre intensa le produjo delirios: visiones aterradoras en las cuales se veía devorado por las Horrendas, las fieles servidoras de la Dañina.

Sabiendo que había ofendido a la Santa del Daño al destruir su imagen en Sarabia, en sus momentos de lucidez, cuando la fiebre remitía, exigió que lo llevaran a la capilla del Patrón, el protector de los guerreros y de los asesinos: quería pedirle su ayuda. Para su terror, Dolores le respondió que en el Carmen del Hondón no había un templo dedicado a ese santo, pues allí vivían sobre todo mujeres, devotas todas de la Dañina.

Veinte días después de comenzada su enfermedad, su esposa lo llevó hasta el centro médico del pueblo en una parihuela cargada por sus criadas. Allí atendía una enfermera, quien, a falta de médico, hacía de partera, de ser necesario usaba el bisturí con eficiencia y curaba de común mezclando remedios de herbolaria con medicamentos modernos: sueros, inyecciones y pastillas.

En el trayecto entre la casa de su esposa y el dispensario médico, Diome vio cómo las mujeres, al acercarse a la camilla en que lo transportaban, se cubrían las narices, esbozaban una sonrisa equívoca y terminaban por torcer las bocas en un gesto de asco, afirmando:

—¡Pero si ya apesta a podrido!

—¡Otro que cayó con el mal del colgadijo!

—¡Por donde se peca se paga!

—¡Este no dura cuatro días más!

Ya en el dispensario, las chicas que cargaban con Mores lo dejaron, sin muchas contemplaciones, tendido sobre el suelo de la sala de espera donde aguardaban su turno varias mujeres, algunas preñadas, quienes, al sentir el olor emanado del cuerpo del enfermo, dejaron el lugar entre aspavientos y reniegos.

Dolores, quien lo había acompañado, entró al consultorio para hablar con la enfermera, y Diome, atontado por el dolor y la fiebre,

quedó solo, rodeado por una docena de sillas vacías de madera pintada de azul, acezando frente a un viejo televisor atornillado sobre una alacena llena de potes de porcelana y frascos de todos tamaños llenos de píldoras y jarabes de colores.

En la pantalla aparece un picadero donde dos mozos de cuadra se esfuerzan por dominar a un piafante caballo blanco de gran alzada y larga crin. El animal y los hombres, en su brega, levantan una nube de polvo que se mantiene suspendida en el aire, como una niebla dorada. Acodado en la barda que encierra el corral, Neptolemo, un hombre de mediana edad, barrigón y vestido como un cowboy*, con sombrero de ala ancha, botas, espuelas y pañuelo de colores al cuello, conversa con Orestes, un joven muy guapo vestido con una chaqueta de cuero llena de cierres, gorra de béisbol y zapatos deportivos. Ambos paladean un licor ambarino, servido en unos vasos de cristal, mientras el mayor pregunta, indignado:*

—¿Y quiénes se creen ustedes para decirme cómo debo manejar mis negocios?

A lo que el joven no demora en responder:

—Fue con el apoyo de nuestros mercenarios que pudiste acabar con el cártel de Héctor.

—Pues no me van a mangonear por eso, ganaron bastante con esa operación.

—Los capos de todos los cárteles me mandan a advertirte: tienes que cumplirle cuanto antes a Hermione, la hija del jefe de todos ellos. También, debes entregarnos a Andrómaca.

—Desde que matamos a Héctor, su viuda y su huérfana viven conmigo y no las entregaré ni a ustedes ni a nadie. En cuanto a lo de mi matrimonio con Hermione…

—Por algo te han mandado a la hija del jefe de todos los capos del golfo: para que te cases con ella y se afiance la alianza entre ustedes. Van a controlar un cártel enorme, habrá tráfico para todos.

—Ya veremos cuándo. De momento, es mejor que visites a Hermione: estará esperando noticias de su padre.

—Yo… Sí, lo mejor es que la visite.

Orestes sale de cuadro y Neptolemo queda solo, se muerde los labios y luego escupe, con furia.

Unos minutos más tarde la enfermera, una mujer hosca, cubierta con un mandil y adornada con una serie de collares entre los que apenas podía distinguirse el estetoscopio, revisó a Diome, a quien habían recostado sobre una mesa con tablero y armazón de aluminio. Después de palpar con sus dedos puntiagudos los testículos inflamados de Mores, la mujer graznó:

—¡Jodido me lo traen!

Dolores Blanco hizo un leve movimiento de negación con la cabeza, que pasó inadvertido para el hombre, quien acezaba afiebrado sobre el duro lecho de metal.

—Con sulfatos puedo bajarle la hinchazón de las pelotas —continuó la enfermera, mientras levantaba los hombros, desentendiéndose del destino de su paciente—, pero seguirá enfermo y pudriéndose.

—¿Me voy a morir? —preguntó aterrado Diome, dándose cuenta de pronto de que tenía un deseo inmenso de continuar con vida.

—No —sentenció la enfermera—. Aún no te toca.

Efectivamente, Mores siguió vivo por casi un lustro, pero ya no volvió a habitar en la alegre y confortable casa de su esposa, Dolores Blanco. Tanto apestaba su cuerpo que la mujer, apoyada por su servidumbre y por todas sus vecinas, decidió acondicionarle una celda entre las pocilgas y los corrales donde se guardaban las mulas,

en la esquina más alejada del mercado. Allí, rodeado de bestias y envuelto en el hedor de los cerdos, Diome sobrevivió postrado, gimiente y embebido en sus propios excrementos.

Una vez al día, después del amanecer, lo visitaba su esposa, quien durante el trayecto de ida hacia las porquerizas, vestida con sus batas de colores y sonriendo, iba previniendo la escena en la que participaría y recordando la fractura de mandíbula provocada por su marido tantos años atrás, o cualquiera de las otras palizas y humillaciones sufridas en sus manos. Cuando llegaba al corral donde su hombre permanecía desmadejado y desnudo, bajo el sol o empapado por la lluvia, lo saludaba preguntando:

—¿Qué, todavía aguantas?

El enfermo no respondía, se contentaba con mirarla con un odio inmenso y gruñir, quizá ya no era capaz de hablar. Entonces, ella lo apuntaba con la espita de una manguera y, tras abrir la llave, lo bañaba con un chorro de agua para limpiarlo de la suciedad en la que se revolvía. Luego echaba en una piedra tallada en forma de batea una mezcla de carne, caldo, harina y las hierbas venenosas que le había empezado a administrar a su marido la misma noche en que le dio de cenar por primera vez, después de su reencuentro.

Gruñendo casi tan ferozmente como sus vecinos los cerdos, Diome Mores se arrastraba hasta su alimento y lo devoraba. Había mañanas en las que el hombre, exhausto y desesperado, lloraba un poco antes de empezar a comer. En esos días, Dolores Blanco sentía que la vida le sonreía por completo.

… Entre la meseta de Quiroz los manglares de Calaj se desbarranca el farallón de la Hondura, de varios cientos de metros de profundidad; es una pared de rocas entre las cuales crecen hongos gruesos de color verde brillante, musgos, líquenes, helechos y trepadoras de flores añiles y carmesíes, plantas que subsisten porfiadas en semejante roquedal, afianzándose con sus raíces en las mismas hendiduras de las piedras donde medran reptiles que escupen veneno y ponzoñas de gran tamaño.

El alto talud de la Hondura está hendido por varios desfiladeros

más o menos peligrosos; por ellos ascienden, guiando a sus mulares, partidas de arrieros quienes transportan las mercancías adquiridas de contrabando en la isla de Sanbrandán, hacia las villas de la meseta de Quiroz. Sus fatigadas caravanas salen de varios pueblos situados en la parte baja del farallón y demoran dos o tres días en llegar a sus alturas, para luego trasladar sus fardos a camionetas que se perderán por los caminos polvorosos del altiplano.

Quienes salen arreando sus recuas de esos pueblos hundidos al pie del acantilado sufren mucho antes de llegar a sus destinos: es fácil morir trepando por el farallón de la Hondura. Unos ruedan por sus riscos, arrastrados por vientos fríos y cegadores que se sueltan de improviso y azotan los senderos estrechos bordeados por precipicios, otros enloquecen al verse rodeados por las formas atroces adoptadas por la bruma en esos lugares…

Fragmento de *Naturaleza, política y moral de la Región de Frontera,*
monografía escrita por Homero Benet, periodista.

La fallida purificación de Constanza Urquijo

Después vendría la incertidumbre del combate: los disparos, las explosiones y los gritos desesperados de los agonizantes. Constanza Urquijo sabía que en esos momentos poco podría hacer por controlar el mundo a su alrededor, eran demasiadas las incidencias y muy poco el tiempo cuando todas acontecían, sobreponiéndose unas a otras, cada cual más atroz. Por eso cuidaba, antes de la confrontación, de cada detalle: la posición del enemigo, su propia ubicación y la de sus hombres en el campo, el estado de sus oponentes y sus recursos, la información de la que disponía sobre el escenario en donde sucedería todo y, claro, las armas de su grupo y las suyas propias.

La mujer y sus veinte mercenarios vivían en una especie de cuartelillo situado en el barrio de Sarabia habitado por los narcotraficantes, el único levantado con casas cómodas y calles limpias. El edificio, en cuyo sótano se guardaba la rica bóveda por la que era famosa la ciudad, tenía al frente muros de piedra almenados, y su parte posterior se adhería a la roca de la montaña en la cual se apoyaba la villa entera; a su lado se abría una gruta por cuya boca irregular surtía una de las fuentes de agua que abastecían a la población.

Una porción del líquido brotado de la gruta había sido conducida por una tubería de bronce hacia uno de los sótanos del cuartelillo donde llenaba una piscina circular de piedra, siempre iluminada por unas tenues lámparas de luz azul. En su interior nadaba una iguana de escamas añiles cuyas púas dorsales aparecían y se ocultaban en el agua. Las paredes del subsuelo estaban decoradas con pinturas que parecían publicidad de cerveza o de ron: playas doradas por un sol esplendoroso donde un grupo de hombres y mujeres jóvenes, poco vestidos y rodeados de palmeras, bailaban y bebían de largos vasos de colores.

Amanecía cuando Constanza Urquijo, vestida solo con una túnica estampada, se encaminó hasta el subsuelo de la alberca y, ya junto a ella, se desnudó para sumergirse en el agua fría. La hora del asalto se acercaba y siempre, antes de enfrentar situaciones de peligro, iba hasta esa piscina para purificarse y afilar así su ánimo.

Sintió cómo su piel se estremecía al contacto con el líquido y, con la iguana azul nadando en círculos a su alrededor, empezó a frotarse vivamente el bajo vientre y los muslos mientras intentaba concentrarse en esos rostros pintados en las paredes, de ojos opacos y sonrisas deslumbrantes; a su pesar, sin embargo, la imagen de Tamara, su hermana, víctima y torturadora, se apoderó de su mente.

Y Constanza Urquijo tuvo que recordar esos años de su juventud en los cuales, segura de su crueldad, había intentado quitarle a su madre el joven amante que había conseguido: un muchacho negro de cuerpo fibroso, quien atronaba con sus carcajadas el rancho donde vivían, muy lejos al sur de la Región de Frontera. Ya no guardaba en su memoria el nombre del sujeto ni podía ver los rasgos de su rostro, pero recordaba con nitidez la razón del esfuerzo que hizo para seducirlo: deseaba desbancar a su madre, sustituirla en la dirección de los negocios de la familia, quería golpearle el orgullo, demostrarle su vejez.

Pero su progenitora era aún más cruel que ella y, siendo vieja, más astuta: apenas descubrió en la cama de su amante las huellas de sus infidelidades, hizo que al muchacho sus hombres lo sacaran a patadas del rancho para llevarlo a una quebrada, allí lo apalearon hasta dejarlo inconsciente. Era feroz su madre, pero cometió un error: creyó que las bragas encontradas entre las sábanas de su amante eran de Tamara, fue al dormitorio de sus dos hijas y le hundió un cuchillo en el pecho, bajo el seno izquierdo mientras le gritaba:

—¡Puta! ¡Muérete, puta!

Tamara murió sin despertar, sin llegar a sufrir ni la puñalada ni el odio rabioso de su progenitora. Constanza, quien presenció desde su cama el asesinato, y temerosa de seguir la misma suerte de su hermana, salto desde su lecho para atacar a su madre, le arrebató el

cuchillo y la apuñaló una docena de veces con él, hasta estar segura de que la vieja ya no respiraba.

Fue acusada de ambas muertes, la de su madre y la de su hermana; la condenaron a veinte años de prisión y perdió toda su herencia. Tras escapar de la cárcel unos meses después de su juicio, se dedicó al sicariato, favorecida por su crueldad y por su fama de matricida; aprendió a matar sin inmutarse, y hasta quienes la contrataban llegaron a temerle, pues la sabían diestra en todas las violencias.

Nada era capaz de asustarla, a excepción del recuerdo de su hermana, quien casi cada noche volvía para torturarla apenas cerraba los ojos, para que la viera apuñalada sobre las sábanas enrojecidas con su sangre, con los ojos muy abiertos y la boca a punto de gritar. En sus sueños, Tamara le chillaba insultos y maldiciones porque sabía que ella, en su ambición, había sido la culpable de su muerte.

Constanza Urquijo, molesta por haber recordado a su hermana, salió de la piscina y, sin secarse, se echó la túnica sobre los hombros. No había terminado su purificación y eso, antes del combate, era un muy mal augurio: para protegerse de la desgracia se tendría que conformar con pegarle todo su mal agüero a la adolescente con quien había dormido la noche anterior; luego la asesinaría para enterrar muy profundo su cuerpo y, con él, su mala suerte. Disgustada, salió del sótano hacia sus habitaciones, dejando en el agua a la iguana azul que nadaba en círculos.

En su cuarto de paredes desnudas de piedra y ventanas estrechas, en la mesa baja adosada a la cama, y junto al aparato de televisión que la ocupaba, Constanza dispuso sus armas para limpiarlas, cumpliendo ella misma la orden que horas antes había dado a todos sus hombres. Empezó a trabajar mientras rezaba devota a la Santa del Daño:

Santa de hueso y sin corazón
no me desampares de tu protección.
Desde este momento endura mis armas,
afila el cuchillo y apunta mis balas.

En el lecho reposaba una muchacha desnuda de larga cabellera, apenas cubierta por las sábanas; sin detenerse en ella, Constanza sacó su daga de la funda de plástico duro, revisó su hoja pavonada y, tras probar satisfecha su filo contra una de sus uñas, la envainó de nuevo mientras murmuraba:

Que mis enemigos
se cieguen del miedo,
que vomiten sangre,
se caguen del miedo.

Luego tomó su pistola de cachas de nácar adornadas con placas de lapislázuli, la frotó con un paño y, después de extraerle la alimentadora, la cargó con diez balas de punta hueca, recitando en voz alta:

Que yo no me asuste,
que yo no me ciegue,
que nadie me hiera,
que yo no me muera.

Finalmente, tomó su fusil de asalto y pulió su cargador curvo y la culata adornada también de nácar y lapislázuli; demoró en restregar una inscripción grabada en el cañón, una letra de reguetón que ella había modificado un poco: "Tu recuerdo me quema, nena, / como quema la picana. / Me quema, me quema, me quema".

Se quitó la túnica y vistió su cuerpo moreno y delgado, de senos pequeños y caderas estrechas, con su uniforme negro de combate: se puso las botas, las rodilleras y el chaleco blindado, se anudó el largo cabello entrecano en la nuca, se colgó las fundas del cuchillo y la pistola, las dos cananas cruzadas sobre el pecho, tomó el fusil y salió del cuarto ordenando:

—Más te vale estar aquí, bañada y linda, para cuando regrese. ¿Entendiste?

—Sí, señora —le contestó Yelina Téllez, irguiéndose entre las sábanas revueltas para exhibir su desnudez.

Unos minutos más tarde, mientras recorría el pasillo construido tras de las almenas que coronaban el muro del cuartelillo, Constanza evaluó sus recursos para defender la bóveda. Sabía bastante por la información de Arlet Farto, su espía: un grupo de al menos dos docenas de mercenarios se preparaba para asaltar su posición, habían descubierto un paso a través de las grutas por las que fluía el río Sacramento bajo la ciudad e intentarían un ataque por sorpresa.

Los asaltantes no podrían minar sus muros, por la composición rocosa del suelo sobre el que se levantaban; podía, pues, esperar la acometida tras ellos y defenderse sin mayor dificultad; pero la mujer quería hacer más que rechazar el asalto, deseaba masacrar a sus atacantes para mandar un mensaje a todos en la meseta de Quiroz: quien intentara robar la bóveda de Sarabia iba a encontrar una muerte atroz. Además, si sus enemigos traían lanzagranadas, no era imposible que abrieran una brecha en la muralla; podrían, incluso, hacerles a ella y a sus sicarios bastante daño. Debía adelantárseles.

Tomada su decisión, Constanza Urquijo bajó de las almenas y, después de reunir a sus hombres en el patio, seleccionó a media docena, quienes permanecerían en el cuartelillo para resguardarlo, y con el resto se dirigió trotando por las calles mal pavimentadas hacia la boca de la gruta por la cual, según Farto, entrarían los mercenarios; se trataba de una de las dos o tres fuentes de agua que abastecían la villa, su abertura era estrecha y penetraba la peña hasta una oscuridad en donde era imposible distinguir figura alguna.

Los habitantes de Sarabia hicieron poco amago de ocultarse en sus chabolas al ver al grupo de hombres armados, quienes coparon la plazoleta semicircular que rodeaba el caño por donde, incesante, surtía el agua. Un par de ancianas, descarnadas y vestidas con harapos, insistieron en llenar sus cántaros, escupiendo insultos contra los sicarios de Urquijo, quien, rabiosa, las apartó empujándolas violentamente con la culata de su fusil, mientras les gruñía:

—¡Largo, perras viejas! ¡Aquí va a haber tiros y nos estorban! ¡Fuera!

—¡Sucia! —le gritó una de las mujerucas, mientras se retiraba, mirándola con los ojos legañosos.

Rápidamente, uno de los hombres de Constanza se arrastró hasta la cueva e introdujo entre las piedras de su entrada dos granadas con los seguros atados a un cordel que extendió hasta el lugar en donde esperarían el asalto. La espera fue larga y tensa para los guardianes de la bóveda de Sarabia, quienes sufrieron el paso de los minutos y las horas mal guarecidos tras las rocas que rodeaban la plazoleta de la fuente, y cercados por las casuchas de esa ciudad habitada por hombres y mujeres codiciosos, quienes esperaban el combate, ávidos de rapiñar los cadáveres que quedarían tendidos sobre el suelo, ensangrentando las piedras.

Constanza sabía que sus enemigos llegarían ese día, pero Farto no le había podido revelar la hora exacta del asalto, el momento del combate dependería del tiempo necesitado por los mercenarios para atravesar esas intrincadas grutas y galerías subterráneas por donde se acercaban.

Fue ya bien entrada la mañana cuando la mujer oyó apenas una voz sofocada proveniente de la cueva: alguien disponía el asalto y sus órdenes resonaban como un murmullo enérgico entre las paredes de piedra de la gruta. Momentos después, una veintena de hombres se escurrió a través de la abertura. Venían de la oscuridad, por tanto, tardaron unos instantes fatales en acostumbrarse a la luz. Cuando todos estuvieron en la plazoleta, en cuclillas, a punto de saltar para dirigirse hacia la bóveda, Constanza, quien había levantado su brazo derecho, lo bajó violentamente; las granadas colocadas en la abertura de la gruta explotaron, sellándola casi por completo. Y empezó la balacera. Como siempre en los combates, la mujer se mantuvo serena y enfocada en la acción, en las condiciones del terreno donde sus hombres y sus oponentes actuaban, en la intensidad de la luz y la dirección en la que soplaba el viento.

Apenas se acallaron los disparos, Yelina Téllez, quien seguía recostada en la cama, abrió uno de los cajones de la mesa que sostenía el televisor, junto al colchón. Tomó una de las pastillas estimulantes que guardaba su ama junto a un revólver y un puñal,

se la tragó y saltó del lecho. Luego, usando una palangana llena de agua y frente a un espejo colgado en una de las esquinas del cuarto, se lavó el cuerpo con pereza; supuso que la escaramuza habría terminado, pronto volvería al dormitorio la cruel Constanza Urquijo, quien la comprara en Archidona tres meses atrás. Durante ese lapso, su dueña la había tratado con dureza, pero también la había alimentado todos los días, por lo que, casi contenta con su suerte, esperó su retorno para entregársele con la pasión fingida de siempre.

Cuando estuvo limpia y perfumada, le rezó a la Dañina para que su dueña no regresara furibunda, deseosa no de sexo sino de azotarla por diversión, como había pasado un par de veces, y se vistió con una túnica roja y transparente. Luego, se estiró en la cama y encendió el televisor.

Neptolemo Reyes —tras de un escritorio muy lujoso de aluminio y vidrio— fuma un puro recostado en el espaldar de su asiento. Tras de él se alza una pared cubierta de televisiones ultraplanas en las cuales, sin sonido, aparecen noticias de todo el mundo: rostros de celebridades entrevistadas, imágenes de las ciudades y escenas de guerra.

Fénix, un hombre pequeñito de barba gris, se acerca a Neptolemo y, casi inclinándose al otro lado del escritorio, dice con voz quejosa:

—He visto a Hermione y a Orestes paseando por los jardines de la mansión, jefe.

—¿Y cómo iban?

—Acaramelados, mi don.

—¡Perfecto!

—Usted ha puesto a su prometida en los brazos de su

enemigo. Todo el mundo sabe que esos dos se quieren desde niños.

—¡Que se la lleve, Fénix, que se la lleve!

—¡Pero, patrón!

—Así me libro de ella, de su padre y de todos los malditos capos del golfo.

—Usted va a quedar como cornudo, señor.

—Tú cuida tu lengua, enano barbudo. Al fin que a mí solo me importa Andrómaca. A propósito: ¿dónde está?

—En la piscina, mi don, tomado el sol.

Al oír pasos en el corredor, al otro lado de la puerta, Yelina apagó el televisor y adoptó su postura más seductora, exhibiendo los pequeños senos y el pubis. Su dueña entró al dormitorio con el uniforme de combate ensangrentado y cubierto de tierra y con el cabello sucio de sudor y polvo. Fue directo hacia la palangana y, tras desnudarse, se empezó a lavar mientras estudiaba viéndose en el espejo los golpes y las pequeñas heridas que tenía en las piernas, el torso, el cuello y la cabeza.

Yelina Téllez, en la mala luz del dormitorio, creyó ver que la imagen de su dueña, reproducida en el espejo, empezaba a ondular, como si el cristal se derritiera. Y vio luego, aterrándose, el reflejo de Constanza Urquijo transformado en el de un hombre joven, grácil, con el rostro maquillado con lápiz labial, polvos muy blancos en las mejillas y sombras negrísimas.

—Es el Asesino —se susurró Yelina, recordando las imágenes que había visto de ese espíritu malvado, asistente de la Señora del Daño.

La muchacha se supuso sufriendo una alucinación producida por la pastilla que había ingerido unos minutos antes, pero previsora y al

amparo de las sombras, extendió la mano hacia el cajón de la mesilla de noche y extrajo de él la daga guardada allí por su ama, para esconderla bajo el colchón, en el lado del lecho que ocupaba siempre.

A la mañana siguiente, tras una noche de jadeos, frotamientos, mordiscos y caricias bruscas, Urquijo se volvió entre las sábanas e intentó ahorcar a su esclava con las manos, para librarse de la mala suerte trasmitiéndosela a la muchacha. La lucha de las dos mujeres fue breve: Constanza sintió entre sus costillas un dolor imposible; sus dedos aflojaron el cuello que apretaban y solo pudo murmurar, gimiendo de miedo, antes de caer en la inconsciencia, una pregunta incomprensible para Yelina:

—Tamara, ¿eres tú?

El perfecto disfraz de Arlet Farto

Sobre la tarima construida con cajas de madera y un tablón, en cuya superficie irregular se atascaban los tacos de sus zapatos brillantes, Arlet empezó a cantar un reguetón romántico, acompañada por la música que reverberaba en los parlantes. El sonidista, con gafas oscuras y vestido con un mameluco de lentejuelas, manipulaba junto al escenario su consola distorsionando la voz de la cantante, haciéndola sonar metálica en las notas altas y con un eco grave en las bajas.

> El silencio dice más que mil palabras
> y me ha dicho de todo,
> que no vas a volver no no no.
> Te escribo estas líneas
> y no es para que vuelvas.

Arlet Farto, cegada por los dos reflectores que la iluminaban, haciendo brillar sus bragas de tela dorada y su corpiño de pedrería, no veía frente a ella las mesas cojas sobre las cuales se regaban los jarros de cerveza y las copas de licor barato. Apenas podía entrever las siluetas rodeadas de humo de los hombres del cártel de Sarabia, quienes, excitados, le gritaban bascosidades. Era capaz de oler, eso sí, el vaho de transpiración y aguardiente que percudía el aire del cabaré, pero no le importaba: podía volver locos a esos sujetos embrutecidos por el alcohol y la droga con su voz y su belleza, por eso se empeñaba en alargar las notas mientras, agachada, movía las caderas, consciente de que el público berreaba de gusto cuando exhibía sus nalgas.

> Pero nadie te va a amar como yo

oh oh no no no,
pero nadie te va a amar como yo
oh oh no no no,
no lo creo,
pero nadie te va a amar como yo.

No cantaría por siempre en esos cabarés sórdidos de Quiroz, estaba segura, porque tenía todo lo necesario para triunfar: suficiente voz, un largo cabello rubio, unas caderas rellenas con silicona y, sobre todo, una cara fotogénica que, en la luz de los escenarios, resplandecía como el rostro de un ángel.

Hace varias semanas que no nos hablamos,
me pediste tiempo, me pediste espacio,
los segundos se hacen horas
y las horas se hacen días,
y yo solo aquí en mi triste agonía.

Arlet cerró los ojos para imaginar un gran escenario de cristales dorados y luces de colores en Shine Point, esa ciudad a cientos de kilómetros de ese prostíbulo apestoso en donde actuaba, más allá de la árida meseta de Quiroz y del límite que separaba su mundo miserable de las Ciudades del Norte. Mientras su imaginación destellaba, los hombres sentados entre las sombras y el humo del local vociferaban exigiendo:

—¡Más carne!
—¡Queremos ver más carne!
—¡Muévelo! ¡Muévelo, puto de mierda!

Si un día tú decides regresar a mí,
no lo dudes porque siempre estaré aquí
y aunque he sido más que un futuro
incierto, pero es cierto lo que siento,
hasta el viento me habla de ti.

Solo piénsalo, *baby*, *please*,
aunque esto ya sea el fin uh.[1]

Apenas terminó su canción, y evitando que fuera asaltada por algunos de los hombres que silbaban y aplaudían, Graciano Dudamel se acercó a la tarima para ayudarla a saltar al piso donde la recibió en sus brazos musculosos. Casi llevándola en peso, el hombre la condujo hacia la puerta que comunicaba el salón con su camerino, un cuartucho sin ventanas.

Ya frente al espejo, Arlet se despojó del corpiño dejando desnudo su pecho plano, y luego de bajarse las bragas, se soltó el pene y el escroto comprimidos entre sus piernas con una venda elástica. Solícito, Graciano se arrodillo junto a su amante para masajearle esas carnes blandas que, aplastadas como habían estado, se veían mustias y maltrechas.

—No seas viciosa —le gruñó Arlet mientras lo apartaba—. Déjame en paz, carajo, estoy cansada.

Poniéndose una túnica y encima un sobretodo de gabardina, salió del camerino hasta el salón desde donde se escurrió hacia el exterior del local, escondiéndose en las sombras de las paredes. Tras recoger con rapidez el vestuario de su amante, Graciano Dudamel la siguió casi corriendo y ambos se perdieron por las calles sombrías de la villa de Sarabia, en cuyas aceras sus habitantes harapientos hurgaban en el polvo buscando cualquier desecho.

Llegados a la cueva en donde dormían, amoblada con un colchón, dos sillas, una mesa y una cómoda sobre la que descansaban un televisor y un reverbero de querosín, Arlet se ocupó en asegurar la precaria puerta que sellaba el acceso a la pequeña vivienda, mientras Graciano, luego de soltar las ropas de su compañera sobre el lecho y encender una bombilla de luz amarillenta, se dedicaba a calentar una olla sobre la cocineta, comentando entusiasmado:

—Los vuelves locos, mi amor, ¡eres tremenda!

—¡Calentar a un grupo de babosos borrachos! ¡Si esos pueden tirarse a sus burras! Para eso no hace falta tener talento —le

respondió Arlet, más cansada que molesta.

—Pero tú cantas y bailas y…

—En esta ciudad de mierda daría igual si solo moviera el culo y ladrara.

—Pero no siempre vamos a estar aquí.

—Apenas pueda me largo para el norte —aseguró Farto mientras se desnudaba—. Y basta de hablar, quiero comer y acostarme, ¡estoy molida!

Ya cubierta con una bata de dormir y luego de comer el plato de sopa de fideos preparados por su amante, Arlet se echó sobre el colchón y, pensando en ordenarle a Graciano que remendara la sisa del corpiño de pedrería de sus actuaciones, pues empezaba a descoserse, quedó profundamente dormida. Graciano la cubrió con una manta y, mientras veía su telenovela favorita, lavó los platos usando una cubeta de agua traída por un vecino, dueño de una bomba, quien extraía el agua del subsuelo para venderla por el barrio.

En la pantalla de la televisión se ve el borde marmóreo de una piscina de aguas azules, de ellas emerge una joven bellísima, alta, delgada y rubia, quien viste un pequeño bikini blanco incapaz de cubrir sus nalgas ni sus enormes senos. La mujer, mientras se toca entre los pechos con una toalla, secándose, suspira y hace pucheros con sus labios rojísimos, sin lograr que las lágrimas rueden por sus mejillas. Don Neptolemo, vestido con guayabera blanca y amplio sombrero color beis, se acerca a la mujer y le ofrece una copa de licor dorado y burbujeante; ella lo rechaza con un gesto:

—No llores, Andrómaca. ¡Si no tienes motivo! Toma, bébete una copa de champán.

—No sea cruel, don Neptolemo, sabe que tengo motivos de sobra para llorar: soy una triste viuda y usted me tiene apartada de mi hija y solo puedo verla una vez al día.

—Yo no soy cruel, crueles son los capos de las mafias del golfo que hundieron el cártel de tu marido…

—¡Ay, mi Héctor!

—… y que ahora quieren llevarse a tu hija para tenerla controlada: tienen miedo de que se vengue de ellos cuando crezca.

—No tengo esperanzas, entonces.

—Si quisieras… con que me dijeras dos palabras, un "sí, quiero", y yo te defendería contra todo y contra todos ellos: tengo hombres, armas, mucho dinero.

—No me mienta: si usted también es culpable del ataque al cuartel de mi marido y de su muerte.

—Tratamos de convencerle a Héctor para que compartiera las ganancias, pero era un testarudo.

—Por piedad, don Neptolemo, deje que me vaya con mi hija Estrellita, y usted cásese con Hermione, ella al cabo es la hija de su cómplice.

—¡Pero, Andrómaca, si es a ti a quien quiero!

—No… no.

—Te lo advierto: ¡así como te amo, puedo llegar a odiarte! Porque del odio al amor, hay un solo paso.

—¡Ay de mí!

—No provoques mi ira. Mejor corre adonde tu hija y, cuando la veas, ¡piensa en lo que te conviene, Andrómaca!

Quizá llegó adherido al balde traído por el vendedor de agua desde su pozo, aunque pudo también escurrirse por cualquiera de las hendijas de la puerta que mal cerraba la cueva. El alacrán, de negro y duro caparazón, recorrió los bordes de la caverna, introduciéndose en sus grietas y saliendo de ellas, subió por las patas de la mesa para explorar su tablero lleno de migas y manchones, volvió al piso y, finalmente, se acercó al colchón, trepó lento por su costado y, luego de caminar sobre el pecho desnudo de Graciano se posó en la mejilla perfecta de Arlet, quien dormía exhausta y agitada. De haber brillado alguna luz en la caverna, el escorpión sobre esa piel satinada habría parecido una joya espantosa. Probablemente la mujer sintió el cosquilleo de las patas afiladas del insecto y contrajo la cara provocando la reacción del alacrán, quien movió como un látigo la gruesa cola para clavar su aguijón en la comisura interna del ojo de su víctima.

La sorda noche de Sarabia no se alteró en absoluto con los alaridos de Arlet Farto y nadie se comidió en auxiliarlos cuando Dudamel, unos minutos después, empezó a pedir ayuda a gritos. El hombre, manoteando en la oscuridad, consiguió hallar la bombilla eléctrica colgada del techo y la encendió, con sus manos temblorosas, para dar algo de luz a la cueva.

Sobre el colchón, convulsionando como si tuviera un ataque epiléptico, se debatía Arlet cubriéndose con las manos crispadas el rostro, cuya palidez se empezaba a tornar, sobre todo en la mejilla izquierda, de un color púrpura que se oscurecía con los instantes. La piel de sus párpados se había cubierto con un salpullido áspero y exudaba un humor acuoso.

Cuando los espasmos se lo permitieron, y ayudada por Graciano, Arlet se puso de pie y trastrabilló hasta la mesa para sentarse en una de las sillas y pedir, con la voz ahogada, un vaso de agua. Su compañero se lo sirvió y, tras beber con dificultad, la mujer se apoyó en el tablero, un dolor atroz le atravesaba la cabeza en descargas eléctricas, desde los pómulos hasta la nuca.

—Ahora, aguardiente —exigió Farto, sin dejar de apretarse con las manos las mejillas, que se le empezaban a hinchar—. Aguardiente para el dolor.

Atufado y lloroso, Graciano empezó a buscar una botella de licor escondida en algún rincón de la cueva. En su búsqueda, encontró a la pequeña bestia que había picado a su amante y mientras la reventaba frenético, usando para hacerlo uno de sus sartenes, gritó:

—¡Ha sido un alacrán, un alacrán!

—¡Carajo! —berreó Arlet aterrada, pensando en que se iba a morir y nunca llegaría a Shine Point, esa ciudad del Norte para ser una estrella—. ¡Mierda, mierda, mierda!

Pero Arlet no tuvo la suerte de morir. Graciano, casi cargándola en peso, la llevó hasta el miserable dispensario de la villa y allí fue atendida por un médico viejo y por una enfermera, quien, al verla, no pudo disimular su horror: dos horas después de la picadura del alacrán, Arlet tenía toda la cara deforme; el salpullido que la cubriera al principio se había engrosado hasta convertirse en una masa de pústulas supurantes y los párpados, tumefactos casi hasta reventar, la cegaban al cubrirle completamente los globos de los ojos. La hinchazón le llegaba hasta la barbilla y sus labios, gruesos y reventados, le impedían hablar.

Arlet Farto salió del dispensario una semana más tarde, luego de que el médico la atendiera con sus pobres recursos: fomentos de mostaza y analgésicos; llevaba la cara cubierta por una venda de gasa manchada por los ungüentos con los que le habían untado el área afectada por el veneno. Graciano la condujo de regreso a su cueva; ya en ella, la mujer cayó casi inconsciente sobre el colchón y se mantuvo así, gruñendo insultos, soportando el dolor y comiendo apenas, durante siete días de sufrimiento.

Cumplida la semana, cuando ya tuvo fuerza suficiente, se levantó, con las manos temblorosas se retiró la venda manchada y, sin que Graciano pudiera evitarlo, abrió uno de los cajones superiores de la cómoda para coger un espejo de mano. Un segundo después de mirarse en él, lanzó el cristal contra una de las paredes de la cueva y, llorando a gritos, se echó de nuevo sobre el colchón, dispuesta a dejarse morir.

Dudamel, también ahogado en llanto, no pudo dejar de sentir repugnancia al ver aquello en lo que se había convertido el rostro de su amante: toda su piel, sobre todo la del lado izquierdo, tenía un

color rojizo y estaba cruzada por verdugones parecidos a cicatrices; había quedado calva desde las sienes hasta la nuca, como si le hubieran quemado el cuero cabelludo con ácido, y tenía el ojo izquierdo ciego, blancuzco y siempre abierto, pues los nervios del párpado estaban necrosados por el veneno. Graciano, inconsolable, sabía, porque se lo había anticipado el médico, que Arlet Farto se vería así ya para siempre.

Constanza Urquijo, acompañada por cuatro de sus hombres, se plantó en la puerta de entrada de la cueva cuando a Graciano y a Arlet ya se les había terminado el poco dinero que guardaban para hacer la compra; no les era posible conseguir más, pues ella no podía actuar convertida, como estaba, en un ser monstruoso, y él solo era capaz de cuidar a su amante, quien seguía postrada en el lecho; como mucho, el hombre se escapaba cuando podía de la cueva para irle a rezar a la Santa del Daño, rogándole para que no siguiera ensañándose con ellos.

La jefa de la guarnición de Sarabia entró en la caverna reventando sin miramientos la puerta. Sus hombres la siguieron; dos echaron a patadas a Graciano sobre el suelo y el otro par levantó del colchón a Arlet, para luego sentarla brutalmente en una de las sillas y atarla a ella usando unos alambres que se le hincaron en las carnes de las muñecas y los tobillos, haciéndola sangrar.

Cuando Constanza tuvo a sus dos prisioneros inmovilizados, se acercó a la mujer y, luego de mirarla un largo rato en la luz de la bombilla colgada del techo de la caverna, dijo, tocándole con repugnancia las cicatrices del rostro:

—Te llamas Manolo Farto, naciste en Echandía y has trabajado en todas las casas de putas de Quiroz. ¿Es así?

—Me llamo Arlet. Arlet Farto —respondió la mujer, sin mostrar demasiado miedo ante lo que le estaba sucediendo.

—Te haces llamar así porque te vistes de mujer.

—Me llamo Arlet y soy cantante.

—Mira, eres un puto que además de venderte, cantas. Y a mí no me importa si eres hombre o mujer, o araña.

—¿Qué quiere? —preguntó Graciano desde el suelo, con la voz ahogada por el miedo.

—¿Saben quién soy?

—Sí —contestó el hombre—, usted es la jefa de los que cuidan la bóveda del dinero.

—Esa soy. Y por eso he venido a proponerles un negocio: supongo que con esa cara ya no cantarás en el salón de las putas y estarás necesitada de dinero. ¿Te interesa?

—Depende —dijo Arlet—. ¿Qué tengo que hacer?

—Regresarás a tu cuidad, a Echandía, y allí vas a espiar para mí —explicó Constanza, encendiendo un grueso puro que había extraído de uno de los bolsillos de su chaqueta de cuero—. Hay, por lo que me han informado, un grupo de sicarios que quieren asaltar Sarabia para robar la bóveda.

—Yo no sé nada de sicarios ni de espiar. Yo soy… era cantante.

—Ahora eres un desperdicio y das asco. Y lo que te propongo es que le saques provecho a tu deformidad.

—¿Cómo?

—Irás a Echandía, allí vas a decir que yo te he torturado y que quieres vengarte de mí. Te creerán con solo verte la cara.

—¿Y entonces?

—Entonces averiguas los planes de un tal Elián Sorni, él manda el grupo ese que te dije, y me haces llegar la información.

—Pero si los dejo para venir a decirle lo que descubra, se van a dar cuenta de que los he espiado.

—Me mandarás la información por medio de tu novio, ese idiota que está en el suelo. ¿Cómo se llama?

—Graciano.

—Pues de lo que me informe Graciano depende si estoy satisfecha o no.

—Y yo… ¿Cuánto llevo en esto?

—¡Encima interesada! ¡Ja, ja, ja! Eres un puto muy vivo.

—¿Cuánto, señora?

—Suficiente como para que vivan tú y tu hombre un par de años. Necesito la información. Otra vez: ¿te interesa?

—Sí —aceptó Farto, sabiendo que no tenía otra opción: su vida como cantante había terminado.

—¡Muy bien! —se alegró Urquijo, mientras rasgaba con su mano

derecha la bata que vestía su prisionera, dejándola desnuda.

—¡Pero si ya he aceptado! —se quejó la mujer—. ¿Por qué me…?

—Verás —la interrumpió Constanza—, tienes la cara como si te hubieran torturado por días enteros, pero ni una cicatriz en el cuerpo y… esos a los que vas a espiar son desconfiados.

—¿Qué va a hacer? —gimió Graciano Dudamel desde el rincón donde se hallaba.

—Vamos a mejorarle el disfraz a tu novia —sonrió Constanza—. ¿Eres devota de algún santo?

—Yo… no.

—Pues mejor le empiezas a rezar a la vieja Incordia, ella es buena para ayudar en encargos como el tuyo.

Urquijo se quitó el puro de los labios, luego de echar una calada, y aproximó la brasa a la ingle de la cantante quien, aterrorizada, miró los gestos eficientes de su torturadora. Siseante, la lumbre se posó en la carne una y otra vez, dejando llagas del tamaño de una moneda en el pene, el escroto, las tetillas, el ombligo, las axilas… Arlet Farto gritó de una manera terrible, pero sus alaridos no inquietaron a nadie en la polvorienta ciudad de Sarabia.

1 *Nadie te amará como yo*, canción de Dyland y Lenny.

El tenebroso extravío de Habac Corda

La chica sabía lo que le esperaba: Habac Corda, cabecilla del cártel de Sarabia, iba a manosearla o a darle una bofetada, dependiendo de qué tan hambriento estuviera cuando le llevara el plato de comida. Ya era medio día. Y ambas situaciones la traían casi sin cuidado, pues las había vivido desde niña: no conocía otro mundo. Le iba peor cuando su jefe, si no tenía hambre, decidía tomarla por la fuerza o darle una paliza, para evitar el aburrimiento.

Para su suerte, a esa hora, en la villa casi callaban los motores de las bombas de los pozos horadados en la piedra de la cordillera y se acercaba el momento cuando Habac veía en la televisión su telenovela favorita: *La viuda del capo*. La muchacha esperó hasta escuchar la sintonía de la serie y, entonces, se acercó a su jefe quien, casi absorto en las imágenes proyectadas en la pantalla, solo le metió la mano áspera por debajo de la falda para apretarle las nalgas, en un gesto mecánico.

La joven se apartó del hombre y, antes de dejar la habitación, miró a su alrededor decidiendo si el lugar estaba ya suficientemente sucio como para que lo limpiara. Una capa de polvo reposaba sobre los muebles: un escritorio de metal oxidado sobre el que Corda comía y despachaba, un televisor sostenido por una mesilla de metal, un sillón y tres sillas tapizadas con cuero. En las paredes colgaban calendarios viejos, conservados por el jefe por sus paisajes idílicos, un amuleto de plata traído desde Archidona y una foto suya en la cual se le veía posar sonriente y ataviado con un traje que le quedaba estrecho, en el pasillo del centro comercial de alguna gran ciudad. Un vientecillo polvoriento entraba por la única ventana del cuarto agitando cuatro tiras de papel adhesivo colgadas del cielo raso, cubiertos con varias docenas de moscas. Los ojos de la muchacha se detuvieron, indiferentes, en su patrón: el hombre, vestido con short de mezclilla y camiseta de algodón, era ya mayor,

achaparrado y musculoso; sus hombros sostenían una gran cabeza calva; aún abstraído en la telenovela, su rostro, deformado por varias cicatrices, tenía una expresión malévola.

Mientras decidía que la habitación estaba aún suficientemente limpia, la muchacha sintió ganas de ver las imágenes del televisor; sigilosa, regresó hasta la mesa sobre la cual Corda devoraba su guiso usando una cuchara ancha de plástico, y se detuvo junto a él. El sujeto, quien la debía haber visto con el rabillo del ojo, movió de pronto su brazo izquierdo, veloz, y la golpeó con el puño en la rodilla, haciéndola gritar, mientras ordenaba:

—¡Te largas, zorra vaga! Anda a ocuparte de tus cosas.

—Perdón, patrón —se disculpó la joven, mientras cojeaba adolorida, saliendo de la habitación; el jefe del cártel de Sarabia se recostó en su sillón y, masticando satisfecho, se concentró en la telenovela.

En la pantalla de la televisión aparecen Hermione y Cleo, dos mujeres jóvenes y muy bellas, maquilladas. Ambas se cubren con albornoces de esponjosa tela de toalla y están sentadas frente a un mostrador de aluminio brillante sobre el cual unas mujeres humildes y sonrientes les hacen la manicura. Mientras retira su mano y mira sus uñas críticamente, Cleo suspira y pregunta:

—¿Vas a recibirle a Orestes? Está loco por verte otra vez.

—¡Ay, amiga! —responde Hermione—, después de como lo traté cuando me confesó su amor, me encuentra ahora burlada, humillada por el maldito de Neptolemo.

—Pero no hables así…

—¿Y cómo entonces? Neptolemo le bebe los vientos a esa zorra de Andrómaca, la viuda de nuestro enemigo. Y a mí me desprecia.

—Tu padre lo obligará a casarse contigo.

—Si a ratos ya ni quiero ese matrimonio. Pensar que Neptolemo se moría por mí y ahora…

—Un clavo saca otro clavo: ahí le tienes a Orestes, que está loquito por ti.

—¡No! ¡No! Si me muero de soberbia. A mí nadie me ningunea.

—¿Qué vas a hacer entonces, amiga?

—Que mi padre le exija a Neptolemo que le entregue a la huérfana de Héctor, a la hija de Andrómaca. Que ella sufra como yo sufro.

—En eso te puede ayudar Orestes.

—Eso bien me lo sé.

—Así pues, ¿te arreglo una cita con él?

—Lo antes posible, amiga, lo antes posible.

Era peligroso interrumpir a Habac Corda mientras veía su telenovela y tragaba sus alimentos; aun sabiéndolo, la muchacha entró en el despacho, secándose en la ropa las manos con las que había estado fregando los pisos. Casi corrió hasta el escritorio de Corda y, vocalizando con dificultad por el miedo, empezó a hablar.

—¡Mi don! ¡Mi don! Manda a decir la señora Constanza, la de la bóveda, que…

—¡Carajo, puta de mierda! —la interrumpió Corda, sin apartar su mirada del televisor—. ¡Por nada te debes entrometer cuando estoy viendo la telenovela!

—¡Pero, mi don…!

—¡Nada! ¡Te largas!

—¡Pero es que…!

La joven no pudo continuar: su patrón, levantándose de un salto, tiró su plato contra el cielo raso y, agarrándola por el cuello con la mano izquierda, le introdujo en la boca la gruesa cuchara de plástico que sostenía con la derecha, reventándole los labios. El utensilio se hincó en el paladar blando de la muchacha, cortándole la carne y asfixiándola. Habac, bufando furioso, dejó de empujar su arma improvisada solo cuando su víctima fue incapaz de manotear y hasta de estremecerse y cayó al suelo.

—¡Gran puta! —la abroncó entonces el caudillo del cártel de Sarabia—. ¡A ver si así aprendes a cumplir lo que se te manda!

En ese momento empezó, a lo lejos, una balacera y entraron a su despacho sus hijos Lisandro e Hipólito: dos hombres ya no demasiado jóvenes, tan bajos y musculosos como él, menos calvos, igual de brutales, pero incapaces de su astucia; ambos vestían bermudas, camisetas de algodón de colores y calzaban sandalias de caucho.

—Se están disparando cerca de la bóveda, papá —dijo Lisandro.

—¿Quiénes? —preguntó el padre.

—Los hombres de doña Constanza.

—Eso ya me supongo, idiota. ¿Quiénes están atacando la bóveda?

—No se sabe, pa —reconoció Hipólito—. Son un grupo bien armado que apareció por una de las cavernas, a unos cien metros de la fortaleza del dinero.

—Habrán descubierto un camino para entrar por las cuevas —concluyó Habac, y dispuso—: envíen un grupo de nuestros hombres a defender la bóveda. Ustedes dos, con seis de los nuestros, vienen conmigo al lugar donde se están dando bala.

—Pero, papá —protestó Lisandro—. ¡Eso no es asunto nuestro! ¡Qué se maten entre ellos!

—¡Qué se maten! —lo apoyó su hermano.

—¡Par de imbéciles! —gritó el padre—. ¿No se dan cuenta? Hay también dinero nuestro en la bóveda, ¡si no ayudamos los otros cárteles creerán que el asalto es asunto nuestro! ¡Vamos!

—¡Yo no voy! —se resistió Hipólito—. ¡Qué crean lo que les dé la

gana!

—¡Qué par de bestias tengo por hijos! —se quejó Habac Corda, mientras se acercaba a su escritorio para sacar de uno de sus cajones una pistola—. Si los otros cuatro cárteles nos atacan, se nos acaba el negocio. ¡Se acaba todo! ¡Vamos!

Y salió corriendo de su despacho hacia los bajos de su vivienda, no sin antes enfrentar un mal augurio que le obligó a tragar un bocado de saliva: alrededor de la cabeza de la muchacha tendida en el piso se había reunido una docena de cucarachas. Los insectos, sin trepar por su cabellera revuelta, la rodearon como si fueran una corona repugnante.

Diez minutos después, y mientras se escuchaba una serie de detonaciones, Corda, sus dos hijos y cuatro de sus hombres, todos completamente armados, llegaron al lugar del combate para descubrir que la lucha allí había terminado: los hombres de Constanza Urquijo perseguían a los asaltantes por las calles empinadas y estrechas alejándose hacia la periferia de Sarabia, y la boca de la gruta por la cual Sorni y sus hombres habían penetrado a la villa, ya abandonada por los combatientes, estaba siendo atravesada por una partida de migrantes, quienes, en la confusión de la balacera, intentaban escapar; se trataba de una docena de hombres semidesnudos, con las espaldas marcadas por los verdugones reventados en sus carnes por el látigo de sus captores.

Habac Corda, ante el riesgo de perder una buena parte de su mercancía, gritó a sus cuatro sicarios:

—Quédense aquí, no dejen que nadie más se meta en la cueva. Cuando las cosas se aquieten, y si no hemos salido, entren a buscarnos.

Y el jefe del cártel de Sarabia, atravesando la hendidura abierta en la roca, y que los hombres de Urquijo habían tratado de sellar en vano, ordenó a sus hijos:

—Hipólito, Lisando, vengan conmigo. Dejen aquí sus fusiles, allá adentro solo van a ser estorbos. Lleven sus pistolas y sus machetes.

Los tres Corda, unos minutos después, caminaban tropezando en la oscuridad, en pos de los migrantes huidos, quienes, también a tientas, escapaban arrebatados por su desesperación. Tras

deambular por unos pasadizos erizados de rocas puntiagudas, Corda y sus hijos llegaron a una gruta enorme en cuya cúpula se abrían unas cuantas hendiduras por las cuales penetraban unos inciertos rayos de sol. Los tres hombres se miraron, en esa luz escasa: pálidos y rodeados de rocas, parecían fantasmas. Asustado, Habac no reconoció a sus hijos en esos seres con apariencia de figuras esculpidas con piedra caliza y, apretando la empuñadura de su pistola, barbotó una oración, mientras recordaba las cucarachas que habían orlado la cabeza de su criada exánime.

—Patrón, Patrón —invocó a la divinidad de los sicarios—. Si me libras de esta, te sacrifico un perro en tu altar, y en la fiesta de este año te juro gastar el doble que el año pasado. El triple, más bien, si me sacas de aquí.

—Padre —pidió Hipólito, despavorido, mientras giraba la cabeza hacia uno y otro lado—. Estas son cuevas de la Dañina. Todo lo oscuro es de la Dañina. ¡Vámonos, salgamos! Aquí apesta a muerto.

Un gas hediondo, surgido de las profundidades de las cavernas, empezó a envolverlos. Los tres hombres, temiendo asfixiarse, corrieron alejándose de la gruta iluminada y se extraviaron, otra vez, en los pasadizos tenebrosos, llenos de recovecos. Pronto, los Corda habían perdido sus sandalias en el suelo irregular y caminaban lastimándose los pies. Hipólito, además, en una de sus caídas, se había cortado la frente con la arista de una piedra y sangraba mucho.

—Padre , salgamos —pidió el herido—. En estas oscuridades no vamos a hallar a esos malditos que se escaparon.

—Es verdad, padre —lo apoyó su hermano—. Sáquenos de aquí. Si quiere, regresamos después con linternas y más hombres.

—¡Cobardes! —los insultó Habac—, ¿quieren regalar mi dinero? Tengo dos hijos cobardes. ¡Si solos no pueden hacerse respetar, sus propios hombres van a matarlos apenas puedan!

—Pero si no podemos seguir así, a oscuras —se quejó Hipólito, quien se había sacado la camiseta que usaba para envolverse con ella la cabeza y restañar así su herida—. Tengo la frente abierta por una puta piedra y me desangro.

En ese momento, los tres hombres vieron, a lo lejos, en el

pasadizo que recorrían, una leve luz amarillenta. Habac Corda les susurró a sus hijos:

—Serán los que se nos escaparon, deben haber encontrado una linterna o una vela traída por los que intentaron el asalto de la bóveda.

Sigilosos, los tres Corda se arrastraron hacia la pequeña luz que temblaba en la distancia; iban encogidos, apoyándose en las manos y en las rodillas y sintiendo cómo las aristas de las piedras se les hincaban en las carnes. Para su horror, Lisandro palpó el lomo escurridizo de una salamandra y supuso que la sangre de su hermano atraería a unas posibles bestias de las sombras, dispuestas a devorarlos.

—No vayan a disparar —susurró Habac—, las balas de rebote podrían matarnos: usen sus machetes.

Llegaron a una gruta abierta en las rocas, en su centro titilaba una vela encendida y no pudieron ver a nadie alrededor de la luz. Cuando intentaron acercarse a ella para tomarla, alguien sopló sobre la pequeña llama; los migrantes que habían estado buscando cayeron sobre ellos, desde las tinieblas, y los golpearon con piedras hasta dejarlos inconscientes. Habac, haciendo un esfuerzo enorme, alcanzó a descargar un tajo con su machete, que seccionó un antebrazo. No fue capaz de soltar un segundo golpe.

Cuando los Corda recuperaron el conocimiento, se descubrieron desnudos sobre el piso áspero. Los fugitivos habían usado sus ropas para atarlos y, tras encender de nuevo la vela, los miraban acuclillados a su alrededor. Eran hombres de rostros enloquecidos por el dolor y el miedo; como todos los migrantes, tenían el cabello rapado y sus ojos destellaban en la penumbra.

—¡Hijos de puta! —los insultó Habac—. ¡Mejor nos sueltan, ya mismo entran a estas cuevas mis hombres! No tienen por dónde escapar.

Los migrantes se mantuvieron en silencio, acurrucados unos contra otros en los bordes de la caverna donde habían atrapado a los Corda. De rato en rato, uno de ellos se levantaba y, como si cumpliera una acción llena de gozo, iba hasta sus cautivos y empezaba a patearlos con furia o a golpear sus miembros con una

de las piedras que usaran para atacarlos.

Solo Habac soportaba el tormento sin una queja, mordiéndose los labios o insultando a sus atormentadores; Hipólito y Lisandro, para vergüenza de su padre, chillaban pidiendo piedad durante el castigo y, aun después de los golpes, seguían gimiendo aterrados. Luego de un rato largo, los migrantes apagaron la vela y siguieron, en la oscuridad, el tormento de sus antiguos dueños.

Muchas horas después de su captura, Habac Corda sintió unas manos que bregaban por desanudar la camiseta con la que le habían atado los brazos, mientras, en un susurro, su hijo Lisandro le advertía:

—Padre, me pude soltar. Los migrantes están dormidos, creo: los oigo roncar.

—¿Y tu hermano?

—Ya está libre. Si nos escapamos corriendo por uno de los pasadizos, no podrán dar con nosotros en la oscuridad.

El viejo Corda se dio cuenta de que estaba muy golpeado, tenía las rodillas lesionadas y dudaba de su capacidad para correr. Si los perseguían, sus hijos iban a poder huir, mientras él quedaría rezagado, como mucho podría entretener a los fugitivos mientras Hipólito y Lisandro escapaban. Pensó rápidamente y dispuso:

—Dejen que me acerque a la boca del corredor por donde llegamos, para guiarlos hacia allá silbando en la oscuridad. Cuando esté en posición, los llamo.

El viejo se arrastró tanteando el suelo hasta dar con la entrada al pasadizo; llegado allí, tomó unas piedras del suelo y las lanzó, con toda su fuerza contra las oscuridades de la gruta, seguro de que algunas golpearían a los migrantes, despertándolos. Mientras tiraba sus proyectiles, Habac empezó a gritar:

—¡Se escapan! ¡Los malditos se escapan!

Y mientras los fugitivos encendían la vela y caían sobre sus dos hijos, gritando insultos y blandiendo rocas, el viejo se escurrió por los túneles y las galerías abiertas en la peña, seguro de que los minutos demorados por los migrantes en matar a Lisandro e Hipólito le iban a permitir alejarse lo suficiente como para esperar, oculto en cualquier hendidura, la llegada de sus hombres, quienes tarde o

temprano empezarían a buscarlo.

Cuando los sicarios del cártel de Sarabia encontraron a su jefe, varios días más tarde, empezaba ya a podrirse: había muerto con una sonrisa de triunfo en los labios. De los doce migrantes fugitivos nunca más se supo. Quizá esos hombres desesperados murieron de hambre y de sed en el laberinto de galerías y túneles; quizá, alumbrando esas tinieblas con sus sueños incandescentes, pudieron escapar desde las entrañas de las rocas hacia la libertad.

… Sarabia es la villa más alejada de las rutas de tráfico, se enroca en una estribación abrupta de la Última Sierra, adherida a un alto farallón y rodeada por un anillo de piedra rojiza que la hace invulnerable a cualquier asedio. Tan cerca está de la cordillera que el río Sacramento, que la atraviesa, pasa por debajo de sus cimientos —por una serie de profundas grutas— y brota a la superficie a sus afueras, un par de kilómetros más allá de la muralla que la circunda.

Para beber, sus habitantes cavan pozos barrenando el suelo pétreo hasta el cauce oculto del río y extraen el agua usando bombas, cuyos motores a gasolina roncan todo el día y llenan el aire de esmog. Son máquinas viejas, remendadas una y otra vez, que apenas pueden succionar el líquido suficiente como para abastecer a la población. Quizá por eso, por esa escasez, quienes viven en Sarabia son de naturaleza ruin, tacaña y codiciosa.

Su ruindad probablemente se debe también al hecho de que, en la ciudad y gracias a un acuerdo inestable de los cárteles de Frontera, se acaudala, en una bóveda vigilada por un pequeño ejército mercenario, una parte importante del dinero que aquellos han generado con su comercio atroz. Con esa gran cantidad de efectivo depositada en Sarabia se ha favorecido una paz, si bien precaria, entre las organizaciones criminales, pues funciona como una especie de caución que contiene —a duras penas— a unos y otros. Antes del acuerdo todos pugnaban por controlar las rutas del tráfico y se robaban mutuamente dinero y mercancías. Las escaramuzas entre los cinco grupos de traficantes no han desaparecido, pero todos se moderan por el temor de perder la

parte que les pertenece del dinero encerrado en la bóveda de Sarabia.

¿Será el padecer de sed y vivir en la pobreza, alrededor de un tesoro como el que custodia la villa, lo que ha hecho a sus habitantes codiciosos y miserables? Guardan, ellos también, cada centavo que pueden rapiñar, cada pequeña monedita de cobre, en bolsas de yute encerado que entierran bajo sus viviendas. Y para ahorrar todo lo que pueden, viven en covachas o en cuevas horadadas en las peñas. Se dan por satisfechos con un jergón para dormir y un par de taburetes como todo mobiliario, visten ropas raídas que hacen durar años y comen malamente: no es raro verlos pelear, en las accidentadas aceras de sus calles, por un trozo de carne correosa o medio cubo de agua.

Pasan hambre y casi se diría que lo hacen con gusto. Por eso tienen todos —hombres, mujeres y niños— las pieles renegridas pegadas a los huesos, los ojos hundidos e inyectados de sangre, los cabellos pajizos y descoloridos. Nunca se les oye hablar en voz alta, menos aún cantar y jamás ríen: murmuran y se gruñen mutuamente.

Sus ofrendas al Patrón o a la Dañina son tan míseras como ellos y las hacen con rabia, solo por el temor que los Santos les inspiran. No hay ministros ni templos protestantes en la ciudad y solamente se levanta en ella —en su lugar más alto— una iglesia católica sucia, de bancas desvencijadas y pocas imágenes, regentada por frailes mendicantes quienes se gozan en la pobreza y el hambre de esas gentes consumidas por la angurria.

El cártel de Sarabia se dedica al tráfico de migrantes y solamente sus hombres viven en la villa con holgura: traen de fuera alimentos, mujeres rubias de carnes rozagantes venidas de la Tierras del Sur, litros y litros de aguardiente de los trapiches de la costa. Festejan, beben, bailan, fornican y se atragantan con viandas especiosas mientras los nativos de la ciudad los miran con ojos enrojecidos y ávidos, esperando que en el paroxismo del jolgorio dejen caer al suelo un muslo de pollo mordido u olviden una botella con un saldo de licor sobre el suelo pedregoso.

Una vez al año, los monjes mendicantes hacen una celebración

para honrar a la Virgen de su iglesia, Santa María del Consuelo, y suman a la ceremonia al Patrón y a la Santa del Daño. Cantan al amanecer una misa a la que asisten unas cuantas viejas, luego visten a las tres imágenes —que durante meses se empolvan olvidadas en el templo— con trajes de papel brillante y las llevan en procesión por las calles empinadas y pedregosas de la villa, por sus plazas polvorientas hasta la muralla de roca roja que la rodea. Son pocas las que acompañan al cortejo: un puñado de mujeres descarnadas, harapientas y llorosas. La mayor parte de las gentes de Sarabia salen a las puertas de sus casuchas o a las bocas de sus cuevas para ver pasar la comitiva y, apenas tienen a las imágenes de espaldas, escupen con rabia en el suelo maldiciendo a Dios, a la Virgen y a los Santos, a su suerte y a la ciudad…

Fragmento de *Naturaleza, política y moral de la Región de Frontera,*
monografía escrita por Homero Benet, periodista.

EPISODIOS DE LA CAÍDA DE LA CIUDAD DE ECHANDÍA

Los venenosos susurros de Andreu Solé

Para alimentar su rabia, Andreu Solé aún podía reconocer a su odiado enemigo en esa bella ruina agonizante: Alén Tocornal, quien moría no como un guiñapo sino transformado en un ángel terrible; su cuerpo, antes fornido, estaba pálido y esquelético pero su poderosa osamenta persistía bajo la piel marmórea. Más que morir, parecía que el viejo guerrero se iba a petrificar.

Y Andreu Solé, jorobado, tuerto y rengo, odiaba esa belleza. Siempre la había detestado, desde el lejano asalto a Urdaneta cuando, acompañando a Eroldo Guy, jefe de los traficantes de Echandía, había participado en los combates entre cárteles, en una época anterior al acuerdo que, estableciendo la bóveda de Sarabia, había logrado la paz en la Región de Frontera.

Aún le dolían los latigazos. Harto de pelear en unas escaramuzas desordenadas en las cuales se desperdiciaban las municiones, disparando contra unos enemigos tan torpes como ellos, Andreu había intentado soliviantar a sus compañeros para que desobedecieran a Guy y dejaran la lucha. Alén Tocornal, por eso, le había cruzado con su fusta la cara varias veces, con furia. Aún le dolían los latigazos.

Los sicarios del cártel de Echandía, quienes habían vivaqueado incómodos durante varias noches en las afueras de Urdaneta, almorzaban desanimados, percibiendo con asco el hedor que traía el viento desde la ciudad que sitiaban sin éxito alguno, cuando Andreu había empezado a burlarse de su jefe y de Alén, preguntando:

—¿Qué será? ¿Estará enojada la parejita, y por eso nos tienen aquí al resto de nosotros, oliendo esta peste y soportando el sol?

Todos lo sabían: Guy y Tocornal, su lugarteniente, eran amantes y se peleaban con frecuencia, por las infidelidades del jefe, aficionado a seducir jovencitos. Entre ellos eran frecuentes los gritos y hasta los golpes. Por eso las pullas de Solé, sumadas a las fatigas

de la lucha, acicateaban el descontento entre los hombres del cártel de Echandía.

Alén, quien lo había oído, de un salto estuvo a su lado y, luego de golpearlo con el mango de su fusta en el pecho, lo levantó agarrándolo por el cuello, con la mano izquierda, y lo tiró al suelo para, finalmente, azotarle la cara una y otra vez, hasta que las facciones torcidas se le cubrieron de sangre.

Habían pasado más de quince años del incidente, las guerras entre traficantes eran cosas del pasado y ya nadie tenía memoria del sitio de Urdaneta; solo Andreu Solé recordaba esos incidentes, cuando sentía un escozor imaginario en las mejillas y se tocaba, con las yemas de los dedos, las cicatrices dejadas por los fuetazos.

Alén, quien dormía inquieto y respirando con dificultad, se revolvió sobre la tumbona en la que agonizaba y el jorobado se aproximó a él, atravesando el patio interior pavimentado con piedras lajas y rodeado por paredes enlucidas con cal, brillantes en el sol y en las cuales se abrían varias ventanas enrejadas de cuyos antepechos colgaban macetas llenas de claveles rojos y blancos. Cuando estuvo junto al moribundo, lo miró con una alegría torva y, sin demasiada diligencia, le cubrió mejor con su manta antes de regresar a la silla que ocupaba en una esquina techada del jardín, en donde se entretenía viendo televisión.

En la pantalla del televisor se ve a Hermione en un bar lujoso en cuyas mesas varias parejas de jóvenes beben cócteles, los hombres van vestidos con smoking y las chicas llevan trajes largos de seda adornada con pedrería. Un camarero con uniforme se acerca obsequioso a la muchacha apoyada en la barra, y le sirve un coctel verde adornado con guindas del mismo color. Entra al local Orestes, vestido también de etiqueta, y se aproxima a la mujer, quien lo saluda preguntando:

—¿Será que no me has olvidado, querido?

—¡Olvidarte yo! —dice el joven, torciendo el gesto con amargura— ¡Yo, que por tu rechazo me he dedicado a buscar la

muerte en los deportes más peligrosos y cumpliendo las misiones suicidas que me han ordenado los capos del golfo!

—No me recuerdes el pasado —implora Hermione—. Bastante he pagado mis desdenes.

—Enamorándote de Neptolemo, que no te ama.

—No le eches sal a mi herida, Orestes. Contigo aprendí el poder del amor, siquiera por eso, apiádate de mí.

—Neptolemo está enamorado de…

—¡No la menciones, que ella es enemiga de mi padre y de los demás capos del golfo!

—Huyamos tú y yo, Hermione, podremos vivir lejos de todo y de todos, en un paraíso perdido.

—Mi deber de hija no me permite dejar a Neptolemo. Solo me iré si él me lo manda.

—Pero podría querer que te fueras, para casarse con Andrómaca.

—¡No me la nombres! ¡No nombres a la viuda de nuestro enemigo!

—Dios, qué situación. ¿Qué podemos hacer?

—Ve donde Neptolemo y oblígale a que se decida —exige Hermione, apartándose de Orestes para abandonar el bar—: me cumple y acaba con la viuda y su hija, o me deja libre para irme.

—Te vendrás conmigo, Hermione —dice Orestes, quien se ha quedado solo—. Neptolemo solo tiene ojos para Andrómaca.

Estará feliz de que yo le libre de ti y de su promesa de casarse contigo.

Eroldo Guy entró abriendo la puerta de hierro forjado que comunicaba el patio con el interior de la casa. Era un hombre de mediana edad y largo cabello rubio, se conservaba delgado, vigoroso; tenía una belleza delicada, que resaltaba delineándose los ojos y pintando, ligeramente, sus labios de color rosa pálido; iba vestido con un pantalón de paño negro y un suéter de cachemir celeste; llevaba en el cinto, en una funda de cuero, un gran revólver bañado en oro y con las cachas de marfil: a cada una de ellas la adornaba un rostro prefecto.

—¡Te largas! —le ordenó a Solé—. Quiero estar a solas con Alén.

El jorobado, sin decir una palabra, se apartó del agonizante y de su jefe para perderse en la sombra de la puerta que se abría al patio; pero no entró en la casa, permaneció escondido tras la jamba, para espiar a los dos hombres, quienes, estaba seguro, le entretendrían con sus arrumacos quejosos.

Contra lo esperado por Solé, Eroldo Guy no despertó a su amante ni se dedicó a mimar con tristeza ese cuerpo que había deseado tanto y por tantos años. Permaneció erguido junto a la tumbona durante unos minutos y luego, llorando, desenfundó su revólver dorado y descerrajó un tiro contra el pecho de Alén Tocornal. Andreu, sobresaltado en un principio por lo que acababa de ver, terminó por sonreír en la sombra, y luego se introdujo, rumboso, en la casa del jefe del cártel de Echandía, mientras le rezaba a la Icordia, la perversa compañera de la Santa del Daño:

Haz que mi odio brote, Incordia,
en las uñas de los que odio,
en sus bocas y narices,
y en el fondo de sus tripas.

Los funerales de los sicarios, en la meseta de Quiroz, eran siempre

ceremonias excesivas: se hacían grandes comilonas, se contrataba a cantantes y grupos musicales para tocar canciones tristes y se bebía con abundancia, ante los cuerpos de los fallecidos depositados en catafalcos cubiertos de adornos y rodeados por las armas que en vida habían usado. A los muertos era común vestirlos con sus mejores trajes y adornarlos con sus joyas: mancuernas, anillos y cadenas de oro. En vida, los hombres confiaban a sus compañeros lo que deberían colocar sobre sus sepulcros. Algunos optaban por lápidas de metales dorados y vidrio, similares a vitrinas, en las cuales se enmarcaban fotos suyas a todo color, otros querían monumentos funerarios levantados con sus armas soldadas formando grandes cruces metálicas, y no pocos exigían encima de sus tumbas esculturas cromadas de la Dañina o del Patrón, así esos santos poderosos los acompañarían en su tránsito por los parajes en donde habitan los muertos.

Ante la extrañeza de todos en Echandía, Eroldo Guy quiso unas exequias completamente distintas para su amado Alén Tocornal. Le ordenó a Luis Luna, su lugarteniente, que en el claro de un bosque cercano a la villa se levantara una pira, con leñas resecas; sobre ella hizo colocar el cadáver de su amante, armado como si partiera a un combate, vestido con un traje de seda blanca y maquillado con primor; en presencia de todos sus sicarios, se cortó el largo cabello rubio y lo echó sobre el pecho del muerto, luego regó la madera y el cadáver con varias botellas del más aromático de los aguardientes y, finalmente, encendió el túmulo que flameó por una día, reduciendo las carnes y los huesos de Alén a cenizas. Varios conjuntos de reguetón —seis cantantes con sus sonidistas— tocaron todo el tiempo, mientras las llamas ardían, interpretando canciones sincopadas que hablaban de amores y de pérdidas.

Muy temprano, en la niebla de la mañana siguiente, Eroldo Guy recogió los restos carbonizados de su compañero y llevándolos en sus manos caminó, solo y lloroso, hasta la ribera del río cuyo cauce corría alrededor de la ciudad de Echandía, mientras le rezaba al Patrón por ese hombre que tantos muertos le había ofrendado en vida.

Cuando estuvo en las orillas del río Aullador, y se disponía a

echar los restos de Tocornal a la corriente oscura y rápida, una mujer flaca y harapienta se le acercó; llevaba de la mano a una niña, también cubierta con una bata desgarrada. La pequeña lo miraba todo con ojos resplandecientes.

—¿Son las cenizas de un muerto? —preguntó la mujer.

—No te importa —gruñó Guy, molesto—. ¡Lárgate!

—Deja que mi hija vea cómo se arruinan los hombres.

Algo en el rostro de la niña estremeció a Eroldo, quien, aceptando la presencia de la mujer y de su hija, preguntó:

—¿Cómo se llama la pequeña?

—No tiene ni tendrá nombre, pero la conocerán como La Huérfana. Óyelo bien: la conocerán como La Huérfana.

Eroldo Guy echó los despojos de su amante al río Aullador, en cuyas aguas feroces halló Tocornal su último reposo; durante un par de minutos, recordó los tiempos intensos compartidos, los de los ardores y los de la ira. Al volverse, para regresar a la ciudad, se halló solo: la mujer y su hija, La Huérfana, habían desaparecido.

La última venganza de Andreu Solé, iniciada durante el funeral de su enemigo, continuó cuando el jorobado fue, como todas las semanas, al consultorio de Paquito Turión, el sobador más conocido de la villa. Iba a visitarlo con frecuencia pues necesitaba que le diera masajes en la espalda contrahecha y en las piernas torcidas, cuyas articulaciones le dolían casi a diario.

Turión era un hombre calvo y pequeño de intensos ojos azules, tenía unos brazos poderosos y desproporcionados a su estatura y conocía todo sobre las coyunturas, los músculos y los tendones del cuerpo humano. En un lugar como Echandía, donde las reyertas y los enfrentamientos eran tan comunes, el sobador tenía siempre trabajo arreglando lesiones en brazos, rodillas, hombros o piernas.

El consultorio en donde Solé se introdujo ocupaba toda la planta baja de una de las casas blancas y cuidadas del centro de la ciudad, era un local lleno de catres cubiertos con sábanas en cuyas superficies yacían los lesionados; entre ellos circulaba Paquito sobando miembros y amasando articulaciones, mientras un par de sus asistentes se dedicaba a aplicar paños sobre los miembros magullados de los dolientes.

Turión condujo a Andreu hasta un reservado, donde el hombre se desvistió quedando contrahecho y en calzoncillos para luego tenderse boca abajo sobre un catre. El sobador empezó la cura mientras su paciente, quien sufría con los masajes, gruñía apretando los dientes y, a momentos, estallaba en imprecaciones:

—¡Carajo! Hoy tienes la mano pesada, Paquito. ¡Carajo!

—No se queje tanto, jefe —bromeó el hombrecillo, forzando la articulación del hombro de Solé—. Peor está don Tocornal.

—Mientes, Paquito. A ese ya no le duele nada.

—Mire, mi don, yo no soy chismoso. Usted sabe que yo no soy chismoso, pero aquí llegan tarde o temprano todos los que viven en esta villa y…

—¿Y qué?

—Que me van diciendo cosas.

—¿Qué cosas? Desembucha.

—Que su jefe, don Eroldo, lo mató al finado que usted acaba de mentar.

—Eso lo sabe todo el mundo. Lo mató por la pena que le daba verlo sufrir.

—Pero, don Solé, es que dicen que no lo mató por pena…

El jorobado calló un momento, fingiendo que luchaba por contenerse y no hablar. Luego, simulando también que sucumbía a las ganas de soltar un chisme, murmuró:

—Es verdad, Paquito. Yo vi todo. ¡Pero no se lo digas a nadie, entendido!

—¡Ay, mi don! Ya sabe que yo no ando en habladurías.

—Pues tienen razón los que eso dicen —susurró Andreu, seguro de que el cuento, inventado por él mismo y puesto a circular ya durante el funeral, estaría pronto en boca de todos, gracias al sobador—. Eroldo lo mató porque Tocornal lo iba a traicionar.

—¡Pero si los dos eran pareja, todo el mundo sabía eso!

—Precisamente: los peores odios son los que hay entre los que más se han querido.

—Pero si don Alén estaba enfermo —protestó el sobador, hundiendo sus dedos entre los músculos agarrotados de su cliente, quien se retorció de dolor.

—¡Enferma tu abuela, Paquito! Estaba bueno y sano, se hacía el enfermo para poderle traicionar: quería quedarse con el negocio.

—¡Ay! —sentenció Turión, entornando los ojos—. Caras vemos, corazones no sabemos.

Dos días después de su visita al consultorio del sobador, Andreu Solé se encaminó, ya al anochecer, hacia el Salón Cariño, el prostíbulo más concurrido y vistoso de la ciudad: un edificio de tres plantas con las paredes pintadas de rosado y el techo cubierto con tejas vidriadas de color dorado. Para ese momento, ya todos en Echandía hablaban, en susurros, del crimen de Eroldo Guy y de la fallida traición de su amante de tantos años.

El jorobado entró al salón, se dirigió a la barra, cubierta con cristales de colores que irradiaban una luz intensa y, acodándose en ella, fingió escuchar a los integrantes del conjunto de reguetón, quienes tocaban al fondo del local, sobre un escenario luminoso, estrecho y adornado con bambalinas. El sonidista, incansable, hacía sonar estruendosamente su consola, mientras la vocalista, gorda y apasionada, cantaba sobre amores y traiciones.

Dos muchachas, con el cabello teñido de rubio se acercaron a Solé, ondulando las caderas poco cubiertas con unas faldas de hilos dorados, tenían los cachetes y los senos maquillados con polvos surcados por el sudor. Ambas olían a colonia y reían.

—Yo soy Margoth y mi amiga se llama Heidy —se presentó una de ellas—. ¿Quieres pasar un rato rico?

—¡Claro! —respondió Andreu, luego de soltar una carcajada que le torció aún más las facciones.

—¿Y con cuál de las dos? —indagó Margoth, coqueta.

—Con ambas —dijo el hombre—. Vengo caliente.

—¡Ay, papá! —rieron las chicas, mientras conducían a su cliente hasta una de las piezas alineadas tras del escenario.

Llegados al cuarto, amoblado con una cama y una mesa de noche sobre la que descansaba una jofaina, Solé cerró la puerta y sentándose en el lecho echó, mentalmente, una moneda al aire: Cara, Margoth y cruz, Heidy. Decidió que fuera esta última y la agarro por la cintura, sin levantarse.

—¿Vas a poder con ambas? —bromeó Margoth—. ¡Por lo visto

eres tremendo potro!

La risa de las dos mujeres se cortó en seco cuando Andreu sacó de la funda su cuchillo y, agarrando a su víctima por la cabellera la obligó a arrodillarse frente a él, antes de degollarla con un tajo exacto que le seccionó la carótida, mientras ordenaba a la otra prostituta, que intentaba gritar:

—Y tú te callas, si no quieres que te haga lo mismo.

A la chica le fallaron las piernas y cayó sentada sobre el suelo regado con la sangre que brotaba a borbotones por la herida abierta en el cuello de Heidy.

—Pero… ¿por qué? —indagó aterrada, con un hilo de voz.

—Y avísale al resto de tus compañeras —le contestó, mintiendo, el jorobado—: esto le pasa a tu amiga por ayudar a los que tratan de traicionar a don Eroldo. Él no se anda con tonterías, ¿entendiste?

Sonriendo, con su boca torcida, Solé levantó el cuerpo de Heidy, lo lanzó sobre la cama y limpió la hoja del cuchillo en su cabellera teñida; luego se aproximó a Margoth, quien lloraba en silencio y, tras propinarle una patada en el costado que la hizo rodar por el suelo, le insistió:

—¿Entendiste? Adviérteles a las otras putas, ¡adviérteles a todas! ¡Dile a todo el mundo!

Luego, con calma, dejó la pieza para atravesar el salón sobre cuya pista unas pocas parejas se sacudían al ritmo del reguetón, al pasar junto a la barra tomó un vaso grande y salió del prostíbulo. Caminó por las calles de la ciudad, hasta encontrar un vendedor ambulante de comida, quien asaba hamburguesas en un brasero montado sobre un carrito de metal; compró dos y, al amparo de un soportal, quebró el vaso que llevaba en la mano e introdujo los cristales rotos en la carne. Finalmente, se dirigió a una casa, en la zona donde vivían los sicarios del cártel, y allí echó los trozos de alimento llenos de vidrios a un par de perros que, al ver su sombra, se habían acercado a la puerta enrejada ladrando.

A la mañana siguiente, como si fuera una casualidad, Solé hizo por encontrarse con Luis Luna, un joven, fornido y violento, quien, por la enfermedad de Tocornal, se había convertido en la mano derecha de Eroldo Guy. Lo halló en una venta del mercado donde los

hombres del cártel se reunían para desayunar.

—Mala cara te veo, Luisito —saludó el jorobado, sentándose a la mesa donde el joven empezaba a devorar su desayuno—. ¿Qué te está pasando?

Luna no respondió. El vocerío del mercado, atiborrado de vendedores y clientes, quienes discutían, furiosos, sobre el precio de los productos, hacía difícil la conversación, sin embargo, Andreu insistió:

—No me digas: todavía estás triste por la muerte del novio de tu jefe. ¿Será que te gustaba, también?

—¡No me jodas, rengo! —gruñó el joven—. No estoy para chacotas.

—Pero, ¿qué te pasa?

—Anoche les dieron carne con vidrio molido a mis perros. Los he tenido que matar esta mañana.

—¡Mierda! —murmuró Solé—. El que está jodido eres tú.

—¿De qué hablas?

—Eso te han hecho para poder entrar a tu casa sin que los animales hagan alboroto. Te quieren matar.

Luna empujó el plato que tenía delante y, encarándose con Andreu, le ordenó, mientras empezaba a levantarse de su silla:

—Si algo sabes, tullido de mierda, ¡mejor me cuentas todo! ¡Todo!

Solé, quien había previsto la reacción del joven y tenía ya la pistola apuntada hacia su acompañante, por debajo de la mesa, levantó el percutor del arma; el mínimo chasquido que produjo detuvo en seco a Luna; el joven palideció, mientras murmuraba:

—Tranquilo, Solé, tranquilo.

—Te voy a contar, Luisito —sonrió Andreu, mientras su acompañante volvía a sentarse, lentamente, en su silla—. Y solo porque me caes bien: a don Eroldo alguien le ha metido venenos en la cabeza.

—¿Lo han envenenado?

—¡No, idiota! Le han metido ideas: cree que lo van a traicionar, que alguien quiere quitarle el mando del cártel.

—Y creerá que es asunto mío —concluyó Luna, engañándose—, y

por eso me quiere matar.

—Hay muchos rumores. Solo oye lo que dice la gente. ¡Las putas no hablan de otra cosa!

Una reyerta, en la que se enredaron vendedores, compradores y curiosos, estalló cerca de los dos hombres y el griterío les hizo imposible seguir hablando. El jorobado, sin enfundar su arma, se levantó y, aproximándose a Luna, le dijo al oído:

—Yo me largo de esta ciudad, Luisito. A mí no me interesa ser jefe de ningún cártel. Ya estoy viejo para eso. Pero tú, mejor te le adelantas a don Guy, al cabo que él ya está mayor. Tú eres joven y los hombres te respetan —y salió del mercado sin apuro, recitando, en voz baja, una oración dedicada a la Incordia.

Cuando empezó la balacera en la casa donde vivía el jefe del cártel de Echandía, Andreu Solé estaba ya lejos de la villa. El jorobado conducía, a toda la velocidad que le permitía el camino, un destartalado vehículo todo terreno. Iba feliz, tarareando una canción, mientras imaginaba la matanza que se debía desbocar entre los guardaespaldas de Eroldo Guy y los hombres de Luis Luna. Era mediodía y, ante sus ojos deslumbrados, los rayos del sol calcinaban la carretera empedrada cuya calzada, tras salir de Echandía, se internaba en la meseta de Quiroz.

La fatal astucia de Milan Ortuño

Milan Ortuño hubiera querido tener un perro o, mejor, un cordero para sacrificárselo al Patrón, en la capilla rodeada por un muro de cemento coronado con trozos de vidrio rotos y alambres de púas; pero estando de viaje y con la necesidad de moverse rápido, apenas había conseguido, para la ofrenda, un alacrán; aplastó, pues, el insecto con su bota esa madrugada, cuando iniciaba su viaje, tomó luego entre sus dedos su pequeño cuerpo negro, y lo dejó a los pies de la figura del Santo, ese guerrero enmascarado, y apretó luego, en la mano derecha, su amuleto: un antiguo medallón de bronce traído desde su lejana ciudad.

Al salir de la capilla, situada en una colina pedregosa cercana a Echandía, Milan se dio cuenta: algo grave sucedía en esa ciudad, blanca en la lejanía y parecida a un collado de cal lleno de aristas brillantes bajo el sol del mediodía. Por la distancia, apenas si se escuchaban los estampidos de las armas de fuego, pero el hombre pudo oír una explosión y ver un incendio cuya columna de humo empezó a alzarse en el centro de la población.

Ortuño, quien fuera sicario en Archidona, había ahorrado centavo a centavo un capital para poder iniciarse como traficante. Llevaba su primera carga de droga, cien libras de polvo de gran pureza, y tenía previsto tratar con Eroldo Guy, para pasar su mercancía por la frontera.

Al ver el inicio del incendio en la villa, Milan Ortuño supo que el negocio se le quebraba: su única posibilidad para pasar su cargamento era usar las rutas del cártel de Echandía, y si allí había una revuelta con muertos y heridos, nadie estaría interesado en ayudarle. Probablemente, los sicarios del lugar se aprovecharían de la confusión para robarle la mercancía.

Solo Guy y Tocornal, antiguos amigos suyos, estaban dispuestos a ayudarle. Los demás cárteles de la meseta jamás permitirían que

un traficante hiciera negocios por su cuenta. A pesar de su predicamento, no se preocupó demasiado, seguro como estaba de su astucia, y empezó a imaginar una salida a su situación mientras alimentaba a su caballo y a la mula cargada con los dos sacos de droga: toda su fortuna.

Atardecía ya cuando Luis Luna, arrastrándose, llegó hasta la capilla del Patrón. Ortuño, quien lo había escuchado trastabillar en las piedras del camino, se ocultó tras la construcción junto con su caballo y su mula y vio al hombre que venía herido en el costado derecho; iba descubierto, con las ropas hechas jirones y sostenía en la mano izquierda un gran revólver dorado.

Milan se había dado cuenta de que el arma traída por el recién llegado era de acción simple: debía amartillarse antes de disparar cada tiro y era, pues, muy lenta. Aprovechándose de eso, salió de atrás del muro de la capilla, apuntando con su escopeta a Luna, quien, exhausto como venía, ni siquiera hizo el intento de aprontar su revólver y lo depositó en el suelo, junto a él.

—No me dispare —pidió, mientras veía al hombre que le apuntaba: un sujeto vestido de negro, con una chaqueta de cuero y sombrero del mismo color, quien sonreía, confiado, mostrando sus colmillos—. Ya estoy desarmado.

—Usted es uno de los hombres de Guy. Lo vi hace tres meses, cuando hice negocios con su jefe.

—Don Eroldo está muerto —acezó el herido—. Todos se volvieron locos.

—¿Qué pasó?

—Empezamos a pelear entre los hombres del cártel…

—¿Por qué?

—Don Eroldo se estaba muriendo —mintió Luna.

—Y Tocornal quiere quedar como jefe —concluyó Ortuño.

—No. Él ya estaba muerto, se enfermó y…

—¿Y quién quería quedar como jefe, entonces?

—Yo —confesó Luna—. Pero todos se volvieron locos, ¡todos! Las gentes de la ciudad, apenas empezó la balacera, comenzaron a atacarse unos a otros con lo que tenían a mano: cuchillos, palos…. Fue como si reventaran al mismo tiempo todos los odios.

—¡Mierda! —gruñó Milan, sentándose en una piedra, cerca de Luna y sin dejar de apuntarle—. Yo había hecho un trato con Guy, y ahora se me ha jodido todo.

—¿Qué trato?

—Tengo un quintal de droga de la buena, aquí, en una mula. Don Eroldo me iba a ayuda a pasar la mercancía.

Luis Luna calló un momento, respirando con dificultad, y luego propuso:

—Si usted me ayuda a salir de aquí, yo le digo cómo llevar su mercancía hacia el norte.

Sin contestar, Ortuño se aproximó al herido, tomó el revólver que este había soltado y, mirándolo con atención, se apartó de Luna. Se trataba de un arma muy bella: no solo estaba enchapada en oro, tenía además las cachas de marfil talladas con dos rostros: el de Eroldo Guy al lado izquierdo y el de Alén Tocornal, al derecho.

—Habla —ordenó Milan, luego de un rato, mientras buscaba la sombra del único algarrobo que crecía cerca de la capilla del Patrón, en la cima de la pequeña colina donde se hallaban.

Luna, arrastrándose, buscó el abrigo del mismo árbol y empezó a explicar:

—Dos de mis hombres, los hermanos Arasá, unos cobardes, acaban de morir escondiéndose como ratas; venían de un pueblo de los manglares del Calaj. Por allí, por los canales que van entre esos árboles crecidos en el agua, se puede pasar al norte sin problemas.

—Si es así —indagó Ortuño, desconfiado—, ¿por qué los cárteles no usan esa ruta?

—No sirve para llevar mucha mercancía. Las canoas que pueden pasar por esos pasos son estrechas, las que allí usan para pescar.

—Pero para mi carga servirían.

—Al otro lado, con que lleves tu droga a cualquier cantina, la vendes.

—Y a cambio de decirme cómo llegar al pueblo ese, ¿qué quieres?

—Sácame de aquí.

—Hecho —aceptó Milan—. Te llevo. ¿Cómo a qué distancia estamos?

—En llegar al farallón de Hondura demoraremos como dos días a caballo, bajar hasta los manglares toma dos días más y luego, en lancha, hasta el pueblo de los Arasá, será medio día.

—Vamos —dispuso Ortuño, ayudando a que Luna se incorporara y dirigiéndolo hacia su cabalgadura—. El camino es largo.

Cinco días después de que Ortuño y Luna se encontraran junto a la capilla del Patrón, en las afueras de la revuelta villa de Echandía, ambos hombres viajaban, junto a los dos costales de droga, entre los altos árboles del manglar en una canoa angosta de madera cuyos costados estaban ennegrecidos por el agua salina que cortaba con la quilla; la pequeña embarcación dejaba tras de su popa una leve estela de espumas viscosas. Iban hacia Tululbí, la pequeña población en donde habían nacido los hermanos Arasá.

Luna, afiebrado y muy débil por la pérdida de sangre, iba recostado en el fondo de la canoa, Ortuño ocupaba la proa y un viejo pescador, vestido solo con un taparrabos, bogaba de pie en la popa, usando un largo remo que hundía, a uno y otro lado de la embarcación. El remero, a quien habían contratado en el último pueblo al que se podía llegar por tierra, hacía su trabajo sin atender ni escuchar a sus pasajeros, impertérrito, como si perteneciera a un mundo distinto al de los agotados sicarios tendidos en su pequeña nave.

Los árboles monstruosos de ese bosque marino, de cuarenta o cincuenta metros de altura, hundían sus raíces y muchas de sus ramas bajas en la oscura agua del mar. Iguanas y gruesos sapos negros se escurrían por los troncos y el ramaje y, desde las copas de los mangles, garzas blancas e ibis multicolores miraban el desplazamiento de la canoa.

Luis Luna agonizaba y Milan, sabiendo que él era su único contacto con las gentes de la aldea de los hermanos Arasá, lo interrogó con urgencia, acercando su boca a la oreja del herido, quien a momentos se desmayaba y, cuando estaba consciente, acezaba por el dolor que sufría en el costado.

—¿Conociste a la familia de esos hombres, los Arasá?

—No —respondió el herido, en un susurro doloroso; el moribundo ya no podía fijar la mirada en su interlocutor y la perdía

en el ramaje difuso—. Nunca estuve en ese pueblo a donde vamos.

—¿Cómo se llamaban?

—¿Quiénes?

—Los Arasá.

—Damiano, el mayor se llamaba Damiano.

—¿Y el otro?

—El pequeño… No me acuerdo. Ambos eran unos cobardes, ¿por qué me debería acordar de ellos?

Media hora más tarde, y cuando atravesaban unos canales estrechos en los cuales la luz del sol apenas se filtraba entre las ramas, Luna empezó a convulsionar y a gritar incoherencias; por fin dejó de respirar. Ortuño se dio cuenta y, tras palparle inútilmente el cuello buscándole el pulso, le informó al remero:

—Este se ha muerto.

El viejo miró el cadáver, indiferente, y siguió hundiendo su remo en las aguas negras, mientras preguntaba:

—¿Quiere llevarlo hasta Tululbí? Igual lo hundimos aquí, así bogamos más ligeros.

Ortuño levantó los hombros y, tras esculcar los bolsillos del muerto, en los que no halló nada de valor, echó el cadáver por encima de la borda. El cuerpo macizo de Luis Luna flotó en el agua salina mientras la canoa se alejaba de él. Pronto una corriente, arrastrándolo con suavidad, lo llevó hasta los árboles de mangle cuyas raíces envolvieron, como serpientes, el tórax del sicario.

Durante el resto del trayecto, que demoró aún un par de horas, Ortuño se abstrajo de ese infierno verde, umbroso y lleno de susurros por el cual viajaba, para reflexionar sobre su futuro inmediato, confiando como siempre en su astucia. Sonreía, mostrando sus colmillos afilados, sentado en el fondo de la barca y con la espalda apoyada en su proa, descansaba los pies sobre los costales llenos de droga e iba mirando al viejo, quien hundía incansable su remo en las aguas; no desconfiaba de él, pero prefería tenerlo vigilado.

Cuando ya avistaban Tululbí, el pueblo de los Arasá, la canoa en la que iba Ortuño se cruzó, en una sección amplia del canal, con un lanchón pintado de colores cubierto con una lona azul tendida sobre

la popa, en ella iban tres hombres: dos jóvenes y un gordo calvo y ya mayor, quien descansaba en una hamaca a la sombra del tendal.

La embarcación estaba llena, hasta sus bordes, de conchas y se desplazaba sobre el agua con dificultad, propulsada por un motor fuera de borda que echaba una humareda negra y movía un generador eléctrico chisporroteante usado para alimentar una televisión pequeña, en cuya pantalla se presentaban y desvanecían unas imágenes deformes acompañadas por un ronroneo interrumpido a ratos por palabras que vibraban en el parlante del aparato:

—Orestes…

—… traición…

—Andrómaca…

—… amor eterno…

—Andrómaca…

Cuando las dos embarcaciones estuvieron adosadas, Ortuño pudo escuchar los lamentos del viejo quien, agarrándose la barriga con las manos, se quejaba:

—¡Mierda! ¡Aquí no llega la televisión! ¡Me voy a perder el capítulo de la telenovela! ¡Hijos de puta, hagan algo!

Temiendo un asalto, los dos jóvenes de la lancha, sin hacerle caso a su jefe, empuñaron unas escopetas de doble cañón, que llevaban en bandolera, para apuntarlas contra Milan y su remero. El gordo, resignado a perderse su programa de televisión, apartó la vista de la pantalla para interrogar, de mala manera, los ocupantes de la canoa.

—¿Qué quieren? Hablen o les digo a mis chicos que disparen.

—Con Dios, don Lito, soy Cayo —se identificó el remero—. Voy llevando este señor hasta aquí cerca, a Tululbí.

—Ya te reconozco. ¿Y para qué va usted a ese pueblo de mierda? —indagó el gordo, dirigiéndose a Ortuño, quien le respondió:

—Les llevo noticias de los hermanos Arasá, que son de allí.

—Pues no van a encontrar a nadie en Tululbí —informó don Lito —, los hombres salieron a la pesca, estarán hasta mañana en el mar.

—¿Y las mujeres? —preguntó el remero.

—Les acabo de comprar esta carga de conchas —informó el gordo, mientras secaba el sudor de su calva con un trapo—. Esas mujeres, las concheras, están en el barrizal de Labrea al norte de aquí y se quedarán allá trabajando hasta que suba del todo la marea.

—Si es así —decidió Ortuño—, nos vamos hacia ese lugar, Cayo.

—A fuerza de brazo y con la marea subiendo van a llegar en una hora, están cerca —les auguró don Lito, quien no había dejado de mecerse en su hamaca durante toda la conversación.

Uno de los dos jóvenes empujó con un remo largo la oscura canoa de Ortuño al tiempo que el otro aceleraba el motor fuera de borda que, expulsando una nube de humo, enrumbó de nuevo la gran lancha colorida hacia su destino, mientras el gordo manipulaba de nuevo su televisor y advertía a gritos:

—¡Vayan con cuidado! La semana pasada asaltaron a dos comerciantes de concha, a uno le metieron cuatro tiros. ¡Hay piratas en estas aguas!

Milan, previniendo un asalto, aprontó sus armas poniendo la escopeta sobre sus rodillas y asegurándose de que el gran revólver dorado tuviera sus seis balas listas. Mientras el viejo remaba, mirando casi con sorna los preparativos del sicario, este se dedicó a escrutar la enramada, para anticiparse a cualquier ataque.

Quizá por la cadencia de la canoa mecida por el agua, Ortuño cayó dormido por unos segundos mientras surcaban uno de los recodos del canal, y en por la confusión del sueño creyó ver, entre la umbrosa enramada que lo rodeaba, una silueta, la de un joven vestido de mujer. Atemorizado, supuso que era el Asesino, ese espíritu lacayo de la Dañina; sacudiendo la cabeza, preguntó:

—¿Hay alguna capilla para rezarle al Patrón por aquí?

—Alguna hay en un islote de piedra, está lejos —le contestó el

viejo remero—; pero por estas tierras la mayoría somos evangélicos. Poco caso les hacemos a esos santos.

Luego de más de una hora de surcar unos canales cada vez más estrechos, y sin ningún contratiempo, llegaron a Labrea, una serie de bancos de limo caliente, viscoso y hediondo descubiertos por la marea, entre las raíces retorcidas y enormes de los mangles que cubrían con su follaje el lugar.

En el barrizal trabajaban, sumidas hasta las rodillas en el lodo, una veintena de mujeres negras vestidas con túnicas descoloridas, que dejaban desnudas sus piernas vigorosas, estaban acompañadas por sus hijos pequeños, quienes se arrastraban desnudos sobre el barro. Unas y otros se desplazaban trabajosamente por el terreno blando y húmedo para hundir las manos en el cieno, entre las raíces del manglar, buscando a tientas las conchas. Los moluscos recolectados los guardaban en unos saquillos de yute colgados de sus hombros.

Las mujeres, embarradas en limo, parecían demonios, pues en sus rostros refulgían sus ojos, afiebrados, y sus dientes, torcidos y muy blancos; los niños, cubiertos por el lodo, ayudaban a sus madres casi zambulléndose en esa superficie que, en algunos lugares, burbujeaba como si respirase.

Milan Ortuño necesitaba el auxilio de la gente de Tululbí para contrabandear su mercancía, y estaba seguro de conseguirlo si lograba engañar con su astucia y su labia a esas mujeres hundidas en el barro. Con ellas convencidas, sus maridos lo ayudarían proporcionándole una lancha y un guía que lo llevara hacia el norte. Por eso, ocultó sus dos armas bajo los costales repletos de droga y, luciendo su sonrisa de colmillos afilados, se puso de pie en la proa de la canoa, acodada por el viejo remero al banco de lodo, e indagó, gritando:

—¿Son ustedes de Tululbí?

—Somos —le respondió una mujer vieja, quien parecía liderar el grupo, e interrumpió recelosa su trabajo al ver llegar a Ortuño—. ¿Qué se le ofrece?

—No se asusten, vengo desarmado —dijo el hombre bajando de la canoa para hundir sus botas en el lodazal y caminar con dificultad

hacia las mujeres.

Moviéndose con toda la rapidez de la que eran capaces, las concheras se juntaron unas a otras tratando de cubrir a sus hijos con sus cuerpos, temerosas de que los recién llegados les hicieran algún daño. Como si sintieran ese miedo, un grupo de garzas blanquísimas levantó el vuelo, de entre las ramas que cubrían el barrizal, y se alejó llenando el lugar con el rumor de su aleteo.

—Vengo desarmado —insistió Ortuño, levantando los brazos para exhibir sus manos vacías—. Les traigo noticias de Damiano Arasá y de su hermano. ¿Los conocen?

—Son mis hijos —le informó la vieja—, mis dos hijos.

—Yo me llamo Luis Luna —mintió Milan, seguro de que en Tululbí algo habrían oído del jefe de los hermanos Arasá.

—Eres el hombre para el que trabajaban mis muchachos —lo reconoció la mujer—. ¿Dónde están ellos?

—Son unos héroes —afirmó el sicario, quien, embarrándose hasta la cintura, casi había llegado al lugar donde se apiñaban las mujeres—. Unos verdaderos héroes.

—¿Dónde están mis hijos? —insistió la anciana.

Ortuño, como todos los sicarios de las villas de Quiroz, sabía que el riesgo de morir en su trabajo era muy alto y, por tanto, le rezaba al Patrón pidiéndole, a más de suerte en el combate, morir valientemente y ser recordado con honor por las gentes de la meseta. Por eso dijo, sin dejar de sonreír y con la voz potente:

—¡Como héroes! Ambos murieron como unos héroes defendiendo a sus jefes.

Las mujeres permanecieron en silencio y se acercaron más unas a otras, hasta que sus cuerpos enlodados parecieron una sola masa de materia negra y temblorosa, los ojos y las dentaduras les destellaron entonces en los rostros, también cubiertos por el limo, mientras el sufrimiento les torcía las facciones. Empezaron a llorar.

—¡No se apenen! —las animó Milan, quien ya estaba entre ellas —. Yo fui su jefe y les aseguro: ¡ambos murieron con honor!

—¡Mis hijos! —chilló la vieja.

—¡Murieron como héroes! —insistió el sicario endureciendo el gesto, como quien siente un gran respeto por lo que dice.

Las mujeres de Tululbí lo rodearon, y Ortuño, suponiendo que lo hacían para acogerlo entre ellas, volvió a sonreír, mientras repetía:

—¡Como héroes, como héroes!

La vieja, luego de soltar un gemido hondo, poderoso, gritó mientras se agarraba los cabellos manchados por el limo:

—¿Y qué nos importa? ¡Y de qué nos sirve!

—Pero… —quiso protestar el sicario, intuyendo que las cosas no iban como él las deseaba.

—Luis Luna, te llevaste a mis hijos. Ellos me hicieron saber que los tenías obligados en tu maldita ciudad. Ellos eran pescadores, no matones.

—Yo no…

Milan no pudo continuar con su engaño: la vieja lo golpeó en medio del pecho, violentamente, con el fardo lleno de conchas que se había descolgado del hombro. Él quiso devolver el golpe, que le había hecho perder el equilibrio, pero solo consiguió resbalar en el lodo y caer de bruces. Entonces las mujeres, todas, se le echaron encima para machacarle la cabeza y la espalda usando como mazas sus pesados saquillos cargados con las conchas negras.

Para su desgracia, Ortuño era demasiado fuerte y aguantó la golpiza sin perder el conocimiento; sintió pues, con horror, que su cuerpo se hundía en la superficie viscosa del barrizal. Alguien puso un duro pie sobre su nuca y le incrustó el rostro en el suelo; el limo hediondo le taponó las ternillas de la nariz y la boca. Milan, en su desesperación por respirar, tragó un trozo de lodo antes de morir.

Cuando las mujeres de Tululbí se apartaron del cadáver, y el cuerpo del sicario empezó a desaparecer, tragado por el barrizal, el viejo remero inclinándose sobre la carga de Ortuño agarró los sacos de droga para echarlos por encima de la borda, hacia el banco de lodo, tiró las armas al agua y luego propulsó su canoa alejándose por el canal. Sobre las cabezas cubiertas de barro de las concheras, entre las copas del manglar, se escuchó el grito de un águila pescadora.

... La región de Frontera no tiene playas, sino un denso bosque de

manglares crecido en una serie de islotes cuyos árboles altísimos copan todo su litoral. Ese macizo vegetal de troncos enormes, raíces enredadas hundidas en el mar oscuro y ramas intrincadas de follaje verde intenso que ocultan la luz del sol, se conturba con las mareas, con los vientos del sur y, frecuentemente, con los tifones que azotan esas costas cuyos bancos de lodo y limo apenas afloran por encima de las olas.

En esa arboleda descomunal habita una fauna abundante y peligrosa, sobre todo de lagartos pequeños y grandes, batracios e insectos que construyen sus madrigueras ahuecando los troncos de los mangles, en sus hendiduras y entre la hojarasca desprendida de sus ramas. En sus copas, anidan garzas de plumaje blanquísimo, ibis multicolores y águilas pescadoras. Los únicos mamíferos que persisten, tercos, en la hostilidad de semejante entorno son el hombre y sus animales de compañía: unos cuantos perros esqueléticos y cientos de gatos que arrasan los nidos de los pájaros y los reptiles.

En los manglares de Calaj, surcando sus canales bordeados por una espesura de pesadilla, se ocultan las lanchas de los pequeños contrabandistas y faenan los pescadores quienes viven en unas pobres aldeas que parecen colgadas de la arboleda, poblados perdidos en el follaje de no más de una docena de cabañas, construidas con madera y bijao, atadas a los troncos del mangle como grandes panales de avispas.

En las raíces de los árboles del manglar —hincadas en el barro hediondo y en el mar— trabajan las mujeres y los hijos pequeños de los pescadores recolectando moluscos —ostiones y conchas prietas— que luego venden, junto a los pescados en salazón, en las ferias que se cumplen, periódicamente, en la isla de Sanbrandán, la única habitable del archipiélago rocoso extendido frente a la línea costera, y a donde llegan por mar mercancías de todo tipo, en canoas pinatadas de colores…

Fragmento de *Naturaleza, política y moral de la Región de Frontera,*
monografía escrita por Homero Benet, periodista.

El costoso arte de los mellizos Tiquio

Los mellizos Tiquio eran esbeltos de largos y fuertes músculos, tristemente bellos; tenían la piel lechosa, el cabello rubio y los ojos azules siempre inyectados de sangre. Siempre estaban disgustados y entre ellos, con frecuencia estallaban los insultos. Él, Juanjo, tenía las manos cuadradas y duras; los dedos de ella, Glenda, eran finos y precisos, como buriles. Ambos vestían trajes de mezclilla y se protegían con delantales de cuero.

Él hacía los trabajos más duros: avivar el fuego accionando con cadenas los fuelles de cuero, martillear el metal o fundirlo en los crisoles, bañar en oro las piezas, pulir las superficies de acero o de madera, trasegar los ácidos necesarios para los grabados; usaba las herramienta más gruesas y poderosas. Ella, utilizando gubias, fresas, rascadores y buriles minúsculos, creaba las decoraciones cincelando el metal, grabando en él imágenes, letras y símbolos, cubriéndolo de esmaltes o tallando primorosamente la madera o el marfil.

Los hermanos Tiquio eran los mejores orfebres y armeros de Frontera y, por su prestigio, clientes de todas las ciudades iban a Echandía a buscarlos para encargarles obras más o menos grandes, más o menos complejas. Todos los sicarios de la región veneraban sus armas con un temor supersticioso, como parte del culto al Patrón, como expresiones de su vanidad y como talismanes para asegurarse la supervivencia en sus escaramuzas y combates. Por eso recurrían a armeros como los Tiquio capaces de embellecer con baños de oro, grabados y engarces de piedras preciosas sus fusiles de asalto, sus pistolas, sus revólveres o los machetes que colgaban de sus cinturones. También trabajaban los mellizos en adornar sus hebillas con imágenes y les decoraban las cañas de las botas y las cintas de los sombreros con medallones en los cuales se representaban sus gestas, reales o imaginadas.

Juanjo y Glenda vivían en una de las casas blancas y llenas de

flores de Echandía, habían elegido esa villa para su taller, a pesar de la furia de sus gentes, porque en ella conseguían con facilidad las materias primas que precisaba su trabajo; también la pulcritud de las calles y la belleza de sus casas y parques los había convencido de vivir allí: eran artistas y un entorno hermoso les convenía.

El frente de su vivienda estaba enlucido con cal, como era costumbre en Echandía, y de las rejas protectoras de sus cuatro ventanas colgaban tiestos llenos de claveles, sobre todo rojos, cuidados por Glenda con esmero. El techo, de teja vidriada, cubría cuatro habitaciones abiertas a un patio central en donde habían construido su taller, un cobertizo limpio en cuyo interior se ordenaban un torno, los fuelles, los crisoles, los braseros en los que se concentraba el fuego usado para fundir los metales, las demás herramientas, decenas de ellas, brillantes en los paneles colgados de las paredes. Dos de los cuartos de la casa los usaban para embodegar los insumos necesarios para sus labores, otro les servía para atender a los clientes y exhibir en vitrinas sus trabajos y, el restante era su dormitorio amoblado con dos armarios de hierro y un lecho cubierto por una colcha estampada.

En esta última habitación, los dos hermanos se revolcaban a cualquier hora del día, fornicaban cegados por el miedo y la ira, arañándose las espaldas y luego lamiéndose mutuamente esos rasguños hechos mientras los arrastraba esa ansia atroz en cuyo cauce oscuro se dejaban ir, para librarse del asedio de Oniro, el espíritu ayudante de la Dañina que les infecta los sueños.

A veces Juanjo, el más fuerte de los dos, después de montar a su hermana como si quisiera descoyuntarla, se dejaba herir sin intentar defensa alguna; a veces era ella quien, exánime luego del ciego placer, soportaba sin reaccionar los puñetazos que su mellizo le propinaba en las costillas. Al día siguiente, magullados y con las articulaciones doloridas, ambos regresaban a su taller para burilar maravillas.

Cuando el enviado de Eroldo Guy llegó al cuarto en donde los hermanos Tiquio recibían a sus clientes, los encontró exhaustos, hoscos y con los ojos irritados por el calor y el humo del taller. Luego de trabajar todo el día, al final de la tarde, se habían dedicado a

terminar el trabajo que el jefe del cártel de Echandía le solicitara: Un revólver de gran calibre bañado en oro y con las cachas de marfil talladas con los rostros de Guy y de su amante, Alén Tocornal. Él había pulido el metal dorado y ella las dos piezas que atornilló cuidadosamente en la empuñadura del arma.

Aunque Eroldo le había dicho que el encargo era un regalo que le haría a su compañero, Glenda sabía el verdadero propósito para el cual el jefe le había ordenado elaborar esa arma: un revólver tan bello y de tal calibre, capaz de disparar una bala expansiva que mataba de contado, sin causarle al herido sufrimiento alguno; un arma que conmemoraba la relación que había unido a los dos hombres.

—Habrá problemas en esta ciudad —advirtió Glenda, cuando el sicario de Guy saliera de su casa, llevando con mucho cuidado el arma nueva de su jefe—. Van a pelear unos contra otros y morirá mucha gente.

—¿Y a nosotros qué nos importa eso? —le preguntó, hosco, su hermano—. Si Echandía se hunde, nos iremos con nuestro taller a otra parte.

—Es cierto —reconoció la mujer, mientras salía de la habitación hacia el dormitorio—. Lo que hagan no nos puede afectar.

—Al contrario —sentenció el mellizo—, mientras más se matan entre esos imbéciles, más armas necesitan y nos mejora el negocio.

Juanjo, cuando estuvo solo, se despojó del pesado delantal de cuero y, sentándose en una silla, se dispuso a ver su telenovela preferida en una televisión atornillada a la pared, bajo una imagen de la Dañina, cuya pantalla brillaba entre las vitrinas en cuyo interior reposaban revólveres, pistolas, escopetas, machetes y puñales, trabajados por sus manos y embellecidos por las de su hermana.

En el televisor se ve una partida de hombres jugando polo, montados sobre caballos de gran alzada. Dos jinetes, don Neptolemo y Orestes, se apartan del grupo de jugadores, desmontan y se dirigen a unas mesas ubicadas en el lindero de la cancha. Luego de sentarse, piden unas copas a un camarero que se les acerca, y empiezan a conversar.

—No me habrá traído solo para jugar al polo, don Neptolemo —ríe Orestes, luego de beber un trago.

—Tienes razón, muchacho —ríe también Neptolemo—. Tengo algo que decirte.

—Soy todo oídos. Usted dirá.

—Mira, Orestes, he estado pensando y me doy cuenta de que los jefes y tú tenían razón.

—¿En qué?

—En lo de pedirme que les entregue a la hija de Héctor y Andrómaca.

El rostro de Orestes se contrae en una mueca de angustia, mientras dice, tartamudeando:

—Per… pero… Don Neptolemo, si hace unos días usted me dijo…

—Equivocado. ¡Estaba equivocado, mi querido muchacho! Tus jefes tienen razón: la hija de Héctor, nuestro enemigo, debe estar en manos de ustedes. Allá en el golfo los capos sabrán qué hacer con ella.

—Pero Andrómaca… ¿Qué hará la madre de la niña?

—No me importa lo que haga. Yo, por mi parte, voy a apurar mi boda con Hermione, para sellar mi alianza con tus jefes. ¿Qué te parece?

Orestes, quien sigue con la angustia torciéndole el gesto, responde con voz ahogada:

—¿Qué me iba a parecer, don Neptolemo? Me parece bien, muy… bien.

Al día siguiente, a mediodía, llegó al taller de los Tiquio, a bordo de un camión todo terreno, Borja Drago, jefe en ese entonces del cártel de Urdaneta; iba acompañado por una partida de sus sicarios y lo vigilaban diez o doce hombres de Eroldo Guy. Ambos jefes estaban en paz, pero desconfiaban el uno del otro pues, en varias ocasiones, se habían enfrentado con ferocidad.

Drago, un hombre de mediana edad, blanco y de rostro redondo, tenía las piernas y los brazos cortos y una gran barriga, iba vestido con una camisa ligera de algodón y pantalones de lino del mismo color, calzaba sandalias de cuero y no se cubría con nada la gran cabeza calva. En su rostro rubicundo le brillaban los ojos azules, clarísimos; tenía siempre la boca abierta, pues respiraba con dificultad por entre sus largos dientes desiguales. Iba desarmado y se adornaba los dedos rechonchos con anillos de plata y ónix.

Ya en la habitación de las vitrinas, Drago, quien había llegado exhausto por el viaje y con el cuerpo adolorido, se dejó caer en una silla dedicándose, durante unos minutos, a mirar las armas expuestas en las vidrieras. Luego, con una voz áspera, la apropiada en un hombre de su catadura, afirmó:

—Son los mellizos, los armeros.

—Sí, señor —le contestó Juanjo, quien, junto a su hermana, se había acercado al hombre—. Ya hemos hecho armas para usted.

—Sí. Pero nunca había venido a ordenarles nada en persona.

—Usted dirá lo que se le ofrece —dijo Glenda, temerosa como siempre que le hacían un encargo.

—Quiero que me fabriquen un arma, no para mí sino para ofrenda al Patrón. Tiene que ser algo muy especial.

—¿Un arma blanca o de fuego?

—Un machete.

—Lo haremos —convino la melliza— con el mango bañado en oro y con la hoja grabada.

—Sí —aceptó, casi entusiasmado el jefe—. Exactamente eso,

además quiero joyas en la empuñadura.

—Se le pondrán. ¿Qué grabados quiere en la hoja? —indagó Juanjo.

—Algo que le guste al Santo —exigió Drago—. Ustedes sabrán de eso más que yo.

—Un trabajo así —señaló Glenda— va a tomar mucho tiempo y saldrá muy caro.

Borja Drago no respondió de inmediato, estuvo un rato mirando la imagen de la Dañina, que descansaba en una repisa sobre el televisor, mientras se frotaba la cabeza calva con la mano derecha y movía los labios sin emitir sonido alguno; quizá rezaba, quizá maldecía enfrentado a la terrible y poderosa Santa del Daño.

—No importa el precio —dijo finalmente—. Pero me lo tienen que entregar pronto: haré con ese machete los sacrificios al Patrón.

Unos minutos después, y luego de acordar costos y plazos, el jefe del cártel de Urdaneta abandonó la casa de los hermanos Tiquio. La leve camisa que vestía se le pegaba a la espalda, empapada por su transpiración, tenía la calva perlada por el sudor y los labios húmedos; sus ojos, en contraste con su cuerpo acalorado, se mantenían azules y fríos.

Juanjo salió ya al atardecer, unas horas después de que fueran visitados por Borja Drago; iba a cazar escarabajos entre las sombras alargadas de esa hora del día, pues entonces salían de sus madrigueras esos insectos, cuyos élitros de color verde esmeralda brillaban como joyas. Con un puñado de ellos en un saquillo, el hombre recorrió las calles relucientes de la villa escuchando las imprecaciones exclamadas por sus habitantes airados, quienes, como siempre, se insultaban unos a otros. A punto estuvo, al doblar en una esquina, de verse involucrado en una gresca: en el lugar, varias mujeres viejas, armadas de piedras, se enfrentaban con otras de sus mismas edades, todas trataban de partir a pedradas las cabezas de sus oponentes.

En su casa ya lo esperaba Glenda, tendida sobre el suelo del dormitorio, bella, desnuda y lista para el conjuro: se había bañado con una colonia melosa y yacía sobre el delantal de cuero que usaba en su trabajo de armera. Parecía serenamente dormida, pues tenía

los ojos cerrados, las piernas juntas y las manos cruzadas bajo los pechos.

Cuando sintió a su hermano en el cuarto, empezó a salmodiar la oración que dedicaba, siempre, a la Dañina, mientras su mellizo abría el saquillo sobre ella y soltaba en su vientre estremecido la decena de escarabajos verdes y brillantes atrapados, horas antes, entre las piedras de las calzadas.

Cada nervio del cuerpo de la mujer sintió los pasos de los insectos cuyas patas se le clavaron en la piel como alfileres, recorriéndola de arriba hacia abajo y de un costado al otro, trazando con su andar dibujos que Glenda registraba en su mente, mientras los pequeños animales se le introducían entre los pliegues del cuerpo, rodeaban sus pechos o le bebían la humedad de las comisuras de los labios o de los ojos.

Cuando la armera tuvo en su imaginación las formas que buscaba, se incorporó violentamente, librándose el cuerpo de los insectos, y sin cubrirse corrió hacia el taller para dibujar, en unos pliegos de cartón, las imágenes descubiertas durante el ritual: la hoja del machete de Borja Drago la envolvería una serpiente de colmillos afilados y cabeza triangular cuyo cuerpo estaría cubierto por diecisiete escamas, en cada una de ellas se reproducirían imágenes diminutas de lobos, alacranes y buitres: los servidores terribles del Patrón. Alrededor del reptil, unas hojas lanceoladas cubrirían el resto de la superficie del metal.

Esa noche, los mellizos se enredaron en caricias ardorosas; a pesar de ellas, Glenda, tras caer exhausta y dormida junto a su hermano, sufrió la visita de Oniro, el espíritu del sueño, quien la atormentaba con frecuencia para mostrarle en sus pesadillas los horrores cometidos con las armas fabricadas por sus manos.

En esos malos sueños, la mujer veía las carnes rotas, las arterias seccionadas, la bilis derramada por entre los labios de los moribundos, las astillas en las que se convertían los huesos, los ojos reventados y las vísceras, palpitando abiertas al aire enturbiado por el vapor de las sangres. Esos sueños atroces eran el pago cobrado por la Dañina, a cambio de dotarla con el talento necesario para embellecer las armas que creaba.

A la mañana siguiente, exhausto, Juanjo Tiquio miró cómo su hermana se levantaba desnuda del lecho. A pesar de que estaba cubierta de cardenales y rasguños, parecía animada por una energía casi visible a su alrededor; era como si un halo la rodeara, una fuerza que le permitía percibir cada veta de la madera que trabajaría, pesar con exactitud los metales y evaluar la dureza de sus buriles, escoplos y alicates.

Unos minutos después, y ya vestida con su ropa de tela basta y su mandil, Glenda Tiquio entró a su taller sintiéndose poderosa pues, como siempre cuando empezaba su trabajo, los hierros y los aceros, los marfiles, el lapislázuli, la madreperla y las maderas preciosas, y también el fuego avivado por los fuelles y la luz enrojecida por las brasas y el aire incandescente, todos esos materiales y todas esas energías, se concertaban con el ritmo de su corazón, llenándole de claridad los ojos y de fuerza los músculos y los tendones de las manos.

La paz excesiva de Valina Carabalí

Era ya media mañana cuando Valina Carabalí llegó a las afueras agrestes y boscosas de Echandía acompañada por cuarenta de sus hombres en tres camionetas todo terreno. Era una mujer negra y recia vestida con botas y un overol gris de mezclilla; iba completamente armada: un fusil de asalto le colgaba del hombro y del cinto dos granadas, una pistola y un largo machete; los demás miembros de su equipo estaban ataviados de manera heterogénea: unos con pantalones de dril y chaquetas de cuero, otros con bermudas, guayaberas de colores y gorras de tela.

Ella y su equipo de mercenarios, hombres rubios e implacables, desertores del ejército de algún país lejano, habían sido enviados por los patrones de los cárteles de Quiroz para sofocar la rebelión de la villa que había dominado Eroldo Guy. Desde su muerte, los sicarios y los demás habitantes de Echandía, divididos en facciones enfurecidas, no habían dejado de pelear un solo día, y semejante locura empezaba a afectar el equilibrio de toda la meseta de Quiroz.

Desde lejos, la mujer vio, utilizando unos binoculares, varias humaredas que se elevaban sobre de la villa ensuciando el cielo y pudo escuchar los disparos hechos en sus calles, escasos pero continuados. Se dio cuenta de que, en Echandía, no había un combate intenso, pero tampoco tranquilidad. Sus habitantes, supuso, debían estar exhaustos, pero los sicarios, empeñados en hacerse con la jefatura de cártel seguían peleando unos contra otros.

Sobre los edificios volaba en círculos una veintena de buitres, al verlos, la mujer sufrió un estremecimiento de asco y, suponiendo que esas aves serían del agrado de la Dañina, y eran por tanto el augurio de una desgracia, cerró los ojos para pronunciar, en un murmullo, una corta oración pidiéndole a la Santa de las tres cabezas que no cebara en ella su crueldad. Por un instante sintió

miedo, pero se recuperó de inmediato: Valina Carabalí ya no recordaba su primera violencia, su primer homicidio. A veces, justo antes de quedar dormida, veía el rostro de un joven lampiño, quien la miraba atónito. Ella suponía que era su primer muerto y, gracias a él, había logrado ser la jefa de un pequeño ejército de mercenarios capaces de cumplir cualquier misión. Todos la temían, hasta sus propios hombres, y hacían bien al tenerle miedo.

Unas cuantas balas rebotaron en el blindaje del vehículo en el que iba Carabalí, sin inmutarla. Había dejado a treinta de sus hombres asegurando una vía de salida de la ciudad y los otros diez la acompañaban, para tomar la casa en donde había vivido Eroldo Guy.

Las calles de la villa, famosas en todo Quiroz por cuidadas, estaban llenas de basura y cascotes provenientes de los muros impactados por las balas; varios cadáveres se hinchaban sobre las aceras y entre ellos vagaban unos perros escuálidos. En cualquier ventana aparecía una sombra, armada con un fusil o una escopeta, y disparaba contra quien se moviera frente a ella.

Al girar en una esquina, entre esas fachadas destruidas sobre las cuales se posaban decenas de buitres, el todo terreno que transportaba a Valina estuvo a punto de atropellar a un viejo, quien, con las ropas desgarradas, corría de una mujer gorda que lo perseguía blandiendo un machete. El hombre pudo escapar parapetándose tras del vehículo y su perseguidora, furiosa por haberlo perdido, la emprendió a machetazos contra el guardabarros del coche. Valina, molesta, después de abrir su puerta, saltó a la calzada y, tras desenvainar su machete tajó la mano armada de la gorda cortándole el pulgar. La mujer, agitando el muñón, aspergeó con su sangre a su alrededor, antes de alejarse corriendo a trompicones y chillando insultos.

Finalmente, el chofer de Valina, guiándose por un mapa, se detuvo frente a la casa de Eroldo Guy. La mujer se dio cuenta, entonces: uno de los incendios cuyo humo se elevaba en el cielo de la ciudad provenía de esa construcción. Resguardada por sus hombres, rodeó las ruinas humeantes. Junto a uno de sus muros rotos, halló a un hombre, quien boqueaba herido en el hombro

izquierdo.

—¿Eras uno de los hombres de Eroldo Guy? —le preguntó Carabalí, al ver que el moribundo calzaba unas botas costosas con punteras de plata y sostenía, en su mano derecha, una pistola con cachas de madreperla.

—Perra —gruñó el hombre, tratando de levantar el arma y sin conseguirlo.

Uno de los hombres de Valina, de un puntapié, desarmó al herido, mientras ella insistía:

—¿Eres?

—¿Y qué más da? —acezó el sicario mientras se apretaba el hombro sangrante—. Soy… fui… Todo se fue al carajo.

—¿Qué pasó?

—Uno de los nuestros, Luis Luna, se enfrentó con don Eroldo. Rechazamos a sus hombres.

—Pero la lucha sigue.

—Fue como si nuestra balacera volviera locos a los que viven en esta ciudad. Bueno, cuando llegué a Echandía, para trabajar con don Guy, ya vi que eran locos furiosos… todos.

—Ese Luis Luna, ¿sigue peleando?

—Lo habrán matado ya.

—Entonces, ¿quiénes pelean por ser los jefes del cártel?

—Nadie pelea por eso. Le digo que están locos: todos se matan porque todos se odian.

—¡Alguien debe quedar a cargo del cártel! —protestó Valina—, y esto tiene que acabar.

El hombre agonizante le respondió con una mueca:

—Para que esto pare, tienen que morirse todos. Todos.

Cuando Valina regresó a su vehículo, los disparos aumentaron en su intensidad. Era como si la llegada del grupo de mercenarios rubios y bien pertrechados hubiera alborotado a los naturales de Echandía, quienes, sarmentosos, se les enfrentaron armados con lo que tenían: viejos fusiles, escopetas de avancarga, azadones y palas, machetes, cuchillos de cocina y hasta piedras. Carabalí y los suyos, siguiendo la ruta segura de escape prevista, salieron de la villa para acampar en sus afueras.

Los mercenarios, quienes hablaban entre ellos en una lengua que nadie entendía en la meseta de Quiroz, levantaron varias tiendas de campaña y, siguiendo unas prácticas de combate que tenían completamente asumidas, estacionaron las camionetas de manera que los resguardaran en caso de un ataque. Luego, encendieron unas fogatas y se entregaron silenciosos al descanso.

Carabalí por su parte, alejándose del campamento en donde crepitaban las hogueras, se acuclilló junto a un talud y, mirando desde las sombras los lejanos incendios cuyas llamaradas abrasaban Echandía y brillaban rojizas en la oscuridad, se esforzó en encontrar una solución al problema que enfrentaba: sus órdenes eran pacificar Echandía y ella había supuesto que, para hacerlo, debería vencer a dos o tres grupos de sicarios, quienes luchaban por el control del cártel de la ciudad, comandado antes de su muerte por Eroldo Guy. No era así: en la villa todos sufrían una especie de locura asesina, todos peleaban contra todos y no había manera de pacificarlos, pues no tenían líderes con quienes negociar, ni actuaban con un mínimo de racionalidad. Solo querían matar.

La mujer, luego de pensar un rato, decidió sitiar la ciudad impidiendo que sus habitantes salieran a buscar alimentos, agua del río Aullador que corría en sus afueras o municiones para sus armas. Los feroces habitantes de Echandía se pacificarían por cansancio, sed y hambre; solo exhaustos dejarían de pelear, entonces, ella entraría a la villa para organizarla de nuevo.

Desde la mañana siguiente, los hombres de Valina ocuparon posiciones desde las cuales cubrían los accesos a Echandía, cruzaron sus camionetas en la vía principal, minaron los campos pedregosos que la rodeaban, construyeron nidos de ametralladoras y montaron en ellos esas pesadas armas para rociar con sus proyectiles los caminos, si alguien trataba de abandonar la villa.

Algunos de sus habitantes lo intentaron, sobre todo mujeres andrajosas, quienes, llevando a sus hijos atados en sus espaldas y cargadas con baldes y cántaros, salieron hacia el río Aullador buscando agua. Las balas disparadas por los hombres de Carabalí les cortaron el camino; unas cuantas, quizá desesperadas por la sed, se dejaron matar corriendo en dirección de las aguas, pero las otras,

gritando insultos, regresaron a la villa con sus recipientes vacíos.

En los siguientes veinte días, varios grupos, unos de hombres, otros de mujeres, trataron infructuosamente de romper el bloqueo impuesto por los mercenarios a la villa, desde los nidos de sus ametralladoras; muchos fueron los cuerpos consumidos por el hambre y la sed que rodaron heridos por las balas sobre los caminos polvorientos, otros fueron despedazados por las minas enterradas en los campos alrededor de la ciudad. Al séptimo día, Echandía amaneció en silencio: no se escuchaban detonaciones en su interior y los incendios, tras haber consumido quizá barrios enteros, habían terminado por apagarse. Valina, precavida, aún alargó una semana el sitio de la villa, antes de dar el siguiente paso su plan para pacificar Echandía.

Había pues transcurrido como un mes desde que impusiera el sitio a la ciudad, cuando Valina entró en ella, acompañada por un par de sus hombres, en la madrugada. La mujer penetró sigilosamente en Echandía, temiendo ser reconocida y enfrentada por sus habitantes, pero ya en los arrabales descubrió que la locura asesina de esas gentes, sumada al hambre y a la sed, las había desgastado: todos, hombres y mujeres, apenas tenían ánimo para arrastrarse aullando, anémicos y haraposos, por las calles, entre escombros, tratando de asir a cualquiera de sus vecinos para hincarle en las pantorrillas, en los hombros o en el cuello las uñas o los colmillos.

Uno de esos moribundos alcanzó a agarrar la bota de Carabalí, quien se soltó propinándole un puntapié en el pecho, mientras lo insultaba gruñendo:

—¡Rata!

—¡Te voy a matar —le respondió el hombre, un guiñapo herido a quien le habían roto la dentadura recientemente pues aún escupía sangre al hablar—, te voy a matar, perra!

Usando la culata de su rifle de asalto para inmovilizar contra el suelo al sujeto, la mujer le preguntó:

—¿Por qué? ¿Por qué me quieres matar?

Contestándole, el moribundo vociferó:

—¡Te voy a matar por sucia, porque apestas, por estúpida, por

puta, por…!

Uno de los mercenarios cortó la retahíla de palabrotas, pateando la cabeza del hombre que se revolcaba en el suelo, mientras murmuraba con su extraño acento:

—No se rinden, jefa. Estos locos no se rinden.

Resintiendo el hedor de la podredumbre, Valina y sus acompañantes se escurrieron al abrigo de los muros rotos y, protegiéndose unos a otros las espaldas, llegaron hasta una plaza, pavimentada con losetas de colores, en donde una partida de viejas desmelenadas se dedicaba al pillaje de los restos de unos hombres, quienes, seguramente, habían muerto víctimas de una explosión, pues yacían sobre el suelo. En su labor, las mujeres debían espantar con gestos a media docena de buitres que les disputaban los muertos con graznidos y picotazos.

Los dos rubios acompañantes de Carabalí miraron la contienda entre los carroñeros y las viejas con indiferencia y algo comentaron en su idioma, mientras la mujer sentía un escalofrío en la espalda, pues la escena que observaba le hizo pensar en las Horrendas, esas apariciones perversas que atacaban por las noches a los vivos y atormentaban a los muertos para diversión de su señora, la Santa del Daño.

A un par de calles de la plaza, Valina encontró el local casi destruido de una panadería. Por sus perchas, vacías, se paseaban unas ratas gordas y grises, entre las bandejas que, en otro tiempo, debieron contener palanquetas y bollos. Tras de un mostrador cuyos vidrios estaban todos rotos, y junto a una imagen de la Dañina, un aparato de televisión permanecía encendido. La mujer, aún pensando con temor en las Horrendas, trató de distraerse por un instante mirando las imágenes de pantalla.

En el televisor aparece don Neptolemo acompañado de su sirviente Fénix; ambos se encuentran en un baño turco de paredes encofradas con placas de mármol, el primero descansa sobre una mesa de masajes y el segundo, de pie junto a él, le frota la espalda. El ambiente está lleno de vapor, el jefe se cubre con una gran toalla blanca y fuma un habano, mientras el criado

suda a chorros, vestido como va con uniforme negro de mayordomo.

—¿Ahora me reconoces, Fénix? —bufa don Neptolemo, mientras exhala una nube de humo—. ¿Ves cómo trato a Andrómaca? Su hija irá a donde los capos del golfo, y no me importa lo que le pase.

—¡Muy bien hecho, jefe! Ahora sí se ve que usted es quien manda.

—Va a sufrir por ingrata. ¡Claro que va a sufrir por su hija!

—Bendita crueldad la suya, que le libra de esa mujer.

—La viuda de Héctor creyó que con su belleza me dominaba. ¡Eso se creyó!

—Señor…

—¡Que sufra! ¡Que sufra después de cómo me despreció, de cómo rechazó mi protección! ¡Maldita, solo me repetía que deseaba morir como su marido!

—Señor, deje de hablar de esa mujer, de Andrómaca, y vaya a verle a Hermione.

—¿A quién?

—A la señorita Hermione. Tiene que convencerle de que se case con usted, para que los capos del golfo queden tranquilos.

—Tienes razón, debo buscar a Hermione… ¿Crees que Andrómaca sienta celos cuando sepa que yo…

—¡Jefe, deje de hablar de esa méndiga viuda! Hermione,

piense solo en la señorita Hermione.

—Tienes razón, la tienes, mi fiel Fénix. Ayúdame a vestir, ¡urge que visite a Hermione, mi prometida!

Valina, quien se había abstraído en las imágenes proyectadas por la televisión, sintió que uno de sus hombres la tocaba ligeramente en el hombro. Temiendo un ataque, la mujer aprontó su fusil apuntándolo hacia la puerta del local en donde estaba, pero no llegó a disparar: entre las jambas estaban inmóviles, mirándola con una mezcla de temor y asombro, dos niñas zarrapastrosas, una de ellas preguntó:

—¿Hay pan?

—¿Dónde están tus padres? —indagó Carabalí.

—No sé. Muertos.

Antes de abandonar la panadería, en dirección a las afueras de la villa, Valina entregó a las niñas un par de chocolates que llevaba en sus bolsillos; luego, acompañada por sus hombres, recorrió las calles de Echandía, vigiladas por los buitres desde los aleros y ocupadas por sus exhaustos sobrevivientes, quienes persistían en atacarse unos a otros.

Esa noche Oniro, el espíritu de las pesadillas visitó a Valina Carabalí, quien recordó así una época olvidada de su niñez: la relacionada con el joven lampiño, su primer muerto. En las imágenes distorsionadas de sus sueños, revivió el horror que sufrió al ser golpeada brutalmente por ese hombre pálido y cómo, para apaciguarlo, se le había entregado, abriéndosele con repugnancia. Y recordó, también, cómo cuando su atacante estuvo dormido a su lado, después de montarla por horas, ella, usando unas tijeras que tenía a mano, lo apuñaló una docena de veces, en el pecho y luego en la entrepierna. El sujeto la miró asombrado, antes de morir.

Al despertar, Valina supo qué hacer con Echandía: organizó a todo su equipo y, media hora más tarde, entraba, junto a sus cuarenta hombres, a la villa por sus tres accesos principales. Impertérritos, los mercenarios rubios recorrieron las calles

espantando a los buitres y procediendo a rematar a todos los sobrevivientes, quienes, famélicos como estaban, apenas les opusieron resistencia.

Como Carabalí había previsto, cuando la ciudad estuvo pacificada por completo, los niños, decenas de ellos, empezaron a aparecer desde las sombras de los sótanos, desde los patios interiores y de abajo de las camas y los armarios. Los pequeños, quienes no habían sido contagiados por la furia de sus mayores, estaban sucios, hambrientos y confundidos. Los hombres de Valina los juntaron en una de las plazas de la villa, allí la mujer pudo contarlos: eran ciento ochenta y cuatro. Los separó en un grupo de niños y otro de niñas y, después de alimentarlos con las raciones que llevaba para su ejército, dio las órdenes pertinentes a su equipo para asegurar su control de Echandía.

Luego, Valina Carabalí se retiró hacia una de las esquinas de la plaza en donde habían concentrado a los niños y, dándoles la espalda y cerrando los ojos, intentó apartar de su mente las imágenes de su violación, que había recordado en sueños gracias al cruel Oniro. Fue un esfuerzo inútil; atormentada, se alejó de la plaza recorriendo las calles pestilentes de Echandía, sin un destino determinado.

Rodeó los montones de cadáveres apilados por sus hombres en las esquinas y anduvo con cuidado entre escombros y cascotes; al llegar a las ruinas de la casa donde viviera y muriera Eroldo Guy, se dio cuenta: los ciento ochenta y cuatro niños, pálidos y expectantes, la habían seguido en una extraña procesión silenciosa. Se volvió hacia los pequeños, quienes la rodearon, y alzando la voz les empezó a explicar cómo sería el mundo para ellos, desde ese momento en adelante.

…Es mucho más lo escuchado que lo realmente sabido sobre el desierto de Cunqueiros, ese pedregal extenso y parejo, reseco y hostil a la vida que, dilatándose desde el escabroso declive oriental de la Última Sierra, se aleja del altiplano de Quiroz hacia el horizonte y termina, según algunos afirman, en un mar fantástico, jamás visto

por viajero alguno.

Sobre su gris extensión resquebrajada por el sol, medran pocas plantas: arbustos de pocas hojas afiladas y largas espinas puntiagudas, agaves, pencos erizados contra el cielo azul, siempre azul e inalterable y, bajo las piedras grandes, unos musgos ponzoñosos que subsisten muy verdes absorbiendo el rocío de los amaneceres helados. Con mucha frecuencia, los viajeros perdidos en esas soledades han perecido, luego de horribles agonías, envenenados después de roer esos verdores creyendo, en su desesperación, que su pobre humedad los salvaría de morir sedientos.

Habita en el desierto, en tendales provisorios levantados con lonas y piezas de cuero, el pueblo de los Yaquis: los pocos baquianos que conocen esa tierra yerma y saben transitar por ella. Son gente parca y callada, de común hombres y mujeres cetrinos, la aridez del ambiente en el que viven les ha secado las pieles dejándoselas rígidas, muy morenas y adheridas a los huesos. Soportan sus días deslumbrados sobre sus cabalgaduras, unos pequeños caballitos muy veloces, y acampan junto a una serie de pilones conocidos solo por ellos. Del origen de estas gentes se desconoce todo: racialmente no se diferencian de los demás habitantes de Frontera, es decir, son mestizos de todas las sangres. Cierto es que hablan un dialecto propio del castellano, con palabras arcaicas, y que no hacen uso de las tecnologías que se han popularizado en el resto del territorio. Viven como sus antepasados de hace cien o doscientos años: no tienen ningún tipo de electrodoméstico; tocan para alegrarse, junto a sus fogatas, una especie de violín rudimentario de dos cuerdas y cantan acompañados con su música chirriante; se defienden usando viejas carabinas de avancarga y son peligrosamente precisos disparando con ellas. También es cierto que en ese clima atroz ninguna máquina subsiste: se pueden contar por decenas las camionetas de doble tracción y hasta los autobuses que después de internarse en el quieto erial, haciendo rugir sus motores, se han dañado junto a cualquier peñasco y se calcinan con el sol, allí donde se apagaron; sus latas no llegan a herrumbrarse nunca en el seco ambiente del desierto.

En otros siglos, hubo caravanas que atravesaron el erial de Cunqueiros llevando, a lomo de mulas, piezas de telas preciosas y artefactos de plata labrada. Eran cuadrillas de comerciantes que partían desde Archidona, la más antigua de las villas de la meseta de Quiroz; no se sabe con certeza hacia donde iban esas partidas, unos creen que tenían como destino algún puerto en ese mar cuyas playas se supone limitan el desierto hacia el Oriente, afirman otros —quienes, sin duda alguna, deliran— que esos antiguos comerciantes se dirigían hacia una ciudad fabulosa, perdida en medio de Cunqueiros y sepultada en la arena. Hasta le han dado un nombre a esa urbe fantástica: Loxa, la llaman.

Son escasas las caravanas que se atreven a intentar la travesía del desierto; usualmente, están constituidas por prófugos de los cárteles o por enviados de esas mismas organizaciones criminales que arriesgan sus vidas, en esa estepa estéril, buscando un paso alterno para introducir por él sus mercancías prohibidas en las Ciudades del Norte.

La mayor parte de la fauna de ese infierno de sol y guijarros ardientes vive bajo las piedras: cientos de especies de insectos, desde enormes alacranes de casi treinta centímetros hasta ciempiés ínfimos que trepan durante las noches por las hojas espinosas de los cactus y las horadan para alimentarse con sus jugos. Otros animales propios de esa zona son unos reptiles —lagartos y víboras— grises, venenosos, de pieles correosas, y varios tipos de armadillos, chacales y unos pocos pájaros de presa que anidan en las grietas de las rocas y se alimentan de las serpientes: no es raro ver volar a uno de ellos llevando, en su pico curvo y afilado, una culebra que se enrosca desesperada sobre su propio cuerpo.

Cantan los Yaquis, en sus leyendas, que en este yermo habita del "Pestoso" una bestia similar a un búfalo que tiene una gran cabeza cornuda y el cuello esmirriado. Camina, pues, este animal arrastrando el cráneo sobre el suelo. Como este ser de fábula se alimentaría de los musgos venenosos crecidos bajo las piedras, afirman que su aliento hediondo es mortal.

La única belleza de ese mundo de espinos, aguijones y guijarros la tienen miles de mariposas azules los cuales, una vez al año y

luego de haber vivido como orugas en las hendiduras tenebrosas de las piedras, se transforman: abren sus alas y se echan a volar hacia el cielo azulísimo, incontenibles e innúmeras. Vuelan hasta que el sol las revienta con su fuego y sus pequeños cadáveres caen calcinados sobre el desierto, convertidos en una lluvia de polvo añil…

Fragmento de *Naturaleza, política y moral de la Región de Frontera,*
monografía escrita por Homero Benet, periodista.

El insoportable hedor de Iol Zúnaga

Los enormes alacranes del desierto de Cunqueiros se aproximaron a la cabaña del ermitaño, quien, desde el ventanuco abierto en ella, vio cómo media docena de esos insectos se detenía a unos metros de su puerta, sobre el suelo pedregoso, y curvaban los aguijones sobre sus cuerpos negros, antes de alejarse en la dirección opuesta a aquella en la que empezaba a destellar el sol.

Iol Zúnaga, quien conocía los engaños y los peligros de los espíritus malignos del desierto, salió de su choza y, arrodillándose en el lugar ocupado un minuto antes por los escorpiones, juntó sus manos y, mirando el sol del amanecer, empezó a rezar cantando, seguro de que su voz melodiosa y recia no sería escuchada por ningún ser humano:

—La diestra de Jehová es sublime, la diestra de Jehová hace valentías. No moriré, sino que viviré y contaré las obras de Jehová. Me castigó gravemente Jehová, más no me entregó a la muerte. Abridme las puertas de la justicia y por ellas entraré y alabaré al Señor.

Terminada su oración, el ermitaño regresó a su cabaña, construida con ramas de los arbustos espinosos que crecían en el desierto y cubierta con las anchas hojas de los agaves. En el interior de su vivienda apenas había un catre y un banco sobre el cual descansaban una jarra de aluminio, llena de agua, y un plato vacío del mismo material. De una de las ramas que sostenían la endeble estructura colgaban dos objetos sagrados: una cruz de marfil labrada con delicadeza, en ella agonizaba un Jesucristo pálido y enjuto, y un amuleto traído desde Archidona, un delfín tallado en marfil.

El ermitaño era un viejo enteco, muy alto y encorvado. La piel, ennegrecida por el rigor del clima, se le pegaba a la gran osamenta que debió sostener, en otras épocas, un tejido de músculos y

tendones de los cuales quedaban estos últimos, tensos como cordeles gruesos bajo el pellejo. El pie izquierdo lo tenía envuelto con una venda mugrienta.

Vestía una túnica hecha con cabuyas y calzaba un par de alpargatas tejidas con la misma fibra vegetal; estaba completamente calvo y, sobre sus mejillas hundidas, brillaban sus ojos, negros y febriles. Del cuello le colgaban una navaja, un librito azul: un ejemplar del Nuevo Testamento, los Salmos y los Proverbios, y una cruz de madera.

El hombre se colgó del hombro un morral, tomó un cayado hecho con un tubo de bronce relleno de plomo, y con él salió de la cabaña, para dirigirse hacia el desierto que la rodeaba; se movía con agilidad, a pesar de su pie vendado, que parecía dolerle, y de su extrema delgadez; mientras rengueaba, evitando pisar las piedras hirientes del suelo, iba cantando:

—Cantad alegres a Dios, habitantes de toda la tierra. Servid a Jehová con alegría; venid a su presencia con regocijo. Reconoced que Jehová es Dios, Él nos hizo y nosotros a nosotros mismos. Pueblo suyo somos y ovejas de su prado.

Pronto llegó a un macizo de arbustos, cuyas raíces se agarraban del suelo resquebrajado por el calor. Arrodillándose, empezó a cavar usando la contera de su cayado, para encontrar, entre los raigones hundidos en el polvo, unos bulbos grisáceos; tras frotarlos contra el tejido de su túnica, los guardó en el morral que colgaba a su costado.

Cuando consideró que tenía suficientes tubérculos, Iol se alejó del bosquecillo para dirigirse a un valle sobre el cual volaban gritando los feroces buitres del desierto y en cuya sima se amontonaba una docena de rocas entre las cuales corría una multitud de gordas lagartijas azules de como diez centímetros de largo. Usando de nuevo su cayado, golpeó veloz a un par de ellas y, tras abrirlas con su navaja y extraerles con cuidado y desechar la vejiga, recipiente de su veneno, las guardó también en su morral.

Finalmente, cuando ya era mediodía casi, regresó a su choza cantando de nuevo el mismo salmo que había entonado al alejarse de ella. Estaba tan acostumbrado al terreno recorrido por sus pies

que no empujaba ni piedras ni terrones al andar. El sol destellaba en lo más alto de su recorrido y su calor, capaz de agrietar las piedras, lo sentía el ermitaño sobre la cabeza y los hombros como un latigazo brutal, y agradecía ese sufrimiento con humildad.

Llegado a su campamento, Zúnaga se dirigió al pozo junto al cual había levantado su cabaña: una oquedad hundida un metro bajo la superficie del terreno, de ella brotaba un chorro de agua amarga que, a pesar de su sabor, no enfermaba a quien la bebiera. Usando un cubo abollado de metal, sacó un poco de líquido y, cargándolo, entró en su vivienda.

Ya protegido del sol por la endeble construcción de su choza, Iol Zúnaga dejó sobre el banco los tubérculos y las lagartijas que había traído, llenó su jarra con agua y se prosternó ante los alimentos cantando, mientras se daba con sus manos huesudas, unos golpes en el pecho, su tórax resonó como un tambor:

—Jehová es mi pastor, nada me faltará. En lugares de verdes pastos me hará descansar, junto a aguas de reposo me pastoreará. Confortará mi alma y me guiará por sendas de justicia, por amor de su nombre…

Cuando hubo cantado los suficientes versículos de los salmos, se dispuso a comer: llenó su jarra con agua y usó el resto del líquido para lavar, primero los tubérculos que había traído y luego los cuerpecillos de las lagartijas; usando su navaja, los desolló y separó sus partes comestibles. Por fin, y tras agradecer a Dios por su alimento, empezó a comer.

Por la tarde, luego de su almuerzo magro, se arrodilló ante el banco, ya limpio de los restos de su comida, y abrió sobre él su pequeño ejemplar del nuevo testamento para leer en voz alta el texto que estudiaría esa tarde. Le tocaba el primer versículo del capítulo décimo del evangelio de Lucas: “Sucedió un día que, enseñando Jesús al pueblo en el templo y anunciando el evangelio, llegaron los principales sacerdotes y los escribas con los ancianos”.

El resto del día, el ermitaño lo dedicó, arrodillado frente al Nuevo Testamento, a reflexionar sobre el versículo leído: sabía que Jesús era la fuente de toda sabiduría. Solo él conocía el número de las estrellas y el de las arenas y el destino de los hombres, ¿cómo

entonces los que se creían sabios se atrevían a interrumpirle? Y él mismo, Iol Zúnaga, ¿no había intentado interrumpir el curso de la voz de Dios con sus pecados?

Al atardecer, la luz del sol se apagó y las sombras se apoderaron del desierto excitando a sus criaturas: insectos y reptiles dejaron las guaridas en donde se ocultaban del calor para correr hambrientos por entre las piedras y los terrones. El ermitaño, seguro de que los espíritus malignos salían también a merodear por entre los arbustos y las rocas, cantó un último salmo y, sentándose en su catre, se retiró la venda del pie. Un hedor atroz se esparció por el aire encerrado de la choza. Iol se miró la herida purulenta abierta en su empeine y, luego de hacer sobre ella la señal de la cruz, se la vendó de nuevo. Finalmente, se recostó en el lecho entregándose a un sueño angustiado pues sabía que afuera de su choza se revolcaban en la oscuridad y el polvo, tentándolo con sus aullidos, la Dañina y sus Horrendas y todos los demás demonios.

Los dos sicarios que habían vigilado todo el día al ermitaño, a una distancia suficiente como para no ser descubiertos, al caer la noche se alejaron de la gran piedra que usaran como parapeto las últimas horas de luz del día y, luego de encender una fogata para calentarse en la oscuridad helada del desierto, empezaron a conversar, mientras comían, directamente de las latas, un guiso desabrido de carne con verduras.

—Me estoy perdiendo la telenovela —se quejó Gerónimo Said, el más joven, un chico musculoso que llevaba el cabello largo, atado en una coleta en la nuca, se cubría la cabeza con una gorra de tela y vestía, como su compañero, pantalones vaqueros y chaqueta de cuero—. Me la estoy perdiendo. ¡Carajo!

—¿La de *La viuda del capo*? —averiguó Neymar Bermeo, un sujeto de mediana edad, quien se había encasquetado el sombrero alón hasta las cejas, para protegerse la cabeza del frío.

—Sí. ¿Tú no la ves?

—Yo no. Por la noche me gusta fumar… y pensar. Eso de la televisión nunca me gustó, cuando yo tenía tu edad, no la veía.

—Pues la telenovela que veo es de tu tiempo, ahora ponen y repiten los capítulos. ¡Debí traerme mi aparato, ahora hay televisión

por todas partes!

—¿De qué se trata tu telenovela?

—De la viuda de un narcotraficante. Al marido lo matan los otros narcos que después se pelean por ella.

—¿Se la quieren coger?

—No. Quieren casarse y la mujer, por venganza, no acepta a ninguno.

—¡Qué disparate! O sea que tu telenovela va de unos pendejos y una hembra estrecha.

—¡Vaya de lo que vaya, yo me la estoy perdiendo! Y no sé por qué los jefes nos mandan a buscar a ese cojo del carajo —protestó Gerónimo—. ¿Cómo va un lisiado a acabar con la vieja Valina, si tantos hombres enteros no han podido?

—No sabes quién es ese lisiado, y por eso hablas mierdas —le contestó Bermeo, mientras encendía un cigarro.

Durante un rato, ambos hombres permanecieron en silencio, mirando el baile de las sombras que los rodeaban enrojecidas por la lumbre. A su alrededor se extendía el desierto de Cunqueiros cuyas tinieblas se llenaban de susurros provocados por las sabandijas nocturnas y por el viento que levantaba la tierra ocre del erial para erosionar con ella las rocas, durante el día resquebrajadas por el calor del sol.

—Cuéntame, entonces —pidió finalmente el joven, que respetaba a su compañero—, la historia de ese viejo que hemos venido a buscar.

Bermeo, quien había terminado de comer, revisó que no hubiera alimañas a su alrededor, se recostó contra una piedra y, mientras encendía otro cigarrillo, empezó a contar:

—Iol Zúnaga es capaz de matar, con el rifle de los francotiradores, a cualquier persona a un kilómetro de distancia, quizá a más de un kilómetro.

—Eso no es posible —rechazó Said—. Eso no lo puede hacer nadie.

—Lev Murton, un extranjero que llegó hace unos cuarenta años, podía. Trajo un rifle especial y con esa arma mataba así, como te he dicho.

—¿Un rifle especial?

—Uno grande, que había hecho bendecir por el Patrón y tenía unos símbolos mágicos de plata clavados en la culata.

—Y ese Murton, ¿dónde está?

—Está muerto. Pero antes de morir, adoptó a Zúnaga, que era de tu edad en ese tiempo, y le enseñó a manejar su rifle. Ese hijo de puta que hemos vigilado todo el día es un francotirador tan bueno como el viejo Murton. Y el viejo Murton fue el tipo más peligroso de todo Quiroz.

—Pero alguien lo mató. No sería tan malo.

—Lo mató a traición y con un cuchillo su protegido, el mismo Iol.

—¿Por qué se pelearon?

—No pelearon por nada. Habían contratado, en la época de las guerras entre cárteles, al viejo Murton para que matara a uno de los jefes. Este se adelantó pagándole a Zúnaga para que lo matara, y eso hizo.

—Se quedó con el negocio, entonces.

—No.

—¿Por qué? ¿Por qué vive aquí en esta mierda de desierto si es el mejor tirador de Quiroz?

—Después de que apuñaló a su maestro, trató de quitarle el fusil de las manos, pero el viejo, con lo que le quedaba de fuerzas, se resistió y pudo pegarle un tiro en el pie. Iol se vendó como pudo y huyó, pero la herida se le empezó a podrir; y nadie, ni médico ni curandero, pudo pararle la infección que además de dolerle, apestaba a diablos.

—Parece castigo de la Dañina.

—Dicen que a ella le pidió ayuda para matar a Murton, que era un viejo muy sabido y pendenciero, y que la Santa se cobró así el favor. El hecho es que nadie le aguantaba la hedentina, de todos lugares lo sacaban, hasta de Urdaneta.

—¡Y eso que esa ciudad apesta!

—Cierto. Por eso Zúnaga terminó viviendo en este desierto.

—Y nosotros tenemos que convencerle de volver a Quiroz. ¡Pues es un trabajo de mierda el que nos dieron! —sentenció Gerónimo—. Sigue cojo, así que seguirá apestando.

—Ya lo sabremos mañana —concluyó Neymar Bermeo, mientras echaba la colilla de su cigarro al fuego y, cerrando los ojos, buscaba el sueño—. Ya lo sabremos mañana.

Cuando, al día siguiente, el joven Gerónimo Said se introdujo en la choza de Iol Zúnaga y respiró su aire hediondo no pudo controlarse y un acceso de vómito le contrajo las entrañas. Su compañero Neymar Bermeo, previsor, se había untado los agujeros de la nariz con mentol, y pudo soportar la pestilencia.

Sin hacer caso de los hombres que habían entrado a su choza, el ermitaño, arrodillado frente a su banco, bebió como todo desayuno un trago del agua amarga contenida en su jarra de metal antes de iniciar el canto de sus oraciones, acompasado por los golpes que se daba en el pecho:

—El que habita al abrigo del Altísimo morará bajo la sombra del Omnipotente. Diré yo a Jehová: esperanza mía y castillo mío. Mi Dios, en quien confiaré. Él te librará del lazo del cazador y de la peste destructora.

Cuando Iol quedó en silencio, Bermeo pidió:

—¿Podemos hablar afuera? Aquí no hay espacio— y salió de la cabaña seguido por el joven Said, a quien seguían sacudiendo las arcadas.

Cojeando, el ermitaño les dio alcance junto a su vivienda y preguntó:

—¿Quién los manda?

—Los jefes de los cárteles —le respondió Neymar.

—¿Todos?

—Sí.

—¿Cómo es eso de que se han puesto de acuerdo en algo?

—Ya no hay guerra entre ellos.

—Pues menos me querrán si tienen paz. Ni cuando se daban de tiros y me necesitaban me aguantaron.

—Le necesitan. Quieren que mate a una mujer que se ha adueñado de una de las ciudades.

—¿De cuál?

—Echandía —intervino Said, quien apenas conseguía hablar, afectado como estaba por el hedor despedido por el pie del ermitaño

—. Ella tomó Echandía hace más de quince años.

—No me interesa.

—La mujer se llama Valina Carabalí —explicó Bermeo— y mandaba un grupo de mercenarios. Fue a pacificar Echandía y, luego de acabar con todos los adultos de la ciudad, se quedó mandando allí para criar a los niños que habían sobrevivido.

—¿Y eso a mí por qué me debería importar? En esta soledad, y gracias a esta herida y a su peste, he descubierto a Yahvé, el señor de Abraham, y le soy fiel.

—¿Qué ha descubierto a quién? —se extrañó Gerónimo cubriéndose boca y nariz con un pañuelo sucio sacado de uno de sus bolsillos.

—A Dios —le respondió su compañero, pues Iol se había quedado en silencio. Y continuó:

—Los jefes están dispuestos a pagarle muy bien, don Zúnaga. Esa mujer, Carabalí, hace los negocios por su cuenta y molesta a todos los demás.

El ermitaño, sin decir una palabra, tomó su bastón, que dejara la noche anterior apoyado junto a la entrada de su choza y se disponía a salir hacia el desierto para conseguir sus alimentos del día, cuando tres alacranes se alinearon frente a él sobre el suelo agrietado, con las colas levantadas y apuntándolo con sus aguijones. Rápido, los aplastó uno tras de otro con la contera de su cayado.

La aparición de los grandes insectos le había parecido un augurio cuyo sentido no supo interpretar, por lo que preguntó, empezando a dudar de sus decisiones:

—¿Y por qué me necesitarían a mí? Tienen asesinos de sobra.

—La mujer esa —explicó el joven Said—, Valina, ha criado ya a los niños de Echandía y, junto con sus mercenarios, tiene un ejército muy fuerte.

—Esos niños ahora ya son jóvenes —explicó Bermeo— y son los sicarios más terribles de todos los tiempos. Ella los crio así, aprovechando que con la edad se volvieron unos locos furiosos, como sus padres.

—Sí —aceptó Iol—, me acuerdo de las gentes de esa ciudad.

—Solo se la podría matar con un tiro a gran distancia. Nadie se le

acerca. Le pagarán bien, señor.

El viejo, levantando los hombros, rechazó:

—No me interesa nada que puedan ofrecer. Estoy más allá de todo: soy salvo.

—¿Seguro?

—¡Tullido de mierda! —estalló Gerónimo, quien estaba furioso por tener que soportar el hedor del viejo—. Mejor te pego un tiro y nos vamos.

—¡Quieto! —ordenó Neymar, al ver que el joven desenfundaba su pistola.

—¿Crees que le tengo miedo a la muerte? —sonrió Zúnaga—. Mi socorro viene de Jehová, quien hizo los cielos y la tierra.

—¿Y si le ofrecen como pago —indagó Bermeo— la cura de su herida?

—Nadie puede curarme.

—Los jefes consiguieron en las Ciudades del Norte una pomada. Ya ha curado a otros con heridas como la tuya.

Said, furioso, enfundó su arma, mientras Neymar insistía:

—Venga con nosotros y, si se cura, hace el trabajo.

El ermitaño, desesperadamente, trató de pensar en Dios, sin conseguirlo, e hizo un esfuerzo por recitar uno de los salmos que sabía de memoria, pero no fue capaz de hacerlo. Pecaba con sus pensamientos, y bien lo sabía, pero solo podía susurrarse, apretando los párpados:

—¡Si de verdad me pudieran librar de este dolor y de esta peste! ¡Si me pudieran sanar!

Los tres hombres permanecieron inmóviles, a su alrededor corrían decenas de lagartijas mientras los alacranes levantaban sus aguijones hacia el cielo y los halcones volaban veloces en el aire ardiente. El sol, sobre sus cabezas, siguió reventando con sus rayos los terrones resecos que cubrían, a lo largo y a lo ancho, el terrible desierto de Cunqueiros.

… Para las gentes de Echandía el aire que respiran crepita a punto de inflamarse; sienten que su saliva, en las noches, brilla

fosforescente humedeciendo sus labios contraídos siempre en una mueca feroz, y salta de sus bocas como chispas verdosas cuando insultan a gritos o lloran de rabia. Tienen todos las huellas de los golpes recibidos en reyertas iniciadas por cualquier motivo: ojos morados, tumefactos, con los que casi no pueden ver; narices rotas, deformes; labios partidos e hinchados con los cuales difícilmente son capaces de vocalizar los improperios que les hierven en las lenguas. Nadie en la villa deja de llevar en la piel del rostro, en los dorsos de las manos o en el cuello las cicatrices de puñaladas y tajos sufridos en antiguas grescas o en recientes tumultos.

En la ciudad, en sus calzadas como en sus zaguanes y habitaciones, los fuertes se desmandan en imprecaciones y gritos, y golpean sin contención alguna a los débiles; y estos últimos —quienes se encogen y reciben berreando sus castigos— esperan el descuido, el sueño o la ebriedad de sus verdugos para devolverles toda la saña de la que han sido víctimas.

Muchos hombres golpean y llegan a apuñalar a sus esposas en un arrebato rabioso; y no es raro que las mujeres, en algún momento de hartazgo, esperen a que sus maridos duerman el profundo sueño de las madrugadas para castrarlos con las tijeras de sus costureros, o que los alimenten con caldos gruesos y especiosos, aderezados con veneno para ratas.

Con los hijos acontece algo parecido: aguantan los latigazos de sus padres y se curan furiosos las espaldas laceradas hasta cuando, crecidos ellos y avejentados sus progenitores, regresan una noche a sus hogares y la emprenden a fuetazos contra el anciano odiado quien, ya incapaz de hacer algo por defenderse, siente incrédulo cómo el látigo silba en el aire y le raja la carne de las costillas, y se le quiebran los cartílagos de la nariz con los trompazos que recibe.[2]

En Echandía se miran fijamente unos a otros esperando un visaje, un rictus o un mal gesto que les permita empezar una bronca. Todos hablan con desfachatez, soltando insinuaciones insultantes o calumnias, sabiendo que sus palabras serán, más pronto que tarde, respondidas con groserías sucias y sonoras. Las anchas aceras de sus calles están permanentemente manchadas con flemas y salivazos porque, sabiendo que ofenden, los hombres y las

mujeres escupen junto a sus vecinos, a sus parientes y, aún, al paso de cualquier desconocido.

Iniciada una riña, los golpes, las cuchilladas o los garrotazos no se detienen sino hasta cuando el más hábil se cansa y sus oponentes están en tierra vomitando sangre, con los huesos rotos y las pieles reventadas. Por lo que parece una maldición, es raro que alguno muera en esas peleas, aunque son muchos quienes quedan, después de una de ellas, con alguna tara física o mental: el pómulo hundido bajo un ojo que lagrimeará continuamente o un tartamudeo producto de una leve fisura en el cráneo que ha dañado el cerebro.

Obviamente, al cártel que domina en la villa no le importa la violencia de sus gentes, más bien le conviene que sus hombres sean salvajes y airados, y estén todo el tiempo listos para agredir, matar o dejarse matar. En toda la meseta de Quiroz no hay guerreros tan letales como los nacidos en Echandía.

Como si intentaran compensar su brutalidad cuidando de las cosas que les rodean, las construcciones de la ciudad están primorosamente enjalbegadas con cal que destella en el sol de las mañanas, sus techos son de tejas amarillas, sus puertas son de madera tallada con bajorrelieves de hojas y aves, y de los antepechos de las ventanas cuelgan tiestos de cerámica vidriada con hierbas de olor y flores violetas y rojas.

En los parques de la Echandía —alrededor de los puestos ocupados por los mercachifles— hay jardineras siempre floridas y hay también, en muchas de sus esquinas, pilas en las cuales el agua salta y cae repiqueteando alegremente. Sus iglesias son sobrias, blancas y en ellas las ceremonias se cumplen calladas y contenidas; tienen pocas imágenes para venerar los fieles de Echandía, y solo en las capillas de la Dañina o del Patrón se exhiben ofrendas y exvotos coloridos. Ante estos dos Santos siempre amanecen los cuerpos de perros, gallos o corderos sacrificados con sevicia en rituales nocturnos de los que nadie habla, a la luz del día.

Al amanecer, con frecuencia los habitantes de la villa van al río Aullador, que corre traslúcido y fragoroso entre grandes piedras blancas, y se lavan las carnes heridas y tumefactas en ese líquido claro y frío. Dicen que esa corriente, antes de bordear Echandía,

riega las raíces de unos bosques de árboles venenosos cuyas flores expelen esporas que irritan la piel y provocan daños en la córnea y, en algunos casos, la ceguera. Son quizás esas aguas feroces las que enloquecen a las gentes de la ciudad, intoxicando a sus hombres y mujeres, induciéndoles a imaginar insultos, fantasear ofensas y estallar en gritos y puñetazos…

Fragmento de *Naturaleza, política y moral de la Región de Frontera,*
monografía escrita por Homero Benet, periodista.

2 Son legendarias las aventuras del cónsul F. P. Arandi, diplomático y escritor quien viajara por la región de Frontera preparando un informe sobre esta zona para su gobierno, por la afluencia de migrantes de su país en estas tierras. Debo asentar que el hombre existió, lo conocí y una parte de su trabajo, titulada "Oposición a la magia", me fue muy útil para escribir esta sección de mi monografía. Nota de Homero Benet, periodista.

EPISODIOS DE LA FUGA DE LA CIUDAD DE URDANETA

La inservible combinatoria de Latoya Torra

Como todos los días al atardecer, cuando habían disminuido los hedores que resoplaban los montones de basura, Latoya Torra recorrió las plazas en donde decenas de minadores separaban los metales del resto de los desechos; caminaba muy erguida, era flaca y alta, llevaba los cabellos erizados e iba envuelta de la cabeza a los pies con una capa tejida con fibras plásticas.

Si podía encontrar entre los montones de desperdicios el tipo de latas que buscaba, usualmente las usadas en la elaboración de bidones de aceite comestible, regateaba con quienes las habían hallado para comprárselas. Cuando había adquirido ese material, volvía a su casa, recorriendo el laberinto de los senderos resbaladizos abiertos entre los diversos desechos apilados en las calles.

Ella, nacida en el desierto de Cunqueiros, muy lejos de Urdaneta, no se acostumbraba al hedor de la villa, a la superficie pringosa de sus calzadas y paredes ni a las alimañas que, brotadas desde la suciedad, volaban zumbando por el aire sucio o se le subían por las pantorrillas si se quedaba quieta un momento.

Asqueada como vivía, recorrió el barrio de la cofradía que recolectaba electrodomésticos rotos y el de quienes hacían enormes pacas con las telas halladas en la basura, para llegar al lugar donde tenía su consultorio y vivienda, una construcción de dos habitaciones hecha con piezas de zinc, paneles de madera contrachapada y techos de plástico verdes y azules; las paredes de su casa, para su disgusto, estaba tan manchadas, como las demás de la ciudad, por el hollín pringoso que enturbiaba su atmósfera.

Latoya Torra había arribado a Urdaneta ya mayor, luego de largos años en los cuales había sufrido mucho y vagado más, por los caminos de Quiroz, por los canales de Calaj y hasta por los senderos de la Última Sierra. Su padre, quien fuera jefe de una de las tribus

nómadas habitantes de Cunqueiros, la había cegado, poniendo al rojo su puñal y quemándole con él los ojos, después de que su esposa, la madrastra de Latoya, la acusara de intentar seducirla. Era verdad, la joven no se había podido resistir a la belleza con la que deslumbraba la mujer de su padre: aún en la vejez recordaría la tersura de sus pechos. Ya ciega, vagó por los campos, siempre a punto de morir de inanición, hasta cuando la recogió una hierbera vagabunda, quien la curó, devolviéndole la vista con sus pociones, y la hizo su amante y aprendiz.

La mujer, cuando su compañera murió debilitada por una fiebre incurable, pudo seguir con el negocio de los potingues y las cataplasmas de hierbas, pero por poco tiempo, pues descubrió que sus meses de ceguera le habían dado el poder de interpretar las señales dadas por el mundo: leía las palabras que encontraba al azar, escritas en las paredes o impresas en los papeles y cartones llevados y traídos por el viento sobre el empedrado de las calles, y era capaz de prever, a partir de esas lecturas, todos los acontecimientos.

Desarrolló su método elaborando unas máquinas que le permitían combinar palabras. Para cada predicción debía construir un artilugio nuevo, pero esas máquinas no eran difíciles de elaborar. Su prestigio como consejera, dada su capacidad de previsión de las situaciones, creció mucho con el tiempo. Finalmente, cansada de recorrer por lustros los caminos, aceptó trabajar para el jefe del cártel de Urdaneta pues, a pesar de lo horrible que le parecía la ciudad, era donde mejor se le retribuía por sus oráculos.

Llegada a su casa, sobre la mesa de trabajo de su consultorio, Latoya Torrra empezó a trabajar: con sus manos callosas y usando una gruesa tijera para cortar latas, se afanó en perfilar el contorno de un círculo de latón en el cual luego recortó unas ventanitas, a través de las cuales se podía ver las palabras grabadas con un estilete en otra pieza del mismo material. Tenía varias plantillas así trabajadas y, como estaban superpuestas, era capaz de leer distintos mensajes deslizando las unas sobre las otras. Esos textos a cualquiera le hubieran parecido incoherentes, pero a ella le daban razón de los acontecimientos del mundo. Apenas terminó de armar

su artilugio, leyó, suspirando: *ESTRELLAS CIENO QUEJA LLAGA*.

—Otra desgracia: más fracasos y padecimientos. Ahora, con esta nueva máquina, podré advertirle a Drago para que no se equivoque —refunfuñó en voz alta mientras paseaba por su vivienda, amoblada, como todas las de Urdaneta, con desechos: mesas cojas, gabinetes de puertas rotas, taburetes de plástico manchado o lechos de hierro herrumbroso tapizados con vinilo, que antes fueron asientos en camiones o autobuses.

Su consultorio era un cubículo, adosado a la habitación más grande en la cual hacía su vida: cocinaba y comía para abandonarse luego, por las noches, a un sueño lleno de pesadillas cuyos presagios ella, ya despierta, desechaba con desprecio, segura de que los augurios, buenos o malos, eran creencias falsas. Solo sus artefactos de lata tenían la capacidad de advertir con certeza sobre el futuro al combinar, con la operación objetiva de sus plantillas, unas palabras misteriosas cuyos significados expresaban el juego de las fuerzas enfrentadas en el mundo.

Al amanecer, cuando el sol de Urdaneta empezaba a calentar los montículos de basura excitando a las sabandijas habitantes de sus entrañas, Torra se dirigió hacia el barrio habitado por los sicarios de la villa: llevaba una información solicitada por Borja Drago, el jefe del cártel, quien vivía en una casa fortificada cuyas altas murallas de piedra, a pesar de los esfuerzos de su dueño por mantenerlas limpias, mostraban manchas similares a las que deslucían los demás muros de la ciudad.

La mujer fue esculcada con brusquedad por dos guardias a la entrada de la fortaleza, luego uno de ellos la acompañó, por unos pasillos angostos de techos abovedados en los cuales chisporroteaban unas lámparas de neón herrumbradas, hasta las habitaciones del jefe. Ante su puerta, Torra halló a Bayardo Salá, el lugarteniente de Drago, un hombre alto de rostro congestionado, vestido con un astroso pantalón de mezclilla y una chaqueta de cuero llena de raspaduras que le quedaba estrecha.

—Tenías que venir ayer, vieja bruja —gruñó como saludo—. ¿Por qué demoras tanto?

—Recién terminé anoche la máquina —se justificó la mujer.

—¡Al carajo tus máquinas, y no me jodas! Esos mierdas de los chazos escaparon anteayer de madrugada y tú recién…

La voz rasposa de Drago lo interrumpió, ordenando desde el otro lado de la puerta:

—¡Si ya llegó Latoya, que entre! Tú, Bayardo, quédate afuera.

—A su orden —acató Salá y, furioso, abrió la puerta, hizo pasar a la adivina y cerró tras ella.

El jefe del cártel de Urdaneta la esperaba aún recostado junto a su esposa, Clita Tomé, ambos ocupaban un lecho circular cubierto con una colcha plateada. Sobre la cama, desde una urna atornillada en la pared, la Dañina, la Santa de las tres cabezas, vigilaba toda la habitación. Por su forma y color, el mueble le recordó a Latoya las máquinas de latón que usaba para dilucidar el curso del destino. El resto del mobiliario estaba hecho con maderas rústicas y hierro forjado: un lavatorio que sostenía una jofaina de loza, varias mesitas, una peinadora, dos armarios con espejos en sus puertas y una cómoda pintada de rojo sobre la cual descansaba un televisor.

El jefe se levantó para caminar hasta uno de los espejos, en cuyo cristal se miró, con sus fríos ojos azules, mientras estiraba las extremidades. Era un hombre blanco, calvo, fornido y de mediana edad, de piernas y brazos cortos cuyo vientre se hinchaba debajo del pijama. Su esposa, quien no hizo amago de cubrirse, estaba desnuda entre las sábanas y era una mujer flaca y velluda, de largos cabellos mal teñidos de rojo que lo miraba todo siempre con unos disgustados ojos negros.

—A ver, bruja —saludó el jefe, mientras regresaba hasta la cama para sentarse en ella y acariciar con sus manos adornadas con tres anillos de plata y ónix, los pies de su esposa, quien resintió la caricia contrayendo, mínimamente, las mejillas—. ¿Qué te dicen tus latas mágicas?

—Las magias son puras farsas —lo contradijo Latoya, mirando la efigie de la Dañina con desprecio—, igual que esos cuentos de la Santa del Daño y sus espíritus. ¡La Santa del Daño no existe!

—¡Calla, perra! —intervino Clita Tomé—, ¡no hables así de la Dañina, que trae desgracias!

—Yo no soy bruja —insistió la mujer—, combino palabras y hago

cálculos.

—No me importa lo que hagas, ya te lo he dicho, bruja —dijo, molesto, Borja Drago—. Me importa lo que averiguas: ¿qué fue?

—Los chazos huyeron anteayer de Urdaneta.

—Eso ya lo sé, estúpida. Eso lo saben todos: los hombres que vigilaban el puente del Pesares no pudieron detener los buses en los que los mierdas esos se escaparon.

—Se fueron porque estaban enemistados con los hombres de Bayardo, tu teniente.

—¿Los bayardos?

—Así les dicen.

—Los chazos eran casi la mitad de mis sicarios, los demás le obedecen a Salá. Él no me informó de que estuvieran en malas.

—Pues por eso se fueron los otros.

Borja calló, evaluando las palabras de Torra; había dejado de acariciar los empeines de su esposa, quien, aparentando aburrimiento, se ocupaba en limpiar las uñas de sus pies usando las de sus manos, mientras escuchaba con atención.

—¿Y qué más viste en tus latas?

—Los chazos huyeron, como dijo, en tres buses, con sus familias y todas las armas que pudieron llevar.

—¡Carajo, eso lo sabemos todos!

—Y van dispuestos a morir, con tal de no regresar.

—Ni quiero que regresen, ¡traidores de mierda!

—Van a tratar de ir a las Ciudades del Norte, y por la ruta menos vigilada.

—¿Por el desierto?

—Eso creo, por Cunqueiros.

—¡Pero si por allí nadie ha logrado pasar! Es buscar la muerte ir por allá.

—Lo que dije, don Borja. Prefieren morir.

—Los mataré yo, antes de que se metan en el desierto: aún no habrán llegado ni a la Última Sierra.

—No, mi don. Pero si los sigues, puede que mueras tú también en Cunqueiros.

Drago quedó otra vez en silencio, mientras su esposa, quien

había dejado de arreglarse las uñas, se arrebujaba en las cobijas, fingiendo dormir.

—Y si no los sigo, bruja, ¿qué me va a pasar?

—Eso lo sabes.

—Quiero que tú me lo digas.

—Si no los persigues, mi don, todos te van a perder el respeto. Empezando por los bayardos. Y ya sabes cómo son esos bayardos.

Borja Drago se levantó del pie de la cama, la rodeó hasta su mesa de noche y de su cajón sacó un revólver lleno de adornos de plata y ónix, depositó el arma sobre su almohada, extrajo luego de la gaveta un fajo de billetes y se lo lanzó hacia Latoya Torra, quien lo agarró en el aire, mientras hacía una última pregunta:

—¿Viste algo más en tus latones?

—Nada, jefe.

—¿Segura?

—Segura. El único peligro que te enfrenta son los chazos, en el desierto de Cunqueiros.

—A esos —concluyó el jefe del cártel de Urdaneta— no les voy a huir el cuerpo: los voy a reventar por traidores.

—No vayas, mi don.

—Como dijiste, bruja: yo no tengo alternativa. Tú, cuando regrese, si has acertado, tendrás otro pago igual de bueno, aunque me haya ido mal.

Latoya Torra salió del dormitorio y Borja Drago, desnudándose de la cintura para arriba, se dedicó a lavar su pecho, carnoso y velludo, en la jofaina que estaba junto a la cama, mientras su esposa Clita Tomé, estirada sobre en el lecho, miraba la televisión, luego de encenderla con el mando a distancia. La mujer, quien había escuchado con atención cada palabra dicha por la adivina, fingió concentrarse en la pantalla, mientras en sus pensamientos se enroscaba el asco que sentía por su marido con la esperanza de librarse pronto de él.

En el televisor se puede ver a Pílades y a Orestes, quienes, en bañador, toman sol recostados en unas tumbonas, junto a la piscina del rancho de don Neptolemo. Cerca de ellos, un

jardinero poda un seto florido y una mucama de uniforme y cofia limpia las mesas del bar.

—Y Neptolemo se atreve a pedírmelo a mí, ¡a mí! —ruge Orestes, mientras se frota con aceite, para broncearse.

—¿Qué te ha pedido? —pregunta Pílades.

—Se va a casar, al fin, con Hermione, y quiere que yo se la entregue en la boda. ¡No voy a dejar que esos dos se casen! Antes la secuestro a ella, o me pierdo.

—Tranquilo, hombre. ¡Te estás buscando la desgracia!

—No voy a dejar que Hermione quede feliz y casada con mi rival, después de todo lo que he sufrido por ella. ¡Me hundo y la arrastro conmigo a la muy maldita!

—Si la mujer ya aceptó, ¡que se case con Neptolemo, así quedan contentos todos! Especialmente los capos de la mafia del golfo. Y tú te libras de esa mala mujer.

—¡Al diablo todos!

—Si te la robas, te vas a enemistar con los del golfo y con Neptolemo. Acuérdate que Hermione es hija de uno de los principales capos.

—Me da igual. ¡Qué se hunda todo!

—Te van a seguir, te van a cazar y son peligrosos.

—Yo soy más peligroso, Pílades.

—Si esa es tu voluntad, te ayudo: Voy a preparar todo para raptar a Hermione cuanto antes.

—Sí, anda a hacer eso, que la muy traidora se acerca. Viene a nadar, como todos los días.

—Pues si nos sale bien la cosa, Orestes, ¡se va a tener que tragar todos los desaires que te ha hecho, la muy presumida!

Quince días después de su última entrevista con Borja Drago, Latoya se acercó a uno de los extremos de la villa para ver, junto a otros habitantes de la villa, el regreso del jefe y de los hombres que lo habían acompañado en la persecución de los chazos. También estaban, en los linderos de Urdaneta, Clita y Bayardo esperando de pie y, se extrañó la adivina, muy bien vestidos y muy juntos, como si quisieran tocar sus brazos sin que la gente lo notara. Él había cambiado sus pantalones remendados y su chaqueta gastada de cuero por un traje de casimir y ella, quien llevaba el cabello perfectamente teñido y adornado con flores, vestía una túnica azul de tela brillante y se veía casi bella.

Los chazos, un grupo de salvajes blancos, quienes llegaran años atrás desde una lejana provincia de las Tierras del Sur, habían logrado escapar de los hombres de la partida comandada por Borja Drago, luego de hacerles mucho daño: de los cinco vehículos todo terreno en los que salieran los perseguidores, solo habían regresado un par, que recorrieron traqueteantes las calles cubiertas de basura; apenas volvían dieciséis de los treinta hombres llevados por el jefe, quien se había empeñado en dejar a su lugarteniente al mando de la ciudad, mientras él, personalmente, comandaba la caza de los fugados.

Mientras Borja entraba en su mansión fortificada para descansar de las penurias sufridas durante la persecución, por la villa se regaron noticias contradictorias, sobre la fuga y el acoso de los chazos: tuvieron, se decía, al menos un combate, contra los hombres que los seguían, en las montañas de la Última Sierra, y luego tras internarse en el desierto de Cunqueiros, se habían perdido en sus estepas. También se aseguraba que todos debían haber sucumbido por la sed o devorados por las bestias propias de esa

tierra de muerte.

Latoya Torra, sintiéndose completamente satisfecha con su arte de combinar palabras y prevenir el futuro, esperó hasta el día siguiente para ir a cobrar la paga ofrecida por el jefe. Ya no tenía dudas: su método era perfecto, lo había afinado con el tiempo y sus máquinas combinatorias eran ya infalibles en el cálculo de los acontecimientos futuros.

En su miserable dormitorio, se desnudó para asearse lo mejor que pudo y luego se puso el único vestido que trajera cuando llegó a Urdaneta, mientras dejaba, encima el asiento de bus sobre el cual dormía, su túnica sucia y la gastada capa de fibra plástica que usaba, como todos en Urdaneta, para transitar entre los basurales. Ataviada con su traje limpio, de color azul, calzada con sus mejores zapatos y con el cabello recogido cuidadosamente en un moño, se encaminó hacia la fortaleza del jefe del cártel de Urdaneta, sorteando con dificultad los amontonamientos de inmundicias levantadas al costado de las calzadas.

Para su asombro, cuando llegó a la vivienda de Drago no encontró guardias apostados en la entrada: nadie la detuvo ni esculcó; tampoco había sicarios vigilando entre las almenas de los muros. Pudo entrar y recorrer los pasillos de piedra sin ser detenida, en un silencio que fue volviéndose aterrador con el paso de los minutos.

Finalmente, cuando estuvo ya cerca del dormitorio del jefe, escuchó un estertor. Empujó con sus manos la hoja de la puerta que cedió con dificultad, dejándole ver el interior del cuarto. Las tres cabezas de la Dañina, quien desde su urna dominaba el aposento, parecieron girarse hacia ella; aterrada, Latoya descubrió el cuerpo desnudo y herido de Drago cuya sangre manchaba la colcha plateada. Juno a él, con la daga en la mano, y apuñalándolo, estaba Clita Tomé de rodillas sobre el lecho para hundir con más facilidad la hoja en el torso de su esposo, quien agonizaba vomitando una baba rojiza. En una esquina, observando la escena con el rostro pálido, se ocultaba Bayardo; el sicario, al ver a la recién llegada, gritó, mientras desenfundaba su pistola para encañonarla:

—¡Te moriste, bruja!

—¡No! —chilló Clita, dejando de herir a su esposo—. ¡Matar a una bruja trae desgracia!

Rápido, el hombre se acercó a la adivina y, agarrándola por el moño, la obligó a arrodillarse en el suelo, diciendo:

—Es cierto. Que esta maldita viva. Diremos que ella mató a tu marido, porque él no le quiso pagar lo que le había ofrecido.

—Nadie va a creerles —protestó Latoya—, ¡yo voy a gritar la verdad sobre este crimen!

—Ven —le ordenó el sicario a Clita, mientras usaba su cinturón para atar a la adivina. Cuando Torra estuvo inmovilizada, y hundiéndole los dedos de su mano derecha en las mejillas, el hombre la obligó a abrir la boca; luego, usando un pañuelo que había sacado de uno de sus bolsillos, le agarró la lengua jalándosela hacia la barbilla mientras gruñía:

—¡Corta aquí!

—¡Puta! —gritó Clita Tomé, al tiempo que, mirando a su víctima con los ojos desorbitados, cumplía la orden de su amante.

Sin poder hablar para defenderse, y sin que a nadie se le ocurriera dejarle escribir su versión de la historia, Latoya Torra fue apaleada y recluida en una de las celdas en donde los sicarios del cártel de Urdaneta torturaban a sus enemigos. Con ella no se ensañaron: luego de suturarle la lengua, la exhibieron ante los habitantes de la ciudad. Bayardo, quien se había hecho con el liderazgo del cártel, la vendió a unos mercaderes de migrantes, quienes se la llevaron poco después del entierro de Borja Drago.

Dando tumbos en el camión en que la transportaban hacia las Ciudades del Norte, la antigua adivina tuvo mucho tiempo para pensar. Iba junto a otros infortunados, iguales a ella, que dormían como fardos para pasar el tiempo, durante ese duro viaje en el cual recorrían las carreteras irregulares de Quiroz, siempre vigilados por sicarios armados con unas cachiporras y dispuestos a usarlas con cualquier pretexto.

La caja del camión tenía sus costados reforzados con rejas de hierro, entre ellas Latoya pudo contemplar el terreno agreste y deshabitado que atravesaba, los arbustos espinosos y unos pocos macizos de eucaliptos agitados por los ventarrones. El polvo,

metiéndose también en la nariz y en los ojos, se le empastaba en la boca, de donde no se lo podía sacar pues descubrió que, sin lengua, no era capaz de escupir.

Viendo ese paisaje hostil, la mujer concluyó, desesperanzada: merecía su destino. Sus máquinas le habían fallado: no fueron capaces de alertarla sobre la traición de Bayardo y Clita, quienes según supo después habían sido amantes por un largo tiempo, antes de asesinar a Borja Drago; ni sus mecanismos de latón ni sus misteriosas palabras habían sido capaces de prevenirla sobre su propio futuro. De haber podido, la adivina se hubiera insultado a gritos. Muda, como la habían dejado, solo alcanzó a ganguear unos lamentos; molesto, uno de los vigilantes la obligó a callar usando su garrote.

Poco antes de llegar a la ciudad de Archidona, en un tramo especialmente difícil del camino y mientras el camión rodaba con lentitud, Latoya Torra alcanzó a ver, entre los árboles de un bosquecillo que bordeaba la carretera, a un grupo de mujeres viejas vestidas con harapos, quienes se insultaban mesándose los cabellos.

"Las Horrendas" pensó, resignada a creer en ellas y en la Dañina, su señora.

El errado amor de Lluis Déleg

Shine Point, la gran ciudad, se extendía a los pies de Lluis Déleg cubriendo con sus luces media docena de promontorios y pequeños valles sobre los cuales se desparramaban sus avenidas, edificios, plazas y parques. El hombre, ya anciano y vestido con un hábito de monje, rezaba pasando entre sus dedos descarnados las cuentas de un rosario; aún conservaba la vista y, mientras musitaba las avemarías, se entretenía mirando ese horizonte de montículos, destellantes en la noche de la sabana.

La urbe también rugía: miles de motores propulsaban igual número de automóviles que circulaban a todas horas por sus calles, los ascensores subían y bajaban en los rascacielos y una multitud de ventiladores batía el aire seco y ardiente de viviendas y locales de juego en donde, ávidos e insomnes, acezaban los habitantes de la ciudad, levantada a trescientos kilómetros del límite que separaba las Ciudades del Norte de la Región de Frontera.

El viejo, como todas las noches, se esforzaba inútilmente en recordar su pasado. No tenía memoria sobre nada que le hubiera acontecido antes de llegar a Shine Point; en su mente, su vida comenzaba cuando abrió su asilo y empezó a recibir a los desamparados, quienes, sin techo ni alimentos, vagaban alelados entre las sombras proyectadas por los bordes de los rascacielos, los árboles de los parques, los pasos a desnivel de las avenidas o las cornisas de los callejones.

Lluis Déleg no era capaz de recordar porque tampoco podía concebir el acto de crueldad que había terminado por arrastrarlo hasta esas avenidas iluminadas llenas de automotores cuyos rugidos agitaban el aire nocturno y ardiente. Y, sin embargo, durante la noche, las pesadillas sí le rememoraban sus acciones, sus luchas y sus violencias. De esos sueños, el anciano despertaba invocando a un dios llamado Oniro, cuyo rostro olvidaba apenas abría los ojos

para enfrentar la permanente luz de la ciudad.

Había olvidado, Lluis Déleg, hasta la lejana provincia de las Tierras del Sur de la que provenía, esa tierra de montañas verdes y valles hondos desde donde, acompañado por un pequeño ejército de sesenta sicarios, había salido muchos años atrás para dirigirse hacia la villa de Urdaneta, en la Región de Frontera. Los había contratado el cártel de la ciudad para proteger sus cargamentos de droga.

En tres autobuses construidos montando carrocerías ventrudas de madera sobre chasis de camiones, los chazos y sus familias salieron de sus valles verdes y, luego de atravesar medio continente, llegaron hasta la meseta de Quiroz. Eran hombres y mujeres duros y de escasa estatura, casi todos rubios y vestidos con telas de colores y chalecos de cuero llenos de bolsillos; los hombres, siempre barbudos, iban armados con revólveres, carabinas y machetes y usaban zamarros y ponchos; las mujeres vestían batas de lino y se cubrían las trenzas y los hombros con chalinas negras de alpaca.

El enviado del cártel que los había contratado fue claro en las condiciones de trabajo, en el monto de sus salarios y en sus obligaciones como sicarios de la organización, pero nada había dicho de cómo era la ciudad de Urdaneta. Cuando los chazos llegaron a su destino, descubrieron que en la villa los traficantes de droga eran unos pocos, mientras sus demás habitantes se dedicaban a comprar y vender desechos, y vivían hundidos en un basural.

Sus vehículos se habían detenido, formando un triángulo, en una plazoleta cuyos adoquines estaban resbalosos por la costra de mugre que los cubría; sobre ellos, en montones de la altura de un hombre, se acumulaban fardos llenos de telas, cartones y trozos oxidados de metal y de latón.

Respirando el aire hediondo de la ciudad, Lluis Déleg había saltado del estribo del primer bus de los tres que entraron en Urdaneta para pisar las piedras pringosas de la plaza y saludar, con el gesto retorcido por el asco, a quien sería su jefe inmediato, Bayardo Salá; este último le preguntó:

—¿Y qué le parece nuestra ciudad?

—Apesta —respondió el recién legado tapándose nariz y boca con la mano, mientras indagaba—, ¿siempre huele así por estas

tierras de Quiroz?

—Por las otras tierras de Quiroz, ya se habrá dado cuenta de que no. Pero aquí en Urdaneta… Mejor se va acostumbrando.

—Si nos decían que esto era un basurero—gruñó Déleg—, no veníamos.

—A nosotros —le respondió Bayardo, insultante—, en cambio nos dijeron que ustedes eran gente bragada, y si se arrugan por un poco de peste, va a resultar que no son tan duros como se dicen.

Mientras los dos hombres hablaban, los acompañantes de Déleg habían bajado de los autobuses y, viendo a su jefe enfrentado con el hombre que había ido a recibirlos, aprontaron sus armas, mientras, entrenados como estaban, rápidamente rodeaban sus vehículos, resguardando en ellos a sus mujeres y a sus hijos.

El grupo de sicarios de Bayardo Sala, alertado también, se preparó para la pelea. En ese momento llegó a la plaza, en su camioneta todo terreno, Borja Drago, quien, percibiendo que una gresca estaba a punto de iniciarse, llamó al orden al jefe de sus hombres, disponiéndole:

—Tú, Salá, te largas a mi casa, que ha quedado sin resguardo. Y usted —continuó, dirigiéndose al jefe de los chazos—, usted debe ser el señor Lluis Déleg; aquiete a sus gentes, todos ahora trabajan para mí.

Bayardo y los suyos se alejaron disgustados entre los montones de basura acumulados en la plaza, mirando con odio a los hombres que acababan de arribar a la villa, mientras Lluis saludaba:

—Si usted es don Borja Drago, nosotros estamos a sus órdenes.

—Yo soy. ¿Qué problema hubo?

—Poca cosa. No nos gusta la ciudad.

—A nadie le gusta esta mierda. Pero les pago bien, ¿no es cierto?

—Tiene razón —aceptó Déleg, mirando cómo Bayardo se alejaba —. Al cabo que esto es un trabajo. Nos acostumbraremos.

Pero ni los chazos ni sus mujeres se habituaron a Urdaneta. Todos extrañaban su tierra, sobre todo los olores de sus valles. Además, Déleg descubrió, poco después de llegar, que los otros hombres del cártel le eran más fieles a Salá que a Borja Drago. Astuto como era, también se dio cuenta de que el jefe los había

contratado porque recelaba de Bayardo, su lugarteniente, y quería tener un grupo de sicarios en quienes pudiera confiar.

Incómodos y asqueados, los chazos vivieron meses en Urdaneta, sin demasiados sobresaltos, hasta una madrugada en la que a Eamón, el hijo de Déleg, quien tenía ya veinte años, lo llamó una mujer embozada en su capa de plástico, desde un soportal sombrío, atiborrado con atados de cables y mangueras de caucho.

—¿Eres el hijo del chazo Déleg? —preguntó la desconocida, escondiéndose en las sombras.

—Soy —respondió el joven, mientras se guardaba la espalda con una de las columnas sebosas del portal, temiendo una encerrona, y agarraba la empuñadura de su revólver—. ¿Qué se te ofrece?

—Dile a tu padre que los bayardos están planeando envenenar sus provisiones.

—¿Para qué?

—Quieren sacarlos de Urdaneta.

—Tonterías. Don Borja nos tiene confianza.

—¿Y quién le tiene ya respeto a don Borja? —murmuró la mujer mientras se perdía entre las sombras hediondas del soportal.

Después de haberle rezado, como todas las mañanas, al Cristo de Biblián, el jefe de los chazos desayunaba, tranquilamente, en la cocina de la casa donde habitaba junto a su esposa Amelia y su hijo; comía recluido en ese cuarto ahumado, de paredes terrosas y techo bajo porque prefería el olor de la leña y el humo a la pestilencia de la villa. Masticaba su último bocado cuando escuchó la advertencia que le habían hecho a Eamón y, en ese momento, tomó la decisión de abandonar, junto con sus gentes, la ciudad de Urdaneta: en los meses vividos a las órdenes de Borja Drago, había descubierto las intrigas urdidas por Salá para hacerse con el control del cártel e incluso sabía que Clita, la mujer del jefe, era su amante.

Si Bayardo se proponía asesinar al líder del cártel, ellos, los chazos, deberían protegerlo; seguramente, habría un combate y muchos de los suyos y de sus oponentes iban a perder sus vidas. Los chazos estaban preparados para enfrentar una situación así, los habían contratado para luchar y morir, de ser necesario. Pero el peligro de un envenenamiento, sumado al hecho de que muchos de

sus niños estaban enfermos, afectados por el aire insano de la villa, lo decidió:

—Será la voluntad de Dios. El próximo mes se cumple un año desde nuestra llegada. No lo vamos a completar: nos iremos antes.

—¿Irnos antes? —protestó Eamón, preocupado—. ¿Por qué no cumplimos el tiempo que falta? Si nos vamos ahora, habrá problemas.

—Tu padre sabe lo que hace, hablamos de esto desde hace tres o cuatro semanas —lo tranquilizó su madre santiguándose, mientras se sentaba a la mesa sobre la cual desayunaban—. Seguro de que la mujer que te advirtió fue la misma Clita. Querrán ponernos nerviosos.

—Por suerte —explicó Lluis, mientras se ponía de pie para ajustarse el ancho cinto de cuero y colgar de su hombro la pistolera —, tu madre se ha dado cuenta de todo: si nos quedamos, Bayardo y Clita van a matar al jefe y nos van a echar la culpa a nosotros; después, los sicarios de todos los cárteles nos buscarán para acabarnos.

Acostumbrados a viajar, los chazos demoraron poco en tener todas sus pertenecías embarcadas en sus autobuses. Dos días después de tomada la decisión de partir, y rezando el rosario de la aurora, Lluis Déleg y sus gentes subieron durante la noche a sus vehículos para abandonar, definitivamente, la ciudad de Urdaneta. Sabiendo que los demás sicarios del cártel los perseguirían, se aventuraron siguiendo la ruta más difícil para dejar la meseta de Quiroz, fueron en dirección de la Última Sierra para atravesarla hacia el desierto. Tenían la esperanza de cruzar por sus planicies resecas hacia el mar que, según decían, se extendía al otro lado de Cunqueiros. Allí confiaban en embarcarse hacia alguna guerra lejana, en donde se necesitaran mercenarios.

Al amanecer, los chazos abandonaron la ciudad de Urdaneta y nadie se percató de su partida; cuatro horas después, Lluis Déleg cometió el error que cambiaría para siempre el curso de su vida. Fue cerca del claro y torrentoso río Pesares, a un par de kilómetros de su puente de piedra y del cuartelillo que lo custodiaba, entre cuyas murallas de granito permanecía siempre un destacamento de ocho

hombres fieles a Bayardo Salá.

Los guardianes del puente, advertidos por radio de la huida de los chazos, decidieron salir de su fortín para hostigar a los autobuses, pues sabían que les sería imposible detener un grupo de sesenta hombres armados. Encomendándose al Patrón y a sus ayudantes, recorrieron la carretera sinuosa por la cual llegaban Déleg y sus gentes, escondiéndose entre los arbustos de sus costados, cuando, para su suerte, encontraron a la avanzada de los huidos: Eamón y dos compañeros más quienes habían sido enviados a explorar los alrededores del puente, mientras el grueso del grupo permanecía en una curva del camino, esperando sus noticias.

Rápidos, los sicarios de Salá se echaron sobre los tres chazos enarbolando sus machetes, mataron a uno de ellos y redujeron a los otros dos. En la luz tenue del amanecer, se dieron cuenta de que habían capturado al hijo de Lluis Déleg. Satisfechos de tener un rehén importante, y agradeciendo su suerte al Patrón, los hombres regresaron de prisa a su fortín para encerrarse tras de sus paredes de roca. Cuando se sintieron seguros, liberaron al compañero de Eamón, quien corrió hacia el lugar donde lo esperaban los suyos para contarle a Déleg que su hijo era prisionero de sus enemigos.

Junto a los autobuses, parqueados por sus conductores en la acostumbrada formación de triángulo, se habían reunido los jefes de las doce familias huidas de Urdaneta. Eran, como Déleg, hombres de cuerpos chatos y musculosos, barbados y de pocas palabras, quienes rezaban usando unos rosarios de cuentas gruesas mientras se calentaban alrededor de una fogata.

La esposa de Déleg, llorando, con las mejillas húmedas e iluminadas por la luz rojiza de la hoguera, exigió:

—Mi hijo. Esos cabrones tienen a mi hijo. Tenemos que tratar con ellos.

—Lo que esos quieren —dijo uno de los hombres, perdiendo su mirada en las ascuas— es detenernos hasta que lleguen los bayardos.

—¡Pero si pasamos —gritó la mujer— lo matan! ¡Lo matan!

Todos callaron escuchando el crepitar del fuego. Desde las ventanillas de los buses, decenas de rostros contritos veían a

quienes conferenciaban junto a la fogata. A ratos se oía la vocecita de un niño pidiendo su comida y el ladrido de algún perro. Finalmente, Lluis Déleg habló, sintiendo el orgullo exaltado que le daba el ser líder de los suyos:

—Le quiero a mi Eamón. Pero más le quiero a mi pueblo —y ordenó, mientras su esposa caía de rodillas en el suelo—. ¡A los buses, nos vamos!

Durante unos segundos largos, en los cuales nadie fue capaz de moverse, se escuchó la voz del niño que pedía su alimento y el llanto de la madre de Eamón Déleg. Muchos, atrás de las ventanillas de los autobuses, cerraron los ojos condolidos, mientras el jefe de los chazos, sintiéndose incapaz de respirar, gritaba:

—¡A los buses, dije! ¡A los buses!

Dos o tres semanas después del cruce del río Pesares, cuando los chazos habían pasado ya a través de las montañas de la Última Sierra y recorrían las duras sendas del desierto, entre matorrales y cactus, los doce jefes de las familias se juntaron de nuevo, alrededor de una fogata, esta vez bajo un cielo en cuya hondura ciega destellaba la luna llena.

—Tu esposa nos ha convocado, Lluis —dijo, iniciando el consejo el más viejo de los hombres reunidos.

—¿Y para qué? —preguntó el aludido, mirando con desconfianza los rostros hoscos de sus compañeros, endurecidos por la luz de la luna cuyos rayos iluminaban, además, el farallón de grandes rocas junto al cual los chazos habían detenido sus autobuses—. ¿Esta noche no van a rezar el rosario, antes del consejo?

—Este no es un consejo —gruñó el anciano, huyéndole la mirada, incómodo, mientras se frotaba las manos callosas—. Es mejor que tu mujer te diga.

—Así que es asunto tuyo —dijo Déleg, encarándose con su esposa—. Desde que cruzamos el puente del Pesares estás furiosa.

—Desde que mataste a tu hijo —susurró Amelia, mirando a su marido.

Lluis se disponía a contestar a la acusación de su esposa, cuando se escuchó el aullido de un chacal que fue contestado por otros. La luna, brillante sobre las peñas del farallón junto al cual habían

acampado, pareció teñirse de rojo; al verla, los chazos supieron que la decisión tomada por todos ellos era injusta. Sin embargo, persistieron en ella.

—No queremos que nos mande uno que fue capaz de dejar morir a su hijo —explicó el viejo chazo—. Eres capaz de dejarnos morir también, no tienes extrañas.

—Yo no maté a Eamón —gritó Déleg—, fueron los bayardos. Y ustedes, todos ustedes y sus familias están vivos porque yo…

—¡Asesino! —lo interrumpió Amelia, gritando—. ¡Era mi hijo!

—No te queremos al mando —insistió otro de los chazos reunidos alrededor de la hoguera—. No te queremos mandando.

—¡Los salvé! ¡Yo los salvé!

—Cierto —reconoció el viejo—, pero igual queremos que te vayas.

—¿Cómo es eso? —indagó Déleg, sintiéndose a punto de sacar su revólver y dispararle a quien se le pusiera delante; agarró la cacha de su arma, pero se detuvo al escuchar los chasquidos de varias carabinas rastrilladas por hombres que lo apuntaban desde las sombras.

—El Cristo de Biblián sabe que te respetamos, Lluis —dijo el viejo —, no vamos a hacerte nada: te entregaremos la parte de lo que hemos ganado que te toca como jefe. Aquí te separas de nosotros, sin pelear y sin sangre.

—Amelia —acezó el chazo, vencido—, tú, ¿qué harás?

La mujer escupió en las botas de su esposo y le dio la espalda para perderse en las sombras, susurrando:

—Que el desierto te trague, asesino.

Sentado en la cima de la colina, desde donde podía ver la titilante extensión urbana de Shine Point, Lluis Déleg era solo capaz de recordar, de todos los acontecimientos de su pasado, esos días de sed atroz y sol cegador que viviera deambulando perdido en el desierto. Habían sido jornadas durante las cuales las sombras bailaron ante sus ojos, desorientándolo, y las alimañas del desierto lo persiguieron, feroces e incansables. Recordaba, vivamente, una bestia que, lenta y porfiada, lo había cazado por días enteros, un ser hediondo, parecido a un búfalo, que lamía el musgo venenoso de las

piedras y resoplaba.

¿Cómo había salido con vida de Cunqueiros? ¿Auxiliado por los Yaquis, esos salvajes habitantes del desierto, quienes hablan en una lengua antigua y vagan por sus estepas recorriendo las rutas usadas por las caravanas que, en otro tiempo, cruzaron esos eriales en dirección al mar, hacia unos puertos fabulosos situados en el Oriente? Déleg lo ignoraba. Había despertado una tarde en un sanatorio de Shine Point hasta donde lo llevaron, según se enteró más tarde, unos viajeros, quienes lo hallaron mientras recorrían los límites de las Ciudades del Norte.

Ya repuesto de su viaje, solo y sin pasado como quedó, Lluis Déleg, quien fuera jefe de una partida de mercenarios, decidió permanecer con los monjes, católicos como él, que regentaban la casa de salud en donde lo habían curado. Ajeno al paso de los años, se dedicó a cuidar de los niños llegados al hospital: una especie de culpa, que era incapaz de explicar, le impulsaba a proteger y alimentar esas criaturas desamparadas y ariscas, quienes lo trataban con indiferencia.

Cansado de mirar la lejanía luminosa, Déleg regresó con lentitud al sanatorio, caminando por un sendero de piedras romas que serpenteaba entre abetos y macizos de flores. La noche era seca y cálida y, entre las ramas de los árboles, brillaban decenas de bombillas. Ya frente al dispensario, el anciano aspiró, por última vez, el aire dulce del parque y se introdujo en la sala de emergencias, donde el ambiente apestaba a desinfectante.

En el gran recinto embaldosado, tras de un mostrador, un monje llenaba, escribiendo a mano, unos formularios; sobre su cabeza, en un televisor, los pacientes que esperaban atención se entretenían viendo la telenovela más popular de las producidas en Shine Point: *La viuda del capo*. Déleg cruzó el vano de la puerta para apoyarse en una de sus jambas y ver también la televisión.

> *En la pantalla aparece Hermione, quien, acompañada por su amiga Cleo, se cruza con Orestes. Todos van vestidos para una fiesta de gala, el joven usa un tuxedo y las dos mujeres llevan trajes largos adornados con perlas. Tras ellos, en un gran salón,*

decenas de parejas muy elegantes bailan un vals.

Orestes agarra firmemente a Hermione del codo y, tras morderse el labio con furia, dice, torciendo el gesto:

—¡Quién lo hubiera dicho, Hermione! Parece que te casas al fin, Neptolemo está más que loco por ti.

—¡No hagas una escena! —pide Cleo, abanicándose, incómoda, con la mano—. ¡Todos nos están viendo!

—Yo no te prometí nada, Orestes —se queja Hermione—. A mí me obligan a casarme los capos del golfo, que me comprometieron con Neptolemo, y si él ha descubierto que me ama…

—Todo lo que tus ojos quieren lo consigues, ¿no es cierto, Hermione? ¡Ya no te importan las humillaciones que sufriste cuando tu futuro marido solo tenía ojos para Andrómaca!

—¡Basta, suéltame el brazo!

—Sí, tienes razón: Tú cumple con tu deber, yo sabré cumplir con el mío.

Lluis Déleg, quien se había entretenido siguiendo la historia contada por las imágenes del televisor, sintió una pequeña mano que jalaba de su hábito. Bajó la vista para descubrir a la altura de sus rodillas a una niña vestida con harapos, tenía los ojos grises y el cabello muy negro. La pequeña era muy hermosa, y lo encaraba impasible.

Algo en la mirada de la niña estremeció al antiguo mercenario, había en sus pupilas una ferocidad cuyo brillo removió el pozo de sus recuerdos perdidos; Déleg supo que en su desmemoria se perdían maldades como la destellada por esos ojos.

—¿Quién eres? —preguntó el anciano.

—No sé —le respondió la criatura—, pero me llaman La Huérfana.

—¿Qué quieres?

—Comida —dijo la niña, mirando a Déleg con dureza—. Tú me vas a dar comida.

—El hermano Gerald cuidará de ti —dijo el viejo—, él está a cargo del orfanato.

La Huérfana se dejó llevar, por unos pasillos asépticos alumbrados con una luz helada, hacia la cocina del hospital, donde le darían de comer; mientras caminaba, de la mano del viejo, iba observándolo todo. A su lado, Lluis Déleg recorría meditabundo esos corredores fríos, sintiéndose, como siempre, culpable de un crimen que era incapaz de recordar.

…Los grandes Estados imperiales, enfrentados unos contra otros, han tenido, a lo largo de la Historia, problemáticas comarcas fronterizas llenas de cuadrillas de aduaneros, fiscales, administradores y cónsules; en esas fronteras han desplegado ejércitos regulares o peligrosas partidas de mercenarios. Con frecuencia, a esos límites imperiales han ido a terminar, en guerras extenuadas, los conflictos que en las metrópolis enfrentaban a esos Estados poderosos.

Es que las riquezas de esas zonas limítrofes, ubicadas a veces en las antípodas de las capitales de los Imperios, han sido objeto de codicias descomunales convertidas en razones de Estado capaces de justificar —y hasta de celebrar— todas las crueldades y todos los excesos.

Pero donde los Imperios limitan con países —pobres, caóticos, atrasados— irrelevantes, inaudibles en el concierto de las naciones, en sus patios traseros, hay linderos agrestes, zonas poco pobladas y carentes de recursos naturales, tierras estériles. En esas franjas limítrofes los grandes Estados no se exhiben majestuosos ni beligerantes, casi no hacen presencia en esas lejanías; y los Estados pobres, como los de las Tierras del Sur, como mucho, despachan hacia ellas a un par de comisarios mal pagados, a algún piquete de

policías con armas herrumbradas y uniformes raídos. Esas circunscripciones son, por su poco resguardo, las preferidas por contrabandistas y forajidos de toda laya, y la única ley de esas tierras es la impuesta, a fuego, grillete y cuchillo, por esos criminales desaforados. Es este último el caso de la región de Frontera…

Fragmento de *Naturaleza, política y moral de la Región de Frontera,*
monografía escrita por Homero Benet, periodista.

La exitosa fuga de Abril Garza

La sarna del sicario tenía la forma de una rata y, al verla, Abril Garza sintió una extraña inquietud: esas lesiones purulentas, rojizas o verdosas, de las pieles de sus pacientes, eran por lo común manchas que se extendían por sus cuerpos devorándolos, haciéndose más y más profundas hasta llegar, a veces, hasta los músculos. Pero en la pantorrilla izquierda del hombre a quien curaba, la infección había tomado la forma de una de esas alimañas que se escurren entre las sombras hediondas, propias de la ciudad de Urdaneta.

Abril cubrió la sarna con una capa de ungüento hecho con aceite de oliva, ruda y oloroso matico y olvidó su forma, apenas dejó de verla. El hombre, desnudo sobre un catre cubierto con una manta de hule, se dejó inspeccionar por la mujer, quien, ayudándose con una lupa, revisó cada centímetro de su piel, mientras lo palpaba con sus dedos sarmentosos.

Juntos, el sicario y la curandera, en la habitación de paredes desnudas sin revocar y piso de baldosas blancas, hacían una extraña pareja: él era un hombre joven, musculoso y bermejo; a su lado, ella, cubierta con una túnica llena de lamparones, se veía aún más menuda y vieja de lo que era, muy morena y canosa, con los ojos de un color gris desvaído y las manos deformadas por la artritis, del cuello flaco le colgaba un amuleto, un medallón traído desde Archidona.

—No me voy a meter de nuevo en una joda como la que acabamos de pasar —afirmó el sicario, mientras se dejaba inspeccionar por la vieja—. De está casi no salgo: hubo tiros, esas montañas están llenas de precipicios en los que uno se cae, serpientes, pumas y, para colmo, esas espinas venenosas.

—Zarzas —corrigió la vieja, mientras le acercaba su lupa a las axilas—. ¿Otros de tus compañeros están como tú?

—Solo yo tuve la mala suerte de caerme en esa quebrada llena

de zarzas. Bueno, quizá no fue mala suerte: los otros tuvieron que defender la salida por donde los chazos querían llegar al desierto, y esos malditos pasaron disparando en sus buses, a toda velocidad, aunque el camino era malo.

—¿Hubo muertos?

—Tiraban como diablos, y con tino, señora, ¡con tino!

—Se escaparon, entonces —concluyó Abril, sin interés.

—Hacia Cunqueiros, los muy hijos de puta. Pasaron, y don Borja se puso como loco de la furia. Todo salió mal, y fue peor en el desierto. Por eso no quiero seguir con él, me voy de Urdaneta.

—Yo necesito un guardia, el que trabajaba conmigo se hartó de esta ciudad y se fue hace quince días —dijo Abril, quien, apartándose del catre donde yacía el sicario, se lavaba las manos en una esquina del cuarto, usando una jofaina que descansaba sobre una mesa, junto a un televisor encendido.

—Si usted quiere, doña —se alegró el hombre—, empiezo mañana.

—Pago menos que Bayardo Salá.

—No me importa. Las cosas en la casa de don Borja están raras: esa señora Clita, la esposa del jefe, es… Yo quiero salir de ahí cuanto antes.

—Pues te vienes —dijo la curandera, e indagó—: ¿cuál es tu nombre?

—Koldo Larios —respondió el sicario, y averiguó a su vez—: y disculpe, doña, usted ¿para qué necesita un guardaespaldas?

—La gente cree que soy rica por lo mucho que trabajo —mintió la vieja—, no quiero que algún idiota venga a robarme.

El sicario, tras vestirse, dejó el local en donde Abril Garza atendía a sus clientes y ella, nerviosa como vivía, se dedicó a ver la televisión mientras machacaba, en un mortero de bronce, unos granos de sal marina, ortigas maceradas en la oscuridad de su sótano y pétalos resecos de unas flores amarillas. Acostumbrada a elaborar sus ungüentos, trabajaba eficiente y automáticamente mientras veía la televisión y rezaba las oraciones que debían acompañar la preparación de los ingredientes, eran palabras de poder dichas para distraer a la Dañina, quien detestaba cualquier

remedio y hacía fracasar, frecuentemente, las curaciones hechas en la meseta de Quiroz.

En la pantalla del televisor aparecen Hermione y Cleo, quienes miran cómo Orestes, encorvado, se aleja de ellas. Cuando están ya solas, Cleo se dedica a arreglar el peinado de Hermione, quien sonríe y dice, refiriéndose al hombre que acaba de dejarlas:

—Pobre, sufre tanto.

—No parece tan apenado.

—En Orestes, la procesión va por dentro.

—Pues él solito se lo buscó: él trajo la orden de los capos para que Neptolemo se casara contigo, amiga.

—Sí. Si no es por eso, Neptolemo seguiría rogándole a la muy perra de Andrómaca para que se convirtiera en su mujer.

—¡Don Neptolemo ya es tuyo!

—Pues sí, ¡y es tan guapo!

—¡Y rico y poderoso! Si no es por él, la mafia de ese maldito de Héctor seguiría dando guerra.

En ese momento, aparece Andrómaca, quien, llorando, se dirige hacia las dos mujeres.

—¿Pero sí ves quién viene, Cleo? ¡Cómo se atreve a buscarme!

—Querrá pedirte algo, amiga, algo para su hija. Mejor vámonos.

Abril Garza, quien había terminado de preparar su menjurje, se lavó concienzudamente las manos en la jofaina y, sentándose en el catre sobre el cual atendía a sus pacientes, continuó viendo la televisión sin seguir, en verdad, la trama de la telenovela: mientras los actores se desgañitaban y hacían visajes, ella, en un murmullo, repetía sola en la habitación de paredes grises y piso frío:

—Dieciséis por uno punto cincuenta, dividido para el año en que murió mi madre. Dieciséis por uno punto cincuenta, dividido para el año en que murió mi madre…

Esas palabras eran la clave que le permitiría traducir, cuando fuera el momento, toda la información registrada en la libreta que escondía en su cocina, abajo de las piedras del fogón. Los datos guardados en esas páginas encriptadas, ella bien lo sabía, le permitirían chantajear a muchos poderosos, quienes, por eso, allá en las Tierras del Sur, habían puesto precio a su cabeza. Esperando el momento propicio para usar ese poder, se había perdido en un lugar como Urdaneta y necesitaba un guardián que le cuidara, noche y día, las espaldas.

Vivía, por tanto, sin relacionarse con los demás habitantes de la villa, acompañada sólo por su asistente, Llum Chamorro, un hombrecillo de gran cabeza calva, quien la ayudaba en sus tratamientos, y Lina Pontevedra, su amante, una joven gruesa y zafia comprada en un prostíbulo, en otra ciudad de la Región de Frontera en la que estuvo de paso antes de cruzar el río Pesares para guarecerse entre los basurales de Urdaneta.

Desde su llegada al altiplano de Quiroz, Abril Garza había olvidado su fe católica para convertirse en creyente de la Señora del Daño: con devoción le rezaba durante sus curaciones, le hacía sacrificios inmundos y periódicamente regaba los pies de sus efigies con saliva y los salpicaba con su sangre.

Por esa creencia, la noche del día en el que llegó Koldo Larios a su casa y para prevenir cualquier mal proveniente del recién llegado, se encaminó, por las callejuelas de los arrabales de la ciudad, bordeadas con costales de yute llenos de botellas rotas y trozos de plástico, hacia una de las capillas de la Santa; allí, a la luz de los cirios que ardían frente a la imagen de las tres calaveras

enmascaradas, se hirió en el pulgar usando una lanceta, y mientras rogaba por protección y amparo, escupió sobre el altar y regó su sangre en él.

Ya cumplido el ritual, se sintió fuerte y libre de sus aprehensiones. Estaba segura del poder que le iba a dar la información anotada en su libreta: el chantaje que había planificado por más de una década rendiría pronto sus frutos, convirtiéndola en una mujer poderosa, capaz de cobrar todas sus venganzas y de perpetrar todas las maldades merecidas por sus enemigos.

Se retiraba dejando la capilla mal iluminada por la luz vacilante de los cirios cuando vio con horror como una rata, que había permanecido oculta en las sombras, trepaba hasta los pies de la imagen y lamía las gotas de sangre recién ofrecidas por ella a la Santa. Era claro el augurio: la Señora del Daño rechazaba su ofrenda y no la protegería de los males que la amenazaban.

Mientras caminaba abatida de regreso hacia su casa, resbalando en el pavimento pringoso de las calles, hizo un esfuerzo por analizar su situación: si alguna de las posibles víctimas de su extorsión pretendía eliminarla, se cuidaría antes de hacerlo de recuperar la información que la amenazaba, robándole su libreta. Para eso, necesitaba espiarla hasta descubrir dónde la escondía y solo la podían vigilar tres personas: su nuevo guardaespaldas, Koldo Larios; su asistente, Llum Chamorro, o Lina Pontevedra, la muchacha, quien, hosca como siempre, la esperaba entre las sábanas de su lecho.

Cualquiera de los tres podría traicionarla pues eran ruines. Pensando en ellos, Abril Garza demoró su andar, para permanecer protegida por esa multitud de transeúntes cubiertos con capas de plástico, mientras imaginaba una estrategia para desenmascarar a su enemigo y, de ser preciso, darle muerte. Los moscardones que llenaban el aire de Urdaneta la rodearon zumbando.

Ya en su casa, construida con materiales de desecho, como la mayoría de las moradas de Urdaneta, la mujer se dirigió hacia el dormitorio compartido por Larios y Chamorro: un galpón con paredes de bahareque mal pintadas con cal y techo de zinc, lleno de goteras levantado en el traspatio de la vivienda. Los encontró

jugando a las cartas, alumbrados por un par de velas, sobre una mesilla colocada entre sus dos catres; el guardaespaldas tenía sus armas a mano: una pistola con adornos dorados y un machete con la hoja llena de signos grabados en el metal.

No la sintieron y ella los observó un rato largo: el sicario sostenía las cartas entre sus manos, doblándolas, mientras bromeaba y reía rascándose, a ratos, la barriga o las ingles; su oponente, el esmirriado y pálido Chamorro, quien fumaba todo el tiempo, lo miraba con los ojillos inyectados de sangre, mientras sostenía los naipes entre sus uñas manchadas por la nicotina.

Abril se alejó del cuarto de esos hombres por un pasillo oscuro, techado con zinc como toda la vivienda; llegó a su habitación y se detuvo apoyada en el quicio de la puerta. No podía ver el interior del dormitorio, pero imaginó a su amante, a quien oía roncar, envuelta en las sábanas húmedas, gorda, sudorosa, agitada y cubierta solo con las grandes bragas color carne que usaba para dormir. La deseaba furiosamente y, por eso, le permitía todas las insolencias, todos los desplantes y todos los caprichos.

"Si resultas ser tú", pensó mientras penetraba en la oscuridad y en el aire viciado de su dormitorio, "se acabaron todas tus mierdas, Lina, se acabaron todas tus mierdas".

Al despertar en la mañana, como siempre a esas horas, la curandera se levantó de la cama, sintiendo que sus articulaciones le crujían y, dejando en su cuarto a Lina, quien seguía roncando, se dirigió al baño; ya entre sus paredes cubiertas de orín, se desnudó y enjuagándose de pie en una gran jofaina con el agua extraída de un tonel con un cazo, repitió una y otra vez en un susurro:

—Dieciséis por uno punto cincuenta, dividido para el año en que murió mi madre. Dieciséis por uno punto cincuenta, dividido para el año en que murió mi madre…

Media hora después, mientras desayunaba las gachas sosas y grasientas preparadas por Lina la noche anterior, miró a los dos hombres, quienes comían también en su cocina, sobre la mesa de hierro colocada en el centro de la habitación de techo bajo que tenía en un extremo el fogón y, en el otro, un pilón de loza y una alacena con puertas de malla llena de potes en cuyo interior se guardaban

las provisiones de la casa. Una nube de moscas volaba cerca de los alimentos protegidos por el fino tejido de metal, excitadas por su olor.

Larios y Chamorro, adormilados, comían usando unas cucharas de palo y hacían ruidos al tragar. Cuando casi habían terminado, Lina apareció en la puerta de la cocina, cubierta solo con las bragas que había usado para dormir y un jersey de punto mal abrochado. Sin saludar, con la cara enrojecida por el sueño, cogió un plato del lavadero, sin preocuparse de si estaba limpio, se sirvió una gran porción de gachas y empezó a comer con voracidad.

Abril, luego de terminar su desayuno, se levantó, fue al pilón y, mientras lavaba su plato, miró a sus acompañantes, quienes comían, casi con los rostros hundidos en la masa grisácea que llenaba sus platos. No hizo ningún esfuerzo de pensamiento para concluir que los tres eran unos imbéciles; Larios, Chamorro y su amante eran incapaces de espiarla, menos la podrían sorprender, si intentaban matarla: ella era capaz de prevenir con facilidad sus acciones, pues los tres eran como los moscardones de la basura, se movían lentos y con torpeza.

Cuando su guardaespaldas terminó de comer, le ordenó que la siguiera y fue a su consultorio. Durante toda la mañana pensó en su situación, mientras atendía, mecánicamente, a sus clientes, quienes eran siempre muchos, pues casi todos los habitantes de Urdaneta tenían sarnas y eccemas producidos por el ambiente de la ciudad.

Mientras frotaba pieles repugnantes, la curandera fue tejiendo la trama de sus sospechas, con la vista perdida en las paredes de cemento de su consultorio. No podía desoír los augurios con los que la Dañina la había advertido, y si ninguna de las tres personas, con quienes convivía, eran una amenaza, debía prevenir un peligro proveniente de fuera de su casa, y eso era peor, hubiera preferido conjurar el riesgo asesinando a su amante, a Larios o a Chamorro.

Debía desaparecer, fugarse como lo había hecho años atrás; la meseta de Quiroz ya no era un lugar seguro para ella. Sepultaría su rastro allí, en esa ciudad llena de miseria y desechos. Fue precisamente la abundancia de basura, propia de Urdaneta, la que le dio la idea de cómo borrar su rastro y desaparecer: Haría estallar su

casa.

Eran comunes, en Urdaneta, las explosiones provocadas por la combustión de los gases emanados de los basurales, esos vahos hediondos, a veces, quedaban encerrados en los subsuelos de las casas y cualquier chispa bastaba para hacerlos explotar. Las gentes en la ciudad, cuando se producía una de esas deflagraciones, poco averiguaban de los que en ellas morían: usualmente, les bastaba con cubrir los cadáveres con los desechos inútiles y apisonarlos, para seguir acumulando sobre ellos más basura.

Abril no era capaz hacer acopio de esas emanaciones, pero sí podía comprar una bombona de butano, de las usadas por los sicarios del cártel en sus cocinas, dejarla con su espita abierta en el sótano de su casa, esperar el momento oportuno y luego prenderle fuego, estando a una conveniente distancia. Sus vecinos hallarían varios cuerpos despedazados, entre los escombros de su vivienda, e iban a suponer que uno de ellos era el suyo.

En los siguientes dos días, Abril puso su plan en práctica con muchas precauciones: uno de sus pacientes, un viejo a quien había curado de una sarna dolorosa que le carcomía toda la espalda, accedió a comprar para ella una bombona y se la llevó con disimulo hasta su casa, a una hora en la que dormían quienes vivían con ella. Esa misma noche, extrajo su preciosa libreta de su escondite y, tras ocultar la bombona en el sótano cavado debajo de su cocina y dejar abierta su espita, colocó una vela encendida sobre el fogón. Luego, sin perder un instante, y llevándose una maleta, corrió, escurriéndose entre las sombras pestilentes, hacia los arrabales de la villa, donde se detenían los grandes camiones que traían la basura proveniente de las Ciudades del Norte.

Cuando la curandera escuchó el estallido, estaba ya oculta en el balde mugriento de un camión que pronto abandonaría las afueras de Urdaneta, llevándola hacia cualquiera de las enormes y populosas Ciudades del Norte. Antes de partir, la mujer pudo ver, a lo lejos, la llamarada producida por la explosión de su casa cuyas paredes miserables ardían entre los despojos amontonados de la ciudad.

El sol la despertó, a la mañana siguiente. Iba recostada en la parte posterior de un camión grande, sobre unos tablones

manchados por la carga que, usualmente, se amontonaba sobre ellos. El vehículo recorría, a bastante velocidad, una de las carreteras abiertas en la superficie árida del altiplano de Quiroz.

Como todas las mañanas, la mujer repitió, en un murmullo, la clave que le permitiría decodificar la información de su libreta:

—Dieciséis por uno punto cincuenta, dividido para el año en que murió mi madre. Dieciséis por uno punto cincuenta, dividido para el año en que murió mi madre…

Y, considerando que tenía por delante un largo viaje, extrajo de su maleta un lápiz, arrancó una de las últimas hojas de la libreta y sobre ella hizo los cálculos cuyo resultado era la clave. Llenó el papel con números de trazado vacilante y, tras unos minutos de calcular, obtuvo una cifra: 0,0122574055. Luego se aplicó a desencriptar, usando esos dígitos, la primera página de la libreta.

Mientras trabajaba, sobre su cabeza ardía el sol calcinando las piedras del camino, la cabina del camión y los tablones del ancho balde en donde iba; el calor se volvía insoportable, con el paso de las horas, pero ella no lo percibía, tampoco sentía el polvo que se le espesaba en la garganta ni los bandazos dados por el camión cuando una de sus grandes ruedas caía en un bache del camino.

Estaba concentrada en unas complejas conmutaciones: debía sustituir los signos de la libreta por las letras que obtenía usando como ratio el número resultado de su primer cálculo. Pero solo conseguía, de sus operaciones, palabras sin sentido como: Cazxcv, lijhtf o axsvgmmjh. Rehízo sus cálculos una y otra vez, pero obtuvo siempre palabras igual de incomprensibles.

La luna ya había salido, azul y helada, y un viento oscuro azotaba la meseta desierta, cuando Abril Garza se dio por vencida: con el paso de los años su memoria había alterado la fórmula cuyas palabras recitara tantas veces: su libreta era inútil. No tenía esa información que detendría a sus enemigos, y ellos, ignorando que era incapaz de dañarlos, la seguirían buscando, incansables.

A pesar del bramar del motor, la curandera pudo oír el aullido de un chacal; ella gritó también, mientras se arrancaba gruesos mechones de su cabellera: estaba perdida, pronto estaría muerta y sus enemigos, si podían, se iban a cobrar con dolor los esfuerzos

hechos para encontrarla. Resignada, se encaramó con dificultad en uno de los pringosos laterales del vagón en que viajaba para luego dejarse caer hacia el empedrado de la carretera. Pudo escapar con facilidad, tuvo suerte: una de las ruedas, del largo camión articulado, le reventó la cabeza.

La fecunda cobardía de Sealtriel Asuero

Gracias a la maldición de su cobardía, Sealtriel Asuero era capaz de habitar en un mundo diferente. Aunque compartía los días y los lugares con los demás pobladores de la Región de Frontera, llevaba su existencia al margen de la ferocidad que movía a sus vecinos, todos empeñados en conseguir y gastar las riquezas, pocas o abundantes, provenientes del narcotráfico o del contrabando de migrantes.

La gran choza en donde residía era distinta de las demás viviendas de Urdaneta; construida con planchas de hierro y techo de aluminio, estaba purificada por el fuego que ardía en su centro, cuyo calor Asuero usaba para fundir el metal conseguido para él por una partida de niños mugrosos, quienes se escurrían entre los montones de basura trincando cables, piezas de maquinarias o vajillas y cualquier otro desecho que contuviera cobre.

El catre en que dormía, ubicado en una de las esquinas de su choza, sobre el suelo rojizo de ladrillo, se calentaba con la lumbre permanente de la fragua cuyo fuego, de olor pungente, era avivado por un fuelle de manivela cuando Sealtriel necesitaba una temperatura suficientemente alta como para fundir los trozos de metal que, a veces, martilleaba en el yunque, cuyo bloque de acero negro reposaba junto al brasero. Tanto el calor, como las crepitaciones de la lumbre alejaban a las alimañas y a los insectos propios de la villa y el humo acre sustituía sus hedores. Gracias a eso, el artesano vivía en una especie de cápsula ardiente y pura, encajada en los basurales de Urdaneta.

Sealtriel fundía el metal hasta consumir todas sus impurezas usando un gran crisol colgado con cadenas sobre las llamas intensas, luego inclinaba, usando una polea, el recipiente de grafito para regar el líquido ardiente sobre unos moldes de cerámica en los cuales se enfriaba un poco antes de que lo extendiera, usando unas

tenazas, para elaborar el hilo de cobre; luego, cuando esos filamentos enfriaban, los envolvía en bovinas, brillantes como joyas, que almacenaba al pie de su catre. Su alambre de cobre era famoso entre los armeros y forjadores de las demás ciudades del altiplano de Quiroz.

En el extremo del cuarto más alejado del crisol, Asuero había dispuesto una mesa de madera y un banco del mismo material en el cual comía un par de veces cada jornada. Su alimentación era parca: consumía un pan sin levadura, asado por él mismo en el fuego de su fundición, y agua. Quizá por esa frugalidad era un hombre huesudo, de tendones fuertes. Sus ojos, grandes y siempre húmedos le brillaban en el rostro, también descarnado y pálido, debajo de una pelambrera roja.

Mientras ingería sus alimentos, acostumbraba a ver la televisión y, cuando había terminado su desayuno o su cena, leía, una y otra vez, un volumen manoseado en cuyas páginas se relataban las vidas de los santos y beatos de la Compañía de Jesús: hombres sacrificados, quienes habían sabido vencer sus debilidades para servir a sus prójimos, por díscolos y ruines que estos fueran.

Poco caminaba Sealtriel Asuero por las calles sucias de su villa, vivía en Urdaneta porque allí lo había recluido su madre, antes de morir, y porque no le importaba que su vecindad estuviera llena de mugre y desechos. Quería pasar desapercibido entre los habitantes de la ciudad, y usualmente lo conseguía.

Sudando en su forja, calzado con zuecos de madera y vestido con unos pantalones cortos de mezclilla y su delantal de cuero, concentrado en la masa ígnea que manipulaba, era capaz de olvidar por completo quién era; vivía así, ajeno a su fatalidad. Pero, tarde o temprano, llegaba hasta su puerta algún sicario de Urdaneta, o de cualquier otra ciudad de Quiroz, la golpeaba con insolencia contenida e ingresaba en su forja para contarle sus disputas. Entonces, recordando su destino, Sealtriel Asuero se alejaba del crisol ardiente y, tras sentarse junto a su visitante, en el banco que usaba para comer, lo escuchaba con dolida atención.

Soñó esa noche en su crisol: en las entrañas de ese recipiente negro, la masa ígnea del metal fundido respiraba, siseando palabras

ininteligibles y aterradoras. Despertó agotado por la pesadilla y, luego de asearse con el agua en donde templaba a veces el hierro forjado, se preparó su desayuno. Mientras masticaba su pan, se entretuvo en ver la televisión atornillada a una de las paredes de hierro de su vivienda.

En la pantalla del aparato se puede ver a Hemione, quien, incómoda, usa una servilleta para abanicarse mientras trata de cubrir su la cara con la otra mano para no ser descubierta por Andrómaca. La viuda de Héctor ha entrado en el elegante salón ataviada con un vestido de noche negro, de gran escote, y con el cuello adornado por un collar de perlas, lleva además una diadema del mismo material que le sostiene un complicado moño.

Andrómaca se acerca a la mesa que ocupan Hermione y Cleo para clamar, apretándose las manos contra el pecho.

—¡Piedad, Hermione, piedad!

—¿De qué me hablas? —se indigna la aludida—, no te entiendo. ¿Vienes a pedirme que te deje a mi hombre? ¿Vienes porque Neptolemo me va a pedir, a mí, en matrimonio?

—No, no es por eso. No me importa lo que haga Neptolemo, yo soy mujer de un solo hombre y mi pasión quedó enterrada en la tumba de mi Héctor. No soy más que la viuda del capo, del más grande de los capos.

—Entonces —interviene Cleo—, ¿qué buscas?

—Mi hija, Estrellita. ¡Ay, mi hijita! Ten piedad, Hermione, y pídele a tu futuro marido, si te quiere tanto, que no la arranque de mis brazos, que no la mande donde los capos del golfo.

—No puedo hacer nada —dice Hermione, sonriendo

satisfecha, mientras se levanta de la mesa y sale del salón, seguida de Cleo—. ¿No que Neptolemo te amaba tanto? Pídele tú a él que te devuelva a tu hija.

—¡Tú también, cuando te toque, sufrirás el dolor que te toque! —grita Andrómaca llorando, luego reflexiona, en voz alta —: Pero tienes razón, malvada, me arrojaré a los pies de Neptolemo, pidiéndole a él piedad para mi Estrellita.

Sealtriel aún no había terminado de comer cuando alguien golpeó con firmeza el aldabón que tenía ensamblado en su puerta. Dejando en el plato el último pedazo de pan, bebió un trago de agua y, mientras se levantaba limpiándose las comisuras de la boca con los dedos, pidió:

—Quien sea, pase.

La pesada puerta de fierro, interpuesta entre la calle mugrosa y la vivienda de Asuero, giró sobre sus goznes aceitados y Bayardo Salá entró al taller, seguido de su guardaespaldas, un hombretón de rostro infantil; ambos vestían pantalones vaqueros, botas y chaquetas de cuero. Resintiendo el calor del lugar, el nuevo jefe del cártel de Urdaneta se quitó el sombrero alón y, abanicándose con él, gruñó:

—¡Aquí apesta a ese carbón de piedra que usas, Sealtriel, y hace demasiado calor!

—Es por la forja —se disculpó el herrero—. Pero uno se acostumbra enseguida.

—Yo —dijo Salá, mientras miraba con insolencia a Asuero— nunca había venido a hablar contigo. ¿Don Borja venía mucho?

—Alguna vez vino —respondió Sealtriel mientras limpiaba con el faldón de su grueso delantal el banco que antes había ocupado e invitaba a su huésped a sentarse en él, con gesto sumiso.

—Quiero que me resuelvas un problema —ordenó el jefe, sentándose en el lugar ofrecido por el herrero.

—Los que quieren que los ayude, vienen solos. Es mejor que su guardaespaldas espere afuera.

—¿Y tú, pendejo, te atreves a disponerle a mi hombre que salga?

—¡No, no, mi don! —negó Sealtriel, encogiéndose—. ¿Cómo cree? Pero es que lo que me cuentan no es bueno para los oídos de todos.

—Es verdad —rio Bayardo y, acomodándose en el banco, ordenó a su guardia—: mejor cuidas la puerta desde afuera, Juanillo.

El hombrón se volvió para salir, mientras aseguraba:

—Lo estaré vigilando todo, jefe. Si me necesita, nomás llama.

—Ya estamos solos, herrero. Y ahora, ¿qué toca?

—Ahora —explicó Sealtriel, sentándose junto a Bayardo, en el banco—, usted, si le parece, me cuenta en qué puedo servirle.

—En lo que haces, en eso me puedes servir, y no te finjas tonto: vas a remediarme un lío que tengo y no quiero resolver a tiros.

—¿Y por qué no a tiros? Mi don, usted así ya ha arreglado muchas cosas.

—¡Cuidado, si estás hablando de lo que pasó con Drago! Ese maldito me debía por ofensas antiguas.

—Pero ya no es un problema para usted.

—Sí. Y es ahora el hijo que tuvo antes de juntarse con Clita Tomé, su segunda esposa, el que me quiere causar problemas.

—¿Tenía un hijo?

—Se llama Milton, Milton Drago, y quiere quedarse con el mando del cártel.

Un rayo de sol, entrando por una claraboya abierta en el techo de zinc, resplandeció rojizo sobre un balde lleno de agua ferruginosa dejado por el herrero en el suelo de ladrillo, junto a la fragua; Sealtriel, al ver el destello, sintió miedo imaginando que quizás así brillaría el fogonazo del disparo que, de ordenarlo Sala, le impactaría en el vientre quitándole el aliento y reventando sus vísceras.

El temor horrendo, lo atenazaba cuando venían a pedirle que resolviera algún conflicto entre sicarios, aunque al final, bien lo sabía, el problema terminaría solucionado sin sangre: siempre vislumbraba, gracias a su total cobardía, cuál de los dos contendientes era el menos fuerte, el que era por tanto menos capaz de hacerle daño, y zanjaba el conflicto en favor del otro. El perjudicado, quien en el fondo se sabía débil, aceptaba a

regañadientes quedando así resuelta la disputa.

—No tuve problemas —explicó Salá— para tomar el mando del cártel después del fracaso de don Borja: él se lo buscó, fallando en castigar a los chazos. Esos cabrones primero se le escaparon en las montañas y, después, en el desierto; lo embobaron, escapándose para siempre.

—Oí que los chazos se perdieron en Cunqueiros, que se iban a morir todos allí.

—Eso dijo Drago, pero solo para no quedar como el estúpido que era. Los chazos se escaparon. Los de Urdaneta quedamos también como bobos, y eso es peligroso: si los otros cárteles creen que somos débiles, nos joden.

—¿Y fue por eso que lo mató? —indagó Sealtriel, con la voz ahogada por el susto.

—Por eso —rio Bayardo, levantándose del banco para caminar hacia la fragua y mirar las ascuas del carbón de piedra—, y porque me estaba tirando a su mujer.

—Pero con el chico, con ese Milton…

—Con ese no tengo la misma justificación, y algunos de los viejos sicarios del cártel le podrían apoyar. Por eso no me conviene meterle cuatro balas en el culo.

—Y por eso viene acá —concluyó el herrero.

—Todos en Quiroz saben que tú, de alguna manera, tienes siempre la razón en los pleitos.

—Sí —aceptó resignado Asuero—. Es así.

—Mañana vendrá el hijo de Drago para hablar contigo —terminó Bayardo Salá—. Ya lo verás, es como una serpiente.

Cuando el jefe del cártel de Urdaneta salió del taller, dejando solo a Sealtriel, el rayo de sol, que se había movido, ya no destellaba en el balde lleno de agua rojiza, encendía una porción de ladrillo sobre cuya superficie, tiempo atrás, al herrero se le había derramado un chorro de metal fundido dejando una mancha con la forma de una estrella. Al verla alumbrada, el herrero sintió un ramalazo de miedo y una rabia enorme: su destino, el decidido por su madre para él, lo acosaba otra vez, impidiéndole vivir en paz.

Como siempre al enfrentarse con la necesidad de resolver un

conflicto que contraponía a dos de los violentos sicarios de Quiroz, Asuero empezó a sufrir una maniaca necesidad de pulir todas sus herramientas, desempolvar sus pocos enseres, de limpiar su taller, de lavarse él mismo fregándose las ingles, las axilas y los empeines. Mientras frotaba sus martillos y tenazas, barría el piso de ladrillo levantando una polvareda rojiza o se bañaba con abundante agua y jabón, el corazón le dolía al palpitarle enloquecido en el pecho; aunque hinchaba el tórax no era capaz de proveerse del aire suficiente y boqueaba desesperado, pues su imaginación lo atormentaba con todas las situaciones de peligro que debería enfrentar si erraba en su fallo.

El perjudicado por su dictamen podría buscarlo por la noche, amparado en las sombras, y acercarse reptando hasta su catre para luego, sin que él lo pudiera evitar, hincarle una y otra y otra vez una daga en el pecho; sentía la hoja de arma asesina penetrar helada entre sus costillas, cortándole la piel; sus músculos sonarían como tela rasgada al abrirse; la punta del puñal, solo un centímetro de ella, le cortaría una de las gruesas venas que alimentan sus entrañas y su sangre brotaría oscura, encharcando el interior de su cuerpo, anegando sus bronquios, gorgoteando por su garganta hasta salirle, en borbotones, por la boca y por la nariz. No iba a morir rápido: con la tráquea ahogada sería incapaz de respirar, quizá por una hora entera, lucharía intentado que una mínima porción de aire le llegara a los pulmones.

Y no temía solamente a un asesino armado con un puñal: meses después de haber resuelto cualquier disputa, alguien podría echar veneno en los alimentos guardados en su despensa: gotas tóxicas, extractos de raíces y restos podridos de vísceras de serpiente que, imposibles de detectar, ni por su olor ni por sus sabores, le calcinarían el estómago, perforándoselo, y le convertirían las tripas en una masa coagulada de excrementos y de sangre: le aterraba morir hundido entre las inmundicias de Urdaneta, intentando defecar y sin conseguirlo, mientras vomitaba en trozos sus vísceras.

Sabía también que cualquier sicario vengativo era capaz de echarle ácido en los ojos para dejarlo ciego, incapaz de trabajar y obligado a pedir limosna arrastrándose entre los basurales de

Urdaneta o tropezando por las carreteras del altiplano de Quiroz, martirizado por el sol y por los niños crueles, quienes lo apedrearían entre risas y chillidos jubilosos.

Milton Drago llegó al anochecer, cuando Sealtriel ya había encendido las dos lámparas *petromax* colgadas del techo, que alumbraban el taller; su luz, amarilla e intensa, perfilaba con nitidez los contornos de las cosas. El herrero, incapaz de controlar la taquicardia desbocada en su pecho desde la visita de Bayardo, recibió pálido y tembloroso al hijo del antiguo jefe del cártel de Urdaneta.

El recién llegado era un hombre joven, quien como mucho habría cumplido los veinte años de edad, de mediana estatura, delgado y vestido como cualquier sicario, con botas, pantalones vaqueros y chaqueta de piel, llevaba la cabeza cubierta por una boina gastada; todas sus prendas eran de color negro, aún la pistolera de cuero ajustada a su cintura; en esa funda portaba un revólver pavonado, sin adornos y con cachas de madera lisa.

Apenas Sealtriel le miró el rostro afeitado, casi femenino y los grandes ojos impávidos, sintió disminuir sus palpitaciones e intuyó el desenlace de esa historia de odio y muerte que había unido a Bayardo Salá con Clita y Borja Drago. El herrero se acercó a Milton y, tímido, lo saludó con una inclinación de cabeza mientras le señalaba el banco, invitándole a tomar asiento en él. El sicario lo hizo sin decir una palabra.

—Usted dirá, don Milton —dijo Asuero, a modo de saludo, sentándose junto a su huésped.

—No tengo nada que decirte —respondió el joven Drago, mientras extraía de su funda un puñal de hoja damasquinada que llevaba escondido en la bota, y se lo entregaba al herrero, pidiendo: —¿Puedes arreglarme este cuchillo?

—¿Qué le pasa? —indagó Sealtriel, tomando la daga con cuidado para colocarla sobre el tablero de la mesa.

—Tiene floja esta pieza —explicó el joven, señalando la guarda con uno de sus dedos afilados.

—Es un arma hermosa —comentó Asuero mirando la mano fina y, sin embargo, extrañamente amenazadora del hijo de Borja Drago.

—Le habrá costado lo suyo al que la compró.

—¿Fue un regalo? —indagó Sealtriel, tragando saliva al percibir un helado tono de burla en las palabras de su huésped.

—Sí —aceptó Milton, mostrando al sonreír unos dientes menudos y blancos—. Digamos que fue un agasajo que me hizo uno que ya es difunto.

La imaginativa cobardía de Asuero no necesitó más averiguaciones para definir su opinión sobre los contendientes: Bayardo Salá era capaz de cualquier truculencia, pero, al lado de Milton, era solo un matón tosco. Al joven hijo de Borja Drago una terrible crueldad le pintaba la palidez en el rostro y le aquietaba los ojos oscuros remordiéndole la sonrisa torva y blanca que, casi todo el tiempo, le entrecerraba los labios.

—Es trabajo de un armero —dijo el herrero con la voz ahogada por el miedo, devolviendo la daga a su dueño—. Yo no sabría cómo arreglarla.

—Si es así —concluyó el sicario, levantándose para salir del taller —, mejor me busco a uno bueno.

Cuando estuvo solo en su taller iluminado por la intensa luz de las lámparas *petromax*, Sealtriel Asuero redactó, sobre la mesa en cuya superficie acostumbraba a ingerir sus alimentos, el fallo exigido por Bayardo Salá, sobre unas hojas arrancadas de la libreta que utilizaba para apuntar los importes de sus ventas. Usando un lápiz de punta roma y con su letra temblorosa escribió por duplicado: "Milton Drago debe mandar en Urdaneta". Luego envió los papeles a sus destinatarios, usando como mensajero a un vecino.

Desolado, al amanecer del siguiente día, escuchó Sealtriel la novedad: Milton, el hijo del antiguo jefe del cártel de Urdaneta, había apuñalado a Bayardo Salá hasta matarlo y Clita, madrastra del asesino y amante del muerto, estaba escondida, se decía, entre los basurales de la ciudad con la esperanza de retardar el momento de su ejecución.

Al enterarse de la noticia, se alejó del intenso fuego de la fragua para salir de su casa y caminar hacia el río cuya corriente atravesaba la ciudad; iba de prisa y mirando las punteras de sus botas para no ensuciarse la vista con la mugre de Urdaneta. Encontró la orilla del

Pesares llena de inmundicias hediondas y, asqueado, la remontó caminando río arriba, hasta salir de la villa y hallar aguas más limpias. Allí, en un remanso de la corriente en cuya ribera crecía un macizo de juncos oloroso a tierra mojada y a hierba, se quitó la ropa y, resuelto, se sumergió en las aguas, buscando el morir.

La desolación del herrero no la causaban ni el asesinato de Salá, ni la inminente muerte de Clita Tomé, ni la crueldad del hijo de Borja Drago, quien no había respetado su fallo. Su propia cobardía lo atormentaba, hasta hacerle pensar en el suicidio, cuando escuchaba de los actos violentos y valerosos de los otros, sabiéndose incapaz de imitarlos, sabiéndose condenado a ser esclavo de su temor.

A su madre, cuando aún estaba preñada, le habían augurado que su hijo sería un hombre de coraje y el más grande líder de los sicarios de Quiroz, si ella lo bañaba apenas naciera en las aguas torrentosas del Pesares, rezándole oraciones al Patrón. La mujer, quien había perdido a su esposo, a su padre y a un hermano en las refriegas propias de los sicarios, no lo había sumergido en la corriente del río, logrando así que creciera cobarde para vivir en paz, ajeno a la violencia de los traficantes.

Pronto, el hombre sacó la cabeza del agua y, nadando con vigor, se sustrajo a la corriente del río: no tenía valor suficiente como para abandonarse a la oscuridad. Hiriendo sus pies en el fondo pedregoso del Pesares, salió a la orilla para caer sobre el suelo arenoso, desnudo, vencido y de rodillas; encima de su cabeza, el sol siguió su curso apurando la mañana, en el juncal crecido en la ribera empezaron a croar las ranas y el herrero, aún a su pesar, sintió un amor inmenso por los sonidos del remanso donde había intentado suicidarse: sentía el calor del sol, la fuerza del agua, el viento… Casi contento, el cobarde Sealtriel Asuero buscó sus ropas para vestirse y regresar a su taller: debía terminar una carga del brillante alambre de cobre que solo él, en toda la meseta de Quiroz, era capaz de fabricar.

… A lo largo de dos siglos y medio, Archidona —y los cuatro caseríos que se convertirían en las otras ciudades de la meseta de Quiroz—

fueron el último límite, en el norte, de un país mal constituido y gobernado desde una urbe ensimismada, ciega a nada que no ocurriera en sus calles, barrios miserables, palacetes y mansiones. Esa capital regía, de manera ilusoria, una frontera claramente marcada en sus mapas, pero borrosa en el territorio. Toda la región fue, a lo largo de esos años, destino de castigo para militares revoltosos, funcionarios corruptos o políticos díscolos.

Durante ese prolongado período, el ejercicio del poder central sobre ese territorio de su confín fue poco más que una proclamación pomposa en los discursos oficiales; pero como nadie sentía interés por esa comarca lejana, esa ficción bastó para que en Frontera se conservara una estabilidad adormecida garantizada por la presencia —aunque fuera más declarada que efectiva— de un Estado.

Cambió todo cuando el tráfico de drogas y de migrantes empezó a operar en la región; desde entonces, la ilusión de ese orden, que era más modorra que respeto por una autoridad legítima garante del bien común, ha sido sustituida por la lógica de la guerra: la de los traficantes entre ellos, la de las pocas y abúlicas autoridades contra los cárteles, la de estos últimos contra los habitantes de la región, quienes sufren impotentes sus desafueros y crueldades. En un conflicto como este, la única racionalidad es la de la perfidia en la lucha y no caben ideales ni ideologías: Hay solo temor y su complemento, el consuelo dado por la religión.

La lejana región de Frontera, pues, no tiene en la actualidad un Estado de Derecho —no hay en ella tribunales ni verdaderas autoridades—, aunque nominalmente sea parte de un país constituido sobre el respeto de unas leyes fundacionales y fundamentales. En esta amplia zona que va desde el mar y los manglares de Calaj hasta el desierto de Cunqueiros no hay otra justicia que la de los traficantes ni otro poder que el detentado por los jefes de los cárteles. Los habitantes de la región se relacionan mutuamente por el recurso exclusivo de la violencia: unos pocos son victimarios, la gran mayoría son sus víctimas y, entre estas últimas, prima el egoísmo sobre la solidaridad…

Fragmento de *Naturaleza, política y moral de la Región de Frontera,*
monografía escrita por Homero Benet, periodista.

El radiante martirio de Homero Benet

El olor era repugnante y le llegaba con los golpes del viento áspero que barría la meseta de Quiroz por la cual, desde hacía años, vagaba Homerito Benet, casi por completo ciego, capaz solamente de distinguir lo que tenía a un jeme de la nariz, en la distancia solo percibía bultos en una atmósfera lechosa. Se detuvo, apoyándose en el cayado con cuyo extremo sentía el terreno y guiaba sus pasos, y encarando la ciudad, invisible para él, dijo en voz alta mientras aspiraba con asco el aire:

—Urdaneta, tu pestilencia me advierte: he alcanzado tus muros, ¿cómo me recibirán tus calles y tus plazas?

El hedor lo fue guiando, pronto el vocerío de los habitantes de la villa acompañó su andar y sus pies, mal calzados con unas sandalias de cuero, empezaron a resbalar en el pavimento de las calzadas cubiertas por costras de mugre. Incapaz de ver a su alrededor, no se percató de que, a su paso, los viandantes detenían su trajín para mirarlo: alto, muy flaco, vestido con una túnica de lino, calvo, de barba canosa y con los iris blancuzcos bajo las cejas, se distinguía de los pobladores de la ciudad, cubiertos todos con sus capuchas y sus mantos de tejido plástico.

La ceguera le había potenciado el olfato; percibiendo pues, con precisión y asco los hedores de la ciudad, se alejó de las calzadas y las plazas en donde los hombres y las mujeres removían con sus manos la basura más infecta y, tocando con la contera de su cayado los montones de inmundicias, se encaminó hacia los barrios menos hediondos en donde se apilaban los desechos plásticos; ya en esas calles, y guiándose por el oído, se aproximó a un parque en donde, entre unas acacias, unos chiquillos chillaban y reían ocupados en seleccionar restos de electrodomésticos separando lo que quedaba de sus motores, de sus carcasas y cables. Eran cuatro, dos chicos de más o menos diez años y dos niñas aún menores.

Tropezando con los trozos de plástico y metal, torpemente, Homero Benet caminó hasta estar muy cerca de los pequeños, quienes, vestidos con harapos cubiertos de suciedad, escarbaban en la basura con sus brazos huesudos y sus manos pálidas y tiznadas. Los niños, al verlo, callaron. Aprovechando su silencio, el ciego preguntó, en voz alta:

—¿Quieren que les cuente una historia?

—¿Y qué quieres a cambio? —averiguó, a su vez, uno de los chicos mayores, mirando con desconfianza al recién llegado.

—¡Vaya! —rio el viejo, dirigiendo sus ojos blancuzcos hacia el lugar del que provenía la voz del niño—. ¿Por qué debía yo querer nada?

—Todo cuesta —respondió el chiquillo, señalando los montones de basura en un gesto que Benet no pudo ver.

—Pues tienes razón. Les pediré algo a cambio.

—Entonces, no nos interesa —intervino el otro chico—. ¡Déjanos en paz o te tiramos piedras!

—¡Esperen, esperen! No me hagan daño: solo quiero que me den un trozo de pan, o algo de comer, y que me lleven después a algún lugar con sombra, donde pueda dormir.

—Yo tengo —dijo una de las niñas, decidida, sacando un trozo sucio de pan de entre sus ropas—. ¡Y estoy aburrida y quiero un cuento!

—Está bien —aceptó el muchacho que antes amenazara al viejo —. Te daremos pan después de que nos cuentes la historia.

Los dos niños se acomodaron entre las pilas de cables, plásticos y metales y se dispusieron a escuchar mientras sacaban unas colillas de sus bolsillos, las encendían y empezaban a fumar; las pequeñas, abrazadas, se acuclillaron a los pies del viejo, casi tocándolo: curiosas, querían ver sus ojos blanquecinos y, si podían, lo que traía en el morral de yute colgado de su hombro.

Y Homero Benet empezó a recitar rítmicamente, modulando su voz cascada. Los niños sintieron que, en vez de hablarles, extendía ante ellos una serie de cromos llenos de color en los cuales se sucedían fascinantes las acciones de los personajes de la historia:

El mínimo y dulce Francisco de Asís,
está con un rudo y tremendo animal,
bestia temerosa, de sangre y de robo,
las fauces de furia, los ojos de mal:
¡el lobo del bosque, el terrible lobo!
Rabioso ha matado en los alrededores;
cruel ha deshecho todos los rebaños;
devoró corderos, devoró pastores,
y son incontables sus muertos y daños.
Fuertes cazadores armados de hierros
fueron destrozados. Los duros colmillos
dieron cuenta de los más bravos perros,
como de cabritos y de corderillos.

—¿Cómo es un lobo? —preguntó una de las niñas.

—Como este ciego —se burló el muchacho que parecía liderar al grupo—. ¡No te sientes tan cerca del viejo que te va a comer!

—No es verdad —negó la otra pequeña, y explicó—: los lobos son como los perros, pero más grandes.

—Es verdad —dijo Benet, quien, al sonreír, mostraba unos dientes perfectos—, son como los perros, pero viven en los montes y desiertos, y se comen a las gentes y a los otros animales.

Y continuó:

Francisco salió:
al lobo buscó
en la madriguera.
Cerca de la cueva encontró a la fiera
enorme, que al verle se lanzó feroz
contra él. Francisco, con su dulce voz
alzando la mano,
al lobo furioso dijo: "¡Paz, hermano
lobo!". El animal
contempló al varón de tosco sayal;
dejó su aire arisco,

cerró las abiertas fauces agresivas,
y dijo: "¡Está bien, hermano Francisco!".
"¡Cómo!", exclamó el santo. "¿Es ley que tú vivas
de horror y de muerte?
¿La sangre que vierte
tu hocico diabólico, el duelo y espanto
que esparces, el llanto
de los campesinos, el grito, el dolor
de tanta criatura de nuestro señor,
no han de contener tu encono infernal?
¿Te ha infundido acaso su rencor eterno
el diablo brutal?".

—Y ese Francisco, el que le habla al lobo, ¿quién es? —indagó la otra niña.

—Es un santo —le respondió el muchacho que antes se había burlado y quien empezaba a interesarse en la historia—. El cura de la iglesia, antes de darnos de comer, nos cuenta de los santos.

—Sí —reconoció el otro chico—, pero son historias aburridas, no son como esta.

—¿Es un santo como la Dañina? —insistió en averiguar la niña que había hablado primero.

—No —le respondió el muchacho—. la Dañina es mala y los santos, como este del lobo, son buenos.

Homero Benet continuó:

Y dijo el gran lobo: "¡Es duro el invierno,
y es horrible el hambre! En el bosque helado
no hallé qué comer; y busqué el ganado,
y en veces comí ganado y pastor.
¿La sangre? Yo vi más de un cazador
sobre su caballo, llevando el azor
al puño; o correr tras el jabalí,
el oso o el ciervo; y a más de uno vi
mancharse de sangre, herir, torturar,

de las roncas trompas al sordo clamor,
a los animales de Nuestro Señor.
¡Y no era por hambre,
que iban a cazar!".
"Tú vas a tener
desde hoy qué comer.
Dejarás en paz
rebaños y gente en este país".
"Está bien, hermano Francisco de Asís".
"Ante el Señor, que todo ata y desata,
en fe de promesa tiéndeme la pata".
El lobo tendió la pata al hermano
de Asís, que a su vez
le alargó la mano.

—Entonces… —concluyó la niña que había hablado al principio, mientras agitaba sus dedos delante de los ojos del ciego, para comprobar si en verdad no veía—. Entonces el santo le convenció al lobo.

—Sí —aceptó Homero Benet, siempre sonriendo, y continuó:

—Fueron a la aldea. La gente veía
y lo que miraba casi no creía.
Tras el religioso iba el lobo fiero,
y, baja la cabeza, quieto le seguía
cual perro de casa, o como un cordero.
Francisco llamó la gente a la plaza
y allí predicó. Y dijo: "He aquí una amable caza.
El hermano lobo se viene conmigo;
me juró no ser ya vuestro enemigo,
y no repetir su ataque sangriento.
Vosotros, en cambio, daréis su alimento".

—¡Aquí en Urdaneta —se burló uno de los chicos, mientras hacía con

sus manos el gesto de disparar—, irían los sicarios y le agujerearían al lobo el culo!

—Eso porque ellos son malos y el santo era bueno —protestó una de las niñas—. Los sicarios, igual que al lobo, nos matarían a nosotros.

—Eso es verdad —reconoció el otro niño, mientras exhalaba una nube de humo.

El ciego continuó con su historia:

Un día, Francisco se ausentó. Y el lobo
dulce, el lobo manso y bueno, el lobo probo,
desapareció, tornó a la montaña,vy recomenzaron su aullido y su saña.
Otra vez sintiose el temor, la alarma,
entre los vecinos y entre los pastores;
colmaba el espanto en los alrededores,
de nada servían el valor y el arma,
pues la bestia fiera
no dio treguas a su furor jamás,
como si tuviera
fuegos del diablo Satanás.
Cuando volvió al pueblo el divino santo,
todos lo buscaron con quejas y llanto,
y con mil querellas dieron testimonio
de los que sufrían y perdían tanto
por aquel infame lobo del demonio.
Francisco de Asís se puso severo.
Se fue a la montaña
a buscar al falso lobo carnicero.
Y junto a su cueva halló a la alimaña.
"En nombre del Padre del sacro universo,
conjúrote —dijo—, ¡oh lobo perverso!,
a que me respondas: ¿por qué has vuelto al mal?
Contesta. Te escucho".
Como en sorda lucha, habló el animal,
la boca espumosa y el ojo fatal:

"Hermano Francisco, no te acerques mucho…
Yo estaba tranquilo allá en el convento;
al pueblo salía,
y si algo me daban estaba contento
y manso comía.
Mas empecé a ver que en todas las casas
estaban la Envidia, la Saña, la Ira,
y en todos los rostros ardían las brasas
de odio, de lujuria, de infamia y mentira.
Hermanos a hermanos hacían la guerra,
perdían los débiles, ganaban los malos,
hembra y macho eran como perro y perra,
y un buen día todos me dieron de palos.
Déjame en el monte, déjame en el risco,
déjame existir en mi libertad,
vete a tu convento, hermano Francisco,
sigue tu camino y tu santidad".

Los niños, aún sin entender todas las palabras del relato, se habían dejado cautivar por su ritmo y por la historia. Los dos mayores apagaron sus colillas y todos permanecieron silenciosos un momento hasta que, como sacudiéndose una sensación demasiado grata, uno de los chicos rio diciendo:

—¡Así es Urdaneta! ¡Aquí las gentes se lo comerían al lobo por manso!

—Tienes razón —aceptó el otro muchacho, casi triste—. Aquí lo matan a palos por tonto.

Las niñas guardaron silencio, suspirando un poco, mientras el ciego terminaba:

El santo de Asís no le dijo nada.
Le miró con una profunda mirada,
y partió con lágrimas y con desconsuelos,
y habló al Dios eterno con su corazón.

El viento del bosque llevó su oración,
que era: "Padre nuestro, que estás en los cielos…[3]".

Cuando el viejo concluyó su historia, la niña que había ofrecido su pan se le acercó y se lo puso en las manos, mientras el chico, quien mandaba en el grupo, le disponía:

—Tú y la otra, ambas llévenle al viejo a la cueva de las ruinas. Se ha ganado que le ayudemos.

Y las dos pequeñas, jalándole de la túnica, se llevaron a Homero Benet desde la plaza llena de desperdicios hacia el refugio que ellas mismas usaban a veces, el sótano de una antigua casa derruida por un incendio y ubicada casi en las afueras de la villa. Cuando llegaron, el ciego no pudo ver el lugar hasta donde lo habían conducido: unas paredes carcomidas por el viento, tiznadas por el fuego escondían un tramo corto de gradas que bajaban al subsuelo de la construcción. Allí lo dejaron, entre las sombras de ese recinto oculto, hediondo a maderas quemadas.

El ciego, quien había registrado en su memoria el camino por el cual entrara al escondite que ocupaba, y estando por tanto seguro de poder salir cuando lo necesitara, se acomodó sobre el suelo, recargando su espalda contra uno de los muros y, extrayendo una botella de agua de su morral, empezó a comer la pieza de pan que se había ganado recitando el antiguo poema de Rubén Darío; a él se lo habían leído en su lejana niñez y, con el pasar de los años, lo recordaba con lagunas y errores.

Cuando terminó de comer, sacó de su morral una vela, cerillas, una lupa cuyo mango estaba roto, un cuaderno grueso de pastas muy sucias y un bolígrafo; tras afianzar la bujía en una irregularidad de la pared en la que se apoyaba y encenderla, y ayudándose con la lente, empezó a escribir con mucha dificultad. Había trabajado quizá media hora cuando escuchó una voz femenina; una mujer lo interpelaba desde la profundidad de las sombras agitadas por la luz temblorosa de la vela:

—¿Qué escribes?

—No te puedo ver —dijo el anciano sobresaltado—. ¿Qué

quieres?

—Me doy cuenta de que estás casi ciego. No eres de aquí, ¿cómo te llamas?

—Homero Benet. ¿Quién eres?

—Soy Clita Tomé.

—¿La mujer de Borja Drago, el jefe de Urdaneta? ¿Y qué haces tú en este escondrijo?

—Por lo visto no sabes que mi marido está muerto.

—Te buscan, entonces —comprendió el ciego—, para matarte.

—Sí, Milton, el hijo de Borja, es un maldito asesino.

—Yo no te voy a denunciar.

—Ya casi no me importa si me agarran —bufó, exhausta, Clita, arrastrándose hacia el viejo.

La mujer se movía con dificultad, estaba cubierta con una de las capas de tejido plástico usadas por la gente de Urdaneta y, de haberla podido ver, Homero se hubiera apiadado de ella: estaba macilenta, tenía los ojos hundidos, las mejillas le colgaban y en el cabello apelmazado se le enredaban restos de la basura con la cual se confundía para escapar de sus perseguidores.

—¿Estás herida? —averiguó Homero, al escuchar cómo la mujer se arrastraba sobre el piso.

—No. Estoy débil, los últimos días solo he comido lo que hallaba en la basura.

—Es duro que te persigan sin tener a dónde huir —suspiró el anciano.

—¡Qué sabrás tú! —protestó Clita, mientras se apoyaba contra el muro, junto a Benet, y veía gracias a la luz de la vela el cuchitril lleno de escombros y basura donde se escondía.

—Vivo vagando por el mundo —le respondió el anciano—, casi sin ver, mendigando, y todo porque unos criminales se sintieron amenazados por las noticias que escribía.

—¿Eras periodista? ¿Dónde?

—En Archidona. Yo tuve un periódico allá, salía todas las semanas. El jefe del cártel de la ciudad les ordenó a sus sicarios que me mataran. Quemaron mi casa, destruyeron la imprenta y a mí me dieron de palos hasta fracturarme el cráneo.

—No moriste.

—No. Solo quedé medio ciego.

—Y ese jefe, ¿te persigue todavía?

—Ya se habrá olvidado de mí; me dejó salir de su ciudad.

—De mí no se van a olvidar: me buscan todo el tiempo.

—No te han hallado.

—Es difícil que me encuentren entre estos basurales —se quejó la mujer, luego de toser por un rato—. Pero no podré huir por mucho tiempo.

—Quizá tengas suerte —dijo el ciego, sin demasiada convicción.

—Ya quiero morir, estoy cansada: la Dañina me ha agarrado y no me suelta. ¿Tú, cómo aguantas vivir así?

—Voy pasando.

—Para mí, peor que el miedo es el aburrimiento. ¡Me gustaría tanto ver mi telenovela!

—¿Estás en este hueco y solo extrañas la televisión? —preguntó Homero, asombrado.

—Yo veía *La viuda del capo* todos los días.

—Y ahora —casi sonrió el anciano—, eres tú la viuda del capo.

—Pero sin esos vestidos que usan en la tele —reconoció la mujer con una mueca, luego de un momento de silencio.

—Yo, ni aun queriendo podría ver tu novela.

—Pero no me has contestado, viejo —insistió Clita Tomé—, ¿cómo aguantas así: ciego y mendigando?

—Me alivia escribir diciendo cómo es este mundo que nos tocó para vivir.

—¿Y de qué sirve que escribas? No le importas a nadie: tú y yo no valemos nada.

—Todos —aseguró Benet—, aunque sea una sola vez en la vida, hacemos algo valioso: yo soy la voz y la conciencia de esta región de Frontera.

—¡Puras palabras! Te crees muy importante con garabatear en tu cuaderno —se burló la mujer.

—Escribiendo se les muestra a las gentes la verdad.

—¿Cuál verdad?

—Hay, en el mundo, más que las simples fatigas de la vida.

—¡Ciego estúpido —gruñó la viuda de Borja Drago, extendiendo las manos hacia las sombras—, si solo hay esto: oscuridad y miedo y basura!

—Mientras haya dueños de las cosas, habrá dueños de las vidas y, por eso, habrá sufrimiento. Pero va a llegar un día en que todo cambie.

—Mi dueño era mi marido, y ahora estoy jodida sin él —suspiró Clita Tomé—. Dices bobadas, viejo; mejor léeme algo de lo que has escrito.

—Está bien —aceptó Homero Benet y, ayudándose con su lupa, empezó a leer con dificultad la primera página de su cuaderno:

MONOGRAFÍA:
Naturaleza, política y moral de la Región de Frontera

Por Homero Benet, periodista

> En estos, los últimos años de mi vida, menesteroso y cegado por el odio de los más poderosos de mis congéneres, ocupo mis días en la redacción de una monografía sobre la región de Frontera, esta última tierra y teatro del mundo donde, virulentas, se muestran bajo el cielo la maldad y las ruindades propias de todos los hijos de los hombres.
>
> Queden estas letras como testimonio de que, aún en la más turbulenta de las oscuridades, la luz de la inteligencia se enciende, alumbra el presente e ilustra —aún precaria— el futuro de la humanidad…

…Nubes oscuras de moscardones zumban durante el día en la

atmósfera caliente y hedionda de la villa de Urdaneta, levantada en las riberas del Pesares, cuyas aguas llegan limpias a la ciudad y la abandonan contaminadas y malolientes. Sus habitantes, hombres y mujeres, acostumbrados a los enjambres de moscas y al hedor del aire, se ocupan en sus quehaceres asediados por los insectos que, tozudos, se les posan en las mejillas y les caminan por las comisuras de los ojos y de los labios, o se les escurren por debajo de las ropas.

Los moscones, y otro centenar de plagas, proceden de los basurales que copan todas las plazas de la villa y gran parte de sus aceras, calzadas y extramuros. Por todos esos sitios los desechos se extienden en dunas irregulares de plásticos troceados, vidrios quebrados y enteros, pedazos de metal cubiertos de herrumbre, electrodomésticos rotos y distintos tipos de telas manchadas por todas las mugres. Y mierda: toneladas de restos podridos de comida, suciedad diversa y excrementos que tiñen de marrón todo ese paisaje urbano.

Es que en Urdaneta se asienta el único negocio lícito de tráfico, entre los desarrollados en la región de Frontera: el de la explotación de basurales. Los desechos, obviamente, no son producidos en esta ciudad, ni en las otras cuatro de la meseta de Quiroz; son comprados a precios ínfimos en las Ciudades del Norte, en sus ricos barrios iluminados de día y de noche, y transportados en convoyes de enormes camiones que atraviesan sin problemas los pasos fronterizos y llegan dos veces por semana a la villa, para descargar en sus cercanías.

Actúan en Urdaneta, organizando el trabajo de explotación de la basura, varias cofradías de minadores controladas por el cártel que manda en la ciudad y se dedica, principalmente, al tráfico de droga. Estas hermandades se distribuyen la búsqueda y rapiña de los desechos amontonados, algunos de sus miembros extraen plástico, otros sacan los metales, son muchos quienes se ocupan en anudar sobre el suelo enlodado telas, trapos de toda índole y vestimentas rasgadas que luego embuten en costales de arpillera; son cientos los que se cortan las manos acumulando botellas y todo tipo de vidrios, y quienes más ganan son los que extraen, de entre las masas de mugre, restos de aparatos como lavadoras, neveras, tocadiscos… La

basura más infecta e inservible se amontona en las calles y es barrida, lentamente, por el viento y las lluvias hacia el cauce del río Pesares, para ensuciar su corriente tornándola parda, hedionda y espesa.

En las viviendas de los barrios construidos también con desechos, las cofradías acumulan los desperdicios hallados por sus miembros, los ordenan y empacan para que los hombres del cártel terminen por enviarlos en camiones hacia las Tierras del Sur que, pobres como son, compran esa basura para aprovecharla como materia prima en talleres en donde se funde el vidrio o el plástico, se martillean los metales o se hilan nuevas fibras a partir de las telas y las prendas de vestir sisadas de la suciedad.

Todo en Urdaneta está percudido por la basura: tanto los zaguanes y las habitaciones de las casas como los pretiles y las naves de las iglesias donde se amontonan sacos de plásticos y cajas llenas de vidrios. Las puertas de las viviendas y de los templos están tiznadas por el polvo ocre que levanta el viento desde los basurales en los meses largos del verano; durante el corto invierno tormentoso, los umbrales, graderías y pasillos se embadurnan con un lodo pestilente y tan denso que es inútil tratar de limpiarlo.

Con todo, en los templos católicos o protestantes y en las capillas dedicadas al Patrón o a la Dañina, los creyentes rezan con unción logrando que sus preces, a momentos, se escuchen por encima del zumbido de los moscardones. Una vez al año, en septiembre, los católicos hacen una procesión: llevando en andas al Cristo de la Agonía, patrono de la villa, recorren las pocas calles sin basura —las ocupadas por las casas de los miembros del cártel— mientras cantan himnos y se lamentan recordando sus resentimientos y culpas.

Son las gentes de la ciudad de Urdaneta escandalosas, apesadumbradas y zafias, y están dispuestas a cualquier bajeza; es como si vivir en su pequeño mundo de mierda les hubiera convertido en algo muy similar a las ratas gordas que corretean, chillando, por sus plazas y por sus calles. A decir verdad, en poco se diferencian de esos roedores: van cubiertos, hombres y mujeres, con mantos y capuchones tejidos con fibras plásticas sacadas de la basura y llevan cargados sobre las espaldas, al atardecer, los hallazgos que han

hecho durante el día, escarbando en la basura. Por la noche, unos y otras —yaciendo entre cascos de botellas, atados de cauchos percudidos o hierros oxidados— se ayuntan con una porfía ciega, mientras una parda humedad se condensa sobre la ciudad y los hombres del cártel apilan, junto a los muladares, las pacas de la droga, envueltas con plásticos blancos e impolutos…

Fragmento de *Naturaleza, política y moral de la Región de Frontera,*
monografía escrita por Homero Benet, periodista.

3 *Los motivos del lobo*, Rubén Darío.

EPISODIOS DE LA MALDICIÓN DE LA CIUDAD DE MEDINA

La melodiosa mutilación de Aledis Blum

Desnuda frente al espejo colgado en la puerta de su armario, la cantante empezó a vestirse forrando sus miembros carnosos con la malla de lentejuelas usada, en sus actuaciones, por todas las chicas del coro en la Orquesta de Lux. Una vez embutida en el traje, se colgó un amuleto de Archidona del cuello y comenzó a calentar su vibrante y poderosa voz, mientras se maquillaba los párpados con trazos de delineador negro, rímel y abundantes sombras; se coloreó los labios con un lápiz ocre que contrastaba con la piel blanca de su rostro y se soltó el cabello crespo y teñido de rojo, sobre los hombros. A pesar de gustarse en el reflejo, entrecerró sus ojos azules, enturbiados por la enfermedad, padecida por todos en Medina, y se dedicó una mueca de asco.

Recorrió con la mirada el cuarto de pensión en donde vivía: cuatro paredes desnudas, piso de cemento, una cama, dos sillas, una mesa sobre la que descansaba un aparato de televisión y el armario de dos cuerpos; luego, sacudiendo la cabeza, hizo flotar en el aire su melena antes de echarse una gabardina sobre los hombros y salir hacia la calle: ya había caído la noche y se acercaba la hora de su presentación.

Aledis Blum, quien cada atardecer se miraba en el espejo las pupilas opacadas por el mal, odiaba su cuarto, detestaba Medina y su jolgorio y, sobre todo, aborrecía su vida gris. Sabía que su talento peligraba en esa ciudad pues, en cualquier momento, la dolencia podía cebarse en ella para destruir la belleza de su cuerpo y, sobre todo, para cascarle la voz. Estaba segura: nadie le ganaba cantando en toda la región de Frontera y por eso haría lo que fuera necesario para huir hacia Sarabia o Archidona, o aun más lejos, y así olvidar su destino. Las demás villas de Quiroz no eran tan bonitas como esa en la que había nacido, pero al menos no estaban condenadas a la enfermedad, a la degradación y a la muerte. Aledis no se engañaba.

Ninguno de los vecinos de Medina se engañaba al respecto: las casas adornadas con mosaicos que convertían sus muros en extraños paisajes geométricos, sus ventanas cuyos vitrales teñían de azul o rojo la luz cuando las atravesaba, las calles pavimentadas con piedras lajas añiles o las aceras revestidas con baldosas de colores dispuestas en formas ondulantes parecidas a las olas del mar; todas las bellezas de la villa eran solo un espectáculo desplegado inútilmente para distraer a sus pobladores del destino tóxico de enfermedad y muerte que los acechaba.

El alumbrado público de la ciudad jugó con la sombra de la cantante proyectándola sobre los bellos dibujos de las aceras y las paredes que bordeaban las calles. El propio cuerpo de la mujer, vestido como estaba con lentejuelas, destelló como un adorno más de la villa, como una escultura en movimiento.

Poco antes de llegar al cabaré, Aledis escuchó el estruendo de sus parlantes y se encontró rodeada por un gentío que pugnaba por entrar al salón en donde actuaría su conjunto. A su paso por el tumulto, sintió muchas manos magreándole los muslos o las nalgas, una mujer alta, incluso, se le puso enfrente para darle un beso en la boca, ella aceptó la caricia tosca con la misma alegría excesiva exhibida por todos allí; finalizó su trayecto escurriéndose por un callejón lateral y entrando, a través de una puerta, en el local cuyas sombras olían a perfumes de mujer, tabaco, aguardiente y sudor.

El interior del cabaré estaba sumido en una penumbra palpitante en cuyas sombras se enredaban los cuerpos de quienes bebían y bailaban acompañados por la música atronadora y monótona de los parlantes. Unos camareros musculosos servían los tragos mientras decenas de chicas alternaban con los clientes dejándose manosear por los hombres y las mujeres, quienes reían y jaleaban desde lo oscuro.

Al fondo del salón relucían las bambalinas del escenario, sobre su tablado se presentaban las bandas contratadas para tocar. Aledis se encaminaba hacia esa luz, frotándose al hacerlo con los cuerpos sudorosos de los danzantes, cuando sintió que una mano la contenía con firmeza afianzándole por el codo, mientras una voz le inquiría:

—¿Qué hiciste, loca?

La había detenido Chela Chalá, una compañera de la orquesta, quien tocaba la percusión. Aledis se soltó suavemente el brazo y preguntó a su vez:

—¿De qué me hablas?

Ambas, muy juntas, llegaron a la zona iluminada de la pista de baile, allí la cantante pudo ver con claridad a su compañera, una mujer negra y expresión cansada que aún conservaba el cuerpo bien formado y quien, de no estar teñida, tendría el pelo cano pues se le veían blancas las raíces de los cabellos.

—¿Te acostaste con el dueño?

—¿Con quién?

—No te hagas la mosca muerta, Aledis: ¡con don Viggo, el jefe del cártel y el dueño de toda esta puta ciudad!

—Y… no le iba a decir que no.

—Pero es que ha dicho que, como él es quien manda, esta noche tú cantas como solista en la orquesta.

—¿Y qué dijo Lux?

—Él es dueño de la orquesta y el vocalista principal. ¿Cómo crees que le sentó?

—Pues peor para él —concluyó la joven, mientras se encaminaba hacia la parte posterior del escenario—. Al cabo, yo tengo más voz que ese maricón de Lux Carmona.

—Cuídate, muchacha —le alcanzó a decir Chela, preocupada—. Anoche vi entre el público a un hombre muy guapo, maquilladísimo y vestido de mujer.

—¿Y qué con eso? Sería otro marica.

—Así dicen que se aparece el Asesino.

—¿Quién?

—El compinche de la Dañina.

—¡No digas tonterías! —rio la cantante, terminando la conversación.

Lux Carmona, un travesti pequeñito y agrio, quien vestía también una malla de lentejuelas, esa noche y las siguientes, durante todo un mes, se mezcló con las chicas del coro mientras Aledis se contorsionaba en el centro del escenario, bajo las luces, cantando con su voz poderosa, grave unos momentos y agudísima en otros,

las letras ramplonas de reguetón. Y fue un éxito: el público del cabaré, escuchándola, se retorcía en la oscuridad de la pista, enajenado, incansable.

Aledis Blum, durante esas noches triunfales, repitió sus canciones preferidas mientras sacudía la cabeza para agitar su melena roja, se frotaba los senos con las manos como si estuviera excitada y sacudía las caderas haciendo destellar eléctricas las lentejuelas de su traje. Con su voz perfecta, entonaba las melodías concentrándose tanto en ellas que a momentos se perdía, abandonándose en un trance de sonido y brillo; en esos instantes, flotaba lejos del salón, del humo de su atmósfera y de las palabrotas vociferadas por los clientes del cabaré. Así arrebatada, cantaba:

> Apenas sale el sol y tú te vas corriendo,
> sé que pensarás que esto me está doliendo,
> yo no estoy pensando en lo que estás haciendo,
> si somos ajenos y así nos queremos.
> Si conmigo te quedas,
> o con otro tú te vas,
> no me importa un carajo
> porque sé que volverás.
> Y si con otro pasas el rato,
> vamo a ser feliz,
> vamo a ser feliz,
> felices los cuatro.
> Te agrandamos el cuarto.
> Y si con otro pasas el rato,
> vamo a ser feliz,
> vamo a ser feliz,
> felices los cuatro.
> Yo te acepto el trato,
> y lo hacemos otro rato,
> y lo hacemos otro rato,
> y lo hacemos otro rato,
> y lo hacemos otro rato.[4]

Durante un mes Aledis fue primera voz en la orquesta y a lo largo de esas cuatro semanas siguió durmiendo en la humilde pensión en donde había vivido hasta entonces, ahorrando todo el dinero que ganaba para, cuando fuera el momento, abandonar la tóxica villa de Medina y seguir con su éxito en otra ciudad de Quiroz. Sus ilusiones no tenían límites: cuando escuchaba los aplausos que le dedicaban quienes la oían cantar, se imaginaba triunfando aún más allá de la región de Frontera, en esas opulentas ciudades de luces, construidas con vidrio y acero en el Norte lejano.

Su amiga Chela no dejaba de advertirle del peligro que la amenazaba: Lux Carmona no perdía oportunidad para demostrarle su odio. La muchacha, quien seguía siendo amante de Viggo Asaustre, el líder del cártel de la villa, desoyó toda advertencia, ensoberbecida como estaba con su triunfo.

Todo cambió cuando el jefe del cártel de Medina se desentendió de ella. Ofuscado por unos augurios que amenazaban sus negocios con la droga y asediado por sus enemigos, Asaustre dejó la ciudad durante varias semanas para ir a la Última Sierra donde debería competir con los jefes de otros cárteles por un cargamento de armas provenientes de las Ciudades del Norte. Todos en Medina se enteraron de que Aledis ya no tenía la protección del jefe y fue entonces cuando se vengó el travesti, dueño de la orquesta.

Esa madrugada, luego de cantar durante horas, pero sin sentir ningún cansancio, Aledis Blum salió del cabaré deseando respirar aire puro, luego de haber soportado el ambiente humoso del local. Caminó, acompañada por su amiga Chela, en la luz intensa de las calles de Medina; ambas iban cubiertas con gabardinas debajo de las cuales vestían las mallas que usaban en sus actuaciones, y se entretenían mirando las formas pintadas sobre las aceras.

Las dos mujeres habían llegado a una de las calles más angostas de la ciudad, bordeada por casas cubiertas como todas con mosaicos y techos de tejas azules y verdes, cuando los tres matones contratados por Lux Carmona las asaltaron; poco pudieron hacer para defenderse. Los sicarios fueron muy rápidos: mientras uno de ellos aprisionaba a Chela entre sus brazos, impidiéndole todo movimiento, los otros dos se ensañaron con Aledis, dejándola

aturdida tras golpearla en la cabeza con una cachiporra de cuero rellena de postas.

Cuando la chica estuvo inconsciente y tendida en el suelo, apareció de entre las sombras de la callejuela Lux Carmona, quien seguía vestido con sus mallas brillantes. El travesti llevaba en la mano derecha un puñal cuyo mango estaba envuelto con un cordel de seda; en la hoja brillante del arma, la aterrorizada Chela pudo ver grabados los ojos de una serpiente.

Mientras uno de sus hombres abría las mandíbulas de Aledis, Lux, con las uñas de su mano izquierda, agarró la lengua de su enemiga y, usando la daga mientras entrecerraba los ojos con deleite, cortó una porción de ese miembro húmedo, rojo y palpitante. Luego echó el pedazo de carne al suelo y lo machacó bajo la suela de su zapato, mientras gruñía:

—Te entrego esta mierda, Santa del Daño, para que me ayudes y me protejas de putas como esta.

Los tres sicarios y el travesti ya se habían perdido en la noche cuando la muchacha recuperó el conocimiento y empezó a gritar ahogándose en su sangre. Chela, aturdida por el horror que acababa de presenciar y controlando la náusea cuyas arcadas le contraían la garganta, se arrodilló junto a su amiga para ayudarla, tratando inútilmente de enjugarle la boca.

La lengua amputada de Aledis Blum demoró semanas en cicatrizar, luego de que su amiga Chela cargara con ella hasta el consultorio de un médico y este, tras dormirla con un anestésico, le suturara la herida. La mujer permaneció en silencio durante su convalecencia; pasó encerrada en su habitación, tendida en la cama sin ánimo para levantarse y aterrada ante la idea de verse, mutilada como estaba, en el espejo. Intentando no pensar en su desgracia, dedicaba las horas a dormir o ver la televisión.

En la pantalla del televisor aparece don Neptolemo, vestido con esmoquin y corriendo tras de Andrómaca, quien, recogiéndose el elegante traje largo que viste, trata de huir por un pasillo bordeado por una sucesión de columnas de mármol. El hombre por fin la alcanza y, con el rostro contraído por la intensidad de

sus sentimientos, le dice:

—¡No huyas, no huyas de mí, Andrómaca! Me pides que salve a Estrellita, tu hija, que no la mande donde los capos del golfo. ¡Pues así será! Así será si tú me aceptas, si tú aceptas ser mi mujer. Mira que te lo pido de nuevo, mira que basta con una palabra tuya para que yo desbarate la paz que he conseguido con los capos del golfo, y me enfrente con ellos. Porque cuando sepan que los desobedezco, que no me caso con Hermione sino contigo, se convertirán en mis enemigos.

Andrómaca no responde una palabra, solo mira hacia el cielo y se retuerce las manos, mientras solloza haciendo pucheros. Don Neptolemo continúa:

—Te doy hasta esta noche: si me obedeces y aceptas ser mi mujer, tu hija estará salvada. Si no, la niña como Héctor, su padre, morirá en manos de los capos del golfo. ¡Quizá yo mismo la mate!

Apenas había terminado el capítulo de la telenovela, cuando Chela Chalá entró a la habitación cargando, en una fiambrera de hierro enlosado, la sopa que a diario cocinaba para su amiga. No solo la alimentaba, casi obligándola a tragar unos bocados de caldo, también se esforzaba por hacerla hablar, para saber si había quedado muda, después del ataque. Pero su empeño era inútil, pues Aledis se negaba a pronunciar palabra alguna; para comunicarse con ella escribía, usando solo mayúsculas, mensajes llenos de faltas de ortografía en una libreta manoseada, con un lápiz mal afilado y letra irregular.

"¿QUE PASA CON LUX?", fue lo primero que escribió, varios días después del ataque. *"TENGO MIEDO DE QUE VENGA A MATARME".*

—No te preocupes —le respondió su amiga, quien, sentada en el costado de la cama, trataba de darle unas cucharadas de sopa en la boca—. Ese hijo de puta se largó, con toda la orquesta. Creo que a

Sarabia.

"¿POR QUE TE QUEDASTE?".

—Sabe que soy tu amiga y que lo vi cortarte, niña. Me despidió, y creo que salí con suerte, al cabo que soy testigo de lo que pasó.

"¿DE QUE BAS A VIVIR, SIN TRABAJO?".

—Yo estudié música, cuando tenía tu edad, sé tocar varios instrumentos y puedo hasta dar clases de solfeo. En esta ciudad de pachanga y baile, todos quieren tocar algún instrumento. ¡Ya tengo dos alumnos!

La convaleciente intentó, sin éxito, una sonrisa a la que Chela respondió diciendo:

—Tú también vas a salir de esta, ¡ya verás!

"NO, ESO NO ES SIERTO", redactó la joven, dibujando las letras con dificultad.

Chela Chalá, tras sacar de su cartera varios afeites, un peine y un cepillo, se ocupó en arreglar el cabello de su amiga, luego, aunque Aledis se resistió un poco, la maquilló delineando sus ojos y pintándole los labios de un color rosa pálido, finalmente, le dio un beso leve en la boca y dijo:

—Levántate, no está bien que te eches a morir.

Se acercó al gran espejo del armario y, mirando su reflejo mientras se alisaba el vestido de algodón amarillo que llevaba puesto, comentó:

—Todavía aguanto unos años más, mientras la maldita enfermedad no me agarre —y continuó, dirigiéndose a su compañera, mientras se ajustaba en los lóbulos sus grandes pendientes de bambalina—. Ven, muchacha, para que veas cómo te maquillé.

A regañadientes, Aledis se levantó de la cama y empezó a caminar descalza sobre el duro piso de cemento; vestía una bata de dormir de popelina blanca y, habiendo perdido peso, se veía casi como un fantasma de ella misma. Seguía siendo, sin embargo, una bella mujer. Se aproximó al espejo y, al verse en él, rompió a llorar, mientras se lamentaba pronunciando una retahíla de gruñidos gangosos. Regresó a su lecho y, tomando la libreta, escribió en una de sus páginas manchadas:

"BOY A MORIRME. YA NO PODRE CANTAR NUNCA MAS".

Al día siguiente, Chela Chalá entró al cuarto de su amiga llevando en una mano el estuche de una trompeta, en la otra un maletín de plástico y bajo el brazo un póster doblado. Dejó sobre la mesa los dos objetos y, mientras saludaba, desplegó el cartel para pegarlo en la pared, sobre la cabecera de la cama donde yacía la desdichada cantante.

En la foto ajada se podía ver a un hombre joven, de rostro infantil que llevaba el cabello peinado con cerquillo y sostenía, ante su boca, un micrófono grueso, antiguo; estaba de rodillas, como adorando una trompeta que aparecía en el ángulo superior de la imagen. Sobre su cabeza, en letras doradas, se leía un nombre: Raphael.

Chela, sentándose a la mesa, abrió la pequeña maleta que resultó ser un tocadiscos portátil muy viejo, que funcionaba con pilas. En la tornamesa estaba colocado un disco que la mujer, ante la mirada de Aledis, puso en movimiento para que empezara a sonar. En la pieza, entonces, se escuchó una vieja canción:

Balada triste de trompeta,
por un pasado que murió,
y que llora,
y que gime.
Como llooooooraaaaa.

Ah, ah, ah, ah.
Ah, ah, ah, ah.
Ah, ah, ah, ah.
Ah, ah, ah, ayyyyy.

Con tanto llanto de trompeta,
mi corazón desesperado,
va llorando,
recordando,
mi pasaaaadoooo.

Ah, ah, ah, ah.
Ah, ah, ah, ah.
Ah, ah, ah, ah.
Ah, ah, ah, ayyyyy.

Balada triste de trompeta
De un corazón desesperado.

Ah, ah, ah, ah.
Ah, ah, ah, ah.
Ah, ah, ah, ah.
Ah, ah, ah, ayyyyy…[5]

La voz del cantante era potente, su afinación perfecta y entonaba los versos vocalizándolos con exactitud. Varias estrofas no tenían más que lamentos, ayes, quejas que vibraban siguiendo, imitando, las escalas cada vez más altas con las que sonaba una trompeta cuyas notas se alargaban con una tristeza infinita. El efecto de esa competencia entre la voz del hombre y el timbre altísimo del instrumento de bronce era conmovedor y Aledis Blum, escuchando la canción, empezó a llorar, mientras escribía en su libreta:

"ESTE QUE CANTA, ¿ES EL DEL POSTER?".

—Sí, es un cantante de cuando mi madre era joven —explicó la trompetista poniéndose de pie y sacando su instrumento del estuche —. Como oirás, no necesita hablar, solo da las notas como quejándose. Igual puedes hacer tú para cantar.

Chela Chalá, luego de introducir en el tubo de su instrumento la boquilla y de soplar suavemente en él, para calentarlo, comenzó a tocar la misma canción que había vibrado antes en el cuarto, proveniente del pequeño parlante del tocadiscos. Y Aledis Blum, incorporándose en la cama, empezó a llorar siguiendo las notas brotadas de la trompeta cada vez más altas, cada vez más dolorosas.

La cantante, en un par de meses, se repuso por completo; no

volvió a vestir las mallas de lentejuelas que usaba para actuar en los cabarés, pero las gentes se acostumbraron a verla pasear por la ciudad ataviada con un vestido negro, de tela ligera, y el cabello recogido en moño adornado con una redecilla. En ese mismo lapso, y gracias a las lecciones de su amiga Chela, llegó a refinar su capacidad para el canto hasta conseguir que su voz tañera alcanzando notas cuyo registro iba desde las graves hasta las más agudas. Para hacerlo, unas veces pronunciaba las vocales, en otras hacía vibrar, con los labios apretados, algunas consonantes consiguiendo exhalar así unas quejas armoniosas que parecían provenir no de su garganta, sino de todo su cuerpo.

Una tarde, cuatro meses después de que la asaltaran Lux Carmona y sus hombres, Aledis se presentó en la casa de Chela, una pequeña construcción de paredes anaranjadas y techo verde adornada con un jardincito siempre florido en el frente. La trompetista vivía allí desde que dejara de tocar en los cabarés para dedicarse a dar, con bastante éxito, clases de música. La vivienda tenía solo dos habitaciones: un dormitorio, habilitado también como cuarto de estar y usado por su dueña para dar sus clases, y una cocina en donde Chela también solía comer. Todas las paredes de la casa estaban adornadas con pósteres de viejos cantantes cuyos nombres Aledis no había escuchado nunca: Billie Holiday, Demis Roussos, Mireille Mathieu, Mina, José José…

—¿Qué milagro te trae por aquí, muchacha? —la saludó Chela, quien, cuando la cantante entró en su cocina, se dedicaba a calentar, sobre el fuego de un reverbero, una cafetera cubierta de hollín.

La trompetista vestía una bata ajada y traía el cabello despeinado. Se veía cansada y, entre los peroles de la cocina y alumbrada por la llama de la cocinilla, parecía una bruja buena. Aledis, al encontrarla tan desarreglada, se inquietó un poco y, luego de darle un beso en la mejilla, se acomodó en una de las dos sillas que había en el lugar, junto a una mesa de madera y, tras sacar su libreta, escribió con sus letras mayúsculas:

"BENGO A PROPONERTE ALGO".

Chela, apartándose de la cafetera, fue lentamente hasta la mesa, leyó lo redactado por su amiga y dijo, sonriendo sin mucho ánimo:

—Escribe, mi reina.

"NADIE ME CONTRATA", garabateó la cantante. *"NADIE QUIERE CANTOS TRISTES".*

—Esta ciudad de locos gritones no es la que te conviene —reconoció Chela—. ¡Si al menos aquí hicieran funerales, podrías cantar en los entierros!

"AQUÍ SOLO TIRAN LOS CADÁBERES EN HUECOS".

—Por eso, chiquita, no tienes mercado aquí.

"ME QUIERO IR. SE ME ACABAN LOS AORROS QUE ICE".

—¿Irte a dónde? —preguntó la trompetista, quien, cuando estuvo listo el café, sirvió dos tazas y se dejó caer, exhausta, en la silla que quedaba libre.

Aledis levantó los hombros como respuesta.

—En estas ciudades de Quiroz —se lamentó la trompetista— a nadie le va a gustar como cantas.

"ME IRE MAS LEJOS".

—¿Ya no quieres ser famosa?

La cantante no necesitó escribir para contestar la pregunta que su amiga le había hecho, le bastó con suspirar, mirando hacia el suelo.

—Está bien, no te me deprimas —dijo Chela—. Es buena idea: he oído que en las montañas de la Última Sierra hay una comuna de gente buena, huida de esta mala tierra de Quiroz.

"¿QUIÉNES?".

—Le siguen a un sicario que se volvió predicador, un tal Sorni. Me lo contó un hombre que conocí en el cabaré y me traje a la cama.

"DESDE QUE DON ASUARTE SE VOLVIÓ LOCO, TODO ESTA MAL EN MEDINA", escribió Aledis.

—Es verdad. Aquí todo parece que se va a ir a un cuerno.

"*BAMOS A LA SIERRA, BEN CONMIGO",* garabateó, en su libreta, la cantante y, sonriendo, dibujó un corazón alrededor de esta última frase.

Entonces Chela Chalá tomó un gran trago de café y empezó a llorar quedamente, su amiga, al ver sus lágrimas se dio cuenta de lo sumidas que tenía las mejillas y de cómo la sombra, empozada en su

mirada, se había intensificado. La trompetista dejó su taza sobre la mesa, pues sus manos empezaron a temblar y, recogiendo el labio superior en una mueca triste, le mostró las encías a su amiga: estaban casi del color de sus dientes.

La cantante, aterrada, negó con la cabeza, una y otra vez, y se puso a llorar, también, al ver en Chela esa primera señal de la enfermedad que la mataría, en cuestión de un par de semanas, destrozándole el cuerpo con terribles convulsiones, dejándola calva, pudriéndole las entrañas.

—Ándate a las montañas, niña —le rogó Chela Chalá a su amiga, cuando el llanto le permitió hablar—. A los que viven allá les van a gustar tus canciones. Quizá lejos te libres de la enfermedad y de esta ciudad de mierda.

Muchos años después, Aledis Blum moriría de vieja y en paz entre los habitantes de las montañas agrestes de la Última Sierra. Esos hombres y mujeres, sosegados y libres, recordarían por siempre su voz y volverían a cantar, una y otra vez, en cañadas y bosques, bajo los árboles y junto a los arroyos, sus canciones sin palabras.

4 *Felices los 4*, cantada por Maluma.
5 *Balada triste de trompeta*, cantada por Raphael.

La experiencia infructuosa de Nando Calvados

Viggo Asuarte, su viejo consejero Nando Calvados, Ramiro Cebrián su guardaespaldas y los cinco sicarios de su guardia personal, amanecieron sobre sus monturas, cabalgando por los verdosos senderos que cruzaban los bosques de las estribaciones con las que la Última Sierra terminaba en la meseta de Quiroz; rodeados de troncos nudosos y cubiertos por un ramaje que a momentos ocultaba el cielo, los ocho hombres iban en silencio, atentos y con las armas en las manos. A su alrededor solo se escuchaban los gorjeos de los pájaros y el murmullo de las hojas sacudidas por la brisa, una leve bruma se desprendía del suelo musgoso en el cual se hundían los cascos de las cabalgaduras.

Calvados, un anciano barbudo y recio, iba envuelto en un poncho de aguas y montaba una mula; sostenía las riendas con la mano izquierda y llevaba en la derecha una vieja pistola pavonada y con cachas de madera, un arma sin adornos que había acompañado por más de cincuenta años a su dueño; sus proyectiles eran capaces de destrozar una cadera o convertir en pulpa el vientre de un hombre.

El viejo montaba su cabalgadura con destreza e iba pendiente de los ruidos y aromas de la arboleda cuyos senderos atravesaban; desde hacía unas pocas semanas, había descubierto que, para él, cada día era diferente. En la mañana podía despertar y ver la luz del sol teñida de un azul imposible, podía escuchar al mediodía el sonido producido por el barro cuando se reseca y cuartea, oler las resinas exudadas por los árboles a media tarde o percibir, en la punta de su lengua, el sabor de las nieblas nocturnas; era peor con las personas pues veía, en la sombra de sus gestos o en el fondo de sus miradas, la verdad de sus intenciones. Cada día para él era distinto y no se engañaba al respecto, esa sensibilidad era un engorro y una advertencia: la muerte lo cercaba.

Esa proximidad del morir le daba serenidad, había vivido

demasiado y estaba cansado. Llevaba ya tres existencias cumplidas: por una bendición de la Dañina, le había dicho una bruja muchos años atrás, viviría su propia vida y las de sus dos hermanos, degollados en el interior de una capilla de la Santa del Daño. Los asesinos, sabiendo que el templo y sus alrededores debían respetarse, pues ningún crimen sangriento podía mancharlos, habían seguido a sus víctimas al interior del recinto sagrado y allí, mientras los hermanos Calvados rezaban, los habían atacado por la espalda con sus puñales.

Todos escucharon los gritos: alguien pedía auxilio; eran voces que parecían provenir de atrás de cada uno de los árboles. El jefe, Viggo Asuarte, quien iba nervioso por el fracaso del negocio que lo había llevado a la Última Sierra, jaló las riendas de su caballo y lo detuvo, casi encabritando al animal, y rastrilló la ametralladora que sostenía en las manos, cuyos adornos dorados brillaron en la luz de amanecer; sus seis sicarios contuvieron también las monturas y alistaron sus armas.

Solo el viejo consejero siguió su camino, dirigiendo a su mula hacia uno de los costados del sendero: había percibido el humo de una fogata y, guiándose por el olor, encontró los restos de un campamento en donde solo permanecía una muchacha muy bonita atada a un árbol; estaba sucia de lodo, tenía las ropas desgarradas y huellas de muchos golpes en la cara y en los hombros.

Quizá unas sombras se escurrieron al fondo del campamento abandonado, Viggo Asuarte, iracundo como estaba, roció con una atronadora ráfaga de proyectiles los árboles, reventando sus troncos y partiendo sus ramas bajas; sus sicarios, quienes también habían seguido a Calvados, se dispersaron buscando unos enemigos quizá escondidos en el follaje.

El anciano, desmontando, se aproximó a la muchacha y, al tiempo que la desataba y cubría con su propio poncho, le preguntó:

—¿Qué ha sucedido aquí?

—Nos asaltaron ayer—respondió la chica hablando con dificultad, pues le castañeteaban los dientes y temblaba de frío—. Los ladrones, cuando oyeron que ustedes venían, tuvieron miedo y se escaparon.

—¿Con quiénes venías?

—Somos comerciantes de Archidona, llevábamos incienso para la ciudad y esos hombres…

La joven empezó a llorar y el viejo, poco capaz de dar consuelo a nadie, la interrumpió, indagando:

—¿Y los demás de tu grupo?

—Los mataron. A mí me… —la chica volvió a llorar—, a mí me abusaron y por eso me han dejado vivir.

—¿Cómo te llamas?

—Alison Camps, señor.

—¿Cuántos años tienes?

—Catorce.

—Lleva a la muchacha en tu mula, Nando —ordenó en ese momento Asuarte—, nos vamos: no me gusta este bosque de mierda.

Los ocho hombres y la muchacha retomaron el sendero y pronto, tras galopar unos kilómetros, llegaron a la meseta de Quiroz. Alison Camps, pegándose al torso recio del viejo, entró en calor y dejó de llorar; Calvados, por su parte, sostenía a la muchacha percibiendo el tufillo agrio de su sudor. Ya en el terreno despejado de la meseta, el grupo de Asuarte se echó al galope, pues deseaban llegar a la vega de Ubarí antes del atardecer.

La vega de Ubarí era una de las zonas cultivables de la meseta de Quiroz, estaba ubicada en los suaves márgenes del río de las Llamas cuyas aguas, cincuenta kilómetros antes de regarla, atravesaban la ciudad de Medina. La conformaban las dos riberas bien irrigadas, y en sus tierras se recogían frutas y vegetales. Los campesinos, sometidos por los brutales sicarios del cártel de la ciudad, cultivaban sin descanso ni alegría esos campos coloridos, de surcos trazados con esmero, que una niebla perfumada envolvía al amanecer y al final de la tarde.

La población de la vega se concentraba en un caserío de apenas dos calles en donde, además de las chozas de los labradores, había una tienda, un bar y una casa cuyas habitaciones permanecían desocupadas a la espera de que el jefe del cártel de Medina llegara, de vez en cuando, al poblado.

Casi era de noche cuando el grupo de sicarios comandado por Viggo Asuarte llegó a Ubarí; apenas los hombres desmontaron en la aldea los campesinos se desvivieron, medrosos, en atenderlos: él y Nando Calvados se acomodaron en la casa y los seis sicarios fueron a beber en el bar, en cuyo piso superior acostumbraban a alojarse. El anciano consejero entregó a la muchacha aterida a la mujer que atendía la cantina, una vieja silenciosa, envuelta siempre en un pañolón negro, a quien conocía desde cuando ella, en su juventud, trabajaba en uno de los prostíbulos de Medina.

En la trastienda del bar, una habitación con paredes de madera y piso de tierra amoblada con una mesa, dos bancas situadas junto a un gran fogón y una repisa que sostenía un televisor, Magnolia Alsina, la cantinera, se ocupó en lavar y vestir a la muchacha que le habían entregado; luego, mientras la alimentaba con un gran plato de sopa caliente, le comentó:

—Tienes suerte, muchacha. ¿Cómo te salvaste?

—Me llamo Alison —respondió la chica, hosca, y preguntó a su vez—. ¿Suerte en qué?

—No te violaron, y los golpes que tienes te los dieron con la mano. ¡A mí me han pegado más por servir mal un trago!

—Yo… ellos, los ladrones…—la muchacha no pudo seguir explicándose, un sollozo le cerró la garganta.

—Está bien, está bien —susurró la cantinera, mientras se dirigía hacia la televisión para encenderla—. Ahora come y entretente viendo la telenovela, ya es hora de la telenovela.

En la pantalla del televisor se ve a Andrómaca, quien reposa tendida en un sofá, mientras Cefisa su mucama, uniformada con delantal y cofia, y de rodillas al extremo del mueble, le masajea los pies usando un aceite que hace gotear de una poma de cristal cortado.

—Ya ve, mi ama —dice la criada, mientras frota el empeine de su señora—, si usted lo tiene bailando en la mano al tal Neptolemo. Él va a hacer lo que a su merced le dé la gana.

—Y yo —solloza Andrómaca—, ¿qué voy a hacer?

—¡Ceder, niña! A cabo que don Neptolemo salva a su hijita si usted se casa con él. Y después ha jurado defenderla de los demás capos del golfo. Eso le conviene, eso debe hacer.

—¿Y traicionar a Héctor, mi esposo?

—Él, si saliera de su tumba, eso mismo le recomendaría que hiciera, para salvar a Estrellita.

—¡No! Él me exigiría que muriéramos con honor, tanto su hija como yo. Además, mi buena Cefisa, no lo aguanto a ese maldito de Neptolemo.

—¡Pero, mi ama!

—Es un traidor, ¡si parecía tan amigo nuestro y, después, la que nos hizo!

—¡Pero si no se casa con él, perderá a Estrellita para siempre!

—¡Ay! No sé qué hacer.

—Si quiere, mi ama, consultamos las cartas —propone la criada, sacando un mazo de naipes del bolsillo de su delantal—. Ya sabe que yo soy medio bruja.

—Sí, Cefisa, ¡ay! —suspira Andrómaca, cubriéndose la frente con el dorso de su mano izquierda—, consultemos en las cartas mi destino.

Nando Calvados, luego de comer y descansar un par de horas, salió de la casa en donde dormiría su jefe y caminó en la oscuridad, embarrándose las botas, hacia la cantina. Llegado a ella, no ingresó

al salón mal iluminado en donde sus compañeros se emborrachaban bailando acompañados por la música que atronaba desde una rocola, prefirió rodear el pequeño edificio y entrar directamente a la trastienda, desde un huerto en cuyo ambiente percibió el aroma de los azahares.

La habitación a la que se introdujo estaba iluminada por una bombilla de luz amarillenta y por el resplandor de la televisión, allí la muchacha se había dormido sentada a la mesa y apoyando la cabeza sobre los brazos cruzados encima del tablero. Tras ver al recién llegado, la vieja Magnolia Alsina, arrebujándose en su pañolón, se le acercó para susurrarle al oído:

—Tengo que contarte cosas: esta chica…

—Lo sé, lo sé —la interrumpió Calvados.

—Entonces…

—Mejor te vas a la cantina —ordenó el viejo—. Yo me voy a quedar conversando con la muchacha.

La mujer salió y Alison, quien había despertado al escuchar la llegada de Nando, se irguió mirándolo con timidez y, mientras se acomodaba un mechón de su cabello atrás de la oreja, le dijo:

—Gracias, señor. Usted me salvó.

Calvados, quien se había acercado a la joven, y antes de que ella pudiera ponerse de pie, levantó su mano izquierda, recia como un leño, y la abofeteó. Alison, propulsada por el golpe, cayó sobre el tablero de la mesa y su agresor, tomándola por los cabellos, la aprisionó contra la tabla, mientras le preguntaba, calmadamente:

—¿De dónde dijiste que venías, muchacha?

—De Archidona —respondió en un sollozo.

—Y dijiste que tenías catorce años.

—Yo…

—Te voy a contar una cosa, Alison, si es así como te llamas —dijo el viejo, soltando a la chica y sentándose en el banco que estaba al otro costado de la mesa—. Hace años, una bruja me presintió una vida muy larga y me dijo también que, antes de morir, se me iban a aclarar los sentidos.

—Señor, yo no entiendo…

—Te veo tan claramente, muchacha. Estás poco desarrollada,

pero tienes más de catorce años, y no estás tan golpeada como parecías cuando te encontré.

—Señor —empezó a gemir Alison, mientras se frotaba la mejilla golpeada—, no sé de qué habla, yo iba con unos comerciantes de incienso de…

Con una rapidez extraña en un hombre tan viejo, Calvados se puso de pie, rodeó la mesa y, tras agarrar a la chica por el cabello, la obligó a arrodillarse frente a él, luego extrajo su puñal de la cintura y, suavemente, aproximó la hoja a la oreja izquierda de Alison, haciéndole un corte en el lóbulo, mientras gruñía:

—Me vuelves a mentir y te tajo la cara.

La joven dejó de llorar y, arrodillada como estaba, extendió la mano hacia la entrepierna del hombre y empezó a sobarla, sonriendo. Nando, sin soltarle el cabello, la obligó a levantarse, diciéndole:

—Hace treinta años, muchacha, quizá te hubiera resultado el truco.

—¿Seguro? —indagó Alison, sin dejar de sonreír.

—Si quieres jugar a eso —dijo el viejo, enfundando su cuchillo y sentándose de nuevo en la banca que antes había ocupado—, te entrego a los hombres que están bebiendo en el cuarto de al lado: ellos son capaces de violarte con una botella rota. Pero, antes, dime lo que buscabas con ese teatro tuyo. ¿Quién te manda?

Alison Camps dejó de fingirse una adolescente asustada y, sin perder la sonrisa, se acomodó en la otra banca, junto a la mesa. Colocó sus codos sobre el tablero y, sosteniéndose el mentón entre las manos, empezó a hablar, mientras miraba con descaro a su interlocutor. Un hilo de sangre brotaba de su oreja herida, se le escurría por el cuello y terminaba manchando el cuello arrugado de la bata blanca que vestía.

—Sabemos que tu jefe ya no sirve para mandar —dijo—. Cada día hace más mal las cosas. Por eso perdió el negocio de las armas hace dos días.

—¿Sabemos? ¿Quiénes?

—Me mandan los que compran las mercancías al otro lado, en las Ciudades del Norte.

—¿Los mismos, esos que nos iban a vender las armas anteayer?

—Los mismos que terminaron por hacer el negocio con tu competencia. No les conviene tener un socio que se está volviendo loco.

—Y te mandaron para que lo mataras.

—Lo quieren muerto, sí.

—¿Cómo ibas a hacer tu trabajo?

—Tengo mis trucos, viejo.

—¿Y para meterte entre nosotros hiciste todo ese teatro de que te asaltaron?

—Funcionó.

—No te funcionó. Te he descubierto.

—Sí funcionó. Estamos hablando —se ufanó la mujer, lamiéndose los labios—. Mis jefes te quieren mandando en Medina.

—Quieren que traicione a mi jefe.

—Sí, yo lo mato y tú te haces cargo.

—Otra vez, muchacha: quizá hace treinta años me hubiera interesado el trato.

—¿Qué pides a cambio de ayudarme, Calvados, si no quieres mandar ni me deseas a mí?

El hombre se levantó, fue hasta el televisor y, luego de apagarlo, anduvo unos pasos por la habitación. Llegó al vano de la puerta abierta al huerto y percibió los olores del campo: la tierra húmeda, los cítricos, el oscuro aroma del musgo cuyos mil tallos mínimos y esponjosos tapizaban un árbol cercano… Vio, entre las sombras, un grupo de mujeres andrajosas, quienes se alejaban del caserío y supuso, estremecido, que serían las Horrendas vagando hambrientas por la noche. Luego, volviéndose para encarar a la muchacha le preguntó:

—Alison, ¿así te llamas?

—Llámame así.

—Tienes problemas. No me interesa nada de lo que tú, ni tus jefes puedan ofrecer.

—Debe ser feo llegar a viejo —rio la chica, insolente— y no tener ya fuerzas para nada.

—Para lo que sirvo, muchacha, me sobran las fuerzas que me

quedan.

—Y sirves para…

—Yo tengo experiencia y, sobre todo en este último tiempo, veo con claridad el mundo; después le cuento a mi jefe lo que veo y evito que haga tonterías.

—O sea que te pagan por lo mucho que has visto: tanto crimen, tantos criminales.

—Sí. He visto cosas que no hubiera querido ver.

—Por lo que sé, con la edad se pierde la memoria. ¡Te estarás quedando inútil!

—No te voy a negar que eso pasa, pero solo me olvido de las cosas sin importancia. De ti, por ejemplo, me voy a olvidar —afirmó el anciano, torciendo el gesto.

—¡Vaya! Si me dejaras, tendrías motivos para recordarme: los hombres dicen que tengo muchas mañas.

—No te gastes.

—Feo debe ser llegar a estar así de seco, sin ganas de nada.

—¡Si llego a tenerte ganas, terminas por matarme! He visto lo que son capaces de hacer las gentes como tú.

—No quieres ya nada, viejo, y te alegras de no tener nada. Das pena.

—Tengo lo que sé, y eso ha sido bastante para joderte los planes, mujer.

—Tienes eso —concedió, riendo Alison Camps—, y toda la muerte que se te acerca. ¿No te da miedo morir?

—Solo a los niños les asusta la oscuridad —dijo el anciano, y quedó en silencio.

Durante un rato se entretuvo en admirar la belleza de la muchacha: su rostro, sus insolentes ojos azules, su cabellera, el cuello fino manchado de sangre, la boca… Estuvo a punto de sentir ternura, luego desenfundó veloz su pistola negra y, casi sin apuntar, disparó contra la chica, quien no tuvo tiempo siquiera para alterar su expresión arrogante. El impacto del proyectil la propulsó hacia atrás dejándola retorcida sobre el suelo de tierra apisonada y con las piernas abiertas.

Asustada por la detonación, la vieja cantinera entró a la

trastienda, desde el bar, y al ver el cadáver de Alison se santiguó, mientras recitaba una de las letanías rezadas por las gentes de Quiroz para aplacar a la Dañina:

—Santa del Daño, bébete esa sangre y olvídate de la mía. Santa del Daño, bébete esa sangre y olvídate de la mía… —y, dirigiéndose a Nando Calvados, le dijo:— Vinieron a buscarte; dicen que tu jefe está como loco.

—¿Qué sucede? —indagó el viejo, enfundando su pistola.

—Don Viggo está muy drogado y viendo visiones: cree que todos sus enemigos se esconden en la capilla de la Dañina que tenemos a la entrada del caserío.

—Ya se le pasará.

—Ha ido hacia allá con esa ametralladora que tiene, puede haber una desgracia.

—¿Por qué? Hallará la capilla vacía.

—La capilla está llena de mujeres.

—¿Qué? —se extrañó Nando—. ¿Son tan devotas por aquí?

—Es de noche —explicó la vieja, mientras acomodaba el cuerpo de Alison, extendiéndola sobre el piso y cruzándole las blancas manos sobre el pecho, hendido por la bala que le había quitado la vida— y las madres con sus hijas habrán ido a esconderse allí de tus sicarios: cuando esas bestias se emborrachan, abusan de cualquier hembra, niña, moza o vieja, y todas les tienen miedo.

Entonces se escuchó el tableteo de la ametralladora, los gritos de una docena de mujeres, quienes pedían piedad, y los chillidos de las niñas que morían atónitas, sin intentar huir, deslumbradas por los fogonazos de los disparos. Entre las sombras teñidas de rojo, Viggo Asuarte, enloquecido y desnudo, blandía su arma, llena de adornos dorados y joyas engastadas, y rociaba con sus proyectiles el suelo de tierra, mojada ya por la sangre, las paredes de cemento de la capilla y los cuerpos blandos y deshechos de sus víctimas.

—¡Mierda! ¡Nos jodimos! —gritó el viejo Nando Calvados, furioso por no haber sido capaz de proteger a su jefe, y salió corriendo hacia la noche, cuyo aire oscuro ya no olía a cítricos ni a musgo: apestaba a pólvora y a la sangre y a la orina derramadas por las muertas sobre la tierra fértil de la vega de Ubarí.

… Los habitantes de Frontera fueron en otros tiempos creyentes católicos de fe sencilla, misas largas y cantadas, procesiones vistosas y alegres romerías. Luego, llegaron los protestantes adustos y vocingleros, rápidos en sus anatemas, inflexibles en sus dogmas e implacables en sus hábitos. Finalmente, cuando aparecieron los traficantes por la meseta de Quiroz, por los manglares de Calaj, los montes de la última Sierra y el desierto de Cunqueiros, la vida de sus gentes cambió tanto —encharcándose en sangres y ensordeciendo con las balaceras y el llanto de los dolientes— que necesitaron otros santos para creer en ellos, unas divinidades nuevas capaces de masticar las carnes de los muertos y nutrirse de ellas para así, horrorosamente saciadas, proteger caprichosas a los vivos. Y los nuevos santos —la Dañina y el Patrón— se enredaron en sus ritos y en sus preces con los viejos del santoral católico, sin que lo herético de esa mezcla alterara la fe ardiente y ciega de las mentes simples y aterradas de los pobladores de Frontera.

La imagen de la Dañina, o Santa del Daño, tiene un solo cuerpo: un esqueleto vestido con traje de novia muy blanco que sostiene sobre sus hombros tres calaveras cuyos rostros de hueso nadie puede ver pues están cubiertos por unas máscaras polícromas: la de la izquierda es una vieja con las mejillas sumidas y cubiertas de pústulas, la del centro un vampiro colmilludo y la situada a la derecha, una mujer cuyo cutis dorado destella siempre en la penumbra de las hornacinas. Representan, según sus devotos, en el mismo orden, las tres fuentes del daño que se ensaña en los humanos: la enfermedad, el amor y el dinero. A los pies de la Santa se enrosca, en todos sus altares, una serpiente blanca y negra, pues a veces se presenta ante sus creyentes transformada en una culebra de esos colores.

Devotos y aterrados —y entre más aterrados, más devotos— los fieles de la Santa del Daño saben que su señora odia la luz del día, la celebran pues por las noches, en las encrucijadas de los caminos. Donde se cruzan dos vías puede levantase para ella un templo que no debe ser grande, apenas tendrá las dimensiones de una capilla, pues a la Dañina no le gustan los gentíos, deberá ser de cemento armado y parecer un búnker; en él se resguardará, entre sus

paredes ásperas y sin ventanas, la imagen sagrada de la Santa. Extrañamente, en una tierra asolada por la brutalidad y la violencia, está decretado el santuario en esas capillas de la Dañina, es decir: quien a ellas se acoja tiene su protección, nadie puede cometer ninguna violencia en esas toscas construcciones ni en sus alrededores.

Dentro de esas capillas, alumbrada solo por los cirios que le pongan sus devotos, permanecerá la Señora de los Tres Rostros, feroz y solitaria, esperando el miedo de quienes vengan a alabarla pidiéndole que les merme los sufrimientos, dándoles tregua en el amor, al menos un éxito provisional en la lucha contra la miseria o un alivio, aun leve, de sus enfermedades.

Le gusta a la Santa la humedad, que para eso es la Señora del Daño. Por esa razón sus fieles la veneran mojando en sus altares los pies descarnados de su efigie con los fluidos propios de los cueros que sufren: sangre, saliva y leche. Todos saben que la leche, regada sobre esos dedos blanquecinos, representa el flujo de los genitales y nada tiene que ver con el amamantamiento ni con la maternidad. la Dañina detesta a las madres lactantes y a los recién nacidos, nada de lo fértil le es grato: odia las sementeras y los criaderos de animales. También la alaban sus devotos con trozos de carne que dejan podrir a sus plantas y con otros despojos —desde dientes hasta paños empapados en sudor y otros humores— que serán más repugnantes cuanto mayor y más difícil de cumplir sea la gracia solicitada.

Las oraciones, que se murmuran dentro de sus pequeños templos, en las noches de luna, jamás son pronunciadas fuera de sus lugares de culto, jamás son dichas de día, jamás son recitadas con los ojos abiertos; luego de susurrarlas, sus creyentes escupen o se hieren los antebrazos con hojas de afeitar para alejar de ellos la maldad de La Santa, saciándola al ofrendarle esos fluidos que, antes de salpicar el suelo polvoriento, fueron parte de sus cuerpos.

Una vez al año, en la noche más corta, se cumple la única celebración colectiva de la Santa del Daño; en ella sus fieles ensucian con lodo y cieno billetes que dejan en sus altares y los riegan con sangre de animales. Además, se hacen cortes en los

antebrazos mientras gritan: ¡Daño! ¡Sangre! ¡Daño! ¡Fuerza! En esa única noche se puede vociferar cerca de las capillas y, quienes lo hacen, mezclan con los insultos más procaces sus quejas y sus lamentos, mientras bailotean febriles hasta caer sobre el suelo para revolcarse en él, supuestamente poseídos por uno de los tres espíritus de la Señora: el del amor, el de la miseria o el de la enfermedad. Creen sus devotos con firmeza que, durante el año siguiente, el espíritu que los ha penetrado será con ellos si no benigno, al menos indiferente y no tendrán mal de amores o no aumentará su pobreza o se librarán de las dolencias que son propias de las estaciones: males del vientre en verano —disenterías y náuseas— y flemas, fiebres y toses dolorosas en el tiempo del frío.

Una cohorte de espectros acompaña a la Dañina en sus iniquidades, seres miserables y crueles que se sacian, según saben sus creyentes, con los restos podridos que deja la Señora regados por el mundo, después de sus tropelías. Son las Horrendas, un grupo de mujeres héticas y hambrientas quienes asaltan a los caminantes por las noches, para aterrarlos hasta hacerles perder la razón; la Incordia, una vieja sarmentosa que infunde odio y resentimiento en aquellos a los que atormenta; el Asesino, un hombre joven vestido de mujer y maquillado como una prostituta, que mata con sus caricias o con sus miradas lánguidas; y Oniro un espectro gaseoso quien envuelve a sus víctimas y las engaña, haciéndolas soñar y propiciando que confundan los sueños con la realidad…

Fragmento de *Naturaleza, política y moral de la Región de Frontera,*
monografía escrita por Homero Benet, periodista.

El recurrente naufragio de Ramiro Cebrián

Era media noche cuando Ramiro Cebrián abrió los ojos, sudoroso y aterrado luego de unas horas de sueño en las cuales una pesadilla le había impedido respirar contrayéndole los músculos del cuello, apretando su garganta casi hasta ahogarlo. Ya despierto escuchó los alaridos de su jefe, Viggo Asuarte, quien gritaba en su dormitorio como si alguien lo atacara. Cebrián saltó de su cama, vestido solo con unos calzoncillos, agarró su revólver, que dejaba siempre sobre su velador y salió de su habitación en tinieblas. Frente a su puerta estaba abierta la del dormitorio de su patrón, iluminado por dos lámparas colgadas del cielo raso; a unos pasos de él, en la penumbra del pasillo, pudo ver a Laura Laforet, la esposa de Asuarte, una mujer de mediana edad alta, casi desnuda y envuelta en un mantón, cuyo rostro, pálido y bello, brillaba en las sombras.

—¿Qué pasa, doña? —preguntó el sicario.

—Mi marido… Está como loco —respondió la mujer, apretándose el pañolón alrededor de los hombros con un gesto nervioso, antes de alejarse en la oscuridad.

Ramiro entró moviendo de izquierda a derecha el cañón de su arma, listo para disparar; su jefe estaba acuclillado en uno de los rincones del cuarto, desnudo y tembloroso, cubriéndose el rostro con las manos; nadie lo amenazaba, estaba solo en la gran habitación de paredes de piedra, amoblada con un lecho, un tresillo, una gran cómoda con un espejo y una gran televisión atornillada a la pared; los muebles, de metal cromado y plástico, descansaban sobre una alfombra cuyo dibujo imitaba la piel de un tigre, el mismo diseño se repetía en el tapiz de los sillones, en las cortinas y en la cocha extendida sobre la cama.

Cebrián depositó su revólver sobre la cómoda para luego acercarse calmadamente hasta su jefe; con firmeza, lo tomó del brazo y, obligándolo a incorporarse, lo condujo hasta el lecho, donde

el hombre, aun temblando, se recostó envolviéndose la cabeza con el cubrecama estampado con manchas amarillas y negras. Mientras lo ayudaba, el sicario preguntó:

—¿Qué le pasa, don Viggo?

—¿Están todavía allí? —indagó Asuarte, a su vez.

—No hay nadie aquí, jefe. Estamos solos.

—Las ratas. Vi dos ratas cuando desperté: estaban sobre la cómoda y me espiaban desde el espejo.

El sicario, suponiendo que su patrón sufría alguna alucinación producida por las drogas que ingería, miró hacia el mueble para hallar solamente su propio revólver ante el espejo, y respondió:

—No hay nada. No hay nada en el cuarto.

Asuarte, sacando la cabeza de entre las cobijas, miró por primera vez a su guardaespaldas, tenía el rostro macilento, los ojos desorbitados y los labios resecos, respiraba agitado intentando tragar saliva sin conseguirlo; conservaba las manos aferradas a las mantas, listo para cubrirse de nuevo con ellas.

—Ayer, cuando entramos a la casa, tres gallinazos volaron sobre nosotros, ¿te diste cuenta?

—No, para nada.

—Pues estaban ahí, sobre nuestras cabezas.

—Habría algún lagarto muerto en el jardín.

—¡Qué lagarto muerto! Fue un mal augurio. ¡Y, ahora, las ratas!

—No entiendo, don Viggo —dijo el sicario, caminando por la habitación, preocupado.

—¿No entiendes, idiota? Anteayer maté a las gentes que estaban en una capilla de la Dañina, en Ubarí.

—Fue por la droga, jefe.

—Cuando disparaba, tú ibas a mi lado. Luego te vi, como entre nieblas: estabas forzando a una de las mujeres.

—Sí, mi don —reconoció el sicario—. Yo también estaba volando con la droga y… me monté a una de las que usted no alcanzó a matar.

—¿No pasó nada más en esos momentos?

—Bueno —reconoció Cebrián—, sí sucedió algo raro: después de su balacera, salió de adentro de la capilla una niña, como de unos

cinco o seis años.

—¿Herida?

—Sana y buena. Pero parecía loca, porque miraba todo sin miedo: los cuerpos y la sangre, a mí montándome a esa mujer que chillaba y a usted, con la ametralladora humeándole en las manos.

—Es verdad, ya me acuerdo.

—Salió, pasando por encima de las muertas, se me acercó y me miró muy raro.

—¿Sin miedo?

—Tranquila, estaba tranquila. ¡Era todo tan raro! Le pregunté el nombre y me contestó que era La Huérfana.

—¿Cómo?

—"Soy la Huérfana" dijo esa mocosa de mierda, y parecía de la Dañina, por cómo hablaba.

—Soñé con la Dañina —confesó el jefe del cártel de Medina, volviendo a hundirse en sus terrores—. Y me maldijo por lo que pasó.

—¿Por matar a unas cuantas hembras?

—Por no respetar su capilla. ¿No sabías que en las casas de la Dañina no se puede regar sangre?

—No, Patrón, no sabía —reconoció el sicario y dijo, para tranquilizar a su jefe—, pero con un obsequio que le haga a la Santa y otro al Patrón, queda en paz.

—No va a ser así —negó Asuarte, volviendo a cubrirse la cara con la colcha—. Nos jodimos, Ramiro, nos jodimos.

Finalmente, el jefe del cártel de Medina se durmió. El guardaespaldas revisó la habitación por última vez y apagó las lámparas que la iluminaban; luego fue a su dormitorio, sin encender su luz, a tientas dejó su arma sobre la mesita de noche y se recostó en su cama, cayendo dormido otra vez. Entonces regresó la pesadilla que lo había atormentado unas horas antes:

Surcan un laberinto de canales flanqueados por altos árboles de ramas tejidas sobre los viajeros como un dosel que casi impide el paso de la luz del cielo; al final, atraviesan el macizo de manglares y salen a mar abierto. Entones, Ramiro puede ver, a pleno sol, el cuerpo de Jandro Puelles, quien, dormido en la proa de la canoa, se

extiende dorado y musculoso sobre cuatro mochilas de lona en cuyo interior llevaban todas sus pertenencias. Si el viejo y recio remero no estuviera allí, de pie en la popa de la embarcación, hundiendo impasible su largo remo en el agua del mar, Ramiro saltaría sobre su amante dormido para agarrarle las carnes, despertándolo a mordiscos.

Por el cielo, sobre ellos, vuela en formación perfecta una bandada de gaviotas y, a unos metros a estribor, un pelícano se sumerge en el agua con un chapoteo para pescar su alimento. Más allá del cuerpo de su amante se extiende el lomo descomunal del océano sobre cuyas olas navega la canoa, larga y pintada de colores que se dirige, lentamente, hacia la isla de Sanbrandán la cual, en ese momento, es solo una manchita gris en el horizonte azul del mar.

Demoran horas en llegar a su destino, zarandeados a momentos por las corrientes marinas. Por fin avistan la ensenada de Limón, en la isla de Sanbrandán, una playa curva en cuya arena reposa un centenar de canoas, en ellas un número igual de comerciantes ha llevado sus mercancías: pescado en salazón, cocos, carne de caza ahumada, frutos y verduras cultivados en las huertas de tierra adentro, tejidos hechos con fibras vegetales y hasta ollas, herramientas y armas compradas en puertos lejanos.

Tras esa playa, en cuya superficie blanca una multitud de hombres de mar y mercaderes negocian a gritos, se alinean las casitas de colores del pueblo; en uno de los extremos de la ensenada, sobre una elevación de roca, se levanta la iglesia de la isla, una construcción de caña guadua cuya nave rectangular está pintada de fucsia y tiene, a los lados, un par de torres anchas.

Ramiro y Jandro saltan de la canoa, cargando sobre las espaldas sus mochilas y, apenas hallan un espacio seco de playa, extienden una colcha sobre la arena, disponen sobre ella los potes de ungüentos que esperan vender en la feria y, como reclamo de sus mercancías, empiezan a dar volantines y a realizar otras acrobacias; sus cuerpos hacen prodigios de elasticidad y vigor, mientras vocean:

—¡Los ungüentos sanadores de Medina!

—¡Contra la sarna!

—¡Curan la tiña!

—¡Aclaran la piel!

—¡Secan las heridas!

—¡Hacen lindas a las feas!

—¡Hacen niñas a las viejas!

Tras la feria embarcan otra vez en la canoa, pero antes de llegar a Calaj son sorprendidos por una tormenta cuyos vientos los hunden. Sin dejar de luchar contra la mar salada y negra, Ramiro se ahoga. Ya muerto, se ve sumergido en unas aguas iluminadas en las que halla un edificio parecido a una iglesia antigua de piedra negra en donde suena una campana; del interior de ese templo salen unas barracudas que lo devoran.

Al día siguiente, Ramiro Cebrián despertó con la luz del sol deslumbrándolo, pues por la noche había olvidado correr las cortinas de su ventana, y toda esa claridad le hizo olvidar, de inmediato, la pesadilla que había sufrido. Se levantó de un salto, lleno de vigor, estiró sus músculos y, luego de asearse con esmero y vestir su mejor traje: pantalones vaqueros, camisa de lino y chaleco de cuero, se caló el sombrero alón de fieltro y, tras ajustarse en la cintura la pistolera e introducir su revólver en ella, salió caminando ligero de la casa de Viggo Asuarte.

Seguro de que su jefe, quien seguía dormido, quedaba cuidado por media docena de sicarios de su guardia, se encaminó casi alegre hacia una fonda, situada cerca del mercado central de migrantes de la ciudad, donde acostumbraba a desayunar mirando a los migrantes: a esa hora los caporales del cártel los arrastran fuera de sus mazmorras, y los tratantes negociaban regateando sus precios a gritos:

—¡Cincuenta por esos seis!

—¡Setenta!

—¿Cien por estas tres? ¡Estás loco!

—¡Al norte las vas a colocar muy bien! ¡Allá buscan chicas fuertes para trabajar en las casas! ¡En su tierra, al sur, eran enfermeras!

—¡Estos tres son agricultores: perfectos para cosechar lo que haga falta!

Los migrantes eran gentes pálidas y desharrapadas; mujeres y hombres resignados a su suerte, quienes esperaban el momento en que los hacinarían en camiones para llevarlos a trabajar sin descanso, cumpliendo con las tareas más duras y sucias en las Ciudades del Norte.

En el centro del mercado, en una pequeña plazoleta embaldosada con losetas de color añil donde crecía un altísimo pino, un saltimbanqui fornido, vestido con un traje de tela espejo y tocado con un capirote rojo, retaba gritando a los curiosos para que lo vencieran en sus juegos de agilidad y fuerza:

—¡A ver, hombres de Medina! ¡Quién puede conmigo! ¡Quién puede conmigo!

Mientras desayunaba, en una galería llena de gente y bordeada por un pretil de piedra, Cebrián alcanzó a ver y oír al volantinero y, sin terminar sus alimentos, saltó por encima del balaústre que cercaba la terraza y casi corrió hacia él. Había pasado tiempo desde los años de su juventud, cuando recorría Quiroz haciendo acrobacias y vendiendo ungüentos en los mercados, pero tenía aún confianza en la capacidad de su cuerpo para saltar, retorcerse en el aire y caer, siempre sobre sus pies: se sabía el hombre más ágil de la ciudad.

—¡A ver, pendejo! —le gritó al volantinero apenas lo tuvo en frente—. ¡Veamos cuánto aguantas!

Tras quitarse el chaleco de cuero y su sombrero, y dejar la pistolera sobre el piso, seguro de que nadie se atrevería a tocarla pues allí todos le conocían y temían, el sicario empezó a competir con el acróbata. Ambos eran igual de hábiles por los que algunas de las pruebas las ganaba Cebrián y en otras triunfaba su oponente quedando ambos, por tanto, siempre empatados.

Por fin, para decidir quién vencía en ese duelo de acrobacias que había conseguido la atención de casi todos los comerciantes del mercado, el saltimbanqui propuso a gritos, mientras daba volantines:

—Trepemos por ese árbol —y señaló el pino que parecía ascender desde el piso adornado con baldosas de colores hasta el cielo luminoso—, ¡quien llegue más arriba, gana!

—¡Hecho! —aceptó el sicario—,gana el que ponga los pies más arriba.

Los contendientes se descalzaron y luego empezaron a trepar por el pino, usando las horquetas como apoyos para sus manos y sus pies, retorciendo sus cuerpos para evitar los ramajes cuando estorbaban su ascenso y estirando los brazos en sus intentos por alcanzar las ramas más altas.

Pronto, ambos hombres llegaron hasta un mismo lugar, en la copa del árbol, donde las ramas eran más endebles y, por el peso de sus cuerpos, no podían subir más; entonces, Cebrián utilizó su último truco: afianzándose del tronco ya estrecho con sus manos, levantó las piernas hasta ponerlas por encima de su cabeza y tocó, usando los pies, unas ramas sobre las que no hubiera podido sostenerse: había vencido.

La euforia de su triunfo, la seguridad de seguir siendo en hombre más ágil de Medina, lo alegraron el resto del día. Pasó la jornada bebiendo de cantina en cantina y, al anochecer, se metió en un bailadero donde, siguiendo los ritmos del reguetón, se sacudió hasta la madrugada. Finalmente, regresó a la casa de Asuarte, algo borracho, y tras subir a su cuarto, cayó sobre su cama, sin denudarse y se durmió. Entonces empezó a soñar:

En su sueño, él y Jandro, su amante, atraviesan los manglares de Calaj y luego navegan por mar abierto hacia la feria de Sanbrandán. Allí hacen su número de acrobacias y venden las pócimas que fabrican.

Tras la feria, cargados de mercancías que han intercambiado por sus ungüentos y con los bolsillos llenos de billetes, los dos acróbatas regresan a la canoa que los ha traído. Al llegar a ella, Ramiro se fija en el remero, en quien no ha reparado antes: es un viejo de tórax enorme y piernas cortas que viste solamente un taparrabos, tiene la cabellera y la barba hirsutas y vello gris en el pecho, en los brazos y en las piernas.

Trepan, alegres, en la canoa y empiezan el regreso, surcando un mar que empieza a ponerse gris y que se encrespa por la marea. Navegan hacia el continente, alejándose de la isla de Sanbrandán de la cual, en la distancia y el atardecer, solo alcanzan a ver unas fogatas encendidas en la playa de su ensenada.

De pronto, un golpe de aire oscuro sacude la barca y las aguas

enloquecen, unas olas revientan bañándolos y su espuma, en la luz del fin del día, brilla fosforescente. El remero, cuya voz escuchan por primera vez, les ruge, haciéndose oír por encima del mar estruendoso:

—¡Aseguren la carga! ¡Aseguren la carga!

Los dos jóvenes se esfuerzan en atar sus mochilas a los bancos cruzados sobre la borda usando unas cuerdas mojadas, difíciles de anudar. Los golpes del oleaje hacen rechinar las maderas de la embarcación y el remo, sostenido por las manos enormes del remero, cruje al golpear contra el costado de la canoa. El miedo tuerce el rostro barbudo del boga que grita:

—¡Achiquen! ¡Achiquen!

Ramiro y Jandro, agarrándose como pueden a los bancos de la embarcación, empiezan a echar por encima de la borda el agua que inunda el fondo usando dos cuencos de plástico. Mientras, el mar ha enloquecido por completo y sus olas se levantan, elevando a la canoa varios metros, para abrirse de inmediato sumiéndola en un abismo de aguas desde donde sus tripulantes apenas pueden ver el cielo del anochecer.

Los golpean unos espumarajos manchados con las arenas del zócalo marino removidas por la tormenta; el oleaje enfurecido, le parece a Ramiro formado por pumas monstruosos de agua y espuma que abren unas fauces burbujeantes y tratan de devorarlos, cubriéndolos a momentos por completo, zarandeando sus cuerpos, machacando sus miembros, sus caderas, sus torsos contra las maderas de la barca.

Entonces, comienza a llover. Una masa de agua cae sobre sus cabezas desde el cielo, golpeándolos con más saña que el oleaje. Es una lluvia negra que los enceguece haciéndoles perder por completo el sentido de orientación: los hombres perciben las aguas por encima de sus cabezas y allí donde debería estar el cielo hallan solo el abismo del océano. Entonces cruje el maderamen y la canoa se parte en dos; Ramiro se siente succionado hacia el vientre del océano.

Sin dejar de luchar contra la mar salada y negra, Ramiro se ahoga. Ya muerto, se ve sumergido en unas aguas iluminadas en las

que halla un edificio parecido a una iglesia antigua de piedra negra en donde suenan campanas; del interior de ese templo salen unas barracudas que lo devoran.

Cebrián despertó, pasado el mediodía, con la boca amarga y con el corazón golpeándole en el pecho con violencia; el resplandor del ambiente y los ruidos cotidianos de la ciudad le llegaban a través de la ventana, pero ni esa luz ni la algazara pudieron tranquilizarlo pues recordaba, con exactitud, las terribles imágenes de su pesadilla, esa que lo había atormentado también la noche anterior.

Se levantó con torpeza de la cama y, sin estirar sus miembros ni sacudirse la modorra que los embarazaba, caminó hasta el baño ubicado junto a su pieza; al escuchar el chorro de su orina golpeando contra la loza del inodoro, sintió miedo; también lo asustaron el golpe de la ducha, cuando lo sintió sobre su espalda, y hasta el sonido de su café, cuando surtió de la cafetera unos minutos más tarde, en la cocina ahumada.

Mientras comía masticando mecánicamente sus alimentos, escuchó, en la planta alta de la casa, los gritos y los gemidos de Viggo Asuarte, quien rezaba a la Dañina pidiéndole perdón. La angustia de su jefe en otra oportunidad hubiera merecido el desprecio burlón del sicario, esa mañana, Ramiro oyó los lamentos de su patrón tragando saliva con dificultad y sintiéndose también maldito.

Desentendiéndose de las angustias de Viggo Asuarte, mal vestido y sin más armas que un puñal escondido en su bota derecha, Cebrián salió de la casa para caminar por horas, desconcertado, sobre los adoquines cuyos colores decoraban las calles de Medina. Deambulando sin dirección, llegó a un prostíbulo en donde, a veces, se metía para bailar, beber y fornicar; los chicos y las mujeres del local lo temían.

Atardecía cuando entró en el burdel decorado, como todos en Medina, con espejos, luces, columnas de plástico y serpentinas. En el salón, que aún estaba poco concurrido pues era temprano para la jarana, atronaba desde unos parlantes enormes una canción de reguetón:

¡Ella quiere hmm, haa, hmm!
¡Voy a darle hmm, haa, hmm!
¡Pa que sienta el hmm, haa, hmm!
¡Y de nuevo hmm, haa, hmm!
Ella quiere más, yo le doy más,
Muñequita linda, ven pa acá.[6]

Ramiro halló, apoyadas en la barra al fondo de la pista de baile, a dos mujeres muy maquilladas y a un chico, quien, vestido con mallas, bebía de un largo vaso un líquido rojo. Les hizo un gesto y los tres, disimulando la aprehensión que les provocaba, lo siguieron hacia una de las habitaciones de la planta alta.

El cuarto en donde se encerraron tenía las paredes encofradas con planchas de plástico que reflejaban la luz rojiza de tres lámparas suspendidas del cielo raso, y estaba amoblado solamente con un bidet y una cama circular cubierta por una colcha guateada. Sobre ese lecho apestoso a sudor, Ramiro Cebrián buscó, en todas las trabazones posibles de los cuerpos, el aturdimiento que le ayudara a olvidar ese peligro que lo amenazaba: temía las imágenes de su pesadilla repetida, temía esa tortura nocturna, esa advertencia hecha por la Dañina, quien debía estar resentida con él, ansiosa de venganza.

Ya en la madrugada, las dos mujeres, extenuadas y cubiertas de rasguños y mordiscos, escaparon del lecho, abandonando al muchacho, quien, debatiéndose en los brazos del sicario, se dejó usar y zaherir una y otra vez hasta que el hombre, ofuscado, lo dejó marchar. Ya solo sobre el colchón sucio, Cebrián se sintió vencido por el sueño; aliviado, esperaba dormir exhausto y en paz. Cuando se abandonaba a la inconciencia, alcanzó a ver, lleno de miedo, a un ser gaseoso que se desprendía del techo para densificarse a los pies de la cama.

—¡Oniro! —alcanzó a gemir el sicario, reconociendo al secuaz perverso de la Dañina. Y sin poderlo evitar, cayó en el horror nebuloso de su pesadilla.

En su sueño, él y Jandro, su amante, atraviesan los manglares de Calaj y luego navegan por mar abierto hacia la feria de Sanbrandán.

Allí hacen su número de acrobacias y venden las pócimas que fabrican.

Tras la feria embarcan otra vez en la canoa, pero antes de llegar a Calaj los sorprende una tormenta y los hunde.

Rompiendo las tinieblas, resplandece el fulgor de los relámpagos y Ramiro, mientras ve ese fuego eléctrico sobre su cabeza, se atraganta desesperado con bocados de agua salina y amarga sosteniéndose de un madero reventado de la canoa cuyas astillas le rasgan las carnes de los brazos. Un golpe del mar le arrebata el trozo de madera y se ve obligado a nadar, tratando de que el oleaje no lo hunda, sin saber hacia dónde ha de dirigirse.

No halla ni al remero ni a Jandro, su amante: está solo en un abismo helado del que, en un segundo, lo arranca una ola elevándolo como si quisiera propulsarlo hacia las nubes cuyas formas gaseosas ve delirante, en la última luz del día. Luego, esa misma onda oscura lo estrella contra el fondo del mar; las aguas, como látigos enormes, le azotan el pecho y la cabeza y hace un esfuerzo por no perder la conciencia. Nada, bracea desesperado, se niega a dejarse llevar por las aguas, grita con furia y hurta el rostro a la espuma y aspira una bocanada de aire y se sumerge, esperando que el mar este más calmo bajo la superficie.

Cuando trata de emerger, no sabe la orientación en la que debe bucear, la tormenta ha revuelto el mundo y todas las direcciones se han confundido. Es inútil que intente situarse usando los parámetros que lo ubican en la tierra: en la sima tenebrosa donde se ahoga, no existe un arriba, tampoco un abajo, solo hay allí oscuridad y asfixia. Ramiro Cebrián sabe, entonces, que va a morir y, aún en ese último trance, ondula su cuerpo musculoso tratando de librarse de las aguas sin lograrlo y se ahoga, luchando.

Ya muerto, se ve sumergido en unas aguas iluminadas en las que halla un edificio parecido a una iglesia antigua de piedra negra en donde suena una campana; del interior de ese templo salen unas barracudas que lo devoran.

Los gritos de Ramiro Cebrián alarmaron a las chicas y a los chicos, quienes, luego de atender a los clientes del burdel, intentaban descansar usando para hacerlo las mismas camas en las

cuales habían trabajado la noche anterior. Cuando el sicario pudo arrancarse de su sueño angustioso, descubrió que varias mujeres lo miraban desde el pasillo, a través de la puerta abierta de la pieza en donde había dormido.

Cebrián se levantó desnudo y, tras vestirse con torpeza, dejó el prostíbulo despeinado y tambaleante. Apenas había amanecido, soplaba por las calles adornadas un viento frío y las gentes de Medina caminaban apresuradas por las aceras de colores yendo a sus diferentes ocupaciones. El sicario, quizá sugestionado por lo que le estaba sucediendo, percibió en los ojos de los transeúntes la opaca huella de la enfermedad incubada por muchos de los habitantes de la villa.

Sin proponérselo, tras deambular por horas cruzando plazas y calzadas, el hombre llegó, hacia el mediodía, a las afueras de la ciudad y pudo ver en la distancia, sobre una colina, el templo del Patrón al que asistían los sicarios de Medina, para rendirle culto pidiéndole protección de los peligros que enfrentaban en el curso de sus vidas violentas. Eran cuatro paredes de cemento armado manchadas de orín, cubiertas con una losa y rodeadas por un muro del mismo material en cuyo borde brillaban los restos de un centenar o más de botellas rotas.

El sicario, caminando con sigilo, se acercó a un perro recostado en el sol sobre el sendero que ascendía al templo; cuando estuvo cerca del animal, extrajo de su bota el cuchillo escondido en ella y lo atacó. La pequeña bestia pudo defenderse a dentelladas, hiriendo los antebrazos del hombre, antes de que el puñal se le clavara en el costado.

Con el perro sangrando y gimiendo en sus brazos, Cebrián llegó al templo del Patrón y entró en él. En las sombras del recinto, pudo ver, alumbrada por una docena de cirios, la imagen del Santo: un hombre de cuerpo musculoso, cubierto con una armadura, quien dislocaba, solo con sus manos, las fauces de un gran felino. A los lados de la efigie reposaban un escorpión grande como un gato, un buitre y un lobo cuyos ojos de cristal brillaban reflejando las llamas de las velas.

—¡Protégeme, señor del poder y la fuerza! —rezó el sicario

llorando mientras depositaba el cuerpo agonizante del perro a los pies de Patrón—. Sálvame de la maldición de la Dañina. No dejes que me ahogue cada noche en sueños. No permitas que me vuelva loco. No permitas que me vuelva loco.

Ramiro Cebrián permaneció varias horas postrado y rezando en el templo del Patrón; luego, al atardecer, lo abandonó para regresar a la ciudad y caminar hasta la casa en donde, según le habían dicho hace tiempo, vivía Jandro Puelles, su antiguo amante, dedicado desde hacía años a la elaboración de ungüentos sanadores y venenos.

Descubrió a Jandro en una construcción de madera pintada de verde cuyo techo de dos aguas estaba cubierto con tejas vidriadas, sus ventanas tenían marcos tallados y vidrios catedral, una huerta de hierbas medicinales crecía frente a su fachada. Sin llamar, entró en la vivienda para encontrar a Puelles ocupado en su trabajo, llenando una decena de frascos con una pomada que extraía de una redoma grande, usando una cuchara de palo. La habitación en donde se hallaba estaba amoblada con dos alacenas acristaladas, un banco de trabajo sobre el cual descansaba un televisor encendido, varios taburetes y un catre empotrado en una esquina; la luz que la iluminaba, entrando a través de los ventanucos de colores, era azul y amarilla.

—¡Vaya si te has demorado en venir! —dijo Jandro por saludo, interrumpiendo su trabajo para mirar con extrañeza al hombre mal vestido que lo miraba, desde la puerta, con el rostro desencajado—. Han pasado años desde cuando íbamos por las ferias vendiendo nuestros ungüentos.

—Yo, yo… —alcanzó a balbucear Ramiro, sin saber qué decir.

—¿Qué te pasa? Estás como enfermo.

—No estoy enfermo.

—¿Tienes el mal? —indagó Puelles, sentándose en uno de los taburetes— ¡Porque sería una coincidencia!

—No, no tengo el mal —acezó el sicario, quien no podía ver con claridad el rostro de su interlocutor, en la luz colorida del lugar—, pero necesito ayuda y no tengo a nadie.

—Siéntate y cuenta.

—Ofendí a la Dañina —contó Cebrián, mientras daba unos pasos hacia otro de los taburetes y lo ocupaba—. Y ahora sueño, cada vez que me duermo, en que me hundo en el mar. No puedo dormir en paz, ¡me estoy volviendo loco!

—Y quieres que te ayude.

—No tengo a nadie más. Y tú sabes de hierbas, de medicinas para los nervios… Tú sabes de eso.

La claridad del día se apagaba, Jandro se levantó para encender, jalando de un cordel, una lámpara colgada del techo. En la luz amarilla, se acercó a su antiguo amante, mostrándose con tristeza: tenía los labios resecos, las encías blancas como los dientes y los ojos tan enrojecidos que en ellos no podía distinguirse el iris: parecían una víscera sanguinolenta.

—Tienes el mal —alcanzó a murmurar Cebrián, quien, quizá porque no había comido desde el día anterior, sintió que se desmayaba—. Nadie va a poder ayudarme. Nadie.

—¡Ramiro! —exclamó Jandro, quien, moviéndose con rapidez abrazó al sicario, evitando que cayera del taburete al suelo, y lo sostuvo para conducirlo hasta el catre, donde lo recostó—. Estás muy débil.

—¡No puedo dormirme! ¡No me puedo dormir!

—Descansa —rogó Jandro Puelles, acariciando la cabeza sudorosa del hombre que tanto había amado—, yo te cuido. Descansa y veamos la televisión, así no te duermes.

En la pantalla del televisor aparecen Cleo y Hermione, ambas están arrodilladas en una capilla, frente al altar; visten trajes muy escotados y se cubren las cabezas con mantillas de encaje sostenidas por peinetas de carey adornadas con pedrería. Las dos mujeres rezan mirando con desesperación al crucifijo dorado que cuelga ante ellas. Cleo empieza a habar, atropelladamente:

—¡No sé cómo te aguantas, amiga! ¡Te lo juro que no sé cómo no revientas y vas y le dices a ese maldito de Neptolemo lo que se merece!

—¡Ay, amiga, cómo sufro! —estalla en llanto Hermione, retorciéndose las manos—. ¡Cómo sufrimos las mujeres!

—¡Te ofrece matrimonio! ¡Te jura que lo de Andrómaca terminó! Y…

—¡Y ahora se va a casar con ella, con mi rival!

—¿Qué hacemos? Por Dios, ¿qué podemos hacer?

—Solo nos queda una cosa: Llama a Orestes, Cleo.

—¿Estás segura, amiga?

—¡Llámalo! —ordena Hermione santiguándose—. Y que sea lo que Dios quiera.

Agotado y hambriento, el sicario se fue dejando vencer por el sopor. Mientras escuchaba las voces provenientes de la televisión, fue desconociendo el lugar en dónde estaba y empezó a quedarse dormido: tenía la esperanza de que la presencia de su antiguo amante y sus caricias bastaran para protegerlo de las pesadillas cuyo horror había sufrido en las últimas noches.

No quiso pensar en la crueldad con la que había tratado a Jandro, ni en su abandono, temió recordar todos sus crímenes y sus excesos; necesitaba, solamente, unas horas de inconsciencia y sosiego. Apenas se dejó ir en el sueño, comprendió que la Dañina no le iba a conceder jamás un atisbo de paz: ya nunca podría dormir sin hundirse en la misma pesadilla.

En su sueño, él y Jandro, su amante, atraviesan los manglares de Calaj y luego navegan por mar abierto hacia la feria de Sanbrandán. Allí hacen su número de acrobacias y venden las pócimas que fabrican. Tras la feria embarcan otra vez en la canoa, pero antes de llegar a Calaj son sorprendidos por una tormenta que los hunde. Sin dejar de luchar contra la mar salada y negra, Ramiro se ahoga.

Ya muerto, se hunde en las profundidades marinas y en su silencio. Es incapaz de mover su cuerpo que, libre ya de la vida, es arrastrado por una corriente suave. Ya está muerto y lo sabe, sin embargo, abre los ojos y descubre una luz cuyos destellos alumbran el fondo del mar.

Se ve a sí mismo desnudo, bello y pálido, y se percata así de que el zócalo marino, en cuya sima se hunde, está iluminado por una claridad verdosa. En esa luz imposible, Ramiro ve un templo construido con planchas de piedra negra superpuestas unas a otras formando una pirámide que supone hueca. Sonoros tañidos vibran desde esa mole hacia donde lo lleva la corriente. Cuando está cerca del edificio alcanza a ver en él tres campanarios y una docena de huecos rectangulares, como ventanas, desde las cuales es observado por unos ojos inhumanos. Siente horror al notar esas miradas que examinan su cuerpo.

Del interior del templo, por entre sus losas oscuras, salen decenas de barracudas de cuerpos cubiertos con escamas negras que brillan en la luz verdosa. Son peces tubulares de fauces erizadas con dientes triangulares y ojos muertos. Fuera ya del templo, se agrupan en un cardumen y nadan en círculos por unos momentos, cada vez con mayor velocidad.

Finalmente, como si los tañidos que resuenan desde los campanarios del templo de piedra negra las enloquecieran, las barracudas rompen su formación y se lanzan en todas las direcciones, abriendo y cerrando sus hocicos. Entonces, tres o cuatro de esos depredadores feroces se echan ondulantes contra el cuerpo indefenso de Ramiro, quien está suspendido en esa luz verdosa, y lo atacan. Una, otra y otra de las bestias, velocísimas, se le acercan y lo muerden, lo sacuden hasta arrancarle trozos de los muslos, del vientre, de la baja espalda. El horror que lo atormenta es insoportable: no puede huir ni defenderse, solo siente esas mandíbulas rompiendo su piel y rasgándole los músculos, quebrando sus huesos. Los tañidos provenientes del templo se vuelven atronadores y las barracudas regresan, una y otra vez sobre su presa, insaciables.

Ramiro Cebrián murió esa noche de miedo, durante su sueño.

Jandro Puelles, su antiguo amante, demasiado débil como para dolerse con la muerte del sicario, contrató a un par de cargadores del mercado, quienes sacaron el cadáver de su casa y, después de robarle la ropa, las botas y el puñal, lo abandonaron desnudo fuera de la ciudad, en una fosa común abierta en uno de los potreros que cruza, con sus aguas fragorosas, la corriente del río de las Llamas.

6 *Ella quiere hmm, haa, hmm*, cantada por Leka El Poeta.

La iniciación divergente de Ginés Sangermán

Ginés Sangermán desplazaba veloz el cuchillo, sostenido con firmeza en su mano derecha, del arma solo se veía un resplandor fugaz cuyo brillo cruzaba el aire en diagonal, en golpes horizontales y verticales y en estocadas hondas. A veces, con un giro de la muñeca, transformaba la hoja de su daga en un tirabuzón que se retorcía cortando en círculos. Sus movimientos eran a veces amplios, entonces su brazo giraba como un aspa; en otros momentos, parecía dibujar, con la punta de su daga, cuadrados o triángulos minúsculos en la atmósfera estremecida de su habitación.

El joven entrenaba frente a un espejo de cuerpo entero colgado tras la puerta de su cuarto, lo hacía controlando cada uno de sus gestos letales en el reflejo: los movimientos de agresión debían ser inesperados y los repliegues aun habían de ser más veloces pues, en ellos, quedaba vulnerable a cualquier ataque.

Luego de esforzarse durante una hora, agitado y satisfecho, el joven interrumpió sus ejercicios con el cuchillo para descansar un momento mientras se miraba en el espejo: para sus entrenamientos, vestía solo con un calzoncillo y le gustaba mirarse, de rato en rato, casi desnudo, con los miembros brillantes por la transpiración y su fina musculatura. Ginés Sangermán estaba muy orgulloso de su cuerpo, de su habilidad para la lucha, de la suavidad de su tez y de sus ojos oscuros, siempre y atentos.

Se disponía a iniciar de nuevo sus movimientos cuando alguien golpeó su puerta; abriéndola, sin cubrirse ni dejar su puñal, se encaró con el viejo Nando Calvados, quien, en la luz grisácea del pasillo, parecía una estatua de piedra. El anciano se veía exhausto.

—Te llama don Viggo —dijo con voz cascada, mientras miraba indiferente la estrecha habitación de Ginés, amoblada tan solo con un catre y un taburete—. Vístete y ven conmigo.

—¿Es para mi bautizo? —preguntó el muchacho, quien esperaba

cumplir esa semana o la próxima con el rito ante el Patrón, para convertirse en sicario; hasta entonces solo había trabajado haciendo tareas menores en el cártel de Medina.

—Don Viggo dirá, apúrate.

Diez minutos después, Nando y Sangermán estaban ante Asuarte, quien, para dirigirse a ellos, apagó, usando un control remoto, la televisión que estaba viendo. El jefe de los sicarios se hallaba recostado sobre su cama y envuelto en la colcha estampada con los colores de la piel de un tigre; se veía macilento y despeinado, había perdido peso y un tic nervioso le contraía la comisura izquierda de la boca.

—¿Eres el chico que hace los mandados en esta casa? —preguntó, dirigiéndose a Ginés.

—Sí, señor.

—¿Cuántos años tienes?

—Diecisiete.

—¿Por qué te afeitas la cabeza?

—Para que en las peleas no me agarren del pelo —respondió el muchacho.

—Me dicen que eres hábil, aunque no eres todavía uno de mis hombres.

—Entreno mucho, don Viggo. Merezco que ya me bauticen, para entrar a trabajar con usted como cualquiera de sus otros hombres.

—No tengo tiempo para estar con bautismos —se impacientó el jefe, y dispuso—. Vas a cumplir un encargo mío, ya después hablaremos de eso que quieres.

—Usted dirá, jefe.

—Vas a ir a los manglares de Calaj, a un templo muy bendito del Patrón que hay allá, en una isla de piedra blanca. Yo no he ido nunca, pero Nando sí, hace años.

—Y allí, señor, ¿qué hago?

—Una ofrenda. Te vas a llevar mis dos animales más valiosos: una pareja de linces que cuesta casi como un cargamento de drogas. Allí los matas y los pones en el altar del Patrón.

—Es mucha responsabilidad, don Viggo —se resistió el chico, preocupado.

—Es mucho para el chico —apuntó el consejero—. Hay otros de tus hombres que…

—Cállate —lo interrumpió Asuarte, molesto—. Yo sé lo que hago. Tú y los otros deben quedarse conmigo para cuidarme. No puedo prescindir de ninguno de mis sicarios en este momento: por eso irá este muchacho.

—A sus órdenes —acató Sangermán, arrepentido por haber incordiado a su jefe.

—Es demasiado joven —insistió Calvados—. Este pollo todavía no ha peleado nunca en serio.

—¿Has matado ya a alguien? —indagó el jefe.

—No… No, pero no me va a temblar la mano cuando me toque.

—Hecho, pues, Calvados —concluyó don Viggo—: entrégale al chico los animales esos, los linces, y dile cómo llegar al templo del Patrón en el Calaj. ¡Ahora, largo los dos!

Ginés y el viejo consejero, tras despedirse con un gesto de respeto y sin decir una palabra más, salieron del dormitorio de Asuarte mientras este murmuraba una plegaria al Patrón, con la esperanza de que el santo lo protegiera del furor de la Dañina. Terminado su rezo, encendió otra vez la televisión: esperaba olvidar sus temores siguiendo los aspavientos y las quejas de los personajes de la pantalla.

En el televisor aparecen Cleo y Hermione, quienes beben juntas en la barra de una discoteca, ante ellas están dos copas triangulares llenas de un coctel de colores y, en el fondo del salón, se ve un animado grupo de gente bailando, todos vestidos de etiqueta. Las dos mujeres llevan trajes de noche y se adornan con joyas muy grandes. Agitado, se aproxima a ellas Orestes luciendo un esmoquin blanco con solapas negras y brillantes. Apenas se acoda en el bar, dice, con el gesto crispado:

—¿Será que al fin me llamas tú, Hermione? Siempre soy yo el que se arrastra a tus pies.

—Te he llamado, sí —responde la bella mujer—. Contesta,

pues: ¿es verdad que me amas?

—¡Hasta el fondo de mi alma!

—Entonces… ¡Véngame!

—¿Cómo? ¿De quién debo vengarte?

—De Neptolemo.

—No entiendo.

—¡Va a casarse mañana con Andrómaca! Debe morir por esa afrenta que me ha hecho.

—De acuerdo amada Hermione: huyamos de aquí al golfo, allá los capos decidirán el castigo que merece Neptolemo por haberlos desobedecido al no casarse contigo.

—¡No, Orestes! Debe morir hoy, ¡hoy antes de que una su vida para siempre con esa maldita viuda del capo!

—Pero, Hermione, piensa que…

—¿Tienes miedo? ¿No que me amabas tanto?

—Hay que consultar con los capos del golfo.

—¡Está bien, no hagas nada! Eres un mentiroso como todos los hombres. Lo mataré yo misma, en iglesia donde se va a casar con esa perra de Andrómaca.

—¡No! ¡No, amada mía! Yo seré tu vengador, aunque con eso me enemiste con todos los capos.

—Está bien. Lo vas a matar en la iglesia, justo antes de su

boda. Hasta tanto, prepara una avioneta para que podamos escaparnos, después de que ese maldito de Neptolemo haya pagado todos los desplantes que me ha hecho.

Dos días después, Ginés Sangermán bajaba por uno de los desfiladeros del farallón de Hondura, recorriendo un sendero con una alta pared de roca tapizada por musgos y helechos, al un lado, y el precipicio al otro. Cabalgaba a lomos de una mula, llevando en sus ancas las dos jaulas en cuyo interior iban gruñendo los linces: unos pequeños felinos, de cola corta y orejas adornadas en su borde superior por una especie de plumas negras. El joven vestía una camiseta, bermudas e iba con la cabeza cubierta por una gorra de visera, llevaba en bandolera un fusil de asalto, en la bota izquierda escondía su cuchillo y del cinturón le colgaba un vistoso machete, regalo de don Viggo y con el que debería sacrificar, en su momento, a los dos pequeños felinos.

A la mitad del descenso, luego de completar una curva de la angosta senda por la que cabalgaba, Ginés se enfrentó con un gran rostro demoniaco esculpido en la peña y enmarcado por helechos grisáceos. La efigie, de tres o más metros de altura, tenía los ojos desorbitados, la nariz ganchuda y unas fauces erizadas de colmillos.

Cuando el joven se había aproximado bastante a la efigie del diablo, de entre las matas que la rodeaban saltó un hombrecillo desnudo, lampiño, con la cabeza cubierta por un sombrero amorfo de paja adornado con plumas y el pene protegido por un estuche colgado de su cintura, hecho con un trozo de caña guadua. El sujeto sonreía con una boca sin dientes y extendía hacia Ginés una escudilla en cuyo fondo brillaba un agua cristalina.

—Yo soy el apóstol de esta vía —explicó el aparecido, e indagó—, ¿tú tienes sed, caminante?

—Tengo, pero voy muy sucio —pretextó el joven, para no aceptar la bebida, refrenando la mula que, asustada por el recién llegado, corcoveó un poco.

—¡No! No te líes, caminante —le respondió el viejo, señalando con la mano que tenía libre hacia la escultura del diablo—, ahí hay

agua como esta que te doy; báñate tranquilo y, si quieres, toma el agua que allí te ofrece la piedra.

Ginés volvió el rostro para mirar en la dirección señalada por el loco y descubrió que, como obedeciendo al gesto del viejo desnudo, un hilo de agua brotaba del ojo izquierdo de la faz del demonio. Quizá porque hacía calor, el joven desmontó y, sosteniendo la brida de su mula con la mano izquierda, se acercó al chorro y se lavó el rostro sudoroso en él.

—Nunca te habrás bañado en una fuente tan pura, caminante —rio el viejo desdentado—. Bebe el agua del diablo y se te aclararán los senderos.

—Venía muy cansado —reconoció el joven cuando terminó de lavarse la cara, la cabeza y el cuello—. Gracias.

Al volver la mirada buscando al anciano, Sangermán descubrió que el sujeto había desaparecido, estaba solo entre las matas cuya hojarasca cubría el talud. Por unos momentos, creyó oír una especie de parloteo o plegaria dicha en una lengua incomprensible; luego todo quedó en silencio a su alrededor, en el desfiladero que se hundía buscando el fondo brumoso del despeñadero de la Hondura.

Siguiendo las instrucciones de Calvados, Ginés encontró, al pie del farallón de Hondura, un pequeño atracadero llamado "El Descanso": apenas dos cobertizos, en el primero funciona una cantina y en el otro una tienda, ambos se levantan junto a un muelle corto. Allí contrató a un motorista, quien, en una lancha con motor fuera de borda, lo condujo hasta La Tonga, una aldea construida en el margen del canal más transitado de la marisma de Calaj.

En el trayecto hasta la aldea, Sangermán, poco habituado a la selva, descubrió con dificultad, en los bordes del canal, las iguanas o los grandes lagartos mimetizados con la vegetación por la que se escabullían; llegado a su destino, sus ojos casi fueron incapaces de avistar, en el ramaje, la pequeña aldea de La Tonga: una decena de cabañas, hechas con ramas entre las cuales se tejían grandes hojas de bijao, suspendidas con cuerdas de los altísimos manglares, a dos o tres metros de la superficie del agua.

Entre las chozas colgadas de los mangles, pendían unos puentes entretejidos con cuerdas, y solo en el atracadero se veía un claro de

tierra lodosa al que Ginés saltó de la pequeña barca; ya en tierra firme, descargó las jaulas de los linces aterrados, sus armas y una mochila en donde transportaba sus pertenencias.

Mientras el motorista alejaba la lancha del atracadero, el joven se sintió observado por decenas de ojos ocultos en las sombras de esas viviendas colgantes. En todo el poblado apenas podía escucharse el llanto de un niño o el gruñir de un perro que se mantenía lejos del recién llegado.

—¡Me manda Nando Calvados! —gritó el joven—. ¡Busco a don Filisberto!

Unos minutos después, un viejo corpulento de piel muy negra y cabello canoso ensortijado, vestido solo con un taparrabos, se descolgó de una de las chozas, usando para hacerlo una cuerda que tenía cada medio metro un nudo. Ya sobre el suelo, el hombre caminó renqueando hasta Ginés, mientras le averiguaba, con una voz extrañamente aguda para un sujeto de su tamaño:

—Si usted viene de parte de mi compadre Nando, le habrá dicho cómo se llama el ahijado.

—Se llama como usted, don Filisberto.

—Lo que podamos ofrecerle es suyo, joven, viniendo mandado por don Calvados.

—Tengo que ir a la isla de Piedra Negra, creo que usted me puede guiar allá.

—Irá —aceptó el viejo—, lo llevaré yo mismo. Parece que viene peregrinando a la capilla del Patrón, como vino mi compadre hace años.

—Es así —reconoció Ginés—. Tengo órdenes del jefe de don Nando, el señor Asuarte.

—Y como él, cuando vino, querrá ir cuanto antes. ¿Comió ya?

—Unas galletas que traigo en mi mochila.

—Vamos, entonces —dispuso Filisberto—. Estamos cerca de la capilla. Cuando regresemos nos esperará un buen plato de iguana guisada para reponer fuerzas.

Y el viejo, caminando siempre con dificultad, se aproximó a un mangle enorme entre cuyas raíces estaba escondida una canoa y saltó en ella, para acercarla bogando al lugar en donde lo esperaba

Sangermán, quien puso su carga en la pequeña embarcación, abordándola luego. Unos minutos más tarde, surcando unas aguas más oscuras, se introducían en la zona más intrincada de los manglares de Calaj.

Habían navegado un par de horas, cuando Ginés, quien iba sentado en la proa mientras Filisberto remaba de pie en la popa, alcanzó a ver los lomos verdes y escamosos de media docena de lagartos; los grandes saurios nadaban entre los arcos vegetales de las raíces que los árboles sumían en el agua.

—¿Llegó por la Hondura hasta "El Descanso"? —preguntó Filisberto.

—Sí, allí fleté la barca que me llevó a La Tonga.

—Debe traer algo de valor para el Santo de Piedra Negra —comentó el viejo en un susurro, mientras hundía el remo al costado de la canoa.

—Quizá —respondió Sangermán, desconfiado—. ¿Por qué le interesa?

—Lo deben haber seguido desde "El Descanso".

—¿Quiénes?

—Los que van al borde del mangle no son lagartos —siguió susurrando el remero, mientras señalaba con el mentón esos cuerpos alargados que Ginés había visto acompañando a la canoa en su trayecto—. Son ladrones y van a acercarse apenas se estreche la ruta.

Advertido, el joven extendió la mano hacia el fusil de asalto que tenía apoyado contra el muslo derecho y, veloz, lo rastrilló antes de apoyarse la culata en el hombro y disparar una decena de veces contra los falsos reptiles. Como había dicho el viejo, eran hombres cubiertos con pieles de lagarto, quienes, al escuchar las detonaciones, buscaron la seguridad del enramado. Solo dos de ellos, que ya se habían acercado demás a la canoa como para huir hacia los árboles, trataron de alcanzar la borda. Ginés, desenvainando el cuchillo que traía en la bota, se deshizo de uno apuñalándole en la nuca; al otro, Filisberto lo apartó de la barca, usando el remo como bichero.

—Ese hijo de puta que mató va a ser también homenaje al Santo

—gruñó el viejo, alejando la canoa del cadáver que, durante unos segundos y mecido por las ondas del agua, pareció perseguir a los navegantes en su viaje por el manglar.

El joven Ginés Sangermán, quien había matado a un hombre por primera vez, se guardó en la bota el cuchillo para luego acomodarse de nuevo en la proa de la canoa; sacando la cabeza por encima de la borda, miró su imagen reflejada en las aguas oscuras de la marisma. Recordaba con nitidez lo que sintiera al hundir su daga en la nuca del asaltante: la hoja de metal había penetrado en el cuerpo del hombre vibrando al tajar la piel, al rasgar los tejidos internos, al serrar las vértebras del cuello. Había sentido en su mano y en su brazo el trémulo momento de la muerte. Sin poderlo evitar, sufrió una arcada para luego vomitar un bocado de bilis sobre su propio reflejo.

Llegaron, finalmente, a una laguna ovalada en cuyo extremo más distante se levantaba un promontorio de áspera roca blanca, de unos quince metros de altura, en cuya cima habían desbastado una capilla horadando en la piedra una pequeña ermita cuya fachada la adornaban cuatro columnas como las que, a veces, se encuentran sosteniendo los frontispicios de las antiguas iglesias católicas.

Sobre el espejo del agua se reflejaban las nubes que se movían lentas en el cielo, entre las copas de los inmensos mangles cuyos troncos nudosos bordeaban la pequeña laguna. La canoa de Filisberto surcó el agua quieta y pronto estuvo acodada en la base de la gran roca blanca, en una cornisa desde donde ascendían unas gradas esculpidas en la peña. Mientras Ginés saltaba de la barca al atracadero, el viejo dijo:

—Tómese su tiempo, joven. Yo lo espero aquí.

—¿No sube para rezarle al Patrón?

—Esos son Santos de las gentes como usted.

—¿Qué gentes?

—Los que andan armados, los que matan. Nosotros somos cristianos y vivimos en paz.

Sangermán se encogió de hombros y, cargando con cuidado las jaulas de los linces, empezó la ascensión que fue ardua, pues era fácil resbalar en esas escaleras talladas en la roca; los escalones

eran angostos e irregulares, hechos a propósito para dificultar el ascenso, supuso el muchacho, cuando llegó por fin a la cumbre de esa extraña y enorme colina de piedra blanca engarzada en la vegetación exuberante de la marisma.

El joven no entró a la capilla del Patrón, apenas estuvo en la cresta del promontorio, depositó las jaulas sobre el suelo y, dándole las espaldas a la cavidad tenebrosa del templo, observó el paisaje: los mangles enormes y, entre ellos, el lago, cuya superficie reflejaba el azul claro del cielo. Un águila pescadora de plumaje plateado se desplomó, desde las alturas, para hundirse en el agua de donde salió llevando en las garras una liza en cuyas escamas brilló, por un instante, un rayo tornasolado.

Ante la agonía del pez y el vuelo del águila, Ginés, de pronto, pensó en su propia muerte: lo supo, en ese instante de luz intensa: tenía el mal, padecido por todos los habitantes de Medina. En cualquier momento, esa opacidad empozada en su mirada se esparciría por todo su cuerpo apoderándose de sus músculos y reduciéndolos a despojos; personas cercanas a él habían sufrido los estragos de la enfermedad, para morir luego de agonías horribles; Sangermán se sabía condenado, como todos en esa ciudad de muros coloridos y techos de tejas vidriadas.

Extrajo de la funda repujada en cuero, que llevaba pendiendo de su cinturón, el machete que le había dado Nando Calvados y vio su hoja brillante, adornada con un grabado: una serpiente de colmillos afilados y cabeza triangular con el cuerpo cubierto por escamas y, en esas escamas, imágenes mínimas de lobos, alacranes y buitres: seres de muerte.

Y a Ginés Sangermán le repugnó la muerte, estuvo a punto de vomitar otra vez, pero logró controlarse y, sin pensarlo, abrió las jaulas de los dos linces; los felinos saltaron gráciles hacia la libertad, bajaron por la roca hasta llegar, en unos segundos, a la orilla del promontorio; luego, echándose al mar nadaron hacia la vegetación de mangles que rodeaban la laguna, y se perdieron en ella.

Sin haber entrado en el oscuro templo del Patrón y con el machete aún en la mano, el joven bajó por los escalones tallados en la roca hasta la cornisa donde lo esperaba don Filisberto, quien, al

verlo así armado, se inquietó un poco. Ginés fue hasta el borde pulido del pequeño embarcadero de piedra blanca, miró su reflejo en el agua y, sintiendo que se veía por primera vez, echó el arma al mar diciendo:

—No tengo nada que hacer en esta piedra. Vámonos.

—Pues nos vamos, joven —aceptó el viejo y enorme hombre negro, mientras saltaba a su canoa—. En La Tonga nos espera un buen plato de iguana guisada.

—Nunca he comido ese animal —dijo el joven, al tiempo que embarcaba.

—¡Pues le va a gustar!

—Tengo hambre —reconoció Ginés, mientras la canoa enfilaba hacia el centro del lago cortando sus aguas doradas por el sol.

... Los traficantes de drogas o de migrantes, al no hallar entre los santos católicos —todos mansos como Jesús— alguno que les valiera con ferocidad, uno que fuera atrabiliario y tan capaz de crueldades y desafueros como eran ellos, recurrieron a un dios antiguo, exhumado de las fosas oscuras del tiempo: el Patrón, y le rinden un culto tan brutal como son todos los actos de esos hombres y mujeres dedicados a comerciar con el sufrimiento y la muerte.

A este Santo le rezan esas gentes sanguinarias y despiadadas, a él le consagran sus armas pidiéndole la gracia de ser inmunes a las balas o invisibles a los ojos de sus enemigos, a él le ruegan para que su piel se ponga resbalosa como la de una víbora cuando, en sus luchas cuerpo a cuerpo, los agarran por el cuello; a él le suplican, exaltados, para que el pulso no les tiemble si deben cometer atrocidades hasta para ellos sobrecogedoras, como degollar a una vieja o torturar, con lentitud, a un adolescente.

Los traficantes representan al Patrón como un hombre fornido ataviado con un traje de gladiador —peto de hierro y túnica corta de cuero—, lleva la cabeza cubierta por una máscara de luchador de cachascán, negra y con adornos rojos. Este Santo casi siempre aparece en sus imágenes desencajando las fauces de un puma con las manos, a su lado se exhiben un lobo, un alacrán y un buitre que

representan a sus devotos, pues los narcotraficantes y los feroces y angurrientos mercaderes de migrantes se saben capaces de perseguir y desgarrar a sus enemigos con la ferocidad propia de esas terribles bestias.

Como el Patrón saca su fuerza de la luz del sol, se le rinde culto en ermitas levantadas en las cimas de las pocas colinas de la meseta de Quiroz o en las montañas de la Última Sierra; son construcciones bastas que deben estar rodeadas por muros de cemento coronados con botellas rotas y alambre de púas. En los intrincados manglares de Calaj, se le ofrecen rezos y ceremonias en islotes en los cuales toda la vegetación ha sido segada; en el desierto de Cunqueiros, sus capillas se construyen sobre las rocas que sobresalen entre los arbustos espinosos.

Los devotos del Santo son mujeres y hombres desalmados, por eso están siempre llenos de miedo: temen que les falte el valor en los momentos más duros del combate o en la crueldad, cuando deben torturar a sus enemigos o atormentar a pueblos enteros; les asusta —sobre todo— la confusión que cualquier espíritu maligno puede insuflar en sus pensamientos, que han de ser los propios de un guerrero: claros, romos, viles.

Por eso rezan con una devoción ciega, cumpliendo con celo las ceremonias, que son de dos tipos: las Ofrendas, hechas al Patrón cualquier día, al amanecer, sacrificios de animales mansos —corderos, perros o terneras— cumplidos con los mismos machetes que usan en sus enfrentamientos; y los Bautizos, rituales violentos —los cuales involucran palizas, torturas autoinfligidas y ayunos extremos— cumplidos para ascender en la jerarquía de sus bandas. Todos esos ritos son secretos y adoptan formas ligeramente distintas en cada ciudad de la meseta de Quiroz; ese misterio compartido asegura la fidelidad de los traficantes a sus organizaciones, a sus jefes y a sus compañeros.

Están en mayor deuda con el Patrón los cabecillas de los cárteles —quienes se hallan en el tope de las jerarquías—. Por eso, le dedican una fiesta al año en la cual solo ellos se drogan y emborrachan, hasta quedar humillados y miserables en la inconciencia, el vómito y el llanto. Cumplen ese rito ruin frente a sus

subordinados —hombres y mujeres— quienes, no en pocas oportunidades, han aprovechado la ebriedad de sus caudillos para asesinarlos y cambiar de jefe.

Todos, en la región de Frontera, saben que la Señora del Daño es más poderosa que el Patrón, porque ella dispone el destino de las gentes, porque quien controla el sufrimiento gobierna la vida y da la muerte. Por eso, los traficantes le cumplen al Santo para vencer en sus pequeñas guerras, pero le rezan y celebran a la Dañina sabiendo que, cuando su Señor los aleje de su mirada y vea para otro lado, la Santa de las tres cabezas hincará en sus carnes sus crueldades y ya no habrá paz para ellos, ni alivio…

Fragmento de *Naturaleza, política y moral de la Región de Frontera,*
monografía escrita por Homero Benet, periodista.

El cierto destino de Laura Laforet

Mientras el mundo se le desmoronaba, Viggo Asuarte, encerrado en su dormitorio, con el control remoto de la televisión en la mano izquierda y un revólver en la derecha, pensaba en que a lo lejos fluía fragoroso el río de las Llamas mientras él, aterrado, podía oír a su alrededor el murmullo de la vida festiva y desesperada de Medina, su ciudad: una joya de bisutería con sus calles de calzadas cubiertas con adoquines plateados, sus aceras embaldosadas de colores, sus casas de muros polícromos y cumbreras de tejas vidriadas en cuyas superficies, según la hora del día, se descomponían los rayos de la luz solar en arcoíris. Para paliar su miedo, el jefe del cártel de la villa encendió la televisión.

En la pantalla, aparecen Cleo y Hermione, juntas en el dormitorio de la última, sentadas en el borde lleno de vuelos de una cama cubierta con cojines de encaje; ambas están perfectamente maquilladas, visten unos saltos de cama casi transparentes, hacen pucheros y se retuercen las manos, mientras conversan.

—Amiga —dice Cleo—, no te pierdas pidiendo la sangre de Neptolemo. ¡No te conviertas en una asesina!

—¡No quiero otra cosa en la vida que la muerte de ese maldito! ¡Ojalá fuera yo, y no Orestes, quien le apuñalara en pleno corazón!

—Pero Hermione, ¡qué me dices! ¿Tan endurecida está tu alma?

—Seré tan cruel como él ha sido conmigo, o peor. ¡Quiero que sepa, cuando Orestes lo mate, que se muere porque a mí

me dio la gana, que se muere por mi mano, aunque sea Orestes el que le clave el puñal!

—Pues va a parecer que Orestes lo mata por orden de los capos del golfo.

—Es verdad. ¡Corre, Cleo, y dile a Orestes que, cuando lo mate, le grite a Neptolemo que es a mí a la que está vengando! ¡A mí!

Se oyen unos golpes en la puerta y una voz masculina averigua:

—¿Estás ahí, Hermione?

—¡Es Neptolemo! —murmura Cleo—, ha venido a verte, amiga. ¿Habrá venido a pedirte perdón?

—¡Corre —ruega Hermione en un susurro, mientras junta sus manos sobre el pecho—, anda y pídele a Orestes que no haga nada, que no siga con nuestro plan!

Mientras Asuarte, encerrado en su cuarto, embotaba su temor viendo *La viuda del capo*, en el salón de su casa, amoblado con sillones hechos con metales cromados y tapizados con terciopelo, Laura Laforet y Nando Calvados discutían con Connors Gill, un hombre completamente calvo de tristes ojos grises y cuerpo alargado, quien vestía un traje de tres piezas y era representante de las compañías compradoras de los migrantes traficados por el cártel de Medina.

—¿Tanto miedo le tienen? —preguntó la mujer, mientras sacudía su melena teñida y se estiraba el vestido de punto que le apretaba las caderas, ante un espejo de marco plástico suspendido en una de las paredes del salón.

—No es miedo, señora —le respondió el extranjero, quien se

había sentado en uno de los incómodos sillones—. Nos preocupa, eso es todo.

—Les preocupa como para mandar una asesina contra el jefe —intervino el consejero, paseando lentamente entre los muebles.

—No sé de qué me habla, señor —protestó Connors.

—De la mujer que maté en Ubarí, hace unos días.

—¿A quién mataste? ¿Qué pasó? —quiso saber Laura, extrañada.

—A una mujer que…

—No nos enredemos en tonterías —interrumpió Gill—. Díganme: ¿podemos confiar en su jefe? Desde las guerras de los cárteles no vivíamos una situación así.

—A ustedes no les importa lo nuestro —rezongó la mujer—. ¡No son sus asuntos!

—Tenemos clientes que esperan los cargamentos de migrantes para la cosecha de la próxima estación. Una inestabilidad en Medina afecta grandes sectores de nuestra economía.

—Pues si tanto le preocupa, señor Connors —se burló el viejo—, ¿por qué no lo visita un momento y así se da cuenta de cómo está nuestro jefe.

—Yo… yo soy un hombre de negocios, don Nando, no un sicario. Y por lo que me han informado, ni los sicarios se atreven en estos días a aparecer por donde se ha metido el señor Asuarte.

—Entonces, don Gill —rio Laura—, no sé qué vino a hacer acá.

—Solo quiero llevarme una información, señor Calvados.

—Usted dirá.

—Si su jefe no se recupera, ¿quién lo sustituye? No nos conviene otra guerra como la de hace años: las cosechas se acercan y los suministros de trabajadores que ofrece el cártel de Sarabia no son suficientes.

El viejo y la mujer se miraron un momento, en silencio; finalmente, el consejero dijo:

—Eric, el hermano menor de don Asuarte, está al llegar. Solo a él le hace caso nuestro jefe cuando… Solo a él le hace caso.

—Y si don Viggo no se recupera, ¿se hará cargo de todo este señor Eric?

Ni Calvados ni Laura Laforet respondieron a la pregunta. El

consejero, quien parecía muy cansado, dejó caer su gran cuerpo en uno de los sillones, mientras sacaba un cigarro de uno de los bolsillos de su chaqueta de cuero y lo encendía; por su parte, la mujer se aproximó otra vez al espejo para, sonriente, arreglarse el escote que exhibía sus pechos ajados.

Tras la reunión mantenida con Connors Gill, la esposa del jefe bajó las gradas que conducían a un subsuelo donde los sicarios de su marido guardaban su arsenal y se entretenían jugando billar, en una mesa de paño gastado. Antes de entrar a la habitación, iluminada con lámparas de neón, la mujer se detuvo en las sombras, para escuchar lo que los hombres hablaban.

—Se volvió loco, seguro —afirmó uno de ellos—. Yo vi cómo disparaba contra las mujeres, ahí mismo, afuera de la capilla de la Dañina.

—Si eso es verdad —dudó otro—, la Santa nos va a joder a todos.

—¡Es verdad, te digo que yo lo vi! ¿Me estás diciendo mentiroso?

—¡Quietos —intervino un tercero—, no es momento de matarnos entre nosotros!

—Si es cierto que está loco…

—la Dañina lo habrá puesto así. Castigo. Es su castigo.

Entonces, Laura decidió aparecer ante los hombres, saliendo de entre las sombras de la escalera. En la habitación estaban los tres sicarios más cercanos a su marido, uno ya mayor, apellidado Carrascosa, y dos jóvenes gemelos, Carlo y Claudio, quienes se enfrentaban a punto de agredirse; todos vestían sus acostumbrados pantalones vaqueros, botas y chaquetas de cuero.

—¿Qué pasa aquí? —indagó la mujer.

—Los muchachos estos, doña Laura, que están nerviosos —explicó el mayor.

—Es que no sabemos cómo está el jefe, señora —dijo Carlo.

—Desde hace días que no lo vemos —afirmó Claudio.

—Ustedes —empezó Laura Laforet, con voz enérgica—, ustedes son los hombres más fieles de mi marido, los que siempre le han defendido.

—Es verdad.

—Cierto.

—Entonces, ¿por qué tantas dudas?

—Díganos la verdad, señora —pidió Carracosa—: ¿qué le pasa al jefe?

—Voy a decirles la verdad —aceptó la mujer, luego de callar unos instantes—. Mi marido está mal, pero va a mejorar. ¡Siempre se recupera, es como un toro! ¿No se acuerdan de las veces que lo han herido y se ha puesto bien en días? ¡En días!

—Pero ahora —la cuestionó Claudio—, él no está herido. Está bueno y sano… del cuerpo.

—Y dicen, en cambio —dijo Carlo—, que está loco, que ve visiones y que les tiene miedo a las ratas.

—¿Qué va a pasar, doña Laura —preguntó el mayor de los tres sicarios—, si ya no puede mandar como se debe?

—¿Qué crees que pase si él empeora?

—Habrá tiros, señora. Siempre ha sido así: Si falta el jefe, hay pelea hasta que alguno se hace cargo de todo.

—Va a venir Eric, el hermano de mi marido —les informó Laura, con una sonrisa forzada en los labios muy pintados.

Los dos jóvenes se miraron mientras el otro sicario, frotándose el mentón, afirmaba:

—Entonces, señora, no habrá tiros: dicen que don Eric sabe hacerse respetar.

Unas horas más tarde, ya cuando anochecía, Laura Laforet entró al salón para beber un trago de licor, directamente del pico de una botella que extrajo de una alacena tan brillante como los muebles de hierro cromado, sobre la que descansaba un tigre de porcelana; luego de acicalarse ante el espejo se encaminó, nerviosa, hacia el dormitorio donde se encerraba su esposo.

Lo encontró tendido sobre su cama, vestido sólo con un calzoncillo; se veía macilento y estaba sucio y sin afeitar; tenía muy cerca de su costado, sobre la colcha atigrada, su revólver y, en la mano derecha, el control remoto de la televisión cuyos botones aplastaba con desgano; a pesar de su corpulencia, Asuarte parecía extrañamente desvalido.

—Se acabaron las pilas de este aparato —se quejó—, ya no

funciona.

—Déjalo, ya lo arreglo —dijo la mujer.

—¿Te acuerdas cuando compré este televisor? No había otro igual en Medina, me lo trajeron del Norte, de la ciudad de Shine Point.

—Sí —recordó Laura, sentándose en la cama, junto a su esposo, y arrugando la nariz al aspirar el hedor que el hombre emanaba—. No había otro igual.

—Y mis botas —desvarió Asuarte—, esas con punteras de plata, no consigo acordarme en dónde las compré.

—No me acuerdo tampoco.

—Mi machete de los sacrificios, ese lo compré…

—Ese te lo regaló Borja Drago, hace un tiempo.

—Mi ametralladora sí, sí que lo recuerdo: la compré en Echandía, me la hicieron unos armeros, unos hermanos. No sé cómo se llamaban. Costó un dineral.

—Te ha servido esa arma. Te ha servido.

—Puta ametralladora. Con esa puta ametralladora maté a esas gentes en Ubarí.

—¡Qué te importan unas cuantas mujeres muertas!

—No me importan —gimió Viggo—. No me importan ellas sino la Santa. La Santa me va a matar.

—Viggo, tienes que reponerte. Tus hombres están inquietos.

—¿Y qué más da?

—Pero, es que ellos…

—Trato de acordarme de la música que tocaban en el bar donde tomaba cervezas, cuando era joven; eran tonadas calientes, me gustaban.

—No te conocía en ese tiempo.

—Mi padre acababa de morir del mal, reventó tragándose los dientes. Era un hijo de puta, me rompió la boca tantas veces.

—¿Y tu madre?

—No me acuerdo de ella.

—Yo no llegué a conocerla.

—Sería como cualquier otra mujer —dijo el hombre, luego de pensar un momento—. Casi no me acuerdo de nada… de nada. Y

tengo miedo.

—¿Qué te puede pasar? Estás armado y aquí te cuidan tus hombres.

—Las ratas, yo vi el agüero de las ratas en el espejo.

—Viggo, ¡por favor!

—Solo me acuerdo del día en que trajeron el televisor.

—Viggo —insistió la mujer—, todo tu negocio está en problemas, tienes…

—Cállate, perra vieja —gruñó Asuarte en un murmullo, sin que el tono de su voz dejara su monotonía—. Yo sé lo que voy a hacer.

—¿Y qué es eso, si se puede saber? —indagó la esposa del jefe, levantándose de la cama para ir hacia la puerta de dormitorio.

—No te importa. Yo sé lo mío. Lárgate.

Mientras Viggo Asuarte se preparaba para enfrentar su destino, todos en Medina sentían la proximidad de unos acontecimientos que alterarían vidas y fortunas: no era la primera vez, ya habían sufrido la violencia de los sicarios, muchos recordaban las guerras de los cárteles, los bombazos, las balaceras y los secuestros. Y esa incertidumbre potenciaba aún más la alegría mórbida de esas gentes.

No muy lejos de la vivienda del jefe del cártel de Medina, en uno de los salones de belleza de la ciudad, el estilista, un hombre calvo, gordo y mayor, de cuidada barba teñida con gena, que tenía los labios pintados de púrpura y las sombras de los ojos dibujadas con esmero, se ocupaba en delinear la barba de Carlo, el joven sicario a sueldo de Viggo Asuarte; ambos se reflejaban en un espejo, rodeado de luces, en cuyo cristal aparecía también la imagen de una mujer rubia, quien esperaba su turno, envuelta en una estola de piel sintética.

Todo el lugar estaba decorado con objetos plásticos de colores chillones: los marcos de los espejos y las fotografías colgadas en las paredes eran fucsias, los muebles eran rojos, el piso del local estaba cubierto con baldosas añiles. En dos parlantes escondidos en las paredes, sonaba una canción:

Yo ya me voy al puerto donde se halla

la barca de oro que debe conducirme.
Yo ya me voy; solo vengo a despedirme,
adiós, mujer, adiós, para siempre adiós.

—Ustedes, los jóvenes —criticaba el peluquero, sosteniendo la maquinilla afeitadora con cuidado sobre el labio de su cliente— no tienen idea de lo que son buenas canciones.

—A esto le llamas canción —protestó la mujer—, más parece uno de esos cantos de las iglesias.

—¡Ay, hija! —respondió el viejo maquillado, con una mueca de asco—. Tú y los de tu edad solo oyen esos horribles reguetones. ¡Tienen el gusto dañado! En mi época oíamos canciones como esta.

No volverán tus ojos a mirarme,
ni tus oídos escucharán mi canto.
Voy a aumentar los mares con mi llanto,
adiós, amor, adiós, para siempre adiós.[7]

—Porque en tu tiempo, viejo de mierda —gruñó Carlo—, la gente sufría más de lo que sufrimos ahora.

—No sabes tú cuánto, niño —suspiró el estilista, mirando con parsimonia el cuerpo del hombre tendido junto a él—. En esos años tuvimos que padecer las guerras de los sicarios: muertos y más muertos.

—Lo que es yo —dijo la rubia, atusándose el cabello—, me muero de miedo por lo que está pasando con don Asuarte. Si es cierto y se volvió loco, vamos a tener una guerra.

—No llegará a tanto —dijo displicente el joven sicario—. Si el don está mal de la cabeza… Dicen que ya viene el hermano, para poner orden aquí.

—¿El hermano de quién? —indagó la mujer.

—El de don Asuarte —explicó el peluquero estremeciéndose—, se llama Eric y se fue de Medina hace años.

—¿Y cómo es? —preguntó Carlo, quien, ya con la barba recortada, se sacudía los pelos que le habían caído sobre el pecho durante el corte.

—Guapo —respondió el viejo, palideciendo—. Guapo como el diablo.

Sin que ni sus hombres ni su mujer se dieran cuenta, Viggo Asuarte salió de su casa cargando su ametralladora, en las sombras de la madrugada, y abandonó la ciudad siguiendo aguas arriba el curso del río de las Lamas. Ya lejos de la zona poblada, encontró el encañonado que buscaba: un barranco en cuya hendidura la corriente, encerrada entre unas altas peñas amarillentas, había erosionado una serie de cuevas. El jefe del cártel de Medina buscaba una de esas grutas.

Viggo llegó a una cavidad muy honda ante la cual se extendía una playa de arena fina, puso su arma a la entrada de la gruta y se desnudó para tomar un baño, en el agua del río. Luego, sin vestirse de nuevo, tomó su ametralladora y rastrillándola se introdujo en la cueva hasta un lugar a donde ya no llegaba la luz del amanecer.

En las tinieblas, sintiéndose abrigado y seguro, pudo pensar en cómo el tiempo había pasado desgastando su cuerpo y su memoria: recordaba momentos triviales u objetos que le habían dado unos momentos de placer, pero a ninguna persona en concreto, ni una alegría, menos algún pesar.

Haciendo un esfuerzo, pudo rememorar un instante de su vida: los segundos durante los cuales había disparado sobre los cuerpos de las mujeres reunidas ante la capilla de la Dañina, en Ubarí. En su mente, pudo ver las batas de sus víctimas sacudidas por las balas que las desgarraban y teñían de sangre. Y pudo enfrentar, también, los rostros de las agonizantes, retorcidos por el dolor. No sintió remordimientos ni compasión alguna, estaba solamente furioso, contra la Santa del Daño, por maldecirlo, y contra el Patrón, quien se había negado a protegerlo. Y así, resentido e iracundo, se puso el cañón de su ametralladora entre los dientes y jaló del gatillo.

En ese momento, en la playa ante la gruta, Laura Laforet, quien siguiera a su esposo escondiéndose también entre las sombras de la madrugada, se dejó caer de rodillas. Sabía que Viggo se había suicidado y lo que eso iba a significar en su vida: estaba vieja para volver como bailarina a un cabaré, probablemente la recibirían en un prostíbulo, en uno de esos en donde recalaban los borrachos.

Furiosa y mesándose los cabellos, se puso a insultar gritándole al muerto. Sus imprecaciones reverberaron entre las peñas del encañonado:

—¡Cabrón! ¡Cabrón! ¡Eso no me va a pasar a mí, cabrón!

Al día siguiente, Eric Asuarte llegó a Medina, hosco y hermoso con su traje de cuero, tachonado con adornos de plata, una pistola de cachas adornadas con soles y un gran sombrero. Entró en la ciudad en un automóvil todo terreno de vidrios ahumados y, luego de bajar de él, caminó hacia la casa de su hermano taconeando sobre los adoquines de colores.

En la puerta de la casa que había sido vivienda de Viggo, lo esperaban varios hombres del cártel, armados, y la viuda del jefe, quien, cuidadosamente peinada, se había puesto su mejor traje: un vestido de lamé verde y escotado que se le ajustaba en la cintura con una cadena de plata.

—Bienvenido —saludó agenciosa la mujer, invitando al recién llegado para que entrara al domicilio—. Yo soy Laura, tu cuñada; no nos conocíamos.

—¿Por qué no está mi hermano aquí para recibirme? —preguntó Eric, en vez de saludar, quitándose el sombrero para mostrar una cabellera espesa.

—No va a venir —dijo Nando Calvados, quien estaba de pie, junto a Laura.

—Mi marido murió. Se voló la cabeza —explicó la mujer.

—¿Seguro que fue así? —desconfió Eric, mientras entraba a la casa—. Dímelo tú, Calvados, tú le fuiste siempre fiel y a ti te creeré.

—Se puso como loco, al final. Y sí: se mató.

El viejo consejero y el hermano de Viggo Asuarte atravesaron el recibidor de la residencia y se introdujeron, guiados por Laura, en el salón en donde los esperaban, sobre una mesa de vidrio color azul varias viandas: un par de hamburguesas, un pollo al horno, papas fritas en fundas de plástico y media docena de cervezas.

—Estarás con hambre, Eric, después de viajar tanto —dijo obsequiosa la mujer—. Come algo, antes de que te hagas cargo de todo.

—No tengo hambre.

—Al menos tomarás algo, hace calor.

—Tú, Nando, trae a los hombres de mi hermano —ordenó Eric, mientras se aproximaba a la mesa, para agarrar una botella—. Tienen que saber que, desde hoy, yo mando.

—Enseguida —aceptó el viejo, mirando casi con una sonrisa a su interlocutor.

—Tú, ¿Laura, dices que te llamas?

—Sí. Laura Laforet.

—Tú, puta, te largas de mi casa. Que te hayas acostado con mi hermano Viggo no te da ningún derecho aquí. ¡Fuera!

Entonces, Eric Asuarte dio un largo trago de la botella que tenía en la mano derecha y, después de un momento, insistió:

—¿No me oíste? Te largas, y sin las joyas que te habrá regalado el idiota de mi hermano. Te vas pelada, como habrás llegado.

Eric Asuarte no llegó a beber un segundo trago, antes empezó a babear, exhalando unos eructos hediondos, mientras intentaba insultar sin conseguirlo y el vientre se le distendía. Sus esfínteres se aflojaron, no pudo sostener la botella que rebotó en la alfombra teñida como la piel de un tigre y, un par de segundos más tarde, se arrodilló sobre el piso para, finalmente, caer de bruces.

—Te olvidaste, Eric —dijo Nando Calvados—, que en Medina se fabrican venenos.

—Vámonos, viejo —ordenó Laura Laforet, mientras se arreglaba el escote, satisfecha, mirándose en el espejo de marco dorado—. Hay cosas que hacer: ya bastante desorden hubo en esta ciudad durante los últimos tiempos.

... En los bailes salvajes que sacuden los cuerpos sudorosos de los habitantes de Medina, en sus borracheras de chillidos y carcajadas, en las canciones de reguetón, rítmicas y monótonas que se gritan noches enteras hay un frenesí desesperado que no tiene parecido alguno con la alegría. Tampoco hay asomo de ternura o intimidad en sus coitos febriles, en los que se enredan noches enteras junto a las fogatas que les enrojecen las pieles con sus lumbres. Ni tienen esas gentes alivio a sus hambres cuando muerden, mastican y tragan los

alimentos amontonados, sin gracia alguna, sobre los tableros de sus mesas.

No hay sosiego en esa villa. Ni durante el día ni en la noche hay un momento de paz para quienes viven en ella: Todos trabajan casi a diario —como en cualquier otro lugar—, aguantan con impaciencia el paso de las horas y se desmandan después del atardecer, sin control alguno, pues saben que enfermarán a la mañana siguiente, en algunas semanas o quizá esa misma noche en la que vociferan, bailotean sacudiendo brazos y manos, y trasiegan aguardiente.

Poco duran los apestados después de los primeros síntomas: una isquemia de las encías que las deja del mismo color que los dientes, una agitación en el pulso que hincha las venas de las sienes y de la frente, y la rotura de los vasos sanguíneos de la conjuntiva que da a los ojos la apariencia de pulpas sanguinolentas. El mal continúa con espasmos casi imperceptibles, ligeros estremecimientos de la piel devastadores para el sistema nervioso. En esa etapa, los enfermos aún pueden hablar, pero sus cerebros, desquiciados por el miedo, solo les permiten murmurar bascosidades, terribles insultos que permanecerán para siempre en las memorias de quienes, quizá amándolos, les han asistido en esos momentos postreros. Luego, escupen los dientes y el cabello se les cae en mechones gruesos dejando sus cabezas calvas, pálidas. Al fin de tanto padecimiento, los moribundos sufren unas últimas convulsiones tan violentas que les descoyuntan los huesos, y mueren. Ni el *rigor mortis* es capaz de relajar esos cadáveres; esos pobres cuerpos, así retorcidos, son enterrados en fosas comunes sin ningún tipo de honras fúnebres. Nadie se ocupa de esos despojos, pues honrar a los fallecidos con unas exequias mínimamente dignas equivaldría, para los vecinos de Medina, a un reconocimiento de que la ciudad está condenada a padecer la enfermedad para siempre.

Sus habitantes ni siquiera alientan la esperanza de que el mal termine con todos y así acabe el sufrimiento, que soportan. Si bien cada uno de ellos tiene la marca de la dolencia —una opacidad fantasmal en la mirada— solo uno de cada tres enferma y muere en esa agonía de espasmos, susurros delirantes y articulaciones descoyuntadas. Entienden los nativos de Medina que reposa,

agazapado en algún intersticio de sus cuerpos, latente el miasma que de activarse un día terminará con sus existencias; pero la mayoría sobrevive, y al vivir y procrear, de generación en generación, perpetúan la peste que los consume.

Medina es rica por el tráfico de migrantes al que se dedica el cártel que la gobierna, por esa abundancia, no hay otra villa, en la meseta de Quiroz, con calles tan vistosas ni casas con tanto ornamento. Sus vías están pavimentadas con adoquines verdes y tienen sus aceras diseños hechos con baldosas brillantes de distintas formas. Todas sus edificaciones las revisten con mosaicos de colores, las columnas que sostienen sus cúpulas y frontispicios están talladas con las formas de danzantes y en sus techos se traban tejas azules, rojas y violetas.

Ese júbilo sin gozo que zarandea los cuerpos de sus gentes se exhibe también en esas paredes y en esos tejados, en esas aceras que, a lo largo de todo el año, parecen adornadas para un desfile. Quizás solo en los calabozos donde guardan engrilletados a los migrantes, y que se socavan bajo las plazas, se puede ver el alma verdadera de Medina: en ellos, la piedra de los muros rezuma una hedionda humedad viscosa y la claridad que penetra a través de sus tragaluces enrejados es siempre pobre y turbia.

Son muchos los que, nacidos en la ciudad, quieren dejarla para buscarse la vida fuera de ella. Como los habitantes de Medina se empeñan en fabricar pócimas y pomadas para alivio de sus enfermos, han adquirido mucha experiencia en la elaboración de otros bebedizos y ungüentos dañinos capaces de provocar la muerte. Por eso, quienes salen de la villa, para explorar otros destinos, son muy buscados por su habilidad como envenenadores.

Extrañamente, no solo son valorados como destiladores de pócimas letales; también tienen, en las otras villas de la meseta de Quiroz, fama de músicos excelentes pues, acostumbrados como están al jolgorio, saben entonar con un júbilo rabioso las canciones que se escuchan en los muchos cabarés de la ciudad; en esos locales sórdidos tocan todas las noches orquestas con muchos instrumentos de viento —trompetas, trombones y saxos— los cuales, con dificultad, suenan por encima de los gritos y las risotadas de

quienes bailan en las pistas.

Un solo día al año se acalla la jarana en la ciudad de Medina, es el tercer jueves de agosto. En esa fecha todos recuerdan, en un silencio hosco, la madrugada cuando hace muchos años llegó a su plaza principal un camión cargado con cincuenta toneles con un terrible hedor a hierro herrumbrado y amoniaco. Los actuales habitantes de la villa ignoran lo que venía en esos recipientes de metal, así como desconocen quién los trajo o la identidad del que envió el cargamento. Dicen —y quizá todo sea nada más una leyenda— que eran desechos radioactivos contrabandeados desde las Ciudades del Norte, para otros lo traído en los toneles era la munición para un arma devastadora y monstruosa que los cárteles trataron de construir. Esa materia atroz —suponen— fue la causante del mal que diezma a las gentes de Medina. No hay quien lo sepa con certeza y, pasados los decenios, ya a nadie le importa demasiado…

Fragmento de *Naturaleza, política y moral de la Región de Frontera,*
monografía escrita por Homero Benet, periodista.

7 *La barca de oro*, compuesta por Arcadio Zúñiga y Tejeda.

EPISODIOS DEL HORROR DE LA CIUDAD DE ARCHIDONA

La amnesia imposible de Adamo Mistral

Mientras Adamo Mistral terminaba de hervir, sobre un fogón de gas, el agua para su café y la vertía en una tetera de hierro enlosado, un rayo de sol del amanecer atravesó los cristales de un ventanuco abierto en la pared ennegrecida de la cocina para alumbrar la hogaza de corteza dura, colocada sobre el tablero de la mesa junto a un televisor apagado.

—Padre nuestro que estás en los cielos, santificado sea tu nombre, venga a nosotros tu reino, hágase tu voluntad en la tierra como en el cielo. El pan nuestro de cada día dánoslo hoy y perdónanos nuestras deudas como también nosotros perdonamos a nuestros deudores, no nos dejes caer en la tentación y líbranos del mal, amén —rezó el marmolista, sentándose para empezar su desayuno.

Como todos en la ciudad de Archidona, santificaba los alimentos antes de ingerirlos, orando un padrenuestro con las manos cubriéndole el bello rostro mellado por el dolor. Siempre empezaba sus días comiendo un trozo de pan áspero remojado con una taza de café. Mientras masticaba, se imponía el pensar en su trabajo: las tareas incompletas, los encargos por recibir, las dificultades que tendría al tallar las piedras esa jornada. No quería recordar a Anfio sonriente, untando con mantequilla su tostada, ni a Adrasto sosteniendo, en sus fuertes manos blancas, la taza de su avena. No se quería acordar de sus hijos muertos.

Sabía que aún el bloque del mármol más duro se podía desbastar con un mallo de acero, golpeando cada una de sus aristas, rompiéndolas en lascas que saltaban en todas direcciones como proyectiles quebradizos; y borde tras borde, filo tras filo, un cantero era capaz de acabar con cualquier piedra hasta dejarla convertida en un montón de añicos. Y sabía que los recuerdos eran como el mazo incansable de un cantero.

No lo pudo evitar, esa mañana, y miró en su imaginación los cuerpos amados y recios de sus muchachos, sentados a la misma mesa de su desayuno solitario; escuchó sus risas, vio cómo Anfio hurtaba la mantequilla del pan de su hermano y como este no se percataba del robo, concentrado siempre en el trabajo que haría. Fue demasiado para el viejo cantero: el trozo de pan se le atragantó y, tras ponerse de pie lentamente, salió de la cocina mal iluminada al patio soleado de su casa y, de él, a la calle. Iba descalzo, con la cabeza descubierta, vestía un pantalón de lino gastado y llevaba desnudo el torso musculoso, cubierto con vello gris.

Adamo llegó a las afueras de la villa, caminando sobre las calzadas de adoquín desgastado bordeadas por los antiguos edificios de piedra, desde cuyas fachadas unos dioses desconocidos miraban airados a los transeúntes. Llegado a las riberas del Olvido, se encaminó hacia la alberca de mármol en la que se empozaban las aguas del río, llenándose de algas. Junto al altar erigido en uno de los extremos de la poza, creyó ver a media docena de mujeres viejas y desgreñadas, quienes, vestidas con harapos, se lavaban los pechos marchitos y las axilas, mientras entonaban una canción.

"Son las Horrendas" pensó el viejo, santiguándose. "Y vienen a ver mi sufrimiento, las muy putas".

Se desnudó y su gran cuerpo pareció un bloque de piedra en la luz del amanecer, al borde cenagoso del estanque. Estaba a un paso del olvido: descendería por los escalones tallados en el mármol cuyos bloques desgastados abrazaban la poza y, al sumergirse en esas aguas, lo olvidaría todo, tanto los momentos dulces como los atroces vividos con sus hijos ya muertos. Casi sonrió, ante la paz que se le acercaba y, antes de echarse al agua, hizo un esfuerzo y recordó todo ese dolor que iba a borrar de su memoria.

Era culpable de su propia tragedia: había desobedecido cuando, siendo aún niños sus hijos, se le apareciera en sueños el Patrón ordenándole que los criara feroces pues, llegado su tiempo, deberían convertirse en sicarios. Él, temiendo para ellos la vida de los asesinos, los había encerrado en su taller. En ese recinto iluminado por una luz polvorienta, los dos chicos se adiestraron como marmolistas, creciendo rodeados por cinceles, martillos y trozos de

mármol por desbastar.

Eran famosas en la ciudad, y en todo Quiroz, las lápidas talladas por Adamo. Sobre todo en Archidona, ningún funeral de los hombres del cártel estaba completo sin uno de sus monumentos funerarios en los cuales, por lo común, esculpía, según el gusto de sus clientes, armas, imágenes del Patrón, gruesos fajos de billetes o bajorrelieves con escenas de combates en los que el muerto había participado con valor.

Anfio y Adrasto se fueron convirtiendo en excelentes artesanos: eran capaces de tallar rostros completamente iguales a los que aparecían en las fotografías de los muertos, traídas por los deudos para que se esculpieran sus lápidas, y de cincelar, en las losas, cornucopias o enredaderas de hojas lanceoladas, rosas y jacintos cuyos pétalos no se marchitarían nunca. El mayor, Adrasto, era más hábil, sus tallas tenían una belleza prodigiosa y, con el paso del tiempo, sus obras empezaron a ser las más cotizadas del taller.

Ese talento, sumado al carácter adusto del muchacho, fueron los causantes de la tragedia: al llegar a su marmolería, una tarde, el padre halló al mayor de sus hijos muerto, con el cráneo destrozado por un mallo; el más pequeño, Anfio, cuya envidia por su hermano había crecido con los años, colgaba de una soga atada a la viga más alta del taller.

Adamo, quien había enterrado a sus muchachos en las únicas tumbas sin lápida del cementerio de Archidona, intentó seguir con su vida: trabajar, comer, dormir… Pero su dolor lo había vencido y, por ese motivo, estaba esa mañana desnudo frente a la poza en donde se encenagaban las aguas del río del Olvido.

Pero no pudo sumergirse en ese líquido verdoso: si él olvidaba, sus niños iban a morir del todo pues nadie los recordaría ya sobre la faz de la tierra. Con desgano, aceptando su destino de sufrimiento, el viejo marmolista se puso de nuevo sus calzones de lino y, caminando lentamente, regresó a su casa.

Vivía en un pequeño edificio de piedra que debió ser, uno o dos siglos atrás, la garita de una mansión de la cual solo quedaban unos pocos muros altos aprovechados por los actuales habitantes de la ciudad para tender, entre ellos, varios techos de mala hechura; las

ruinas se habían convertido así en cobertizos donde se alojaban distintos artesanos: a más del marmolista, ocupaban esos espacios un herrero, dos zapateros, tres ebanistas y media docena de comerciantes, quienes vendían, en sus tenduchas, desde efigies de santos hasta ungüentos contra la sarna o el sarampión traídos desde Medina.

Llegado a su casa, Adamo Mistral entró en la cocina en penumbras y se dejó caer sobre la misma silla en donde se había sentado para desayunar, ante la mesa en cuya superficie permanecían los restos de su desayuno. El viejo, tratando de ocupar sus pensamientos en algo distinto de su tragedia, encendió el televisor para mirar, sin concentrarse en ellas, las imágenes aparecidas en su pantalla.

En la televisión se ve a Neptolemo, quien se halla en su estudio, sentado leyendo tras de un escritorio de caoba tallada; a su espalda tiene una pared cubierta por un librero en el que brillan los lomos de unos libros de cuidada encuadernación, en cada estante descansa, ante los volúmenes, una pieza de adorno: una bailarina de porcelana, un tigre de plata, un toro de marfil… Entra Fénix, el asistente de Neptolemo, está muy agitado y, respirando con dificultad, dice:

—Jefe, las espías que tengo entre las mucamas que atienden a la señorita Hermione me han contado algo…

—Algo… ¿Qué te dicen esas chismosas? —pregunta Neptolemo, alzando la vista del libro que lee.

—La señorita se ha reunido con Orestes y planean un atentado contra usted, jefe.

—¡Pero qué dices! Son habladurías de féminas, nada más.

—Mi don, ambos son hijos de los capos del golfo; si lo necesitaran, tendrían el apoyo de mucha gente poderosa.

—Exageras.

—¡No jefe, no exagero nada! Esos dos son peligrosos y la señorita Hermione está celosa: le carcomen los celos porque usted no se va a casar con ella.

—No tengo tiempo para hacerles caso a tus temores exagerados, Fénix; mi amada Andrómaca me espera —exclama Neptolemo

poniéndose de pie y levantando ambos puños como si fuera un boxeador triunfante—. Tú, recoge a Estrellita, la hija de mi futura esposa, y llévala contigo a la iglesia donde contraeremos matrimonio. ¡Al fin Andrómaca será mía!

Terminado el capítulo de la telenovela, el viejo marmolista se puso de pie, rodeó lentamente la mesa, salió de su cocina y se detuvo un momento en el patio, empedrado y cubierto de un polvo que separaba su casa del taller; allí, entre unas jardineras descuidadas llenas de hierbajos y matas resecas, se acumulaban los bloques de mármol con los que trabajaba.

Acarició las aristas de las piedras siguiendo con las yemas de sus dedos esos perfiles y bordes, como si pudiera leer en esos dibujos, con su tacto, algún mensaje. Viendo y palpando esos trozos de piedra blanquecina, Adamo Mistral decidió su destino: dejaría esa ciudad en donde la memoria atormentada de sus hijos estaba tan presente y, buscando convertir su dolor en resignación, viajaría hasta las canteras de mármol, abiertas en las crestas de la Última Sierra. Iba a cambiar de vida convirtiéndose en picapedrero en esa cordillera lejana.

Pasó del patio a su taller, donde lo esperaban las esculturas que no había terminado, abortos de sus manos: un sicario sin rostro y de cuerpo entero, quien sostenía una daga en el puño, una lápida adornada con billetes y joyas, una losa en la cual, alrededor de unos guantes de box, se enredaban los tallos de dos rosas llenas de espinos. Apresuradamente, guardó en un morral de suela su amuleto, un pequeño caballo de bronce, y sus herramientas: escoplos, cinceles, mallos y martillos; se echó sobre los hombros un poncho grueso de lana cruda, cubrió su cabeza cana con una gorra de cuero sin visera y, tras calzarse sus botas, salió de la casa, donde habían muerto Anfio y Adrasto.

Tras una hora de caminar, por una carretera polvorienta, hacia las montañas azules que cerraban el horizonte, Adamo se volvió para mirar bajo el cielo resplandeciente a la ciudad de la que se alejaba: Archidona, cubriendo la colina en donde la habían levantado sus antiguos constructores, parecía una jaula pétrea teñida de ocre por el sol; la bordeaba, brillante, el fragoroso río del Olvido.

La caminata fue larga y ardua. Adamo Mistral, quien ya había hecho el mismo viaje en su juventud, siguió el rumbo de los mulares que traían, desde la Última Sierra, tanto bloques de mármol y de otras piedras usadas en la construcción, extraídas de las canteras abiertas en las altas montañas, como maderas finas provenientes de sus bosques. Era un camino usado por muchísimos años para comunicar la Última Sierra con Archidona; la ruta se volvía escarpada y resbalosa al subir la cordillera.

Cuando el marmolista empezaba el ascenso a la sierra, se desató el Etesio, el sombrío viento propio del altiplano de Quiroz. Cegado por las rachas polvorientas, que ululaban a su alrededor, Adamo siguió su camino, encorvado contra los golpes de ese ventarrón, como si atravesara un confín ciego e incierto que lo separaría, para siempre, de su antigua vida.

Al cesar el viento, se despejó el paisaje y el viejo se halló al inicio de un sendero angosto que ascendía por un farallón, cubierto de flores y líquenes verdes, cuya cima se recortaba contra el cielo azul. Empezó la ascensión casi alegre, respirando profundamente un aire limpio y libre, distinto del ambiente seco y polvoriento de la meseta de Quiroz. Una jornada le tomó trepar hasta lo más alto del talud; desde allí pudo ver, en la lejanía, las cumbres nevadas de la cordillera.

Los bosques de las laderas de los montes lo envolvieron con su ramaje y sus murmullos, impidiéndole ver las cumbres hacia donde se dirigía; sin embargo, el viejo no se sintió perdido pues iba en una dirección: hacia arriba, y no le hubiera disgustado, por lo demás, extraviar sus pasos en ese mundo donde hasta las piedras, cubiertas de musgo, estaban vivas.

En un tramo de su trayecto, ya al anochecer, percibió olor de humo y, precavido, continuó su andar ocultándose tras los troncos; pronto llegó a las cercanías de un campamento y pudo ver, oculto entre unos arbustos, a un grupo de hombres vestidos con harapos y con los hombros cubiertos con pieles; taciturnos se calentaban alrededor de una hoguera sobre la que se asaba media docena de ratas de monte ensartadas en ramas.

El viejo marmolista pudo ver, alumbrados por el fuego, a una

mujer joven rodeada por un grupo de niños; la chica, en la luz incierta de la fogata, empezó a cantar una canción sin palabras cuya melodía, dolorosa, parecía conmover hasta a los árboles. Adamo Mistral se alejó del campamento pensando en la cantante, cuyo sufrimiento se expresaba con semejantes armonías.

Tres jornadas de viaje demoró el viejo Mistral en llegar al peñón que coronaba una de las elevaciones de la Última Sierra y en cuyo flanco se abría la cantera de mármol de la cual se habían abastecido, por más de una centuria, todos los marmolistas de Quiroz. El yacimiento se levantaba, en la enorme ladera, blanco y escarpado, parecía el costillar expuesto de la montaña. Coronaba ese pálido risco una construcción de mediano tamaño, hecha también con bloques bastos de mármol y techada con piedras lajas oscuras; allí habitaba, según se sabía, una cofradía de monjes que las gentes de Archidona, con sus limosnas, mantenían en esas alturas para que rezaran por la salvación de la ciudad.

El yacimiento, para desconcierto del viajero, estaba abandonado: Quedaban en su base solo un par de cabañas con los techos hundidos por las lluvias. Anochecía, haciendo un último esfuerzo, y por un escarpe casi intransitable que bordeaba la cantera, Adamo ascendió hasta el monasterio para golpear en su gran puerta de madera. Sin tardanza, le abrió un monje muy anciano, barbudo, con la cabeza rapada, quien se veía desnutrido; la hoja del portón se movió dificultosamente, crujiendo, mientras el religioso saludaba:

—Alabado sea el Señor, nuestro Dios, hermano.

—Por siempre sea alabado —respondió el marmolista, quitándose la gorra de cuero e inclinando la cabeza—. Vengo a la mina de mármol, hermano, pero no hay nadie trabajando allí.

—Nadie trabaja allá abajo desde hace años —explicó el monje—. Ahora llevan el mármol desde otras canteras, dejaron esta porque está casi agotada.

—Ustedes no se han ido —comentó Mistral.

—Nuestra misión se mantiene: debemos rezar por el perdón de los pecados de la ciudad de Archidona.

—De ahí vengo, hermano.

—Poco te podemos ofrecer, viajero. ¿Por qué has llegado hasta

estas alturas?

—Vengo en penitencia.

—Todos hacemos penitencia aquí, en estas soledades —dijo el monje e invitó, abriendo más la puerta—: entra, hermano, ya quedamos pocos, pero te damos la bienvenida.

El monasterio era un edificio de una sola planta distribuido a los cuatro costados de un jardín en cuyo centro se levantaba una gran cruz elaborada con dos travesaños leños, rodeada por cinco macizos de chuquiraguas, árnicas, azucenas, lirios y gencianas. Al fondo del jardín se abría la capilla, sin puertas que la separaran de esas flores de montaña cultivadas con esmero por los religiosos. A izquierda y derecha de ese espacio florido estaban construidos tres cobertizos humildes, el uno usado por los monjes como cocina y comedor, otro como dormitorio y un tercero utilizado como trastero y taller de carpintería, en él se habían elaborado los bastos muebles que ocupaban el recinto. El conjunto de la edificación parecía un gran anillo de roca blanca construido para proteger esa cruz rústica y ese jardín colorido.

Salieron de la capilla, para recibir al recién llegado, tres monjes tan haraposos y marchitos como el que había abierto el portón. El mayor de todos, quien debía ser el abad, se presentó diciendo:

—Viajero, yo estoy a cargo aquí y me llamo Paul. Estos son fray Alfonso, fray Andión y fray Ladislao. Eres bienvenido.

—Yo soy marmolista y me llamo Adamo Mistral.

—Viene como penitente —explicó Alfonso, quien hacía de portero.

—¿Qué llevas en ese morral?

—Mis herramientas de cantero.

—Pues déjalas en la carpintería, para que no te estorben —propuso fray Ladislao.

—Y luego acompáñanos —ordenó el abad—. Estábamos por sentarnos a la mesa para cenar; come con nosotros lo que el Señor, nos da.

Alrededor de una mesa, tan rústica como la cruz levantada en el centro del monasterio, Adamo Mistral compartió con los monjes una rodaja de pan, un plato de sopa hecha con harina de trigo y un vaso

de agua endulzada con miel silvestre. Antes de empezar a comer, rezaron una jaculatoria, cantada por el hermano Andión, quien tenía una bella voz; cuando terminaron, el abad averiguó, mientras todos bebían, calmadamente, sus vasos de aguamiel:

—Hermano, ¿qué podemos hacer por ti?

—Venía para trabajar en la cantera.

—¿Esa era tu penitencia?

—Sí… Pero ahora no sé qué hacer.

—Quédate con nosotros —lo invitó el hermano Alfonso, mirándolo con unos acuosos ojos azules—. Siempre hay lugar aquí para los penitentes, que nos pueden ayudar con nuestras oraciones.

—Dormirías en el taller —acotó fray Andión—, allí tenemos un catre que nos sobra.

—¿Por qué están aquí, tan lejos de todo? —indagó el marmolista, dudando de quedarse en compañía de los frailes.

—Las iglesias de Archidona nos mantienen en esta lejanía para que protejamos a la villa de las consecuencias de sus pecados —explicó el abad, tras beber un trago de su vaso.

—Pero, padre —se extrañó Adamo—, ¿no podían rezar igual en Archidona?

—Hay una historia que explica el destino de nuestra Orden, viajero —dijo fray Ladislao, y empezó su relato:

—Archidona, hace siglos, estaba habitada por paganos que, aun siendo pacíficos, no creían en el Dios verdadero.

—¿Los que construyeron esos edificios de piedra, tan viejos? —preguntó Mistral.

—Esos —siguió el monje—. Nuestros antepasados eran cristianos y guerreros que llegaron, según se sabe, del desierto de Cunqueiros. Devastaron la ciudad y mataron a todos sus habitantes, incluidas las mujeres indefensas y los niños inocentes.

—Pero un grupo de esos primeros habitantes, los masacrados, logró escapar hacia las montañas de la Última Sierra —apuntó el hermano Andión.

—Y esos paganos que escaparon —concluyó el abad—, prometieron regresar para vengarse, antes de desaparecer ahogándose voluntariamente en el lago llamado Ojo de Urriaga, que

está a medio día de camino de este monasterio, yendo hacia el Oriente.

—Por eso rezamos aquí, día tras día —concluyó fray Andión—, para evitar que los espíritus de esos paganos, enfurecidos por el tiempo, salgan del lago en sus caballos de niebla y bajen por las montañas para destruir la ciudad.

—¿Y han visto a esos fantasmas? —preguntó, asustado, Adamo.

—No —lo tranquilizó el abad—, nunca.

—Pero un día —contó el hermano Alfonso, en un susurro—, desde el Ojo de Urriaga llegó a este convento una mujer embarazada; venía, furiosa, de las nieblas de esa laguna y parecía estar loca.

—Es verdad —corroboró fray Ladislao—: dijo que la había preñado un espectro del lago y que la hija que traía en las entrañas crecería sin padre ni madre. Sería La Huérfana, dijo, y ya crecida, arruinaría al mundo.

—¿Y qué pasó con esa pobre loca?

—Durmió una noche aquí y luego escapó hacia los bosques —terminó el abad, antes de levantarse y dar por terminada la cena—. No volvimos a verla, pero siempre la hemos recordado. Hablaba de su hija, La Huérfana, como quien habla de un mal que arrasará la tierra.

Esa noche, Adamo Mistral soñó con un ejército de espectros de bruma que cabalgaba sobre su cabeza, con una mujer preñada y feroz que devoraba cadáveres; soñó también con sus dos hijos, Anfio y Adrasto, quienes lo llamaban, con sus claras voces, y le sonreían desde la cantera, con sus cuerpos perfectos incrustados como joyas de carne entre las rocas.

A la mañana siguiente, la cumbre de la montaña despertó bañada por un sol deslumbrante, cuyos rayos parecía quemar los ojos al reverberar en las aristas de las piedras y en la humedad de las hojas y los pétalos. Después de las laudes, las primeras oraciones de los monjes, Adamo Mistral se arrodilló entre los macizos floridos que adornaban el patio, ante la gran cruz de madera basta, y rezó con fervor. Luego, tomó el saco de sus herramientas y, despidiéndose de los frailes, bajó por el sendero que bordeaba la

cantera.

El yacimiento, pudo verlo con claridad en la luz del amanecer, estaba agotado: quedaban de él unas cuantas vetas que ya no justificaban el trabajo de explotarlas. Sin embargo, eran suficientemente grandes como para tallar en ellas, con sus cinceles, unos bellos bajorrelieves. Enarboló, pues, sus herramientas y empezó a picar, persistente e incansable, la piedra blanquecina. Iba a realizar el sueño que había tenido: en esa peña y perdida en las entrañas de la sierra, esculpiría los cuerpos de Anfio y Adrasto, sus rostros y sus sonrisas. Así el mundo los recordaría para siempre.

Adamo Mistral, el marmolista, vivió para llenar la cantera con las efigies de sus hijos muertos; los esculpió riendo, jugando, con las manos llenas de flores, con las bocas abiertas por la risa y los ojos brillantes, bañados por la luz del sol. Hasta el día de su muerte, trabajó durante las mañanas y las tardes en su obra para luego, al anochecer, recogerse en el monasterio y rezar, junto a los frailes, por el perdón de los atroces pecados de la antigua ciudad de Archidona.

... Las montañas, nevados y volcanes de la Última Sierra son casi impenetrables pues los bosques que los cubren, de coníferas de áspero follaje perpetuo y gran tamaño, los cierran al tránsito de los viajeros que pretendieran atravesar a caballo esa cadena montañosa. Hay, solamente, dos o tres abras que la cruzan, desde el altiplano de Quiroz hacia el desierto; unas sendas pedregosas y angostas, llenas de grietas y pavimentadas por piedras inestables en las que, con frecuencia, las cabalgaduras tropiezan fracturándose las patas y echando a sus jinetes contra las aristas afiladas de las demás rocas de esos malos senderos. Solamente una abertura, apta para vehículos motorizados, atraviesa la Última Sierra en dirección del erial de Cunqueiros, un encañonado angosto de suelo irregular.

No es mucho lo que se sabe y demasiado lo imaginado sobre la fauna de la Última Sierra, pues es una zona poco explorada que —como el desierto de Cunqueiros— no interesa a nadie. Habitan en esos montes, sin duda, grandes felinos: pumas cuyos rugidos —similares a gritos humanos— se escuchan en las noches; hay

evidencias de ataques de esas bestias a campamentos asentados en las laderas de esas sierras, verdaderos asedios en los cuales, según se dice, los felinos se han comportado como siguiendo en concierto las órdenes de una inteligencia común a todos ellos. Hay también, en esas zonas agrestes, una gran variedad de cérvidos, desde pequeñas cervicabras hasta gamos o venados de gran tamaño. Entre las raíces de las coníferas se escurren ratas de pieles muy apreciadas y en las más altas ramas de los pinos y los cipreses anidan pequeñas aves de presa, azores de plumaje ocre que, en ocasiones, se dice, han atacado los campamentos cegando con sus garras a los hombres quienes, por uno u otro motivo, se inmiscuyen en esa selva de sombras retorcidas y luz verdosa.

Las cumbres de la cordillera se yerguen por encima de sus bosques, roqueñas, yermas y cubiertas de nieves perpetuas, las más elevadas. Desde esas alturas se precipitan cascadas que hienden las laderas de los montes con barrancos angostos en los que el agua, al pulverizarse contra las piedras, descompone los rayos del sol en pequeños arco iris trémulos.

Hay también en ese sistema montañoso una serie de lagunas de origen volcánico y un solo lago de gran tamaño: el Ojo de Urriaga, nacido del deshielo de uno de los picos más altos de la cordillera que ha llenado, desde hace miles de años, el cráter de un volcán extinto. En sus aguas se origina el río del Olvido, que luego rueda hasta la meseta y la atraviesa. La extensión de este lago no se ha podido establecer: algunos jinetes, en los pequeños caballos de la región, luego de seguir su contorno han regresado al punto de partida demudados, exhaustos y, tras bajar tambaleándose de sus cabalgaduras, han balbuceado confundidos sin saber con certeza la distancia que han recorrido. Han hablado de nieblas que los han copado, aturdiendo sus pasos, de pedriscales, yermos y pantanos gélidos. A veces, idiotizados, han olvidado el propósito de su cabalgata abandonándose días enteros a la contemplación de alguna de las lagartijas que corren entre las hierbas escarchadas de los bordes del lago o de una de las pocas flores rojas que brotan en esas alturas, entre los musgos y las piedras; en otras ocasiones se han perdido días enteros andando y desandando senderos

enredados. Muchos de esos viajeros, a su retorno al lugar de donde han salido, se han dejado ir en un frenesí de furia que, encausado contra ellos mismos, ha terminado en sus muertes por propia mano. También han sido muchos los crímenes cometidos por estos infelices cuando sus violencias se han dirigido contra sus semejantes.

Además de unos monjes exaltados, pocos habitan de manera permanente en las montañas de la Última Sierra; acampan en ellas, por temporadas, picapedreros quienes explotan dos o tres canteras de mármol, hay también partidas de hombres exhaustos que levantan unos tendales precarios, atando lonas descoloridas a las ramas bajas de los árboles, y se dedican por unas semanas a colectar la resina de los pinos o a raspar, de los troncos más añosos, el incienso que se quema en las iglesias de las zonas pobladas. En esos campamentos se impone la ley del más fuerte y, según se sabe, en ellos se cometen crueldades y sevicias que escaman hasta a los brutales traficantes de las cinco villas levantadas en la meseta de Quiroz.

También transitan por esas forestas oscuras algunos anacoretas, enloquecidos adoradores de los Santos venerados en la región, y unos pocos tramperos dedicados a la cacería de cérvidos o a aprisionar alimañas de pieles preciosas; algunos de estos cazadores incluso se ocupan en capturar fugitivos que, huyendo de la torva justicia de los cárteles, malviven vivaqueando en esas cordilleras en busca de refugio y olvido…

Fragmento de *Naturaleza, política y moral de la Región de Frontera,*
monografía escrita por Homero Benet, periodista.

La otra vida de Kiara Tous

Los dos sicarios, acodados en la barra de la cantina, fumaban puros y bebían de sus jarros la amarga y espumosa cerveza vendida en el bar; uno era joven, rubio, su compañero, ya casi viejo y completamente calvo, tenía el rostro lleno de arrugas, y los ojos hundidos; los dos iban armados, el primero llevaba un revólver pavonado en el cinto, y el otro una pistola de cachas nacaradas, en una funda sobaquera. Ambos se veían pálidos, en la luz de neón que iluminaba el local humoso, ocupado por media docena de mesas talladas en madera oscura junto a las cuales bebían y fumaban unos hombres taciturnos; en las paredes colgaban estampas de los Santos mezcladas con pósteres deportivos, percudidos por la humedad: jugadores de fútbol, quienes sostenían un balón o beisbolistas con sus bates enarbolados.

Tras la barra, en un aparador lleno de botellas y junto a un amuleto, una diosa de nácar, descansaba un televisor que los dos hombres apoyados en la barra miraban con atención. Kiara Tous se les acercó para reclinarse también sobre el mostrador, sin decir una palabra. Era una mujer joven, de cuerpo macizo y rostro inexpresivo, tenía el pelo cortado al rape e iba vestida como todos los sicarios: pantalones vaqueros, botas, chaqueta de piel y sombrero; llevaba, en la cadera, colgando del cinturón, un cuchillo en una funda de cuero fino, repujado.

> *En la pantalla del televisor aparece Hermione, sentada en un salón de belleza lleno de espejos y mostradores cubiertos con frascos de perfumes y cremas. La mujer va envuelta en una toalla esponjosa que le cubre apenas los senos, y se deja mimar por tres dependientas: una le lima las uñas, otra le cubre el pecho con talco, usando un pompón rosado, y la tercera le maquilla, cuidadosamente, los ojos. Mientras la atienden,*

Hermione suspira y se pregunta, mirándose en el espejo:

—¿Qué ha sido de mí? ¿En qué me he convertido? ¿Es que el amor me ha vuelto un monstruo? Por mi culpa va a morir un hombre… Y a ese hombre, ¿yo lo amo? ¿Amo a Neptolemo o lo odio? Lo he odiado cuando se dejaba seducir por la perra de Andrómaca, esa maldecida viuda del capo. Pero apenas lo tenía cerca, apenas el muy maldito me decía cuatro cosas bonitas y yo… yo me derretía en sus brazos. ¿Y a Orestes? ¿A él lo amo? ¿Será que mi corazón traidor puede amar a más de un hombre al mismo tiempo? Porque también he sentido cosas por Orestes, ¡también he sentido cosas por él! ¿Será la muerte de Neptolemo culpa del amor de Hermione? Y si muere, en cambio, Orestes, ¿será su muerte, también, culpa del amor de Hermione? ¡Oh! ¿Qué será de mí?

—Esa tal Hermione es una puta peligrosa —comentó el sicario de más edad, mientras se limpiaba la espuma que le había dejado la cerveza en el labio superior—. Yo no me querría una mujer así.

—Eso —le respondió el rubio— porque ya estás viejo. ¡Yo si me agarro una hembra como esa!

—Es peligrosa —intervino Kiara—, pero tienes razón. Está muy linda la maldita. Yo también me la agarraba: aunque mujeres así solo aparecen en la televisión.

—¡Que yo no estoy tan viejo! —protestó el calvo—. Es que a mí no me gusta meterme en problemas por una hembra: algunos conocidos míos se han muerto por eso.

—Y algunos conocidos míos también —reconoció el joven—, pero uno se muere de todas maneras. ¡Mejor que la pelona nos lleve después de haber gozado!

—Como dicen —apuntó la mujer—: ¡que me quiten lo bailado! ¡Tienes razón!

—A tu edad, muchacho, se habla fácil de la muerte —gruñó el viejo sicario, mirando en la dirección en la que se encontraba Kiara, pero sin reparar en ella—. Yo he salido chamuscado de muchas

quemas y ya no me quiero arriesgar.

Ninguno de los dos hombres se había dirigido a la joven durante la conversación, y Kiara Tous se desentendió de ellos: en otra situación, siendo como era tan feroz, los hubiera insultado por desdeñarla, iniciando una pelea, pero en ese momento se encontraba extraña; no sentía frío y, sin embargo, el aliento se condensaba al salir de sus labios, y eso le pareció raro; los ruidos, tanto los que sonaban en el parlante del televisor como las voces de los dos sicarios, llegaban apagados a sus oídos. Tenía sed, pero no había pedido nada para beber.

Despreciando a los sujetos que compartían la barra con ella, revisó el local: no recordaba bien cómo había llegado a ese antro ahumado. Se fijó en una mujer sentada en la mesa más distante del salón, entre las sombras de una esquina. Era una vieja demacrada, tenía los ojos grandes y muy negros, y la cabellera canosa recogida en una coleta exigua; mostrando sus encías, se echaba el aliento los dedos, como si tuviera frío. A su alrededor, las sombras eran más densas que en el resto del lugar y, extrañamente, el ruido que hacía al respirar se escuchaba como un silbido entre las cuatro esquinas de la cantina.

La vieja, sonriente y desdentada, se encaró con la sicaria, quien sintió un escalofrío al cruzar con ella su mirada: nunca se había encontrado con alguien que se pareciera tanto a la Incordia, esa ayudante de la santa del Daño, capaz de envenenar los corazones de las gentes obligándolas a cometer toda clase de crueldades. Al menos, la vieja no la había menospreciado, como los dos sicarios apoyados en la barra. Kiara, incómoda, se desentendió de la anciana, dirigiéndose lentamente hacia la salida de la cantina. Entonces, sumiéndose en un terrible desconcierto, sintió que su cuerpo se desmaterializaba y así, convertida en una especie de vaho, fue capaz de atravesar la puerta cerrada, de madera, para salir hacia la calle.

Ya en la calzada, atónita, la sicaria se vio rodeada por una de las procesiones que, en cualquier día de la semana, se tomaban las calles de Archidona. La cercaban unos penitentes, desnudos de la cintura para arriba, quienes caminaban descalzos sobre el

empedrado de la calle, mientras se azotaban con sogas de esparto dejándose, en las espaldas, verdugones; todos llevaban una cinta de color rojo apretada en la frente y, mientras se flagelaban, iban rezando una oración a la Santa del Daño en cuyas palabras se acusaban de pecados en su contra y le pedían, desesperadamente, perdón y clemencia. Algunos de los procesionantes llevaban hojas de pencos atadas al pecho, con las púas hiriéndoles las carnes, de esas punciones brotaban hilos de sangre que goteaba hasta el suelo.

—¡Santa Dañina, soberbia!

—¡Ciega Señora del Daño!

—¡Oye a tus pecadores!

—¡Ten tu maldad!

—¡Ten tu crueldad!

—¡Oye a tus pecadores!

—¡Que tu daño no nos quiebre!

—¡Que tu furia no nos hunda!

Aturdida como estaba, Kiara Tous se mezcló entre los penitentes, quienes se azotaban regando con su sangre el empedrado, y siguiendo la procesión recorrió las calles sin un destino, mientras escuchaba las plegarias y los lamentos de esos hombres de espaldas laceradas y voces quejumbrosas.

En los pensamientos de la sicaria se cruzaban sus temores con las imágenes observadas a su alrededor: Los automóviles traqueteantes detenidos por el gentío que anegaba las vías, los edificios de piedra, las cariátides de sonrisas zafias y ojos huecos de las fachadas y los rostros indiferentes de los transeúntes. Kiara también, sin proponérselo, empezó a salmodiar las oraciones clamadas por quienes la rodeaban; al principio lo hizo en un murmullo, luego rezó a gritos. Como en el bar, en la calle nadie reparó en ella.

Llegada a un obelisco de mármol, cubierto de inscripciones incomprensibles, la procesión se detuvo y cada uno de los penitentes tomó por un camino distinto. La sicaria quedó sola en la mitad de la calle y, aturdida como estaba, encaminó sus pasos hacia una tenducha en donde, supuso, se venderían refrescos: sentía resecas su boca y su garganta e, inútilmente, se pasaba la lengua por los

labios tratando de humedecerlos con su saliva.

La tienda ocupaba un zaguán de jambas esculpidas en piedra cuyo acceso estaba bloqueado por un mostrador, sobre cuya superficie se debían vender las mercancías; cuando la mujer se apoyó en la repisa de vidrio y hierro, descubrió que el local se hallaba vacío y apestaba a aguardiente. Nadie atendía en él y sus perchas, de madera percudida por los años, estaban atiborradas de damajuanas llenas de un líquido verdoso. Después de un momento, reconoció el lugar: en ese pequeño negocio se vendía a granel licor de caña y era frecuentado sobre todo por los más pobres de la villa: familias enteras cuyos miembros, adultos y niños, engañaban el hambre bebiendo.

Una mujer gorda y pálida, envuelta en un rebozo de lana, salió de entre las sombras que oscurecían el fondo del local y, sin atender a Kiara, se apoyó en el mostrador, mirando hacia la calle. Unos minutos después, llegó una vieja desgreñada y cubierta con una especie de túnica en jirones, llena de manchas; apoyándose en la vitrina, colocó una botella encima del vidrio, pidiendo con voz ronca:

—Media botella de aguardiente. Deme media botella.

—Son setenta centavos —informó la vendedora, mirando suspicaz a su cliente.

—¡Son cincuenta! —protestó la vieja—. ¡La media solo cuesta cincuenta centavos!

—Tu hija estuvo aquí ayer y me quedó a deber veinte centavos.

—Póngame media —exigió la vieja depositando, junto a su botella, unas monedas que traía firmemente apretadas en la mano izquierda.

La gorda se retiró hacia una de las perchas, tomó de allí una damajuana y un embudo, regresó renqueando a la puerta del local y llenó, hasta la mitad, la botella; luego, sacando una taza de abajo del mostrador, chorreó en ella algo de licor. La vieja agarró el pequeño recipiente de cerámica desconchada y bebió su contenido con avidez, cerrando los ojos. Luego se limpió los labios con el dorso de la mano y, tras soltar un suspiro, comentó:

—Cada vez está más aguado esto que vendes.

—Pues no me compres —se defendió la vendedora—. Y dedícate

a trabajar.

—Ya no tengo fuerzas para eso.

—¿Y para qué te da fuerzas el aguardiente?

—Para rezar.

—Y tu hija, ¿reza contigo? Porque ayer se llevó una botella entera.

—Los pobres eso hacemos: rezar y sufrir.

—¿A quién le rezas?

—A todos: a la Virgen, a los Santos vengativos, al Señor en la cruz… A todos hay que rezarles, sin olvidarse de uno solo.

—Y seguro les pides aguardiente —se burló la gorda.

—Les pido sangre y fuego: pido muerte para los asesinos, dolor para los pecadores y castigo para los malvados.

—A los malos nunca nadie los castiga: roban y matan y violan. Y nada los detiene —se lamentó la vendedora de aguardiente, embozándose en su rebozo.

—El castigo siempre llega: hasta el más asesino de los sicarios ha llorado al nacer, y hasta el más rico de los traficantes se va a morir cagado.

—¡Pues es verdad! —rio la tendera, mientras regresaba con la damajuana hasta la percha de donde la había sacado—. ¡Mejor que sigas rezando y comprándome aguardiente!

—En el sepulcro profundo, de una fría y dura roca, duerme el Señor a quien toca, venir a juzgar al mundo —rezó la vieja, en voz alta; luego, persignándose, escupió tres veces en el suelo y, agarrando su botella, se alejó tambaleante por la acera.

Kiara Tous atravesó la repisa, se introdujo en la tenducha y deslizándose hacia las sombras del fondo pasó a la trastienda donde una mujer joven se revolcaba gimoteando echada junto a un barreño lleno de agua y sobre unos costales tendidos en el suelo de tierra apisonada. Cuando sus ojos se acostumbraron a la luz de un quinqué pendiente del techo, la sicaria descubrió que la muchacha estaba embarazada y a punto de parir; la recámara en donde se hallaba debió ser una bodega, y estaba amoblada solo con una banca de madera, adosada a uno de sus muros de piedra del que colgaba una imagen de la Santa del Daño, con sus tres calaveras

enmascaradas.

La vieja vendedora de aguardiente, con su andar rengo, entró a la trastienda para ir, sin apuro, hasta donde la chica se debatía, gimiendo; se acuclilló junto a ella, le alzó la falda abultada que vestía y, luego de palparle rudamente el vientre, se incorporó para ir hacia la banca y sentarse en ella, mientras aseguraba:

—Es un asco eso de traer hijos al mundo.

—¡Cállese, mamá! —clamó la muchacha, con el rostro torcido por el dolor—. ¡Calle y ayúdeme!

—No te puedo ayudar —al reír la madre, sus cachetes pálidos temblaron—. Te preñas acompañada, pero se da a luz sola. ¿No sabías?

—¡Pero…!

—Pero nada. ¡Si habré visto a mujeres en tu estado! Te faltan todavía unas horas, ya te ayudaré cuando sea tiempo.

Kiara Tous, acostumbrada desde niña a las duras destrezas de los sicarios, nunca había pensado en quedar embarazada, peor en parir; esa condición del cuerpo de las mujeres le había sido siempre ajena y pensar en ella le repugnaba: le era incomprensible que otras se resignaran a estar hinchadas por meses para luego atarse a unos seres berreantes. Con su cuerpo entrenado se había abierto paso entre las violencias del mundo, dominando a las mujeres y zahiriendo a sus enemigos con saña y eficiencia.

Después de un lapso, cuya duración Kiara fue incapaz de precisar, la joven empezó a gritar con más fuerza y, de la entrepierna, le brotó un chorro de líquido que, manchando su vestido, se regó hasta encharcar los sacos de arpillera, encima de los cuales se retorcía. Entonces, la vieja se le aproximó y, arrodillándose a su lado, le alzó la falda desnudándola de la cintura para abajo.

—Rompiste la fuente —explicó—. Ya viene.

La sicaria, sin inmutarse, había infligido decenas de heridas a lo largo de su vida, usando el cuchillo que le colgaba del cinturón; a pesar de estar tan curtida en eso de ver cuerpos rajados, miró con asco esa hendidura, babosa y sangrante, abierta desde adentro hacia afuera en la entrepierna de la futura madre, quien, para ese momento, vociferaba sin poderse contener, mientras la vieja, a gritos

también, le ordenaba:

—¡Puja! ¡Puja! ¡Puja!

Después de unos minutos de sufrimiento, la joven madre dejó de chillar y, relajando el cuerpo, empezó a sonreír, aliviada y sudorosa, mientras la abuela, resoplando, depositaba a la criatura recién nacida sobre los costales y, sacándose unas tijeras y un carrete de hilo del bolsillo, ataba el cordón umbilical, para de inmediato cortarlo. Luego se dedicó a bañar en el barreño a la criatura, mientras rezaba una jaculatoria:

—¡Santa Dañina, no nos mires ahora!

—¡Señora del Daño, pon en otros tus ojos! —imploró la joven madre.

Kiara Tous se deslizó hasta las dos mujeres para mirar al niño, extrañándose de que todos los humanos, ella incluida, hubieran sido, en sus primeros momentos sobre el mundo, unos seres tan inermes y lloriqueantes: masas macilentas y viscosas, de rostros simiescos.

Sin poderlo evitar, pensó también en todas sus víctimas, hombres y mujeres: en algún momento habían sido seres iguales a ese al que, casi con ternura, bañaba la vieja vendedora de aguardiente; alzando la vista para poner los ojos en la Señora del Daño, cuyas tres máscaras le devolvieron la mirada con crueldad, abandonó la trastienda, mientras la madre preguntaba apaciguada:

—¿Está sano? ¿Qué es?

—Está bien, y es una hembra —le respondió la abuela, riendo—; para penitencia de tus pecados, resultó una niña: ¡castigo de la Dañina, pues!

—¡No la nombres! ¡No la nombres!

De vuelta en la calle, la sicaria, tratando de comprender su situación, se dedicó a mirar a quienes transitaban a su alrededor; la mayoría de esas personas no se fijaban en ella, parecían atravesarla con sus miradas mientras caminaban sobre las aceras, apuradas unas pocas y perezosas las demás. Algunos sí podían verla, pero esos le parecieron muy extraños: eran hombres, mujeres y hasta niños, y se movían a gran velocidad, como escurriéndose entre los transeúntes, mientras miraban a su alrededor con los ojos hundidos en sus cuencas y se arañaban los rostros; algunos de ellos vestían

ropas anticuadas, túnicas con pliegues o casacas de mangas abullonadas y unos sombreros muy adornados. Cuando la encaraban, se detenían un instante, como si un choque eléctrico los paralizara, luego seguían sus veloces desplazamientos. Kiara se percató de que sentía, también, una terrible comezón en las mejillas y comenzó a rascarse.

Caminando sin rumbo, llegó a una plaza cubierta por un domo de mármol llena de mercaderes, quienes vendían alimentos, artesanías y baratijas de bronce; las mercancías brillaban en la sombra, sobre las mantas extendidas por los vendedores encima de los adoquines del suelo. En el centro del mercado, sobre uno de los altares centenarios levantados para divinidades desconocidas y cubiertos con inscripciones incomprensibles, vociferaba un joven muy guapo vestido con pantalones cortos y una chaqueta de cuero; era pelirrojo, de piel muy clara y ojos grises, su cabellera se encrespaba en el aire mientras, exaltado, gritaba:

—¡Escucha, Archidona!
¡Canalla, Archidona!
¡Archidona, pecadora!
¡Escucha y atiende mis palabras!
¡Mis voces te acusan de tu pecado antiguo!
¡No seguirás revolcándote en su ciudad!
¡No seguirás profanando con tus cuerpos ruines
la ciudad de los antiguos!
¡No seguirás ensuciando con tus miserias
las casas en las que vivieron los constructores de las casas!
¡No seguirás mancillando con tus oraciones
los templos en los que rezaron los constructores de los templos!
¡No seguirás embarrando con tus pasos
las calles por las que caminaron los constructores de estas calles!
¡Usurpadores, el horror se acerca!
¡Usurpadores, el horror se acerca!

Kiara se aproximó al profeta para escuchar su prédica; una veintena de personas lo atendía; muchos se persignaban al oír sus palabras, repitiéndolas en un susurro; algunos, incluso, se postraban ante ese altar extraño dándose golpes en los pechos, aceptando ser

usurpadores y perversos, aunque no supieran con certeza qué habían usurpado, o a quién.

De pronto, el profeta quedó en silencio y encarándose con Kiara, saltó del altar y fue hasta ella, mirándola directamente a los ojos; quienes lo habían estado escuchando, como arrebatados por un trance, continuaron con sus murmullos y sus contriciones, hundidos en sus culpas y sin percatarse de que el predicador había abandonado su ara.

Ya frente a la sicaria, el joven afirmó:

—No te he visto antes.

—¿Me puedes ver? —interrogó Kiara, a su vez.

—A ti y a los que son como tú.

—¿Los que son como yo? ¿De qué hablas?

—No sabes que eres un fantasma. Habrás muerto hace unos meses y recién te das cuenta de que sigues en el mundo.

—No puedo estar muerta —rechazó Kiara, sintiéndose aterrada e intuyendo que escuchaba la verdad—. Yo… Casi no tengo recuerdos.

—Tú te mueves, en eso te pareces a los vivos, pero atraviesas las paredes y los objetos, ¿no es cierto?

—Sí…, sí.

—Y los que tienen vida no te ven, solo los otros muertos pueden verte.

—Esos con los que me he cruzado, y me han visto, ¿son otros muertos como yo? —indagó Kiara, dando por ciertas las palabras del profeta.

—Son los muertos.

—¿Y tú por qué me puedes ver y hablar?

—Soy Grigor Avendaño, y puedo ver cosas que los simples no pueden ni sospechar. Por eso doy testimonio de mis profecías ante las gentes pecadoras de esta ciudad.

—¿Por qué me está pasando esto?

—Será maldad del Patrón, el Santo de ustedes, los sicarios.

—¿Tú sabes lo que pasará conmigo?

—Los fantasmas como tú siempre han vagado por entre estas piedras sin cansancio, enloquecidos, rasguñándose las mejillas como si fueran sus propios enemigos; eso antes, ahora todo va a cambiar

para peor.

—¿Cómo vamos a empeorar los muertos? —se extrañó Kiara, pensando con un último atisbo de su inteligencia y sintiéndose naufragar en el horror que la embargaba.

—Un ejército de espíritus vengativos se tomará la ciudad —profetizó Grigor Avendaño, mientras se alejaba de la sicaria para volver a su altar y encaramarse, otra vez, en él—. Lo vi anunciado en el vuelo de los gallinazos y en las carreras de las cucarachas.

Fascinada por la belleza y por los gritos y las gesticulaciones de Grigor Avendaño, Kiara Tous siguió escuchándolo por un rato; el joven continuó clamando sus maldiciones rodeado por un grupo, mayor a cada momento, de hombres y de mujeres, quienes oían las profecías y se dejaban convencer por ellas, aterrándose ante la vuelta de los antiguos y vengativos dueños de Archidona.

—¡Hasta los muertos, hijos de los usurpadores —bramó el profeta, con los ojos fijos en Kiara—, hasta los fantasmas de estas calles y de estas plazas sufrirán con la venida de los espíritus de los vengadores!

Después de su conversación con Grigor, Kiara Tous dejó de atender a las palabras susurradas por los vivos, también terminó por desoír sus plegarias y sus blasfemias; las voces de los habitantes de Archidona se confundieron en sus pensamientos con el zumbido de las moscas o los chillidos de las ratas que peleaban por los desechos, en las alcantarillas de la ciudad.

Se acostumbró a deambular, bajo la luz del sol o en las sombras de la noche, por entre los edificios de piedra; unas veces, recorría los túneles enredados debajo de las calzadas de la villa, en otras, demoraba jornadas enteras erguida junto a las columnas de esos templos levantados para adorar a dioses perdidos, y que se llenaban con imágenes de santos cristianos, efigies de la Dañina o exvotos ofrendados al Patrón de los sicarios.

Evitaba a los demás fantasmas, errantes como ella por los callejones de la villa, pues le inspiraban repugnancia con sus miradas enloquecidas, sus movimientos convulsos y su gesto, persistente y frenético, de rascarse las mejillas. Ella también se rasguñaba el rostro sin poderlo evitar, ella también lo miraba todo con los ojos

desorbitados. Un par de veces se cruzó con Grigor Avendaño, quien continuaba vociferando sus predicciones, pero no pudo volver a conversar con él.

Con el paso del tiempo, Kiara Tous perdió completamente la memoria de su pasado, olvidó al bello profeta y ya no fue capaz de recordar su propio nombre. Fue entonces cuando por las calles, en los pretiles de los templos, en las azoteas de los viejos edificios y en las plazoletas de Archidona empezaron a aparecer los jinetes espectrales, a lomos de sus caballos de bruma.

La lúcida rebelión de Valerio Estacio

Cinco años atrás, al usurpar ese templo abandonado por los antiguos habitantes de Archidona, Valerio Estacio había mutilado, urgido por una fe iracunda, la pequeña efigie del dios pagano que presidía su altar, picando con matillo y cincel sus nalgas, sus genitales y su rostro de mármol, preciosamente esculpidos; cumplía así con el mandamiento del Señor, quien dictaminara en el Éxodo: "No te harás imágenes, ni ninguna semejanza de lo que esté arriba en el cielo, ni abajo en la tierra, ni en las aguas debajo de la tierra. No te inclinarás a ellas, ni las honrarás; porque yo soy Jehová tu Dios, fuerte y celoso".

Y, sin embargo, esa mañana como todas, el pastor Valerio Estacio pecó al contemplar la escultura cercenada, recordando esas suaves formas: el contorno de las mejillas, de los testículos y del culo del joven dios de mármol, sus ojos rasgados y su sonrisa. Siempre se había preguntado a qué le sonreía la efigie, tan seductoramente y, al mismo tiempo, con tanta dulzura.

Cuando, un lustro atrás se halló salvo y fue elegido por el Señor para dar testimonio de Su palabra como ministro de la fe, Estacio hizo voto de castidad y se apropió de ese templo ruinoso levantado en uno de los márgenes de la villa, cerca del río del Olvido; el recinto tenía una nave rectangular terminada en un ábside en cuyo centro aún permanecía el dios, casi oculto por una cruz de madera: el único objeto sagrado que ocupaba el lugar.

En uno de los ángulos escondidos en las sombras del ábside, Valerio había descubierto la boca de un túnel que conducía a un conjunto de cavernas tenebrosas y pasadizos, en cuyas bóvedas resonaban, horrendas, los ruidos de la ciudad; salvando esa serie de subterráneos, se accedía a una ribera rocosa de río que bordeaba la ciudad, un lugar luminoso y bello: quien venía de las tinieblas, quedaba siempre anonadado, por unos minutos, al salir a semejante

esplendor. En ese laberinto oscuro los idólatras del pasado habían curado a los locos, encerrándolos en esas tinieblas de ruidos aterradores, para luego conducirlos hasta esa claridad deslumbrante a las orillas del Olvido.

Como cada amanecer, Valerio, tras vestirse con su larga levita de paño, encendió unas varillas de incienso y se dispuso a rezarle al Señor, cabizbajo y recio sobre el piso de piedra del templo, pidiendo por el perdón de sus pecados; oraba con fervor cuando escuchó el vocerío de una multitud enfurecida; un joven, pálido y pelirrojo, abrió la puerta del templo y, tras entrar en él, la cerró a sus espaldas asegurándola con el peso de su cuerpo.

—¿Qué pasa? ¿Quién eres? —averiguó Valerio, dirigiendo automáticamente la mano hacia su costado, al lugar donde, en otro tiempo, llevaba la pistola.

—Me siguen —acezó el joven, asustado—, me siguen para matarme.

—¿Quiénes? ¿Por qué?

—Soy Grigor Avendaño, he andado por las calles de esta ciudad advirtiendo del horror que se acerca…

—Sí —lo interrumpió Estacio, reconociendo al profeta, con quien se había cruzado varias veces en las vías de Archidona—. Te he visto predicando falsedades.

—¡Ayúdame! —rogó Grigor Avendaño, aún más asustado, temiendo que el pastor de la iglesia donde había buscado abrigo lo entregara a la turba o, incluso, lo agrediera él mismo: sabía que algunos de los sacerdotes de la ciudad eran compasivos, pero había otros violentos—. Fuiste sicario, como los otros del cártel, pero ahora eres un hombre santo. ¡Yo también creo en Dios, como tú!

—Dicen las escrituras en el evangelio de san Mateo: "También guardaos de los falsos profetas, que vienen a vosotros con vestidos de ovejas, mas de dentro son lobos rapaces".

En ese momento, la multitud empezó a golpear la puerta del templo, se escuchaban sus gritos iracundos y el golpeteo de los pedruscos lanzados contra los muros de piedra. En la luz azul que entraba al recinto por sus altos ventanales, Valerio miró al joven perseguido por la turba y creyó reconocer en él los rasgos del rostro

esculpido del dios que destrozara años atrás; aun sabiéndose equivocado, saltó hacia la puerta, la aseguró con su gran tranca de madera y, tomando del brazo a Grigor Avendaño, lo condujo hacia el pasadizo secreto abierto en las sombras del ábside. Mientras el joven se ocultaba en la boca del túnel, le advirtió:

—Aquí no van a encontrarte, haz silencio.

Luego, el antiguo sicario, alerta como había estado durante los combates en sus días de violencia, fue hacia la puerta y retiró la tranca, dejando que las hojas del portón se abrieran chirriantes; una turba de hombres y mujeres se introdujo gritando dentro del templo.

—¿Dónde está?

—El farsante, ¿dónde está?

—¡Perro, maldito, sal! ¡Sal!

—¡Aquí no ha entrado nadie! —gritó el pastor, furioso—. Y ustedes, si vienen a rezar, son bienvenidos. Si no, ¡fuera de la casa del Señor!

—¡Busquen! Debe estar por aquí —ordenó un hombre gordo y brutal, quien vestía un overol manchado de aceite y comandaba el tumulto.

—¿A quién persiguen? —preguntó Valerio.

—A un maldito que nos viene diciendo mentiras —le explicó una mujer flaca, quien enarbolaba un palo—. Se nos escapó en una esquina, aquí cerca.

—Pues acá no vino —aseguró el pastor—. Si es un falso profeta, debe ser castigado. ¡Busquen, busquen!

Además de la nave desnuda en la que se adoraba la cruz de madera, junto al ábside, había una cámara, usada quizá por los antiguos sacerdotes del templo para guardar los ornamentos de su culto; ese habitáculo, donde vivía Valerio, estaba amoblado con un catre, una jofaina y una mesa sobre cuyo tablero descansaban una biblia manoseada y un reverbero. Sobre la cabecera del lecho, en la pared, colgaba una cruz de plata reluciente, iluminada por la luz que entraba a la habitación atravesando una claraboya de vidrios amarillos.

Mientras la turba rabiosa registraba infructuosamente el templo, una mujeruca, vestida con harapos y casi calva, corrió hacia la cruz

que colgaba en el cuarto del ministro e hizo el ademán de agarrarla con sus manos sarmentosas. Valerio, apoyado en la jamba de la puerta de acceso a su dormitorio, le advirtió:

—Deja eso, mujer, que es sagrado.

—¡Estúpida! ¡Quieres que este hombre te mate! —le gritó a la vieja en ese momento el gordo que dirigía al grupo, quien había entrado al cuarto; y dirigiéndose a Valerio le dijo, mientras arrastraba a la mujer y se encaminaba junto a sus acompañantes hacia la puerta del templo—: eres el sicario que se volvió pastor, te conocemos y nos acordamos de lo que eras capaz. Aquí, el mentiroso no está. Nos vamos.

La turba abandonó el lugar, algunos de sus miembros se demoraron atisbando hacia el interior de la nave a través de las grietas abiertas en sus muros. Valerio, cuando se sintió seguro, corrió hacia la boca del pasadizo y se descolgó por ella para hundirse en la oscuridad del laberinto construido en el subsuelo del templo por los antiguos sacerdotes.

En su prisa, no se había provisto de una lámpara o una vela; ciego pues, sin poder ver ni sus propias manos, se orientó palpando las paredes irregulares que lo rodeaban; escuchaba los ruidos del exterior de la capilla como susurros malignos en esos pasillos tenebrosos. Apenas se movió un poco, sintió el olor del joven oculto en las sombras. Guiándose por ese aroma, mezcla de loción de afeitar y sudor, se aproximó a Grigor Avendaño y, cuando se supo junto a él, le informó:

—Ya se fueron.

—Me ayudaste, aunque me crees un mentiroso —dijo el joven, con la voz aún ahogada por el miedo.

—No quería una muerte en mi iglesia —mintió el pastor.

—Gracias —murmuró Grigor, y calló escuchando estremecido los ruidos que la rodeaban—. ¿Podemos salir ya?

—No, estarán vigilando el templo: está lleno de rendijas por las que se puede espiar desde afuera.

—No me gusta este lugar tan oscuro y lleno de sonidos.

—No tengas miedo —dijo Estacio, quien se había acercado a Grigor hasta sentir su calor, y explicó—: Aquí las gentes de otros

tiempos encerraban a los locos, les dejaban perdidos en este laberinto y, después, los llevaban al exterior, por un túnel que sale al río del Olvido.

—¿Para qué hacían eso? —preguntó el profeta, tranquilizándose con el paso de los minutos, mientras se apoyaba en el cuerpo de Valerio.

—Para que viendo la luz se curaran.

—¿Y se curaban?

—No sé.

—Te llamas Valerio y estuviste loco y ciego —susurró Grigor, buscando con su mano el rostro de su acompañante—, eso dice la gente.

—¿Me conoces?

—Dicen que fuiste asesino del cártel; hace años una bala te dio en la cabeza y por meses caminaste perdido y loco por Archidona.

—Fue así.

—Al final, te hiciste evangélico.

—Era la voluntad del Señor. Él me salvó.

—Y tú me acabas de salvar a mí —afirmó el profeta.

—Aunque eres un falsario, el Señor te salvó por mi intermedio.

Grigor Avendaño calló y dejándose caer suavemente arrastró a Valerio hasta el piso de la gruta, se abrazó a él, aun temblando de miedo, y escondiendo el rostro en su pecho, lo abrazó. Ambos guardaron silencio en las tinieblas atravesadas por los ruidos que llegaban deformados desde las calles de la ciudad.

Valerio Estacio supo que, de querer, Grigor se le entregaría abriéndose para él, agradecido. Y no fue su voto de castidad el que lo detuvo: no quiso aprovechar el miedo del joven para hacerle el amor. Lo había visto aterrado y, sin embargo, tan bello antes de esconderlo de la turba, tan parecido a ese dios de mármol que destruyera años atrás… Abrazó el cuerpo que se le ofrecía y le susurró:

—Descansa. Esperaremos a que se haga de noche para escapar por los túneles. Saldremos a las afueras de la ciudad.

—Si logro escapar de Archidona, me voy bien lejos —respondió Grigor más tranquilo, sin aflojar su abrazo.

—¿A dónde irás?

—A la Última Sierra. Allí hay bandas de salvajes, pero también gentes de paz que no linchan a nadie.

Atardecía cuando los dos hombres salieron por la boca del subterráneo abierta a la ribera mansa del Olvido; a esa hora, el sol hacía brillar la corriente y los peñascos que la encañonaban se teñían, también, de ese último color del día. En las aguas de la orilla crecía un macizo de bambúes cuyos tallos se mecían con el viento que rizaba la superficie del río; entre esas cañas, miles de grillos chirriaban presintiendo el anochecer.

Valerio se dejó abrazar por Grigor Avendaño, quien le dijo:

—Me salvaste la vida, a pesar de que no me crees.

El pastor quiso responder con una de las citas bíblicas que, mecánicamente, usaba para referirse a la voluntad de Dios y ensalzarla, pero no fue capaz de hacerlo: en presencia de Grigor todas sus afirmaciones sonaban huecas. Guardó un momento de silencio y luego confesó, pensando una vez más en la efigie del dios pagano que mutilara años atrás:

—No sé por qué te ayude.

—Me voy —se despidió el profeta.

De pronto, Valerio abrazó con fuerza a su acompañante, percibiendo su olor mientras le pedía:

—Cuídate, el viaje es largo y peligroso —y sacando de su bolsillo un amuleto que llevaba siempre, un medallón de madreperla, se lo entregó.

—Vámonos juntos —propuso Grigor, besando la pequeña joya.

—Aquí tengo a mis fieles.

—El horror se abate sobre Archidona: yo he visto a los jinetes de niebla invadir la ciudad y envenenar las almas de sus habitantes.

—No se mueve la hoja de un árbol si no es voluntad de Dios —afirmó el pastor, dudando, por primera vez, de esas palabras que había repetido tantas veces.

—Sígueme cuando puedas —rogó Grigor Avendaño, apartándose suavemente de Valerio e iniciando su camino—. Subiré a la cordillera desde un despeñadero a donde se llega por el único carretero que va desde aquí hasta la Última Sierra. Esperaré allí…

Al día siguiente, Valerio Estacio, tras despertar con el cuerpo adolorido, dejó su catre con dificultad; para espabilarse del todo, se lavó las axilas usando el agua que reposaba, desde la noche anterior, en la jofaina de su habitación; luego se recogió, como siempre, el cabello en una coleta, vistió su traje de paño y, sin detenerse a rezar, sin volver siquiera la vista hacia la cruz de madera, salió del templo dirigiéndose hacia el mercado: había tenido una noche de sudores, ahogos y malos sueños y quería desayunar algo más sustancioso que el café y las tortas de harina que acostumbraba a comer en las mañanas.

Meditabundo, caminó por las calles de la ciudad sin mirar los ojos de los dioses esculpidos en los muros centenarios, ni los rostros de los transeúntes aglomerados sobre las aceras; su pensamiento insistía en recordar la furia de la turba que intentara linchar a Grigor, al bello Grigor: esos asesinos desquiciados, unos días antes, lo habían escuchado con fervor; esos hombres y mujeres eran iguales a sus propios feligreses: la fe alimentaba su crueldad.

"¿No mejora la fe a quienes la viven?", se preguntó. "Y Dios, ¿cómo permite que surjan profetas y creencias perversas como las de los sicarios, sin arrasarlas con el fuego de su ira?".

Tras deambular, llegó al mercado, populoso, y sentándose en una de las mesas donde se vendía comida pidió un desayuno; a su alrededor, los comerciantes y sus clientes se enzarzaban en regateos y discusiones. Unos minutos después, la gorda vendedora risueña, puso sobre el tablero, frente a él, los cubiertos, una jarra de cerveza y un plato de morcillas de sangre fritas, acompañadas con tortillas de trigo y tomate picado con cilantro. El olor de los alimentos lo hizo salivar y, hambriento, se disponía a ensartar el embutido con su tenedor, cuando recordó el Deuteronomio: "Te mantendrás firme en no comer sangre, porque la sangre es la vida, y no comerás la vida juntamente con su carne".

Cortó, sin embargo, la morcilla jugosa para llevársela a la boca y masticar con deleite; luego bebió un trago de cerveza, mientras se preguntaba, recordando el miedo desorbitando los ojos de Grigor y las expresiones embrutecidas de quienes habían intentado lincharlo: "¿Cómo puede el plan de Dios preocuparse más de mi desayuno que

de la muerte de los indefensos? ¿Qué importancia tienen los animales inmundos, que no se deben comer, comparados con los asesinos y los violadores?”.

De regreso a su templo, el pastor se cruzó con un grupo de exaltados sosteniendo, en volandas, a un hombre flaco mientras rezaban padrenuestros y jaculatorias. El sujeto, sobre los hombros de quienes lo llevaban, ponía los ojos en blanco, se retorcía en convulsiones y babeaba, gritando palabrotas y emitiendo ruidos incomprensibles.

—¡Habla en lenguas! —clamaban las gentes, a su alrededor.

—¡Dice en lenguas la palabra de Dios!

—¡Habla en lenguas!

Valerio Estacio, en más de una ocasión, se había puesto a la cabeza de procesiones como la que observaba, motivadas por el aparecimiento de un animal deforme, por la visión de una adolescente o por cualquier fenómeno atmosférico. Esa mañana, se apartó de los fervorosos caminantes para mirarlos mientras se alejaban abarrotando una avenida bordeada por altos muros almenados: iban todos frenéticos, gritando sus oraciones con los brazos levantados hacia el cielo. Y sintió por los creyentes un enorme desprecio.

Había sido testigo, durante el ejercicio de su ministerio, de muchas conversiones y conocía el proceso: se trataba de un arrebato de fervor que cambiaba para siempre la existencia del nuevo creyente. Él mismo había dirigido, muchas veces, a hombres y mujeres, quienes, desesperados de la vida y sus dolores, buscaron su guía para llegar a ver el rostro bondadoso del Señor.

En su propio caso, luego de ser, durante los años de su juventud, devoto del Patrón y haber cumplido con los deberes que esa devoción exigía, fue herido por una bala cuyo rebote lo golpeó en la frente. Quedó aturdido y ciego por varias semanas y, cuando recuperó la vista y su plena conciencia, se supo tocado por la voluntad de Dios: en él se había repetido, por voluntad de la Providencia, el milagro que convirtiera a san Pablo de enemigo de Jesucristo en su heraldo. Adquirió una Biblia y, después de estudiarla por varios meses, se apropió del templo en donde oficiaba e inició su

ministerio.

El desgaste de su fe había demorado mucho más tiempo que su conversión: por meses, sintió que las palabras de sus sermones iban quedando sin sustancia, volviéndose vanas sus plegarias, mecánicas, perdieron todo su sentido quedando convertidas en cantaletas hueras. Finalmente, Grigor había llegado a su iglesia y, aun sabiendo que el profeta pecaba al predicar herejías, Valerio sintió algo verdadero a su lado: su deseo de protegerlo, su olor en la oscuridad, la cercanía de su cuerpo. Y todos sus años de fe le parecieron tiempo desperdiciado.

Una semana después de la partida de Grigor Avendaño, Valerio dejó su ministerio; tras clausurar el templo, abatir su cruz y espantar a sus feligreses, se dedicó a entrenar para volver a su trabajo como sicario: en cinco años de vida pacífica había perdido sus reflejos de luchador, su habilidad con el puñal y su puntería con las armas de fuego.

Dedicaba, pues, los días a ejercitarse en la nave del templo, ante el bello dios mutilado, entre esos muros de piedras sillares en donde, unos meses atrás, se decían oraciones y cantaban himnos. Al atardecer, dejaba su casa y, llevando de nuevo su pistola en el cinto, paseaba por las calles y las plazas de Archidona, mirando los monumentos levantados para honrar a las antiguas divinidades; cuando anochecía, se refugiaba en cualquier bar para beber aguardiente.

Una de esas noches, Valerio entró en una cantina miserable y ruidosa para descubrir, sobre la barra atendida por un camarero demacrado y ojeroso, un televisor encendido en el cual unas actrices fingían padecer, entre pucheros y aspavientos, unas penas enormes.

En la televisión aparecen Hermione, Orestes y Cleo, están ocultos en un kiosco cubierto de flores, en la parte posterior del rancho de Neptolemo, junto a la piscina; es de noche y una serie de luces iluminan el agua y la glorieta en donde hablan, agitados, las dos mujeres y el hombre.

—Está hecho —resopla Orestes—. Ya está hecho.

—¿Ha muerto? —averigua Hermione.

—Agoniza, quizá ya haya muerto en este momento. Yo mismo… yo mismo le atravesé el cuello con mi puñal.

—¿Cómo, cómo fue? —pregunta Cleo.

—Entramos todos a la iglesia, luego llegaron Andrómaca y Neptolemo. Entonces, yo salté sobre él y le hundí mi cuchillo en la garganta.

—¿Lo mataste? ¡Lo mataste!

—Por ti, mi amor. Lo hice por ti.

—¡Asesino! —grita Hermione, llorando—. ¿Cómo pudiste? ¡Él era mi hombre y será siempre mi gran amor!

—Pero, Hermione —interviene Cleo, atónita —, tú…

—¡Murió como si tú misma le hubieras clavado el puñal!—grita Orestes, desesperado—. ¡Tú me diste la orden!

—¿Y quién te mandó hacerme caso? ¡Si yo estaba loca de celos!

—Debemos huir —advierte Cleo—, los hombres de Neptolemo nos estarán buscando. Tenemos que huir hacia el golfo, allá nos protegerán los capos.

—¡Yo no quiero regresar! —gime, histérica, Hermione—. ¡Yo solo me quiero morir!

Mientras bebía un trago de aguardiente, acodado en la barra entre sicarios borrachos, Valerio Estacio comprendió que su vida era, ya

sin sus creencias, muy similar a la de esos personajes vacíos de la telenovela, ajenos al verdadero sufrimiento e incapaces también de hallar profundidad y misterio ni en la vida ni en el mundo.

Luego de un par de horas, salió de la cantina algo borracho y, desorientado, recorrió las calles iluminadas por la luna, sin encontrar el camino de su vivienda. Vagabundeó en círculos y al hacerlo descubrió que Archidona había sido construida en órbitas concéntricas abiertas, como ondas petrificadas, a partir de un gran santuario de mármol, cubierto de esculturas murales y edificado en la cima de la colina ocupada por la ciudad.

Archidona había sido imaginada como una oración de piedra que rodeaba a la morada de Dios sobre la tierra, era una alabanza hecha de muros, recoletas, parques y callejones; y recorriéndola, Valerio Estacio supo que, para los creyentes, todo en el mundo, la urbe y el orbe, tenían un centro y un orden; él, en cambio, ya sin fe, se perdía en un universo caótico.

Aún antes de llegar a su casa, el hombre entendió, también, que sin fe eran iguales y anodinos todas las semanas y los meses. Antes, vivía entre domingos, porque había unas jornadas para trabajar y se dedicaba un día para la alabanza de Dios; al rezar se consagraba el tiempo y los días volvían una y otra vez: como los domingos, regresaban las fiestas de guardar. Cada diciembre se repetían las navidades y entre marzo y abril, la Semana Santa: El nacimiento y el sacrificio de Jesucristo santificaban, una y otra vez, todos los demás meses del año. Para Valerio, el tiempo y el espacio habían perdido su significado.

Pudo llegar al portón del templo donde habitaba y, sentándose en las gradas de su acceso, padeció el sinsentido del mundo. Todo: su vida, las de sus semejantes y la existencia del universo eran solo chispas, más o menos brillantes, pero solo destellos en un mar de tinieblas. Valerio Estacio deseó morir y sacó su pistola de la funda colgada de su cinturón.

Con calma rastrilló el arma, abrió la boca y se introdujo su cañón entre las mandíbulas, sintiendo con la lengua el sabor del metal y su dureza. Bastaba que su dedo índice hiciera una presión mínima en el gatillo para que una bala le perforara la cabeza, destrozándole

primero el paladar, luego la masa encefálica y, finalmente, el hueso del cráneo. Su muerte sería indolora. Pero fue incapaz de moverse, estaba paralizado y no sentía las piernas, ni los brazos, ni la mano que sostenía temblorosa la pistola: su cuerpo se resistía a morir.

Se sacó el arma de la boca, le puso el seguro y, mientras la enfundaba, gritó:

—¡Mierda! ¡Mierda! ¡Mierda!

Entonces empezó a reír al darse cuenta: en ese universo azaroso hundido en el hueco abierto por la ausencia de Dios, solo tenía la certeza de su rabia y de sus gritos. Podía dudar de todo, menos de su ira, pues estaba ahí, en su garganta, en sus músculos contraídos, en la tensión de sus mandíbulas.

A lo largo de su vida violenta, había desafiado al caos muchas veces durante los combates, en las luchas cuerpo a cuerpo, en los atentados hechos con tacos de dinamita; había salido de esos enredos mortales encauzando su furia y dándole un compás: el caos, comprendió, se vence con ferocidad, propósito y sosiego. Y asumiendo así su destino, se dispuso a cumplirlo: iba a encontrar a Grigor y juntos se inventarían una vida en permanente lucha contra el desorden del mundo.

Se puso de pie, entró en el templo oscuro y, a tientas, se aproximó a la estatua mutilada del joven dios para acariciarlo; luego fue hasta su dormitorio, llenó con sus pertenecías un par de alforjas y, echándoselas sobre un hombro, salió hacia la calle iluminada por la luna, dejando el gran portón de la capilla entreabierto.

La premonición inútil de Fabiana Cinde

Mayra Cinde y su hija Fabiana abrían todos los días la vieja puerta cuyas dos hojas cerraban el zaguán de piedra en donde tenían su mercería; luego se dedicaban a barrer con energía las losas pulidas que pavimentaban el piso de su local; corrían una cortina para cubrir el cuarto en donde habitaban, amoblado con una mesa, una cocina de querosén, un lecho, sobre cuya cabecera colgaba una imagen de la Santa del Daño, y un catre; cuando el suelo estaba limpio, movían el mostrador de sus mercancías hasta dejarlo frente a la puerta y colocaban, sobre su tablero, el aparato televisor que las entretendría durante la jornada.

Luego la madre iba tras del cortinaje para sacar a su marido, Alano; el hombre, hasta esa hora, permanecía sentado junto a la mesa, después de comer su desayuno; diligente, la mujer guiaba el cuerpo recio de su esposo, quien se dejaba traer y llevar con indiferencia, y lo acomodaba en una silla puesta por Fabiana junto a la entrada del local.

Ambas, madre e hija, eran unas bellas mujeres, vestidas con pobreza y dignidad; la mayor, quien había cumplido más de cincuenta años, tenía el cabello plateado, recogido en un moño; los rasgos de su rostro eran perfectos, unas pocas arrugas le marcaban las comisuras de los labios y sus ojos claros mantenían la intensidad con la que habían brillado siempre. Fabiana, quince años menor que su madre, era muy parecida a ella, poseía sus mismas facciones pero su pelo era pajizo, tenía ojeras, sus ojos estaban siempre irritados y la piel de sus mejillas se veía marchita.

Alano Cinde, vestido con un pantalón de paño, camisa blanca y alpargatas, sentado junto a la puerta del zaguán ocupado por la mercería de su esposa, se veía tan imponente como cuando dirigía el cártel de Archidona, antes de que una senilidad precoz lo idiotizara, dejándolo mudo y estupefacto, necesitado de su mujer para cumplir

los mínimos actos imprescindibles para la vida. Ya incapaz de mandar, fue sustituido por Nilka Soren, su lugarteniente; entonces Mayra, con sus ahorros, se puso una tienda donde vendía material de costura: hilos, tijeras, broches, encajes, agujas y alfileres. Ella y su hija también bordaban manteles y blusas y, con frecuencia, cosían o lavaban ropa ajena.

Unida a Alano desde muy joven, Mayra había soportado paciente sus golpes, rezándole a la Dañina con la esperanza de que las violencias de su marido le fueran tolerables:

—¡Ciega Señora del Daño, óyenos a tus pecadores! ¡Detén tu maldad y tu crueldad! ¡Óyenos a tus pecadores! ¡Que tu daño no nos quiebre! ¡Qué tu furia no nos hunda!

Estaba acostumbrada a las bofetadas y a ser penetrada por la fuerza, cuando él la deseaba, tendida boca abajo en la cama y con el rostro aplastado contra el colchón. Segura de que el destino de las mujeres era sufrir la brutalidad de sus esposos, se había empeñado en cuidar de su hija, impidiéndole tener cualquier relación que pudiera terminar en matrimonio; Fabiana, gracias a esa vigilancia rígida, se conservaba soltera.

El negocio se movía poco: unas cuantas viejas compraban hilo y broches, y algunas de las mujeres de los sicarios traían sus prendas para que Mayra les cosiera encajes y las lavara; todos en Archidona lo sabían: la esposa del antiguo jefe era capaz de arreglar las ropas desgarradas con zurcidos invisibles o lavar las blusas sin estropear sus encajes ni sus bordados.

Llegada la noche, las dos mujeres se encerraban en el zaguán, tornando las pesadas hojas de su puerta y, tras descorrer la cortina que separaba su cuarto de la tienda, cocían los alimentos para la cena. Luego de haber comido en silencio, la madre corría otra vez el cortinaje y, dejando a su hija en la oscuridad, apoyada contra el mostrador de la mercería, se ocupaba en desnudar a su esposo para bañarlo. Colocaba una tinaja de latón junto a la cocina, hacía que Alano se parara dentro de ella y empezaba a frotarle el cuerpo macizo. El hombre se dejaba restregar, impasible, y ella lo aseaba, palpando la musculatura de esos esos miembros que tanto la atemorizaran en otras épocas, mientras murmuraba, casi contenta:

—¡Ciega Señora del Daño, óyenos a tus pecadores! ¡Detén tu maldad y tu crueldad! ¡Óyenos a tus pecadores! ¡Que tu daño no nos quiebre! ¡Que tu furia no nos hunda!

Entre tanto, desde la oscuridad y por un resquicio de la cortina, Fabiana, que no había visto nunca a otro hombre desnudo, espiaba el cuerpo de su padre sintiendo un calor húmedo en el pecho y en el cuello; se ahogaba al contemplar a su madre, quien cubría con espuma jabonosa ese ancho tórax y ese cuello poderoso adornado por una gran medalla del Patrón y un amuleto antiguo: un colmillo de marfil. Mientras Mayra enjuagaba los muslos de su marido, a Fabiana le temblaban las piernas y era incapaz de controlar sus dedos crispados, cuyas uñas se le clavaban en las palmas de las manos; en esos momentos de ardor, no podía tragar saliva y susurraba, con la boca seca, las pocas palabrotas que aprendiera de niña, escuchando a los sicarios de su padre.

—Cabrón. Más, más, cabrón de mierda. Puta, más, hijo de puta. Coño, puta, hijo de una gran puta.

Cuando Mayra ya había terminado de vestir con una pijama a su marido, su hija, exhausta, atravesaba la cortina para ayudarla; ambas recostaban al viejo en el catre y lo cubrían con las mantas; luego se desnudaban y ponían unas batas blanquísimas, le rezaban con devoción a la imagen de la Dañina, colgada sobre la cabecera de la cama que compartían, apagaban la bombilla que pendía del techo abovedado de piedra y se acostaban. La madre tardaba poco en quedar dormida; Fabiana, sudorosa, demoraba en conciliar el sueño.

La locura de Fabiana y el último dolor de Mayra, su madre, empezaron una mañana de verano. Como de costumbre, ambas se entretenían viendo el televisor, mientras las esculturas que poblaban la ciudad se recalentaban bajo el sol y sus gentes, resoplando, recorrían sus aceras guareciéndose bajo los soportales, a la sombra de los arquitrabes y las cornisas de las antiguas edificaciones.

En la pantalla de la televisión aparece Orestes, quien, ataviado con un esmoquin blanco, fuma en la barra de una discoteca iluminada por una serie de luces psicodélicas; tras él, en unas mesas de vidrio, una docena de parejas beben cocteles en vasos

de colores mientras al fondo, sobre una pista de baile, unas coristas vestidas con mallas de fantasía bailan un son tropical agitando, sobre sus cabezas, unos abanicos de plumas.

Pílades, el amigo de Orestes, se le acerca y susurra:

—Hermione y su amiga Cleo huyeron en una avioneta, en dirección al golfo.

—¿Cómo?

—Creo que Cleo preparó el escape. Se fueron.

—Y Andrómaca, ¿Qué pasó con ella, con la viuda del narco?

—Nadie la ha vuelto a ver, ni a ella ni a Estrellita, su hija. Debió huir también.

—Hermione escapó siguiendo mis órdenes —miente Orestes, tragando saliva, y dispone—: tú, averigua qué pasa con la gente de Neptolemo.

—Dalo por hecho, amigo —acata Pílades y se retira, mientras Orestes hunde el rostro en sus manos y solloza—. ¡Por Dios! ¿De qué crimen malvado he sido capaz? Acabo de derramar la sangre de un jefe valiente, y a traición, sin dejarle que se defienda. Y al matarlo he ofendido a todos: a los capos del golfo, a las gentes de Neptolemo y hasta a Dios, ¡porque derramé su sangre en una iglesia! Y todos me castigarán apenas me agarren. ¿Y por qué? ¡Por las falsas esperanzas que me dio una ingrata! Apenas supo que cumplí con sus deseos, Hermione me llamó asesino y ahora huye de mí. ¡Traidora, traicionera! ¡Qué mal me pagas, mujer! Huyes y me dejas aquí, solo y enfrentado con todos. ¡Ah, maldita seas, Hermione, maldita seas!

Fabiana, quien se había dormido aburrida por la telenovela, sintió

que se desdoblaba: su cuerpo sudoroso, permanecía apoyado contra el mostrador de la mercería, con la cabeza caída sobre el pecho y las manos cruzadas en su regazo, mientras ella, convertida en una especie de hálito, se desprendía de sus carnes para flotar hacia la acera.

Ya no era verano en las calles cuando Fabiana, convertida en un vaho, empezó a vagar por la ciudad de Archidona: tronaba, unos relámpagos brillaban contra los bajorrelieves tallados en los muros de los edificios, caía una copiosa lluvia sobre el empedrado de las calzadas y chorros de agua turbia brotaban por las fauces de las gárgolas esculpidas en las cornisas de los edificios.

Entre los transeúntes que corrían para guarecerse de la lluvia, la mujer vio aterrada a una partida de fantasmas cuyos cuerpos estaban hechos de niebla; eran jinetes y trotaban por las calles entre los automóviles, se detenían junto a las columnas que sostenían los frontones de los edificios, entraban a las naves de los templos o galopaban sorteando los puestos de los mercados; de tanto en tanto, se inclinaban junto a los cuellos de sus monturas para susurrar, en los oídos de las gentes de Archidona, unas palabras espantosas.

Los hombres, las mujeres y hasta los niños, quienes, sin saberlo, escuchaban los susurros de los espectros, cambiaban ante la vista aterrada de Fabiana: los ojos se les hundían en las cuencas hasta quedar en ellas solo unos huecos negros, unas pequeñas manchas les cubrían las mejillas, de sus narices empezaban a gotearles unas mucosidades grisáceas y los cabellos se desprendían de sus cabezas en mechones que, empapados por la lluvia, caían sobre los adoquines de las calzadas y las ensuciaban.

Fabiana vio como las carnes de las gentes se consumían y sus pieles quedaban convertidas en pellejos arrugados que parecían a punto de rasgarse; las uñas, muertas, ennegrecían en los extremos de sus dedos y los dientes se les quebraban cuando querían hablar, pues no podían vocalizar y eran solo capaces de abrir y cerrar las bocas, entrechocando sus dentaduras con desesperación.

Todos los habitantes de Archidona, luego de haber sido contagiados por los jinetes, empezaron a deambular como dormidos

por la ciudad; luego, al atardecer, treparon por los muros de los edificios más altos para, llegados a sus cornisas, lanzarse al vacío. Fabiana vio cómo esos cuerpos consumidos se convertían en una pasta sanguinolenta al golpear contra los adoquines de las calles encharcadas por la lluvia.

Mayra la despertó, sacudiéndola con fastidio, mientras le decía:

—¡Te has dormido, vaga! ¡Y te pones a gritar en sueños, como si estuvieras loca!

—¿Gritaba? —preguntó Fabiana, aturdida.

—Como loca, ¿no te digo?

—Tuve un mal sueño, mamá. Tengo miedo.

—¡Siempre con tus alharacas!

—Fue una advertencia: tenemos que irnos de esta ciudad. ¡Tenemos que irnos!

—¿Irnos? ¿A dónde? Estás mal: de un tiempo acá te pones como loca por cualquier cosa.

— Hágame caso, mamá. ¡Van a venir días terribles para Archidona! Vi que llegaba una plaga y todos se morían aquí —clamó Fabiana, llorando.

—¡Déjate de estupideces! —la increpó su madre, abofeteándola —. Entra al cuarto y lávate la cara: no quiero que las clientas te vean así.

Enjugándose las lágrimas, Fabiana hizo lo que su madre le ordenaba y el resto del día lo pasó tras del mostrador, vendiendo unos cuantos carretes de hilo y un par de tijeras, mientras Mayra Cinde conversaba con las compradoras, quienes le mostraban siempre una gran deferencia: al cabo ella había sido la mujer más poderosa de la ciudad.

Antes del anochecer, la madre salió de su mercería para comprar el pan para la cena; fue entonces cuando el horror comenzó para Fabiana, quien, aún resentida por la bofetada que recibiera en la mañana, vio cómo Mayra se echaba un chal de hilo sobre los hombros y cruzaba el umbral hacia la calle.

Cuando estuvo sola, y antes de cerrar la tienda, rodeó el mostrador para ir hasta donde su padre permanecía sentado; esperaba encontrarlo como siempre, con la mirada vacía, perdida en

la fachada del edificio del otro lado de la calle, pero, al acercársele lo halló de pie, observándose las palmas de las manos como si no se las hubiera visto nunca. Cuando estuvo a su lado, Alano levantó sus ojos y la miró fijamente, mientras preguntaba:

—¿Qué pasa? ¿Dónde estoy?

—¡Puedes hablar! —exclamó la mujer, asombrada.

—¡Claro que puedo hablar! Pero…

—¿Qué? ¿Qué te pasa?

—No sé quién soy, ni qué hago aquí —dijo Alano, mirando a su alrededor, desconcertado.

—¿No me reconoces? —indagó Fabiana.

—No. No sé quién eres.

—¿De qué te acuerdas?

—Estaba sentado aquí, cuando pasaron unos hombres a caballo, entre los autos.

—¿Cómo eran esos jinetes? —preguntó Fabiana, asustada.

—Parecían fantasmas —le respondió su padre, parpadeando—. Fantasmas.

Fabiana supo que su pesadilla se empezaba a cumplir: una mortandad, cuyas dimensiones no se atrevía a imaginar, se abatía sobre Archidona y, de alguna manera, la recuperación de su padre era parte de esa tragedia. Sintió miedo y, al mismo tiempo, una rabia inmensa contra su madre, quien, como siempre, en vez de creerle y valorar su advertencia, la había puesto en ridículo y abofeteado. Entonces, Alano repitió la pregunta que antes le había hecho:

—¿Dónde estoy?

—En Archidona, aquí vives.

—¿Quién soy?

En la inteligencia de Fabiana se mezclaron el resentimiento que le inspiraba su madre con el peso de sus frustraciones y con las ganas de sus noches sudorosas. Mayra Cinde, perfecta, fría e implacable, le había impedido hacer tantas cosas y la mantenía sometida: le conocía los miedos y los deseos, y sabía cómo incentivar los unos y reprimir los otros, hundiéndola siempre en el fracaso.

—¿Quién soy? —repitió Alano Cinde.

—Eres… —le contestó Fabiana, tomándole de la mano para conducirlo hacia el interior del zaguán—, tú eres mi marido.

Cuando Mayra regresó, con la bolsa de pan bajo el brazo, vio las hojas de la puerta de su tienda abiertas, el mostrador estaba aún cruzado entre las jambas y corrida la cortina que ocultaba su vivienda. Puso el pan junto al televisor y, extrañada, se aproximó al cortinaje para descorrerlo con la mano temblorosa, mientras escuchaba bramar a su marido; entonces vio, en la luz de la bombilla colgada del techo de piedra, la imagen de la Dañina y, bajo ella, a Alano Cinde, quien tenía a su hija recostada boca abajo en la cama y la montaba, embistiéndola con furor, mientras le hundía la cabeza en el colchón; ambos estaban desnudos, sus pieles brillaban sudorosas y un olor acre enrarecía el ambiente.

—¡Cabrón! ¡Más, más, cabrón de mierda! ¡Puta, más, hijo de puta! ¡Coño, puta, hijo de una gran puta! —gruñía Fabiana, riendo a momentos.

—Perra, ¿cómo pudo? ¿Cómo? —murmuró Mayra, corriendo la cortina de nuevo, antes de rodear el mostrador y tomar la bolsa del pan que trajera, para salir a la calle y perderse bufando entre sus sombras, prometiéndose—: pero la haré pagar por esto cada día de los que nos quedan. ¡Cada día!

Cando la mujer regresó a su vivienda, encontró la puerta del zaguán cerrada y la mercería en orden: las mercancías estaban guardadas y el mostrador adosado a la pared; en la habitación, Fabiana y Alano cenaban sin que en ellos se notara nada anormal: ella se afanaba sirviendo los platos de sopa y él, ya vestido con su pijama y otra vez hundido en su marasmo, permanecía ausente, sentado en su silla y con la mirada perdida en la pared que tenía delante. Mayra percibió en el cuarto, sin embargo, el olor de las humedades que exudan los cuerpos durante el coito.

—Trajo ya el pan, mamá —dijo Fabiana, mientras ponía un plato más sobre la mesa—. Se demoró bastante. Tuve que bañarlo yo a papá.

—Debiste esperarme —se quejó la madre, depositando la bolsa del pan en el tablero con las manos temblorosas—, esa no es tarea tuya.

—Siéntese, mamá, que la sopa está caliente.

Comieron en silencio y, luego de recostar a Alano en su catre, las dos mujeres se desnudaron para ponerse sus batas de dormir. De reojo, Mayra observó el cuerpo de su hija, sin notar nada extraño en él: ni un rasguño, ni un moretón marcaban su piel pálida. Después de rezarle a la Dañina, ambas se acostaron; esa noche, Fabiana se durmió de inmediato, mientras su madre permanecía despierta, oyéndola roncar y recordando con asco y rabia la escena que espiara unas horas antes.

Al despertar, descubrieron que Alano había escapado durante la noche: el catre estaba vacío y la puerta del zaguán entreabierta. Mayra y Fabiana, luego de vestirse apresuradamente, salieron a buscarlo recorriendo las calles recién amanecidas: temían que un automóvil lo atropellara, pues Alano caminaba como en sueños, sin ver lo que tenía delante.

Pronto se percataron: algo ocurría en la ciudad, en las aceras, los transeúntes caminaban como si el frío del amanecer les envarara los miembros, iban rígidos y con los rostros pálidos y ojerosos; se veían tristes o inquietos, algunos, incluso, parecía haber llorado durante la noche, pues tenían los ojos hinchados.

Tras caminar por un rato largo, encontraron a Alano, vestido aún con su pijama, sentado en una banca frente a una de las iglesias de la ciudad y mirando, fijamente, la torre del templo de la cual, durante la noche, había caído el ángel de bronce que la adornaba; la figura brillante se había estrellado contra el pavimento y permanecía echada sobre el suelo, retorcida y cubierta de abolladuras.

—¡Qué agüero tan malo! —exclamó Fabiana, viendo el ángel destrozado mientras ayudaba a su madre, quien, con un inocultable asco, había tomado de la mano a su esposo para levantarlo del banco.

De regreso a su vivienda, las dos mujeres se encontraron con accidentes que entorpecían la circulación por las vías de la ciudad: varios choferes se habían subido a las aceras, golpeado a los transeúntes o chocado con otros automotores en las bocacalles; un par de viandantes yacían ensangrentados sobre la calzada.

En los días siguientes, Mayra y Fabiana vieron como la ciudad se

alteraba por completo: los locos de Archidona empezaron a salir a las calles, aullando; sus parientes los retenían en las casas, encerrándolos, por lo que gritaban sus desvaríos por las rendijas de las celosías tras de las cuales estaban aprisionados:

—¡El mal!

—¡Dolor!

—¡Quema!

—¡Dolor! ¡Dolor!

La mayoría de las clientes dejaron de ir a la mercería de Mayra Cinde, dos o tres viejas fueron, en esos días, a comprar hilo o encajes y, mientras fingían observar la mercancía, aprovechaban para desahogarse contando las pesadillas que las atormentaban: soñaban con los muros de la ciudad carcomidos por unas ratas de humo cuyas fauces podían deshacer las piedras, o con ellas mismas, convertidas en perras aulladoras que recorrían los callejones.

A toda hora, en las aceras o en los mercados, las gentes se reunían en grupos para observar con aprehensión las nubes, distinguiendo en ellas formas y figuras aterradoras: unos decían ver coches fúnebres, otros las lápidas del cementerio y algunos afirmaban que la Dañina le hacía gestos iracundos desde el cielo.

En esos días, todos los clérigos, sacerdotes y ministros de las iglesias de Archidona, empezaron a predicar, desde sus altares y púlpitos, unos sermones llenos de acusaciones y promesas de castigos: con los ojos desorbitados, sentenciaban a la población de la ciudad por sus muchos pecados y advertían del dolor y de la muerte que se avecinaban.

Y llegaron el dolor y la muerte. Mayra Cinde y su hija, inmunes al horror que se apoderaba de los habitantes de Archidona, fueron testigos de cómo en las cabezas de las gentes empezaba a soplar el aire oscuro de la desesperación: al principio, los contagiados por ese mal dejaban de comer y permanecían por horas entumidos en sus cuartos, en las aceras o en las bancas de los templos. Luego, sufrían unos accesos de llanto: bramaban mientras las lágrimas les humedecían las mejillas y reprendían a quienes trataban de ayudarlos, usando las palabras más ruines. Terminaban todos por hacerse daño: golpeaban sus cabezas contra las columnas de los

edificios, algunos llegaban a trepar hasta sus cornisas y lanzarse desde ellas para reventar sus cráneos contra los cantos romos de las calzadas.

Durante semanas, en la antigua ciudad de Archidona se escucharon, solamente, las quejas de los sufrientes, quienes clamaban al ver los cuerpos de sus padres rotos sobre el pavimento de las calles, o a sus hijos con las cabezas partidas por los golpes que se habían dado contra las piedras talladas de los muros, o a sus cónyuges agonizando de hambre, hundidos en una parálisis babeante.

En las últimas dos semanas del horror, Mayra, su marido y Fabiana se habían recluido en su zaguán, con las provisiones que pudieron almacenar. Los muros de piedra amortiguaban los ruidos del exterior, ambas mujeres, pues, no sufrieron los gritos de los moribundos de la ciudad, ni los lamentos de sus familiares desesperados. En ese lapso, madre e hija se habían sentido demasiado aterradas como para enfrentarse la una con la otra.

Finalmente, cuando los víveres se les terminaron, abrieron la puerta de la mercería para salir a las calles y recorrerlas; llevaron con ellas a Alano, temiendo que, si lo dejaban, huiría de nuevo para perderse por la ciudad. Los tres caminaron lentamente por las aceras, ellas temerosas, él ido, como de costumbre; a su paso, fueron encontrando las huellas del mal que se había ensañado con la población de Archidona. Muchos automóviles chocados bloqueaban las calles, y eran muchos más los muertos cuyos cadáveres, en todas las posiciones, ocupaban las aceras y los soportales: los había retorcidos sobre las piedras, tendidos pacíficamente sobre ellas o colgados de los balcones y los antepechos de las ventanas; algunos empezaban a descomponerse, otros, ya podridos, tenía las pieles manchadas y los labios recogidos, con sus dentaduras expuestas parecían reír.

Quienes habían sobrevivido indemnes, como los Cinde, empezaban a recorrer la ciudad para reorganizarla y seguir con sus vidas, aunque se les hacía difícil: aun los más curtidos sicarios vacilaban al recoger los cadáveres o entrar a casas donde todos, niños y adultos, habían muerto consumidos por el hambre o

convulsionando delirantes.

En una esquina, se vieron rodeadas por un grupo de viejas hambreadas, quienes igual reían que lloraban mostrando sus encías sin dientes; entre ellas, con la espalda apoyada contra un muro cubierto de moho, encontraron a una mujer que había muerto mientras daba de lactar a un bebé, quien, con los ojos abiertos, seguía chupando el pezón ya azuloso de su madre. Fabiana quiso acercarse a la criatura, pero un hombre alto y rubicundo, tocado con un sombrero de paja y vestido con traje de lino, se le adelantó, arrancando al pequeño de entre los brazos rígidos de la muerta, para abrazarlo contra su pecho, cruzado por las correas de dos morrales cargados con amuletos.

Fabiana y sus padres llegaron hasta los límites de la ciudad, caminando sin un rumbo definido; en un bosquecillo, cuyos árboles escuálidos crecían junto al río del Olvido, cruzaron sus pasos con los de un hombre, quien andaba a trompicones, vencido casi por la inanición. Se le acercaron para descubrir que tropezaba porque tenía los ojos cubiertos de lagañas. Cuando los sintió cerca preguntó:

—Señores, ¿voy bien por este camino hacia Archidona?

—¿Va a Archidona? —se extrañó Fabiana.

—Sí —respondió el hombre—. Allá iba, pero me he perdido.

—Va bien por aquí —le respondió la madre, suspirando.

Unos pasos más allá se encontraron con el cadáver de un joven rubio, tendido bajo unos arbustos de hojas muy verdes; seguramente, con sus últimas fuerzas había intentado escapar de la ciudad; al final de su huida, agónico ya, debió hallar algún abrigo bajo esas ramas. En su rostro permanecía la expresión de horror con la que hubo de recibir a la muerte.

—Regresemos —ordenó, recuperando su autoridad, Mayra Cinde, mientras tomaba a su marido de la mano y se volvía.

—Yo no voy —la contradijo Fabiana.

—¿Y qué vas a hacer? —le preguntó su madre, con un dejo de burla en la voz—. ¿Te vas a ir sola por estos caminos?

Fabiana se acercó a Mayra para propinarle tres bofetones seguidos con la palma y el revés de la mano; la agredida, sin concebir que su hija pudiera atacarla así, fue incapaz de reaccionar:

quedó atónita, junto a su marido, con la boca abierta, los ojos desorbitados y las mejillas enrojecidas por los chirlazos.

—Habrá un lugar que no haya sido pisado por nadie, un arenal donde solo se puedan ver las huellas de los pájaros —dijo Fabiana, alejándose de sus padres por el camino áspero que, según decían las gentes, terminaba en el vasto desierto de Cunqueiros.

La tenue esperanza de Pacho Laprida

Al amanecer, Pacho Laprida, alto y rubicundo, tocado con un sombrero de paja y vestido con traje de lino, salió de su casa, cargado con un costal de provisiones y, caminando con precaución, se internó por la callejuelas del barrio más pobre de la ciudad, entre los muros cubiertos de verdín de casas cuyas ventanas estaban protegidas por rejas de barrotes oxidados; entró en un edificio de techo abovedado, sostenido por arcadas de piedra, en el cual se abrían unas claraboyas por las que penetraba la luz del sol. Lo esperaban, sentados en unas bancas de piedra, dos muchachos fornidos y de pelo negro, Jeremías y Teixidor, y dos chicas rubias, Cristal y Bernardita, todos iban descalzos y vestían pantalones cortos y camisetas de punto llenas de remiendos. Los cuatro jóvenes trabajaban buscando, entre los cimientos de las construcciones de la ciudad y en los cementerios, antiguas figuras, medallas y medallones que luego Laprida vendía como amuletos, en Archidona y en las otras ciudades de la meseta de Quiroz.

El comerciante depositó sobre el suelo, cubierto con baldosas ocres, el costal que traía y los chicos, ávidos, se acercaron para hurgar en él y disponer su contenido sobre la superficie de piedra de un banco. Eran alimentos: dos hogazas de pan, varias latas de atún, media docena de refrescos embotellados, peras, manzanas y un queso redondo cubierto de cera roja. Del fondo del saco, Cristal extrajo una barra de chocolate, la partió en cuatro pedazos y, quedándose con uno, extendió los otros tres a sus compañeros, mientras afirmaba, dirigiéndose a Laprida:

—Tú no quieres, ¿no es cierto?

—Si él no necesita comer —se burló Bernardita—, ¡le reza un padrenuestro al Niño Jesús y se le pasa el hambre!

Pacho, sonriendo, se tocó en el pecho el escapulario del Divino Niño, que la misma Bernardita había bordado, y dijo:

—Ya desayuné, con mi padre. Les traje comida porque se habrán terminado lo que tenían.

—Ayer. Todo se nos terminó ayer —puntualizó Cristal y acusó, señalando hacia los chicos con el trozo de chocolate que aún no se había comido—: es que ese par de gorilas tragan y tragan. ¡Si no fueran tan buenos para alzar las lápidas cuando buscamos tus amuletos!

—Hablando de lápidas —informó Bernardita—, ayer, en el cementerio encontramos una figura gorda.

—¿Gorda? —se extrañó Pacho.

—Sí —explicó Jeremías, rascándose la enmarañada cabellera negra—. Es la estatua de un gordo sentado, está hecha en una piedra verde, es grande y pesa.

Teixidor, quien era mudo, fingió cargar un gran bulto entre las manos mientras caminaba tambaleándose y reía; luego tiró el peso imaginado hacia Jeremías, el chico atrapó el bulto inexistente y se lo devolvió, haciendo una pirueta; luego se acercó a Bernardita, quien trató de evitarlo, la levantó entre los brazos y pretendió lanzársela a su compañero, mientras gritaba:

—¡Te lanzo esta gorda!

—¡Gorda estará tu abuela! —protestó la chica, entre risas, antes de que su amigo la depositara en el suelo—. ¡Gorda estará tu abuela!

—No me interesa una figura así —dijo Laprida, y los reprendió—: se suponía que no iban a salir mientras durara la plaga.

—Quisiera ir al río, a bañarme —se quejó Cristal, alborotándose los cabellos rubios y e inclinando el rostro hacia sus axilas, para olérselas—. ¡Hemos estado encerrados tanto tiempo! ¡Apesto!

—Nunca he estado guardado por tantos días —la apoyó Jeremías —. Siempre hemos estado solos, pero nunca presos.

—Bueno —le discutió Bernardita—, después de que se murieron mis padres, una vieja me encerró para venderme a una casa de putas. Pero me escapé, ¡y eso que tenía nueve o diez años en ese tiempo!

—Solo han sido dos semanas —los contradijo el comerciante, mientras se ponía de pie para dirigirse hacia el fondo del lugar,

preguntando:—¿esto que está aquí es el nuevo material que recogieron?

—Sí: dos sacos llenos —confirmó Cristal—. Nos debes por lo menos treinta monedas, Pacho.

—Los vendo y les traigo… Quince monedas —dijo el comerciante, colgándose cruzados sobre el pecho los dos morrales llenos de figuras, monedas y medallas—. No más de quince monedas.

—¡Eres un tacaño! ¡Y pensar que nos arriesgamos saliendo en semejante plaga por tus tonterías! —protestó Bernardita, acercándose al hombre y pellizcándole en el trasero mientras le mordía, suavemente, el lóbulo de la oreja izquierda.

—¿Podrás vender los amuletos, con todo lo que está pasando? —indagó Jeremías—. ¡Todos están como locos!

—¡Claro! —se apresuró a responder Cristal—. ¡Con esta plaga deben estar deseando protegerse con cualquier cosa!

—Entonces, ¡les podríamos vender aceite de serpiente! —propuso el muchacho.

—Es verdad —aceptó Laprida, dirigiéndose a la entrada del lugar —. ¡Me van a quitar la mercancía de las manos!

Teixidor hizo una cabriola plantándose frente al comerciante con las manos abiertas, en gesto de interrogación.

—Sí —aceptó el hombre, sonriendo, antes de besar al chico en la boca y salir a la calle—. Si vendo bien los amuletos, les traigo dieciocho monedas. ¡Ni una más!

Pacho y los cuatro muchachos colaboraban desde hacía dos o tres años; al principio, el comerciante había trabajado como Francisco Laprida, su padre, también vendedor de amuletos: dedicaba semanas a escarbar entre las ruinas de Archidona, buscando las figurillas, y luego, durante unos días, recorría las calles y las carreteras vendiéndolas. Una tarde, mientras cavaba en uno de los túneles perforados en el subsuelo de la ciudad, se cruzó con Bernardita, quien parecía haber dormido allí; un momento después llegaron Cristal y los dos chicos, y el comerciante creyó que lo iban a asaltar.

—Te conozco —le había dicho Cristal, sonriendo—: eres el que vende amuletos.

—Sí, eso hago. ¿Y ustedes quiénes son? ¿Qué hacen aquí?

Eran, le contaron, huérfanos y andaban por las calles desde niños, vivían en los subterráneos excavados en la colina donde los antiguos levantaron la ciudad; conocían todos esos túneles, sostenidos por arcos de piedra tallada, y se ocultaban allí cuando los perseguían por sus pequeños hurtos. No solo robaban para comer: las chicas, a veces, cuidaban los niños de las vendedoras del mercado y los jóvenes trabajaban cargando bultos; todos, en las épocas de mayor necesidad, se acostaban con quien les pagara unas monedas.

Los jóvenes, cuatro o cinco años menores que Laprida, no sabían sus edades con certeza ni tenían memoria de sus padres e ignoraban, también, si habían nacido en Archidona o eran hijos de migrantes, criaturas perdidas en el accidentado viaje de sus familias hacia las Ciudades del Norte. El cuarteto constituía una pequeña tribu, se cuidaban unos a otros y, Pacho lo descubrió pronto, eran también amantes: se enredaban a veces los cuatro y, en otros momentos, solo tres o dos de ellos, en cópulas joviales. Pronto, los chicos atrajeron al comerciante a sus juegos eróticos, y unas semanas después decidieron trabajar para él, buscando las figuras que vendería luego como amuletos: así él tendría sus mercancías y ellos un ingreso fijo.

—Ya estoy harta de frotarles los miembros a unos viejos a cambio de dinero —había dicho Bernardita, dejándose besar por Teixidor, mientras cerraban el trato con Laprida—. ¡Nosotros escarbamos, tú vendes y todos felices!

Esa mañana, tras abandonar el refugio de los muchachos, Pacho caminó por las calles de Archidona, entre sus habitantes aterrados, voceando sus mercancías y vendiéndolas; como había previsto, las gentes, asustadas por la plaga de abulias y suicidios que golpeaba a la ciudad, compraron a buen precio los pequeños objetos mágicos que vendía, con la esperanza de protegerse del mal.

En una de las esquinas, se detuvo junto a un grupo de personas, quienes se apretujaban en silencio, observando algo; se inmiscuyó entre los curiosos para descubrir el cadáver de una mujer, sentada sobre la acera y con la espalda apoyada contra un muro cubierto de

figuras talladas. La infeliz tenía vacías las cuencas de los ojos y aún protegía en el regazo a su hijo, quien, desesperadamente, chupaba su pezón ya azulado.

Pacho, conmovido, arrancó al pequeño de entre los brazos de la muerta para abrazarlo contra su pecho, cruzado por las correas de sus morrales; luego se alejó hacia el refugio de Cristal y sus compañeros. A su alrededor, los habitantes de Archidona recorrían desconcertados la ciudad asolada por el horror que se había abatido sobre ella.

Media hora más tarde, Laprida entró al edificio habitado por sus amigos; halló a las chicas jugando cartas, sobre uno de los bancos de piedra del lugar, y a los muchachos abrazados en el jergón que usaban para dormir; Jeremías le contaba algo al oído a Teixidor, quien, riendo, se arrebujaba en la frazada que los cubría. Cuando vieron al comerciante, cargado con el bebé, las jóvenes soltaron las cartas para acercársele, mientras Teixidor y Jeremías los miraban desde el lecho.

—¿De dónde lo sacaste? —preguntó Cristal, tomado en sus brazos al niño, que empezó a llorar—. A esta criatura no la han cambiado en horas, ¿dónde está la madre?

—Está en la calle y muerta —respondió Pacho—. La pobre mujer lo sostenía en los brazos, pero ya era un cadáver.

—Tendrá familia —supuso Jeremías, dejando el jergón acompañado por Teixidor—. Los estarán buscando, no debiste traerlo.

—¿No han visto las calles? —protestó el comerciante—. En la ciudad todos están locos o muriendo. Si lo dejo, se muere también.

—¡Y pensaste que en nuestra banda de abandonados lo cuidaríamos! —rio Bernardita—. Siendo devoto del Divino Niño, no podías hacer otra cosa.

—¡Pues ya está hecho! —aceptó Cristal, mientras entregaba el bebé a Teixidor, quien de un salto se había aproximado a ella—. Por lo pronto necesitamos una mamila, pañales, leche… Trae todo, Pacho.

Unas horas más tarde, Laprida llevaba su morral lleno con potes de leche en polvo, mamaderas y una olla para esterilizarlas, dos

pacas de pañales y unos cuantos juguetes, cuando dos sicarios lo agarraron por los brazos para obligarle a subir a una camioneta todo terreno; lo echaron boca abajo en el balde, uno de los sujetos le plantó el pie en la espada, inmovilizándolo, y el otro, luego de trepar a la cabina del vehículo, lo puso en movimiento: arrancaron para perderse, a toda velocidad, por las calles retorcidas del centro de Archidona.

El comerciante apenas había podido ver a sus captores, sin embargo, los reconoció como sicarios por su vestimenta y por las armas colgadas en sus cinturones: pistolas doradas, con cachas de nácar, y machetes en fundas de cuero repujado. No recordaba haber tenido ningún problema con las gentes del cártel de la ciudad, pero en la alteración sufrida por todos en Archidona, los traficantes podían haberlo confundido con algún enemigo: en ese caso, su vida corría peligro.

Llegaron al antiguo palacio de altos muros en donde vivía Nilka Soren, la líder del cártel, y casi en volandas, los dos sicarios lo bajaron de la camioneta para arrastrarlo a través de la puerta del edificio, luego cruzó un patio en cuyo centro se levantaba una fuente de arenisca adornada con delfines pintados de azul y, por fin, llegó, siempre a rastras, hasta una sala de ventanas ojivales, amoblada con un escritorio de metal y cuatro bancas de madera; allí lo esperaba la jefa: una mujer gorda, mofletuda y vestida con pantalones vaqueros y una camisa de satén rojo, tenía el cabello teñido de un fucsia brillante; la acompañaba un hombre enorme, muy rubio y con los ojos azules armado con un machete y completamente vestido de blanco.

Atado de pies y manos, y echado sobre una de las bancas, gemía un viejo barbudo, vestido con hábito de monje, en cuya cabeza se abrían varias heridas. Pacho lo conocía, como todos en la ciudad: era Pascual Rebuán, el adivino de la jefa; la gente afirmaba que Nilka Soren no hacía ningún negocio sin antes consultarlo.

—¿Eres Pacho Laprida? —preguntó la mujer, sonriente y hablando con un extraño acento extranjero.

—Sí —respondió el comerciante, quien recibió de inmediato un bofetón propinado por Nilka, quien le corrigió:

—Sí, señora, hijo de una puta. Me tratas de señora. Este que me acompaña —continuó, señalando al hombre rubio, quien se había apartado del adivino—, es mi guardaespaldas Vanka. A él lo tratas con el mismo respeto que a mí.

—Sí, señora —se apresuró a decir Laprida, cubriéndose el rostro con los antebrazos.

—¡Valiente que se diga, no eres! —se burló la mujer, y continuó, mientras revisaba el morral de Pacho—: veo que estás criando un niño.

—Sí, señora, pero no entiendo por qué me han traído.

—Antes de que entiendas algo, cabrón de mierda, mira: esto les pasa a los que me fallan —dijo la mujer, aproximándose al adivino, quien empezó a retorcerse sobre la banca y gemir en tono aún más alto.

A Nilka Soren se le agrió el gesto y engarfió los dedos para clavar sus uñas en las mejillas de Pascual Rebuán, rasgándolas como bolsas de grasa y sangre; usando el pulgar de la mano derecha, reventó uno de los ojos del adivino y de inmediato, con una pequeña pistola que sacó de su cinturón, empezó a dispararle a bocajarro, concienzudamente: comenzó por los tobillos y lo fue hiriendo en las rodillas, en la pelvis, en los hombros. El viejo solo dejó de chillar cuando una última bala le perforó la sien. La habitación se llenó de un hedor atroz a sangre, a excrementos y a pólvora.

—Ahora sí vas a entender las cosas —dijo entonces Nilka, sentándose tras de su escritorio mientras se restregaba los cachetes manchados por la sangre de Pascual Rebuán. Luego le gruñó algo, en un idioma extraño, al gigante rubio, quién salió de la habitación arrastrando la banca con el cadáver amarrado a ella.

Al comerciante le fallaron las piernas y estuvo a punto de caer sobre el suelo, por lo que rogó:

—¿Me puedo sentar?

—No —le respondió la mujer—. No estás aquí para tu comodidad, maricón de mierda. Escúchame y después cumple con lo que te ordene. Si me fallas, esto que has visto le pasará a tu mujer, al hijo ese al que le llevas mamaderas o a la puta que te parió.

—Usted dirá, señora —aceptó Laprida, temblando.

—Verás: el maldito Pascual era mi adivino y hacía las ofrendas para que el Patrón me ayudara en todo; y él y su dichoso Santo, el Patrón, resultaron ser una pura mierda: no supo que venía esta plaga, no me advirtió de nada y mis negocios se han jodido, jodido, pero mal.

—¿Y yo qué puedo hacer? —preguntó, con la voz ahogada, el comerciante.

—Tú vendes amuletos, ¿no?

—Sí.

—Y sabes dónde buscar esos amuletos en la ciudad, en los restos de los antiguos.

—Es así.

—Entonces, vas a cavar por todas partes, por donde se te ocurra, y me vas a traer el amuleto más poderoso que exista: te acompañará Vanka. No te gastes buscándole conversación: no habla español.

—Es demorado conseguir los amuletos —objetó Pacho, al comprender su situación: diciendo lo que la mujer deseaba escuchar, saldría con vida—. Pero puedo traerle una pieza que la proteja de todo. He vendido figuras tan poderosas que…

—Cállate y cúmpleme —ordenó la jefa—. Este mal que nos ha jodido es cosa de los antiguos, eso dicen. Algo que venga de ellos me podrá ayudar. ¡Hasta mis hombres se han vuelto locos, me quedan los dos que te trajeron y Vanka! Los demás… ¡Mierdas, cabrones de mierda!

Media hora después, aún impresionado por el tormento y la muerte de Pascual Rebuán, Laprida caminaba por las calles de Archidona, entre sus habitantes enloquecidos, llevando a su lado al enorme Vanka, quien iba armado sólo con un machete, vestía unos calzones blancos, una camisa del mismo color y se cubría la cabeza con una gorra, también blanca. El hombre era tan macizo, rubio y su piel era tan clara que parecía un autómata hecho de hielo.

Pacho se encaminó hacia el refugio de sus amigos, preocupado por la suerte de la criatura que había quedado a cargo de los cuatro jóvenes; llegado al lugar, lo halló vacío, las pocas cosas de los chicos seguían allí, pero ni de ellos ni del bebé había rastro alguno. De

prisa, y siempre seguido por Vanka, fue hacia la vivienda donde vivía con su padre, Francisco Laprida: una construcción de piedra y muy antigua, como todas las de la ciudad, en cuya buhardilla el viejo tenía un taller donde reparaba algunas de las piezas halladas por su hijo o sus ayudantes.

Llegado a su casa, Pacho se encontró con los cuatro chicos: estaban en la planta baja, una habitación de paredes desnudas y blanqueadas con cal, donde tenía el comedor, la cocina y, también, su dormitorio. Bernardita acunaba al niño en los brazos y los otros tres jóvenes se entretenían jugando a los dados, en la única mesa del lugar, sobre la cual descansaban una televisión y un reverbero de querosín.

Vanka entró a la casa, revisó cuidadosamente los pocos muebles que la ocupaban y luego fue a recostarse en el camastro donde dormía Pacho; el lecho, encajado en un rincón, crujió al soportar el peso del hombrón, quien apretó en la mano derecha el puño de su machete y empezó a cantar. Sus palabras sonaron, incomprensibles y tristes, en la habitación iluminada por la pobre luz del atardecer que atravesaba la única ventana del lugar.

—¿Qué te pasó? —quiso saber Bernardita, mientras mecía a la criatura—. Te esperamos todo el día.

—Nos dio miedo de que se muriera el niño —dijo Jeremías—, y vinimos acá, a la casa de tu padre, don Francisco.

—Antes salimos a conseguirle comida… Bueno, leche le conseguimos —explicó Cristal—. ¿Dónde estuviste? ¿Quién es este oso que te has traído?

—Los hombres de la jefa del cártel me agarraron —les explicó Laprida, y se explayó contándoles sobre su entrevista con Nilka Soren.

Cuando el comerciante hubo concluido su relato, los muchachos empezaron a hablar, todos al mismo tiempo; incluso Teixidor, tan alarmado como los otros tres, hizo que sus manos interrogaran, exclamaran y se condolieran por la suerte del viejo Rebuán, conocido por todos en la ciudad.

—¿Y te tuviste que traer a ese asesino? —preguntó, indignada, Cristal—. ¿Seguro que no nos entiende?

—Parece dormido y en paz —opinó Jeremías, mirando hacia el catre donde Vanka reposaba con los ojos cerrados—. Quizá es cierto que no nos comprende.

—¿Y qué vamos a hacer? —indagó Bernardita—. Lo del bebé lo tenemos ya resuelto, pero un amuleto poderoso… ¿De dónde sacamos algo así?

Todos quedaron en silencio por un rato largo, atribulados, el bebé empezó a llorar suavemente y Bernardita lo tranquilizó meciéndolo; Cristal dijo, sonriendo mientras saltaba contenta y su cabello rubio se revolvía alrededor de su cabeza como una aureola:

—¡Ese gordo sentado de piedra verde que hallamos hace días! ¡Seguro que algo así le parecerá un buen amuleto a esa tal señora Soren!

—Pero —razonó Jeremías— igual no creo que la ayude mucho.

—Y cuando las cosas no se le arreglen —continuó Bernardita—, te amarrará a un poste y te va a balear, como al viejo Rebuán.

—Sí —dijo Laprida—. Le podemos entregar la figura esa, pero nuestros problemas no terminan ahí.

—¿Nuestros problemas? —preguntó Jeremías y continuó, contestándose—. Es a ti al que secuestró esa criminal de mierda.

—Son nuestros problemas —suspiró Cristal—. La señora esa amenazó con matar a toda la familia de Pacho… Y en la ciudad saben que, además de a su padre, solo nos tiene a nosotros.

Teixidor hizo un gesto envolvente con la mano derecha, como para implicarlos a todos, y luego fingió cortarse el cuello con la izquierda.

—Sí —concluyó Bernardita—. Estamos mal y podemos terminar peor.

Dejando a los muchachos en la cocina, y al enorme Vanka dormido en su cama, Pacho subió a la buhardilla de su padre; el viejo casi ya no bajaba de ese cuchitril de techo bajo y lleno de libros donde reparaba las figuras que su hijo le llevaba, sobre una mesa de tablero gastado y usando una serie de herramientas: buriles, raspadores, lijas de agua, lupas, escoplos y cautines.

El anciano era muy parecido a su hijo: alto y membrudo, su cabello había encanecido y se veía frágil, quizá por la barba blanca

descuidada o por sus ojos acuosos y enrojecidos; vestía, como pocos ya en la ciudad, un ajado traje de paño, de tres piezas, y corbata. Cuando Pacho entró a la habitación, lo encontró sentado al pie de su cama, leyendo un volumen verde, encuadernado en cuero.

El comerciante se acomodó en un cojín, hacia la cabecera del lecho y, tras saludarlo con cariño, le contó su aventura de la mañana y la amenaza que se cernía sobre ellos; el viejo, con el libro abierto sobre sus piernas, lo escuchó con atención, parpadeando preocupado. Mientras hablaba, Pacho tomó una de las figurillas reparadas por su padre, una morsa de marfil, para acariciarla tocando con cuidado los colmillos afilados de bronce que Francisco acababa de incrustarle en las fauces.

Terminado su relato, el comerciante preguntó:

—¿Qué hago, padre?

Francisco Laprida, luego de frotarse la barbilla un momento con su vieja mano descarnada, le respondió:

—No sé, Pacho. No sé.

—Pero, padre…

—No tengo un consejo que darte. El mundo ha cambiado mucho: vi llegar a estas tierras a los traficantes que lo corrompieron todo. Y he visto también esta plaga, antes de morir.

—Yo confío en usted, papá. Otras veces me ha ayudado aconsejándome.

—Ahora no puedo. Este mundo ya no es mío: estoy aquí como si hubiera salido vivo de un terremoto y no entiendo nada de lo que pasa.

—Entonces —resopló el joven Laprida—, entonces…

—Este es tu mundo, hijo, y tú tendrás que encontrar la solución de este problema nuestro.

Cuando Pacho bajó a la cocina, dejando a su padre consternado y con la mirada perdida, halló a los chicos y al enorme sicario atentos a la televisión; Teixidor paseaba al fondo de la habitación, cargando al bebé, quien chupaba, plácidamente, su mamadera. El comerciante se fue a sentar junto a Vanka, en su cama, y fingió interesarse en la telenovela mientras le rezaba, en un murmullo, al Divino Niño pidiéndole ayuda; su plegaria fue inútil: no logró

conjurar la incertidumbre ni el miedo que lo abrumaban.

En la pantalla del televisor aparece la cabina de primera clase de un avión, en sus butacas viajan recostadas Andrómaca y su hija Estrellita. La madre viste un traje sastre y va de incognito, pues se cubre la cabellera con un pañuelo de seda y esconde sus ojos tras de unas gafas ahumadas grandes, con marcos de metal. La niña va disfrazada con un traje de princesa.

Una azafata, de uniforme azul y gorrito, se acerca solícita a Andrómaca y pregunta:

—Señora, ¿desea algo?

—Una piña colada para mí —ordena la viajera con soltura—, y una banana split para mi hija.

—A la orden, señora —obedece la azafata y se retira.

—Mamá, ¿a dónde vamos? —averigua entonces la niña.

—¡A la capital del mundo! —le contesta su madre, entusiasmada—. A una ciudad segura, con calles amplias y muchos autos; allá todos nos protegerán de los malvados.

—Y allá, mamá, ¿tendré mis juguetes?

—¡Todos los que quieras! Allá vamos a tener todo lo que queramos y a ser muy felices.

Las imágenes se borran de la pantalla donde aparece, entre flores, la palabra FIN.

Terminada la telenovela, Teixidor se plantó delante de Pacho y, sosteniendo al bebé en el brazo izquierdo, hizo un gesto de

interrogación con la mano derecha. La criatura eructó y el muchacho, solícito, la apoyó encima de su hombro para palmearle la espalda. Los otros tres chicos, sentados alrededor de la mesa, pusieron en palabras la pregunta de su amigo mudo:

—¿Qué vamos a hacer?

—¿Cómo nos libramos de esa doña Soren?

—¿Qué te dijo tu padre?

—Mi padre no sabe qué hacer —resopló Pacho, desanimado—. Ya está viejo… Muy viejo.

—¿A ti se te ocurre algo? —indagó Cristal, apagando el televisor.

—Solo entregarle la figura de piedra verde a la jefa Soren. Cuando tenga su amuleto nos dejará en paz, por un tiempo.

—¡Y si le van bien las cosas, quizá hasta nos compre otras piezas! —rio Jeremías tirando los dados sobre la mesa.

—¡No sigan hablando como si este hombre no nos entendiera! —protestó Bernardita, quien no había dejado de vigilar por el rabillo del ojo al sicario, quien permanecía sentado en el camastro, junto a Laprida—. Quizá no hable nuestro idioma, pero estoy segura: nos oye y comprende lo que decimos.

Preocupados, todos callaron; la oscuridad fue cegando la habitación, sin embargo, nadie se levantó para encender la vieja lámpara del techo, jalando la cadena colgada junto a la bombilla. Entre las sombras, Pacho vio los rostros de los muchachos convertidos en manchas pálidas y, para romper el silencio, insistió:

—Le entregamos su amuleto a esa mujer, y esto se termina.

El sicario, cuya figura blanca y voluminosa casi resplandecía en las tinieblas, empezó a cantar su canción incomprensible, se levantó del catre y con paso pesado fue hasta la mesa alrededor de la cual estaban sentados los chicos; extendiendo lentamente su brazo, tomó la cadena del interruptor entre los dedos y, jalándola con suavidad, encendió la bombilla; la claridad de su piel, el rubio de su cabello y el azul de sus ojos se intensificaron en la luz de la lámpara. Entonces, dejó de cantar y dijo, con un extraño acento que parecía afilar las vocales en sus palabras:

—Mi hermana me ordenó matarlo, don Laprida, a usted y a todos los que sepan del amuleto, apenas me lo haya entregado.

—¿Su hermana? —atinó a preguntar Pacho—. ¿Nilka Soren es su hermana?

—Ambos vinimos, hace años. De muy al norte.

—¿Por qué nos cuenta los planes de doña Soren? —averiguó Cristal, humedeciéndose los labios con la lengua, asustada—. ¿Nos va a matar?

—Como habrá visto, don Laprida, mi hermana se ha vuelto loca —explicó Vanka, regresando al catre para sentarse junto al asombrado comerciante—. Por eso la han abandonado sus hombres; con o sin su amuleto, cualquier día la matan y me disparan a mí también.

—No le ha contestado a mi amiga, señor Vanka —insistió Pacho —, ¿por qué nos cuenta lo de su hermana?

—Señor Laprida, cuando entró en la oficina de Nilka supe que tenía que dejarla a ella y seguirlo a usted.

—¿A mí? No le entiendo.

—Yo soy… Soy un soldado, Nilka siempre fue la que pensaba y yo, en cambio, he obedecido toda mi vida: primero a mi madre, cuando ella murió a mi hermana. Ahora, lo obedeceré a usted.

—Yo soy comerciante, ¿cómo podría emplear a un sicario?

—Los tipos como yo, don Pacho, no tomamos decisiones, pero sabemos a quién aceptarle las órdenes para seguir vivos: usted tenía miedo, frente a mi hermana Nilka, pero al final supo cómo salir bien. Le tengo confianza.

—Bien visto, nosotros también confiamos en ti. Desde que te conocimos, confiamos en ti —rio Bernardita, acercándose al catre para tocar con sus dedos el pecho macizo del sicario, mirándolo coqueta.

—No tienes más remedio que sacarnos de este lío —corroboró Cristal, desde la mesa—. Haremos lo que nos digas.

—Nuestro nuevo amigo podría matar a la jefa —inventó Jeremías, señalando con su dedo índice hacia Vanka—, y tú, Pacho, serías el nuevo jefe del cártel.

—No me gustaría matar a mi hermana —rechazó el sicario, sin demasiada convicción—. Pero si usted lo manda, jefe…

Desde el otro extremo de la habitación, Teixidor, aún sosteniendo

en brazos al bebé, meneó la cabeza, negando; luego se aproximó a Jeremías y le puso el rosto de la criatura en frente: la piel del niño brilló bajo la lámpara y, por un instante, pareció que la luz salía de su pequeña faz asombrada.

—¡No! No vamos a matar a nadie —concluyó Laprida, empezando a comprenderlo todo.

—¿Qué hacemos, entonces? —preguntó Cristal.

—Huiremos —respondió el comerciante, poniéndose de pie—. Nos vamos lejos de Quiroz. Todo está mal aquí: las gentes tienen santos sangrientos y matan por matar. Todos están locos, no solo Nilka Soren.

—Yo no quiero irme a las montañas —protestó Jeremías—. Allá hay animales salvajes y hormigas. ¡Ni amarrado me llevas a las montañas!

—Tampoco al desierto —lo secundó Bernardita—. Nosotros hemos vivido siempre en esta ciudad: eso de dormir con el cuerpo hundido en la arena me da asco.

—¡Vámonos a las Ciudades del Norte! —propuso Cristal, aplaudiendo—. Allá hay de todo: edificios altísimos, ropas elegantes y hasta joyas, como esas que usan las mujeres en la televisión.

—Tú, Teixidor —preguntó Bernardita—, ¿a dónde quisieras ir?

El muchacho, por respuesta, meció al niño e hizo una mueca alegre.

—A las Ciudades del Norte —explicó Pacho Laprida—, son muchos los que van, por eso los cárteles hacen tan buen negocio…

—¡Entonces, vamos allá! —interrumpió Jeremías, entusiasmado como Cristal—. ¡Al norte! ¡Vamos al norte!

—Pero los que llegan desde el sur a esas ciudades viven como criados, recogiendo la mierda que tiran las gentes nacidas allá. Ellos son los dueños y los migrantes son siempre forasteros; viven de lo que les echan, como perros.

—Si nos escapamos a cualquiera de las otras ciudades de Quiroz —intervino Vanka, con su extraño acento—, Nilka nos encontrará: los cárteles controlan todas las carreteras.

—Viajaremos por los campos y a pie, así no darán con nosotros —concluyó el comerciante, luego de un momento de reflexión—.

Iremos hacia el sur, muy al sur.

—¿A las Tierras del Sur? ¡Qué tontería! —lo contradijo Jeremías, estupefacto—. De allá las personas salen, ¡no hay migrantes tan locos que vayan a esas tierras de hambre!

—Estaremos bien —afirmó Laprida sonriendo, confiado al fin—. Allá no habrá quien nos busque y podremos ser libres; nos esconderemos en alguna ciudad grande donde haya tanta gente que nadie se fije en nosotros, ni pregunte de dónde hemos llegado. Créanme: vamos a estar bien.

Aún era noche cerrada cuando Pacho Laprida, su padre, el enorme Vanka Soren, los cuatro jóvenes y la criatura salieron de Archidona cargados con unos cuantos sacos de lona, como todo equipaje. La luz lunar iluminó sus rostros, sus manos y el camino que emprendían, y alumbró también el río del Olvido, cuyas aguas corrían plateadas circundando la ciudad de piedra y sombras. Una nube se estiró en el cielo hasta ocultar la luna y los peregrinos continuaron su marcha en la oscuridad.

—¿Sabes por dónde vamos? —preguntó Francisco Laprida a su hijo.

—No estoy muy seguro, padre —le respondió Pacho, quien llevaba en los brazos al bebé dormido—. No estoy muy seguro de por dónde vamos, pero sí sé hacia dónde estamos yendo.

... De las cinco villas del altiplano de Quiroz, solo Archidona tiene una historia que se hunde en el tiempo y alude a otra urbe —de nombre maldito y olvidado— sobre cuyas ruinas se levanta: en sus frontispicios están esculpidos los rostros airados de dioses cuyos nombres ya no se recuerdan, hay en sus calles principales grandes templos derruidos, dedicados a divinidades monstruosas y en sus plazas, en todas ellas, hay altares dispuestos con piedras cóncavas, con forma de corola, en los que se debieron cumplir rituales arcanos y terribles, ventajosamente ya olvidados por todos[8]. Las huellas del pasado de esta ciudad se han desvanecido de la memoria de sus gentes, pero permanecen talladas en las piedras de sus edificios más antiguos, ordenadas en el trazado concéntrico de su centro urbano y

empozadas, quizás, en el proceder fervoroso y excesivo de sus habitantes.

Esas gentes no lo saben con certeza, pero intuyen que su cercanía al río del Olvido los condena al fanatismo ciego con cual cumplen los ritos correspondientes a cada jornada del año: están obligados a repetir con rigidez las mismas palabras sacras y los mismos gestos de sumisión, a las horas señaladas, y en los días impuestos por los sacerdotes. En el aire oloroso a sahumerio de Archidona, y casi de manera continua, se escucha el tañido de las cien campanas de sus templos y capillas.

Es la villa donde más novenas se rezan a los santos católicos, donde los ministros protestantes son más furibundos en sus sermones, donde más sacrificios se ofrecen a los pies de la Dañina y donde son más brutales los bautizos sufridos por los devotos del Patrón para ascender en la jerarquía del cártel dedicado al narcotráfico, que manda en la ciudad. Por sus antiguas calles empedradas con cantos rodados, cualquier día de la semana, marchan prosternados —dejando la piel de sus rodillas en las asperezas de la calzada— decenas de suplicantes quienes, con frecuencia, se laceran las espaldas con látigos mientras entonan oraciones.

En las aceras y plazas de la ciudad, entre los puestos de los mercaderes, se yerguen unos obeliscos en los cuales, durante los días más asfixiantes del verano, se encadena a los pecadores quienes, en autos de fe ciegos y brutales, abjuran de sus culpas y piden perdón por ellas; en los oscuros soportales de piedra de sus edificios se venden, como talismanes de gran poder, figurillas rescatadas de entre los cimientos de las antiguas construcciones: caballos de bronce de finas patas, diosas voladoras con alas de nácar, serpientes de jade con colmillos afilados…

Con alguna frecuencia surgen en Archidona profetas quienes, adorando a cualquier santo católico o provenientes de alguna de las iglesias protestantes, se proclaman como los únicos conocedores del camino de la salvación. Usualmente, se encaraman en los antiguos altares de piedra que hay en las plazas de la ciudad y empiezan a vociferar sus verdades, a leer los textos sagrados escritos por ellos

mismos, a increpar la ceguera que, según claman, sufren quienes no los atienden y a exigir devociones, diezmos y sacrificios. Tarde o temprano la gente se cansa de ellos y los lapida, hasta callar sus gritos exaltados; muchos terminan muertos por las pedradas y algunos, luego de su torpe martirio, son recordados como santos menores.

Archidona tiene un santuario situado junto al río del Olvido: un tabernáculo adosado a una gran poza artificial de mármol que, hundida en el limo de su ribera, se llena con sus aguas. A esa edificación pálida y fría se accede por una gradería de escalones anchos, cubiertos de lama espesa traída por la corriente.

Pocos se bañan en esa alberca, pues sumergirse en sus aguas puede enloquecer o, cuando menos, dañar la memoria alterando los recuerdos: quienes se arriesgan a hacerlo pueden recordar horrores que no sufrieron o perder remembranzas queridas. Hay mujeres y hombres desesperados que se zambullen en esas aguas limosas buscando la paz del olvido; algunos consiguen emerger de ellas ajenos a sus dolores, a su pasado y a ellos mismos.

Extrañamente, es sumergirse en las aguas del río lo que produce esas perturbaciones de la conciencia, y no beberlas: la villa de Archidona acopia en toneles de ese líquido de gusto ferruginoso y lo usa para todos los menesteres de la vida doméstica, aunque demora en hervir y arruina el sabor de los alimentos que en él se cocinan…

Fragmento de *Naturaleza, política y moral de la Región de Frontera,*
monografía escrita por Homero Benet, periodista.

8 En la documentación de esta monografía, hallé solamente un texto válido sobre Archidona, titulado “Ciudad Lejana”, escrito por un descendiente de los antiguos próceres de la ciudad: J. Vásconez. Poco pude averiguar sobre el autor. Alguna vez creí verlo: un hombre corpulento vestido con un abrigo de paño, barbado y solitario, cuya silueta se desvanecía en la niebla. Nota de Homero Benet, periodista.

FIN DE VIAJE EN SHINE POINT

Tórtola, Mirlo, Gorrión y Búho tienen nombres, pero solo se reconocen en esos apodos inspirados en la forma de sus ojos, en el contorno de sus bocas o en su manera de caminar. Los cuatro niños, llegados desde la región de Frontera y abandonados en la ciudad de Shine Point, descansan acurrucados en un galpón casi derruido en cuyo interior, años atrás, se almacenaban maniquíes; todavía quedan torsos y piernas de plástico desperdigados por el lugar. Entre esos desechos duermen, comen y, a momentos, juegan esas cuatro criaturas olvidadas por todos.

Es ya de noche y Mirlo, el mayor, sacude a sus dos amigas, Gorrión y Tórtola, para despertarlas; han dormido desde media tarde y se incorporan, protestando:

—Hoy no hemos comido, Mirlo.

—Tranquilas —les responde el chico—. Esta noche conseguimos comida, Búho sabe dónde.

—¿Búho? —pregunta Gorrión—. ¿Dónde está Búho?

—Desde hace dos días está siguiendo a una vieja —explica el jefe de los niños.

—¡Vamos! —se alegra Tórtola—. ¡Vamos!

Salen del galpón y, corriendo, se escurren entre las sombras de la ciudad; vestidos como van, con batas percudidas, parecen pequeños fantasmas. Conocen cada muro hendido, cada socavón, cada callejuela y los aprovechan para moverse invisibles, entre los espacios iluminados de la urbe.

—¿Está noche no vamos a escuchar a la mujer? —indaga Tórtola.

—No —le contesta Mirlo.

—Me hubiera gustado —se lamenta Gorrión.

Por fin llegan a un macizo de gardenias perfumadas desde cuya sombra se puede ver una glorieta iluminada en el centro de una rotonda, en el interior de la pequeña construcción de hierro forjado y vidrio, una joven, gorda y sudorosa, descansa sentada sobre una banca de metal; sostiene, encima de su falda, una caja cuadrada mientras escucha la música que suena desde un radio portátil:

Why do birds suddenly appear
everytime you are near,
just like me, they long to be
close to you…[9]

—¡Ya están aquí! —se alegra Búho, oculto entre las flores—. La vieja esa acaba de salir del restaurante y lleva, como todas las noches, una pizza grande a su casa.

—¿Pizza? —averigua Tórtola, y se alegra—. ¡Pizza!

Y Mirlo ordena:

—¡Cojan piedras, piedras grandes!

))0((

Billy Evans, sargento a cargo de la división de Seguridad Urbana del Departamento de Policía de Shine Point, se sirvió otro trago de güisqui, regando un chorro de licor sobre el cristal que cubría el tablero de su escritorio. Contravenía todas las disposiciones del reglamento de su institución, al emborracharse en su oficina luego de las horas de su turno, pero no le importaba: nadie le iba a decir a él cuándo y dónde debía beber su güisqui.

Había servido a su país en el ejército, en las Fuerzas Especiales, peleando contra salvajes en unas junglas cuyos nombres ya no recordaba y nunca había sido capaz de pronunciar; habiéndose casado apenas salió del servicio militar había procreado dos hermosos hijos y, gracias a su maldito trabajo, su esposa, tras engañarlo con un vecino, lo había abandonado llevándose a los niños.

En verdad, no le importaban los críos, ni la perra de su exmujer, ni el cobarde que se había acostado con ella: tenía su trabajo, era importante en la ciudad y ganaba bastante dinero manteniendo las calles tranquilas mientras los turistas se emborrachaban en los bares y perdían sus ahorros en la ruleta, los dueños de los casinos ganaban dinerales y los traficantes atravesaban la ciudad con sus

cargamentos, discretamente.

Pero las cosas habían cambiado y por eso, furioso, Billy Evans se emborrachaba en su oficina, bebiendo vaso tras vaso de güisqui de maíz con las cortinas corridas y escuchando en un tocacintas sus canciones favoritas. A momentos, sabiendo que en el cuartel permanecían solo dos oficiales, encargados de vigilar la celda en donde tenían encerrados a tres o cuatro delincuentes menores, el sargento cantaba:

When I turned sixteen, I saved a few hundred bucks,
my first car was a pickup truck
I was cruisin' the town and the first girl I see
was Bobbie Joe Gentry, the homecoming queen…[10]

Su despacho le gustaba: sus paredes estaban cubiertas con fotografías en las cuales aparecía acompañado por el alcalde y por otras autoridades, entre los retratos colgaban la cabeza de un alce, la de un jabalí y la reproducción de una pintura famosa donde aparecían dos viejos posando frente a su granja, ella muy peinada, luciendo un camafeo anticuado y él calvo, flaco y sosteniendo, en la mano derecha, un trinche para heno. El cuadro ya lucía en la oficina cuando se la dieron y, por pereza, lo había dejado allí; las fotos y los trofeos de caza sí eran suyos.

Y estaba a punto de perderlo todo: las coimas de los traficantes, el porcentaje de las ganancias que recibía de los dueños de los casinos, su grado de sargento, su oficina y hasta su sueldo miserable. Y todo por una serie de ataques, algunos fatales, sucedidos durante los últimos meses en Shine Point.

Los informes de los médicos forenses eran claros: se trataba de agresiones, diez hasta ese momento, en las cuales unos ciudadanos comunes habían sufrido desde lesiones de consideración hasta la muerte. Había tres fallecidos, un contador de mediana edad, una joven ama de casa, quien acababa de comprar una pizza, y un maestro jubilado; a dos adolescentes les habían roto las piernas y a una niña, herido de gravedad; habían atacado incluso a un policía

fuera de servicio y a una oficial del destacamento de control fronterizo, sorprendida por sus asaltantes en el interior de su patrulla.

Los ataques solo tenían en común su violencia extrema: en todos los casos los agresores se habían excedido golpeando una y otra vez a sus víctimas, igual si eran niños, ancianos débiles o sujetos entrenados, como el policía o la oficial de la patrulla de fronteras, a esta última, además, la habían cubierto de inmundicias.

Por lo demás, todas las agresiones eran distintas. No coincidían sus modus operandi: en unos casos se habían dado en la noche, otros durante el día; las armas utilizadas variaban desde barras de metal, martillos y puñales, hasta piedras. Los niños parecían haber sido atacados por otros infantes, pues mostraban golpes propinados por manos chicas y muchos mordiscos dados con dentaduras también pequeñas.

En ninguno de los casos fatales parecía que la muerte de los agredidos hubiera sido el objetivo del ataque: los habían dejado vivos, aunque inconscientes, y sus muertes fueron posteriores. Tampoco se había establecido el robo como móvil: todos conservaban, al momento de ser encontrados, sus pertenecías; el ama de casa muerta llevaba en el cuello un collar de perlas.

El sargento Billy Evans, tomando su décima copa de güisqui, reconoció que no se trataba de un asesino serial: primero, porque no siempre habían sido asesinatos y, segundo, porque una variedad tal de modus operandi era incompatible con un criminal de ese tipo: armas distintas, horas diferentes, víctimas disímiles, quienes no tenían ninguna relación entre ellas.

Por un tiempo, Evans había sospechado que los crímenes eran obra de una secta asesina, pero ese tipo de organizaciones tenía unas características necesarias:

1. Un líder al que los miembros del grupo obedecen con lealtad total.
2. Unas creencias y prácticas que identifican a quienes las tienen y distinguen de los demás miembros de la

sociedad.
3. Una forma de aislamiento de los miembros del culto del resto de la comunidad.

El sargento, luego de una investigación exhaustiva, no había hallado nada parecido en Shine Point: no había un grupo que tuviera unos comportamientos extraños ni un líder, un mesías de esos capaces de convencer a quienes los escuchan de cualquier disparate.

La ciudad estaba aterrorizada, las madres lloraban acompañando a sus hijos a la escuela o dejaban de enviarlos allí; los viejos se encerraban en sus departamentos y languidecían lejos del aire libre; los hombres se armaban para disparar contra cualquier sombra que los inquietase. Y el alcalde lo había amenazado con el despido si no controlaba esa situación tan negativa para los negocios: los turistas empezaban a dejar sus tours a los casinos y hasta los traficantes estaban preocupados, pues demasiados ojos se posaban en las calles de Shine Point como para que pudieran continuar con sus discretas transacciones.

Lo que más enfurecía a Billy Evans era la única información que había conseguido sobre los ataques: se trataba de una leyenda, algo dicho en susurros por las calles, sobre todo entre los migrantes. Hablaban de una joven, esquelética y de ojos enormes, quien transitaba por las noches de Shine Point como un espectro, vestida con una bata. Ella sería la culpable. Pero el sargento estaba seguro: era imposible recorrer esas vías sin ser visto, pues siempre estaban iluminadas y había muchas cámaras de vigilancia en las puertas de los casinos, en los bancos o suspendidas de las marquesinas de los teatros. Y nunca nadie había visto a esa mujer, a ese fantasma. Ningún video la había filmado.

Ya muy borracho, Billy Evans se dio cuenta: todas eran tonterías dichas por los migrantes, esos despojos que llegaban desde las Tierras del Sur para aprovecharse de los recursos ofrecidos por la ciudad a sus habitantes. Cada día eran más y, a los ojos del sargento, representaban un peligro pues traían crímenes, enfermedades y les robaban el trabajo a los lugareños. En el fondo

de su mente sentía por ellos tanto miedo como asco.

Tomó un largo trago de licor y, furioso, gruñó en voz alta:

—Está llegando gente que… Llegan tantos, llegan, llegan… Con sus pieles oscuras, como sucias…

Abrió el cajón central del escritorio para tomar su pistola de dotación, extrajo el cargador para comprobar si estaba lleno y, tras colocarlo de nuevo en la empuñadura del arma, la rastrilló, antes de levantarse de su sillón y salir tambaleándose de la oficina. Caminó entre los despachos de sus hombres, vacíos a esa hora, hasta llegar a la celda: una jaula con barrotes de hierro en cuyo interior dormían tres o cuatro migrantes. No se detuvo a contarlos, solamente les disparó una y otra vez hasta que se le acabaron las balas; luego los hombres, quienes permanecían de guardia en el cuartel pudieron desarmarlo. La borrachera del sargento era tal que sus balas no alcanzaron a ninguno de los presos encerrados en la comisaría.

))0((

Dicen que en Shine Point nunca se pone el sol, y no es verdad: sí se hace de noche entre sus edificios, pero entonces se encienden todos los faroles de las calles, de las plazas, de las altas fachadas, de las marquesinas, de los salones de juego y de las discotecas. Deberían decir que en esta urbe no hay oscuridad, pues está completamente iluminada por sus lámparas, luminarias y reflectores al anochecer, o por la luz diurna del sol. Pero La Huérfana sabe que eso es mentira: mientras más intensas son las luces, más espesas son las sombras y sus tinieblas.

La oscuridad de la ciudad está quieta, nada se mueve en ella, aguarda siempre agazapada, por años, entre las rocas ciegas de sus fundamentos, bajo las bóvedas inmundas de las cloacas o en los cajones de cemento armado de los sótanos sobre los que están levantados los rascacielos; nada la atraviesa, solo vibra repitiendo los sonidos de la superficie luminosa, volviéndolos guturales: lo que arriba es fluir armonioso de manantiales, abajo es gorgoteo de aguas negras. La oscuridad eclipsa las formas del mundo, las traga y

extingue. Por eso en ella se enquista lo que las urbes no pueden ver de ellas mismas, eso que son e ignoran, lo que las anima e impulsa. Para peor, las tinieblas estimulan la imaginación de las ciudades; en ellas se reflejan como en un espejo negro, y se intuyen cuáles son: abismos ciegos en donde se desbarrancan las esperanzas de sus habitantes.

Aunque ya no es una niña, La Huérfana disfruta de las películas infantiles llegadas a la ciudad para presentarse en alguno de sus cines al aire libre, bajo su cielo jamás nublado en donde la iluminación urbana impide ver las estrellas. Suele escurrirse por los sótanos y los albañales para admirar, al abrigo de cualquier sombra, los cuerpos perfectos de los actores y las torpezas risibles de los cómicos.

Ha visto, en esas enormes pantallas, los cabellos rubios de las heroínas, quienes, a lomos de caballos briosos, atraviesan planicies doradas por el sol. También ha contemplado, en los circos cuyos actos se presentan en los escenarios de los casinos, a los acróbatas, a los payasos o a las contorsionistas, capaces de comer sobre sus propias espaldas.

Se divierte más, es verdad, con otras contorsiones, con las inducidas por ella en sus adeptos, quienes, al escucharla susurrar desde las tinieblas, cumplen sus deseos y se escurren, desde las grietas hacia las calles despejadas, para rasguñar profundamente al mundo, para hincarle los colmillos afilados por el odio, para reventarlo a golpes.

Poco recuerda de los caminos que la trajeron a la ciudad; cuando llegó ya estaba repleta de un odio lúcido; durante sus años en el orfanato, ese rencor creció y se hizo refractario a la luz. Antes de huir de aquel lugar, se complació en comprimir, usando un alambre y un par de alicates, los dedos meñiques de fray Gerald, quien, por las noches, acostumbraba a tocarla por debajo de la bata, bufando contriciones:

—Yo pecador me confieso, ante Dios todopoderoso, porque he pecado mucho, de pensamiento, palabra, obra y omisión…

Escapó para descubrir el vientre de Shine Point: sus albañales y la red de sus túneles y pozos. Supo que había encontrado su lugar y

su centro en esas oscuridades. Y dedicó meses a conocerlas. Aprendió mucho: había amplias galerías y ductos traicioneros cuyos techos cedían al sufrir la vibración de los camiones que transitaban por la superficie; entre los cimientos de los edificios se abrían, en la roca, unas bóvedas construidas con hormigón; debajo de los teatros se empozaban piscinas de aguas oscuras sobre cuyas superficies resonaban las voces de los cantantes. Todas esas cavidades las comunicaba una red de túneles: pasadizos, cloacas y socavones; eran tantos, La Huérfana nunca llegó a recorrerlos todos.

Durante meses buscó el núcleo de esos caminos oscuros: supuso que habría una especie de estómago de las tinieblas, un abismo en donde todo se debía fundir, donde los perfiles de las cosas, al perderse, propiciarían una unidad en cuyas entrañas palpitaría una víscera atiborrada con todos los deseos. Nunca pudo hallar ese sitio de confusión donde los ruidos —tejiéndose en una cháchara atronadora— debían ser capaces de ensordecer las melodías del mundo.

Lo que sí descubrió fue a los demás habitantes de esas tinieblas urbanas: vivían en los túneles de los viaductos, en las grutas rocosas y en los sótanos de los edificios en construcción; todos, como ella habían llegado desde la Región de Frontera por los mismos caminos pedregosos; todos estaban harapientos, con los labios resecos, los ojos enrojecidos por el sol.

Los migrantes llegaban a las calles de Shine Point y malvivían acarreando basura, puliendo pisos o limpiando las aceras, las bodegas de las fábricas y los ductos de ventilación de los rascacielos. Siempre se recogían, para el descanso, en las sombras y las tinieblas pues en ellas escapaban del ardor del sol; en las profundidades, además, se sabían a salvo de la policía, de sus perros, de sus toletes y de sus gases.

La Huérfana aprendió a escuchar los murmullos de los migrantes; cuando hallaba un grupo de ellos se les unía, acuclillándose entre las sombras, y los oía contar sus historias: En las calles, en las avenidas y en los pasillos de las oficinas callaban, en los túneles —por horas— daban testimonio de sus padecimientos y de sus agravios; referían sus miserias con las miradas rabiosas hincadas en la oscuridad.

—…la muy perra escupió en el suelo y me mandó: "Limpia bien, te he dicho"…

—…una patada, de ese canijo de mierda, ¡un bofetón mío y lo mato! Pero me fui. Me fui con las manos como muertas…

—…pisó fuerte, adrede, con las botas que usa: me había visto las alpargatas y dijo: "¡Asco de pies! ¡Si no son pies, son patas!"…

—…siguieron riendo y gritando babosadas, siguieron, mientras me…

—…apestas, y arrugó las narices, apestas…

En algún momento de las lamentaciones, La Huérfana empezaba a hablar. Ella no se quejaba, ni los compadecía, ni los animaba a la resignación: sus palabras eran insidiosas y burlonas. Los incitaba recordándoles sus vergüenzas, se las devolvía convertidas en ofensas inaguantables.

Y los hombres, las mujeres y hasta los niños la escuchaban sintiendo que se les fermentaba, en los vientres, una hiel cuyo amargor necesitaban vomitar. Las oscuridades, rodeándolos, se tornaban rojizas y veían en ellas los rostros de sus ofensores, y los ruidos de las cañerías repetían los insultos y las carcajadas de sus verdugos. Luego, los migrantes salían hacia las calles desde los albañales como aguas negras, gorgoteando sus furias y, no todos los días, pero a menudo, alguno de ellos, un hombre iracundo, una mujer frenética o unos niños enloquecidos, se arrastraba hacia la superficie para morder, apuñalar o machacar, con una piedra o una barra, el cráneo de cualquier ciudadano.

La Huérfana no descansaba en su afán de hallar el estómago oscuro de Shine Point y recorría jornada tras jornada sus entrañas, pateando las ratas y oyendo, a veces, la música que llegaba a los ductos, resonando a través de los caños, desde los escenarios resplandecientes de los casinos:

In the mood, that's what he told me.
In the mood, and when he told me.[11]

Con frecuencia escuchaba los regateos de los traficantes:

—Fueron solo doscientos kilos, me ofreciste media tonelada.
—Pues por hoy no hay más: los policías pidieron su parte.
—Esto te va a costar, ¡hijo de puta!
Las querellas de las familias:
—¿Te gastaste el sueldo?
—No.
—En el casino, ¡ahí te lo gastaste!
O los candores de los amantes:
—Créeme.
—Pero tú…
—Créeme.

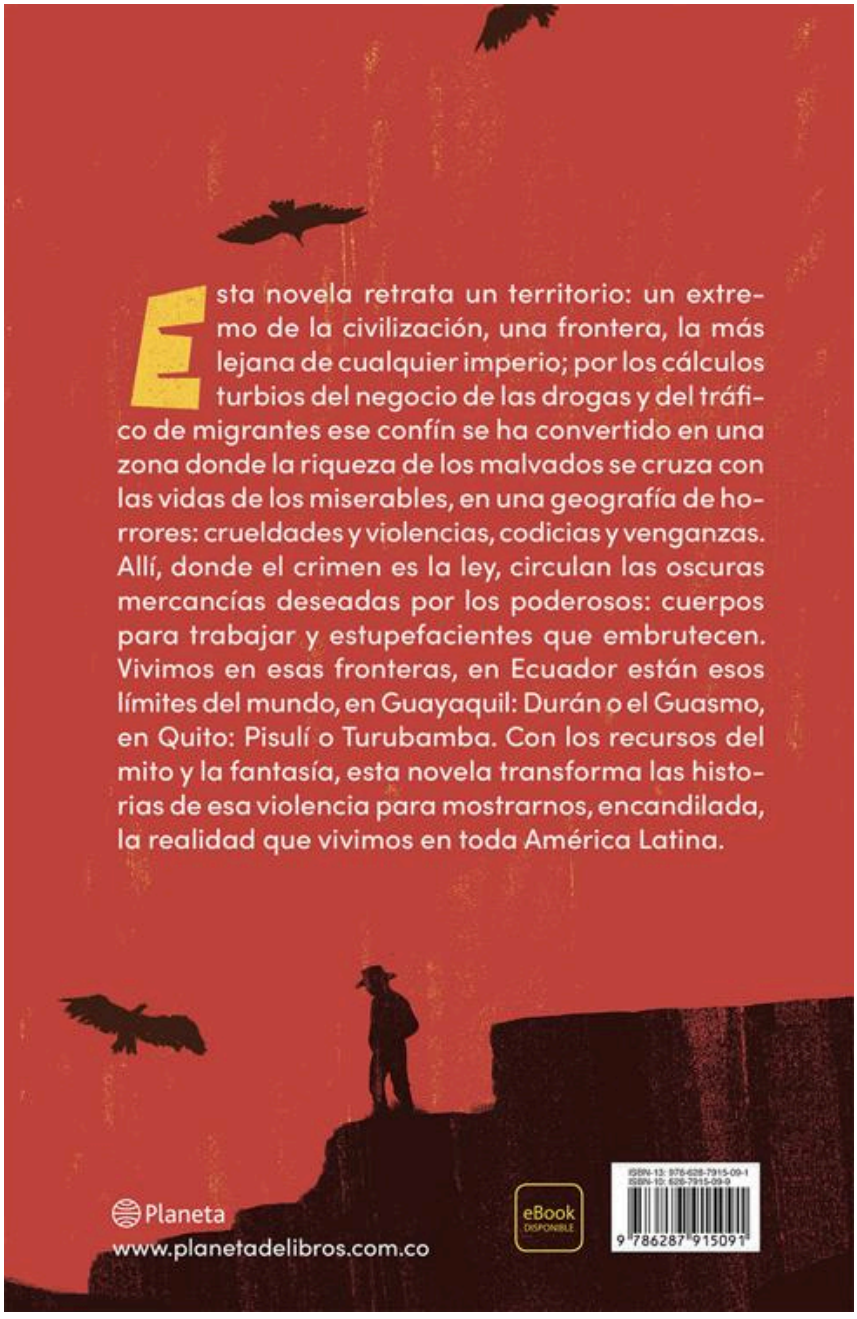
Todo lo oía sonriendo, pues imaginaba cómo unos y otras terminarían con los dientes esparcidos encima de las aceras, con los dedos rotos o con las barrigas y las gargantas rajadas cuando los miserables los alcanzaran con sus puñales, con sus piedras, con sus barras de fierro o con sus uñas.

A veces, acurrucada en alguna grieta y escuchando el gorgoteo de las aguas subterráneas, La Huérfana se preguntaba sobre su destino: ¿cómo los senderos asoleados y ventosos de su niñez la condujeron hasta esas tinieblas? ¿Cómo germinó en ella ese odio que la animaba? ¿De qué manera se le fue entrenando la mirada en la maña de penetrar a través de los espejismos negros del tiempo? Su ira, ¿se saciaría? No tenía las respuestas, le bastaban las preguntas.

FIN

SANTIAGO PÁEZ
Tumbaco, noviembre de 2021

9 *Close to You*, cantada por los Carpenters.
10 *Pickup Man*, Joe Diffie.
11 *In the Mood*, de Glen Miller.



Esta novela retrata un territorio: un extremo de la civilización, una frontera, la más lejana de cualquier imperio; por los cálculos turbios del negocio de las drogas y del tráfico de migrantes ese confín se ha convertido en una zona donde la riqueza de los malvados se cruza con las vidas de los miserables, en una geografía de horrores: crueldades y violencias, codicias y venganzas. Allí, donde el crimen es la ley, circulan las oscuras mercancías deseadas por los poderosos: cuerpos para trabajar y estupefacientes que embrutecen. Vivimos en esas fronteras, en Ecuador están esos límites del mundo, en Guayaquil: Durán o el Guasmo, en Quito: Pisulí o Turubamba. Con los recursos del mito y la fantasía, esta novela transforma las historias de esa violencia para mostrarnos, encandilada, la realidad que vivimos en toda América Latina.

Planeta
www.planetadelibros.com.co
eBook DISPONIBLE
ISBN-13: 978-628-7915-09-1
ISBN-10: 628-7915-09-9
9 786287 915091